



**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES**

**¿La descendencia como recurso de apoyo durante la vejez?
Los apoyos familiares intergeneracionales en México entre los adultos
mayores y sus hijos(as) en el nuevo siglo**

Tesis presentada por

Raúl Horacio de Jesús Cantú Hernández

Para optar por el grado de

DOCTOR EN ESTUDIOS DE POBLACIÓN

**Directora de tesis
Dra. Orlandina de Oliveira Barbosa**

MÉXICO, D.F.

Junio de 2009



**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES**

Constancia de aprobación

Directora de Tesis: Dra. Orlandina de Oliveira Barbosa

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. Dr. Carlos Javier Echarri Cánovas

2. Mtra. Susana Lerner Sigal

**3. Dra. Ofelia Carolina Martínez Salgado
(lectora externa)**

**4. Dra. María Estela Rivero Fuentes
(suplente)**

Resumen

Los cambios económicos, socioculturales y demográficos que en los recientes años ha experimentado la sociedad mexicana, la rapidez con la que se han presentado, así como el contundente impacto desigual que estos han tenido en las condiciones de vida de la población, exigen una continua y minuciosa mirada analítica que permita caracterizarlos y entenderlos. Pero también con el propósito de detectar aquellas oportunidades de cambio a favor de los grupos poblacionales menos afortunados en esta vorágine globalizadora, es decir, a favor de los estigmatizados, los discriminados, en fin, de todas las personas que por una u otra razón puedan ver limitado el ejercicio pleno de sus derechos fundamentales.

En esta tesis nos centramos en las personas adultas mayores, en esos millones de mujeres y hombres que por su edad avanzada, condición física o estado mental deteriorado, o por su complicada situación económica, conforman uno de esos grupos “con menos suerte”. La creciente población de 60 años y más se enfrenta a diversas dificultades que hasta hace poco tiempo eran impensables, y que sin embargo, hoy la población en general tristemente las considera inherentes a esa etapa de la vida.

Diversas investigaciones han documentado que la “pesada carga” que este grupo representa para la población más joven y económicamente activa, así como el fuerte impacto de la demanda de pensiones de jubilación que inevitablemente afecta al gasto social, son hechos palpables. Como también lo es que las familias se han constituido como el único medio y/o la alternativa más eficaz para subsanar dicha “carga”. Al menos hasta ahora.

El conocimiento detallado de la población mayor de 60 años en entornos geográficos diferentes, de sus preferencias residenciales, de sus múltiples necesidades, así como el rol de su descendencia inmediata en las maneras de satisfacerlas, aspectos que entre otros en esta tesis se analizan, puede contribuir para el diseño de nuevas políticas públicas integrales que permitan constatar que una solidaridad intergeneracional basada en óptimas relaciones familiares no es la única opción o

camino a seguir en una sociedad que envejece. La puesta en marcha de acciones de consideren ambas estrategias de manera complementaria y no excluyente, creemos que constituye uno de los principales desafíos en la materia del siglo XXI.

Índice

INTRODUCCIÓN	5
OBJETIVOS GENERALES	10
OBJETIVOS ESPECÍFICOS	10
ORGANIZACIÓN DE LA TESIS	11

Capítulo I

EL ESTUDIO DEL ENVEJECIMIENTO POBLACIONAL Y LA VEJEZ. EVIDENCIAS NACIONALES..... 15

EL ENVEJECIMIENTO POBLACIONAL Y LA VEJEZ COMO PROBLEMAS PÚBLICOS RESUELTOS EN EL ÁMBITO PRIVADO. EL CASO MEXICANO	16
ENVEJECIMIENTO Y VEJEZ. DOS TÉMICAS EN AUGE	24
<i>Las familias como red de apoyo de los adultos mayores.....</i>	24
<i>Los ingresos y la participación económica de la población senescente</i>	26
<i>La jubilación en la vejez</i>	29
<i>La salud en edades avanzadas</i>	31
<i>Percepciones y significados del envejecimiento y la vejez</i>	34
ESTRATEGIA DE ANÁLISIS	35
<i>Fuente de datos.....</i>	35
<i>Herramienta técnica y abordaje metodológico.....</i>	38

Capítulo II

MÉXICO EN EL SIGLO XX Y LAS CONDICIONES DEL ENVEJECIMIENTO DE LOS ADULTOS MAYORES 41

EL CONTEXTO SOCIOECONÓMICO	43
<i>Crecimiento económico y prosperidad</i>	43
<i>Época de crisis y ajustes</i>	47
<i>El neoliberalismo económico</i>	50
<i>Desarrollo económico y envejecimiento demográfico.....</i>	55
HACIA AL ENVEJECIMIENTO POBLACIONAL: LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA	57
SALUD Y ENFERMEDAD: LA TRANSICION EPIDEMIOLÓGICA	63
LAS CIUDADES COMO DESTINO: LA MIGRACIÓN	68
SINTESIS Y COMENTARIOS FINALES.....	73

Capítulo III

EL ANÁLISIS DE LOS APOYOS SOCIALES DURANTE LA VEJEZ..... 77

MOTIVACIONES PARA LOS APOYOS FAMILIARES INTERGENERACIONALES	79
---	----

ENTENDIENDO LAS REDES SOCIALES DE APOYO Y ALGUNOS CONCEPTOS BÁSICOS	81
<i>Las redes de apoyo se basan idealmente en la reciprocidad</i>	84
FACTORES QUE AFECTAN LAS REDES DE APOYO: POBREZA, ENFERMEDAD Y MIGRACIÓN	85
<i>Características, funciones y atributos de las redes de apoyo</i>	89
<i>Los apoyos en la vejez. El caso mexicano</i>	91
<i>Características de quienes apoyan y de los apoyos</i>	94
<i>Determinantes de los apoyos</i>	96
<i>La coresidencia intergeneracional como apoyo</i>	97
LOS APOYOS FAMILIARES ¿RECURSO INAGOTABLE?.....	99
COMENTARIOS FINALES.....	101

Capítulo IV

LA HETEROGENEIDAD DE LA POBLACIÓN ADULTA MAYOR	105
ATRIBUTOS SOCIODEMOGRÁFICOS INDIVIDUALES.....	109
CONDICIONES DE SALUD Y SITUACIÓN ECONÓMICA.....	113
MOVIMIENTOS MIGRATORIOS	119
ARREGLOS RESIDENCIALES	121
SÍNTESIS Y COMENTARIOS FINALES.....	124

Capítulo V

RASGOS SOCIODEMOGRÁFICOS DE LA DESCENDENCIA DE LAS PERSONAS EN EDADES AVANZADAS	141
LOS RASGOS DE LA DESCENDENCIA	146
<i>Los hijos(as) coresidentes y no coresidentes en las localidades más y menos urbanizadas</i>	146
<i>Según estrato socioeconómico</i>	152
<i>Comportamientos de hijos e hijas</i>	153
OTRAS DIFERENCIAS DE IMPORTANCIA SEGÚN CORESIDENCIA-NO CORESIDENCIA, ESTRATOS Y SEXO	155
<i>La presencia de nietos</i>	155
<i>La duración de la coresidencia y la propiedad de la vivienda que cohabitan</i>	156
<i>La frecuencia del contacto con los padres</i>	158
SÍNTESIS Y COMENTARIOS FINALES.....	159

Capítulo VI

LOS APOYOS FAMILIARES INTERGENERACIONALES DURANTE LA VEJEZ: REALIDAD A CONTRACORRIENTE	175
EL UNIVERSO DE ESTUDIO, LOS APOYOS Y LAS VARIABLES PREDICTORAS.....	177

<i>Hipótesis</i>	180
DETERMINANTES DE LOS APOYOS QUE LOS ADULTOS MAYORES RECIBEN DE SU DESCENDENCIA.....	182
<i>Las características de la población senescente</i>	185
<i>La importancia de los rasgos de la descendencia</i>	188
<i>Acerca de las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as)</i>	192
CONCLUSIONES.....	195
Capítulo VII	
LOS APOYOS FAMILIARES INTERGENERACIONALES:CONCLUSIONES GENERALES	205
<i>El perfil sociodemográfico de los adultos mayores</i>	208
<i>El perfil sociodemográfico de los hijos(as)</i>	210
<i>Los apoyos familiares intergeneracionales y sus factores condicionantes</i>	211
<i>Reflexiones finales</i>	213
Anexo I	
LA REGRESIÓN LOGÍSTICA MULTINOMIAL.....	219
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	227
Índice de cuadros	237
Índice de gráficas.....	239

INTRODUCCIÓN

Hoy en día el envejecimiento de la población mundial es uno de los más importantes fenómenos globales. En las previsiones de Naciones Unidas contenidas en el reporte del año 2006, se establece que entre 2005 y 2050, la mitad del aumento de la población mundial se deberá al incremento de la población de 60 y más años de edad, mientras que el número de niños y niñas (de menos de 15 años de edad) sufrirá una ligera disminución. En las regiones más desarrolladas, el 20% de la población ya tiene 60 años de edad o más, y se prevé que esa proporción alcanzará 33% en 2050. En el conjunto de los países desarrollados, el número de personas adultas mayores¹ ya supera el número de niños y niñas, y para 2050 se prevé que en esos países el número de personas mayores duplicará al de la niñez.

El envejecimiento de la población es menos rápido en los países en desarrollo, no obstante que, la mayoría de estos países van a iniciar un período de rápido envejecimiento demográfico. En el conjunto de los países en desarrollo sólo el 8% de la población tiene hoy 60 años de edad o más, sin embargo, para 2050 ese grupo de edad constituirá el 20% de la población (Naciones Unidas, 2006).

Por otra parte, una característica de las poblaciones que envejecen es que el número de personas adultas mayores aumenta más rápido cuanto más alto es el grupo de edad examinado. Por lo tanto, si se prevé que el número de personas de 60 años y más se triplicará a nivel mundial, también se prevé que el número de personas de 80 años y

¹ Se consideraban adultos mayores a las personas de 60 años y más de los países en vías de desarrollo y a los de 65 y más en los países desarrollados (acuerdo en Kiev, 1979, Organización Mundial de la Salud, OMS). En 1994 la Organización Panamericana de la Salud (OPS) generalizó la edad de 65 y más para considerar a una persona en edad avanzada. Nosotros utilizamos a lo largo de la tesis los conceptos de adultos mayores, viejos y viejas, personas en edades avanzadas y población senescente para hacer referencia al segmento de la población que tiene 60 años y más, en concordancia con la visión de las instituciones gubernamentales mexicanas creadas para proteger y atender a esta población desde hace más de dos décadas (Instituto Nacional de la Senectud, INSEN, creado en 1979, el cual pasa a formar parte de la Secretaría de Desarrollo Social, SEDESOL, y cambia su nombre por Instituto Nacional de Adultos en Plenitud, INAPLEN, a partir de enero de 2002, para convertirse en junio de ese mismo año en el Instituto Nacional de Personas Adultas Mayores, INAPAM, tras la publicación de la Ley de los Derechos de las Personas Adultas Mayores, en la cual se establece como prioridad la creación de un órgano rector de las políticas públicas hacia las personas de 60 años en adelante).

más, es decir, las personas más ancianas, se multiplicará por más de 5, pasando de 88 millones en 2005 a 402 millones en 2050 (Naciones Unidas, 2006).

En México existen actualmente 8.6 millones de personas adultas mayores que tienen 60 años o más, de las cuales más de la mitad son mujeres (54%, según datos del INMUJERES para el año 2007). Dentro del conjunto de la población mexicana los adultos mayores representan cerca del diez por ciento: 7.7% del total de hombres y 8.4% del total de mujeres (INMUJERES, 2007).

Asimismo, se estima que de la población mexicana nacida en 2005, al menos el ochenta por ciento llegará con vida hasta los 60 años de edad, en contraste con el cincuenta por ciento de la población que nació en 1970 que llegará a la misma edad. Desafortunadamente, el importante crecimiento de este segmento de la población no ha sido acompañado de una política pública de salud y de seguridad social que la beneficie, pues mucho menos de la mitad de hombres y mujeres en esas edades no son derechohabientes de alguna institución de salud y es irrisorio el número de personas que cuentan con algún tipo de pensión (INMUJERES, 2007).

En cambio, es inevitable que el aumento de la población en edades avanzadas conlleve en mayor o menor medida al incremento de enfermedades crónico-degenerativas. El deterioro funcional de los adultos mayores se traduce en incapacidades o impedimentos para la realización de las actividades cotidianas, en especial para las mujeres, debido a aspectos relacionados con su fisiología, su historia sexual y reproductiva, así como la calidad y el tipo de atención de salud reproductiva recibida durante embarazos y partos. Por lo tanto, las insuficiencias del sistema público de atención médica del país para enfrentar tal situación, hoy se reflejan fácilmente entre el sector femenino envejecido, pues en la etapa de la senectud se hacen evidentes las consecuencias de los patrones reproductivos desfavorables y las situaciones derivadas del rol social de las mujeres, centrado en la reproducción y el cuidado de los miembros de la familia.

Eso, sumado a la baja cobertura de las pensiones por jubilación y retiro, recrudescen en efectos negativos durante la vejez, especialmente porque en esta etapa de la vida pueden representar seguridad y ahorro en lo que concierne, por ejemplo, a hospitalización y acceso a medicamentos, entre otros beneficios. De nuevo, el sector femenino manifiesta con más facilidad dichos efectos, debido a su baja participación laboral durante su edad económicamente activa en comparación con los hombres.

Considerando el panorama descrito, en este trabajo de tesis analizamos el proceso de envejecimiento demográfico en México y la presencia de hijos e hijas como red de apoyo durante la vejez, esto es, como un factor que potencialmente puede incidir para mejorar la calidad de vida de las personas adultas mayores.

Reconocemos que la ausencia de una visión de equidad de derechos fundamentales y la asignación de roles de género estereotipados, han derivado en que sean pocas las personas adultas mayores que enfrentan la última etapa de la vida en buenas condiciones de salud y situación económica, en donde puedan gozar plenamente sus días mediante actividades que ellas mismas elijan hacer, ya sea un trabajo digno u otras actividades recreativas.

Por eso, generalmente las personas durante la vejez reconstruyen su vida a través de redes sociales de apoyo y de la solidaridad intergeneracional, siendo estos aspectos sustanciales para su bienestar pues forman parte integral de sus estrategias de vida. La suerte de contar con apoyo y solidaridad es crucial en esta etapa de su vida.

También tenemos claro que el problema no es que la población envejezca, sino que la sociedad no haya tomado hasta ahora plena conciencia del fenómeno ni de sus efectos, y en consecuencia, provea las condiciones óptimas para la población en edad avanzada. Evitar la muerte prematura y envejecer es un logro de las políticas públicas de salud, pero pareciera que los adultos mayores sufren ese logro porque no tienen los recursos socioeconómicos ni la atención necesaria para vivir con dignidad los últimos años (Peláez citada en Loewy, 2004).

Los cambios sociales de las últimas décadas (demográficos, económicos, institucionales, culturales, etc.) nos obligan a pensar en situaciones o escenarios diversos de condiciones de vida durante la vejez y, por lo tanto, a introducir nuevas dimensiones para su análisis y nuevas acciones e intervenciones públicas para enfrentarlos.

En el pasado reciente, llegar a viejo o vieja era un logro social e individual, no sólo por tantos años vividos sino por haber sobrevivido a las condiciones adversas del ambiente natural y social (Robles Silva, 2006). En nuestros días, sólo cuando son personas independientes y autosuficientes se les tiene admiración y respeto. Este es un claro ejemplo de que el proceso de envejecimiento y las condiciones de vida durante la vejez está abierto a múltiples posibilidades analíticas, como lo es el hecho de que las mujeres en edades avanzadas son las que se ven más afectadas por la pobreza y las enfermedades por las razones antes señaladas.

Vayamos más atrás en el tiempo. En las sociedades pretransicionales resultaba tan frecuente la defunción de niños, niñas y jóvenes que no cabía imaginarse llegar a viejos y viejas. A principios del siglo XX, en México las probabilidades de que un recién nacido llegara a la adolescencia eran mínimas. En tales condiciones las personas mayores eran vistas como supervivientes, como expresión de fortaleza y persistencia. Sin embargo, a lo largo del mismo siglo el proceso de modernización -del que la revolución industrial y la transición demográfica son expresiones-, produce una reubicación social de las diferentes edades. En dicho proceso la vejez resulta tan desposeída de sus anteriores atribuciones que se perfila como un grupo desvalido y necesitado. En esta época, y bajo las condiciones actuales, se construye un nuevo estereotipo de vejez, nada favorable e indeseable. ¿Por qué?

Porque la evolución demográfica ha tenido como efecto colateral asociar la vejez a la muerte, soslayando que se trata de un importante proceso natural y limitado. Cuando se es viejo se muere. Simple y llanamente. Pero también porque a la vejez se le atribuyen la soledad, el deterioro físico y mental, la inmovilidad y la pobreza.

Por eso el aspecto social es uno de los componentes más importantes en el tema de la vejez, es decir, todas las relaciones que guarda el viejo o la vieja con los demás (familia, amigos, vecinos, entre otros) y consigo mismos. Como seres humanos, buena parte de nuestro bienestar se fundamenta en nuestras relaciones sociales, en la presencia de personas que cuiden de nosotros y en el sentimiento de cercanía emocional con ellos.

En ese contexto, la familia representa la fuente primaria de apoyo, y en la edad avanzada generalmente se afianza esta idea. Definitivamente se trata de una etapa de cambios importantes, que si bien no siempre tiene que ser acompañada de pérdidas, es lo común. Así que el apoyo de los familiares, en especial de los hijos e hijas, adquiere gran importancia en este momento que puede ser difícil ya que se conjugan una serie de eventos típicos (aunque claro, no se limitan a éste momento): retirarse del trabajo y/o perder al cónyuge.

En conclusión, las relaciones personales especialmente con los miembros de la descendencia inmediata se consolidan más importantes entrada la vejez pues se ha comprobado que la salud física y psicológica se incrementa en personas cuyos lazos afectivos familiares son fuertes, en comparación con personas que por algún motivo tienen que vivir solas, o lo que es peor, en instituciones para ancianos y ancianas donde no se mantienen lazos afectivos, o bien, son escasos o nulos.

El reto es considerar este fenómeno demográfico en la elaboración de políticas públicas con el fin de integrar a la mayoría de la población adulta al desarrollo sostenible. Si esto es posible, se podría modificar el entorno sociocultural de manera que se transforme el significado de la vejez en una visión exitosa, en donde prevalezcan condiciones de vida asociadas al bienestar. Con todo lo anterior expuesto en mente, en esta tesis nos planteamos los objetivos que a continuación presentamos.

OBJETIVOS GENERALES

- a) Analizar a las familias como red de apoyo de sus miembros en edades avanzadas. Nos interesa precisar la importancia de los apoyos que durante la vejez los padres reciben de sus hijos e hijas, es decir, la importancia de los apoyos intergeneracionales.
- b) Examinar el impacto de las características de las personas en edades avanzadas y de los rasgos de sus hijos(as), en las posibilidades de que las primeras reciban apoyos de los últimos.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- a) Analizar las principales características de la población senescente en el nivel nacional según su área de residencia, estrato social, edad y sexo. El interés consiste en establecer el segmento de esta población que sea más vulnerable en la vejez.
- b) Examinar los rasgos básicos de los hijos(as) para ubicar las posibilidades de apoyo a sus progenitores. Se observan a detalle los rasgos de los hijos(as) que corresiden con sus padres y se comparan con los no corresidentes. También se desagregan los rasgos según sean hijos o hijas.
- c) Identificar y explicar los determinantes que facilitan o dificultan que las personas en edades avanzadas sean apoyadas por sus descendientes inmediatos, considerando características de unas y rasgos de otros. Detectamos contrastes a partir de los tipos de ayuda (económica, instrumental y ambas simultáneamente) que los padres reciben de sus hijos(as).

ORGANIZACIÓN DE LA TESIS

El trabajo de investigación que realizamos se compone de siete capítulos. En el primero presentamos los diversos abordajes académicos del envejecimiento poblacional y la vejez en el ámbito nacional. El segundo es una revisión de la formación socioeconómica de México a lo largo del siglo XX, en donde documentamos los elementos que dieron origen a una vejez algo incierta y desamparada. Para rastrear el brote de la adversidad fue necesario apegarnos a los trabajos que más exhaustivamente han contribuido a explicar los diferentes periodos de éxitos y tropiezos por los que ha pasado el desarrollo económico mexicano del siglo pasado. Consideramos la importancia del capítulo para conocer el contexto en el que envejecieron los adultos mayores y crecieron sus hijos(as). La evolución del acontecer histórico nos permitirá detectar los aspectos estructurales que hacen del envejecimiento poblacional y la vejez un problema contemporáneo, e interpretar claramente las tendencias que presentamos más adelante. En el capítulo II sintetizamos los principales antecedentes sobre los orígenes del envejecimiento poblacional, considerando las transiciones demográfica y epidemiológica. Desde una aproximación histórica enfatizamos los procesos de migración del siglo XX, los años de urbanización de las principales ciudades del país, el éxodo legal e ilegal a los Estados Unidos, y finalmente, la crisis y recomposición de las relaciones familiares de las personas en edades avanzadas que han experimentado la migración.

Posteriormente profundizamos en los apoyos durante la vejez en el capítulo III, el cual se divide en dos partes. En la primera sección nos centramos en el marco conceptual y la descripción de las redes sociales de apoyo como perspectiva analítica de la tesis. En los estudios sobre las dinámicas de ayuda en América Latina destaca el enfoque de redes sociales de apoyo, consideradas como el mecanismo a través del cual se logra un intercambio de favores que permite a los involucrados su reproducción social. En una segunda sección presentamos una síntesis del conocimiento acumulado para el caso mexicano. En el marco de los apoyos sociales, las ayudas que los padres en edades avanzadas reciben de sus hijos(as) han sido estudiadas con particular atención pues son consideradas especialmente importantes durante la vejez. El propósito de este

capítulo es identificar los argumentos más relevantes sobre los apoyos para ubicarlos en la investigación sociodemográfica e interpretar de la mejor manera nuestros alcances.

Los primeros resultados cuantitativos que obtuvimos en este trabajo de tesis son presentados en el capítulo IV mediante el análisis bivariado de las tendencias generales de la vejez en México en el 2001. Básicamente nos interesa analizar la diversidad de la población senescente, pues de ella deriva nuestra afirmación sobre un segmento más vulnerable que el resto. Consideramos los contextos más amplios de reproducción, así como las características individuales de la población senescente. Por esto resaltamos en todo momento los resultados obtenidos según área de residencia, estrato social, edad y sexo del adulto mayor.

Para reforzar el análisis de la dinámica de los apoyos intergeneracionales, en el capítulo V presentamos información relevante sobre la descendencia inmediata de los adultos mayores. Para esta observación el año de referencia será el mismo que veníamos estudiando (2001). Principalmente nos interesa conocer los aspectos que están relacionados con las posibilidades de los hijos(as) para apoyar a sus padres en la vejez, como son la edad, el estado civil, la escolaridad, la condición de actividad y de salud. También revisamos la presencia de nietos y algunos aspectos de la coresidencia y la no coresidencia entre padres e hijos(as). En esta parte de la investigación diferenciamos los resultados por área de residencia y estrato social de los adultos mayores, además del sexo de los hijos(as).

En el capítulo VI consideramos conveniente llevar a cabo un análisis multivariado que nos permita controlar la influencia de ciertas características y/o rasgos de las personas en edades avanzadas y de sus hijos(as), referidos al efecto que ejercen cada uno de ellos sobre los apoyos intergeneracionales que los primeros reciben de los últimos. Aplicamos modelos de regresión logística multinomial para conocer la relevancia estadística que adquiere cada variable al tomar en cuenta el efecto del conjunto de las variables analizadas sobre el comportamiento de los apoyos. Estimamos los determinantes de los apoyos más comunes según sus posibles combinaciones: económico, instrumental o ambos simultáneamente. Por último, en el capítulo VII

ofrecemos una síntesis de los principales resultados obtenidos y una serie de reflexiones finales.

Capítulo I

EL ESTUDIO DEL ENVEJECIMIENTO POBLACIONAL Y LA VEJEZ. EVIDENCIAS NACIONALES

Durante el siglo XX en México tuvieron lugar importantes transformaciones sociodemográficas, que analizadas a detalle nos permiten entender la vulnerabilidad que actualmente caracteriza a la población senescente mexicana. En la primera parte de esta tesis se analizan esas transformaciones y se hace una revisión de los estudios disponibles que han indagado la manera cómo las personas en edades avanzadas han venido enfrentando un contexto socioeconómico adverso. Usando los datos provenientes del Estudio Nacional de Salud y Envejecimiento en México realizado en el año 2001, en la segunda parte de la tesis exploramos las características de la población senescente y demostramos su vulnerabilidad. Asimismo exploramos las características de su descendencia inmediata, o sea, de sus hijos(as). Para terminar, nos damos a la tarea de identificar aquellos elementos que están posibilitando a los adultos mayores recibir distintos apoyos por parte de sus hijos(as).

Este capítulo está dedicado a presentar los distintos abordajes académicos del envejecimiento poblacional y la vejez en el ámbito nacional. Se trata pues, de una exposición sucinta de cada uno de los elementos de los cuales partimos para configurar nuestro propio abordaje. Tómese como una aproximación al tema que nos atañe y una aclaración a la manera cómo lo abordamos.

EL ENVEJECIMIENTO POBLACIONAL Y LA VEJEZ COMO PROBLEMAS PÚBLICOS RESUELTOS EN EL ÁMBITO PRIVADO. EL CASO MEXICANO

El México de hoy en día sólo se comprende atendiendo a su pasado. Esta premisa tan citada resulta adecuada para explicarnos por qué el envejecimiento poblacional y la vejez en el caso mexicano se han convertido en problemas públicos resueltos en lo privado. Veamos.

Hace 30 años el gobierno mexicano emprendió una política poblacional que tuvo como propósito disminuir el número de nacimientos, con la intención de frenar el acelerado crecimiento de la población y vislumbrar un desarrollo socioeconómico equitativo para la misma. Se buscaba transformar la estructura social por edades, con el fin de crear una relación cada vez más ventajosa entre la población dependiente (la menor a 15 años y aquella de 60 y más) y la población en edad laboral (que tiene entre 15 y 59 años). En otras palabras, (y dada las tendencias observadas en la estructura poblacional), se buscaba abrir y aprovechar una oportunidad transitoria definida posteriormente como “bono demográfico”, al aumentar más rápidamente la población en edad laboral que la dependiente. Sin embargo, el “bono demográfico” no es automático pues depende de políticas apropiadas en otras áreas. Los ahorros del “bono” deben ser adecuadamente invertidos o los efectos podrían ser negativos. En el caso mexicano, no hubo precaución al establecer “conexiones lógicas” entre el descenso de la fecundidad y el desarrollo socioeconómico. Aún más, no se analizaron en profundidad las repercusiones que se generarían al propiciar el aumento de las personas en edades avanzadas, ni mucho menos se previeron mecanismos para enfrentar los retos que esto implicaba.

En el corto plazo el gobierno a través de sus políticas logró cubrir en cierta medida algunas necesidades de la población dependiente de menor edad, entre otras cosas, haciendo más eficientes los servicios de salud infantil, creando guarderías y ampliando la matrícula escolar. Pero no sucedió lo mismo con la población dependiente mayor. Por inverosímil que parezca ahora, hasta hace muy poco tiempo (prácticamente a partir de la creación del INAPAM en el año 2002) no hubo políticas contundentes que

consideraran que a mediano y largo plazo existiría una extraordinaria demanda de la población senescente en continuo crecimiento, básicamente en materia de pensiones, empleo, salud, educación, vivienda y recreación. Esto evidentemente fue una grave omisión que ya deja entrever sus múltiples secuelas.

A nosotros por principio nos interesa destacar las problemáticas de la política pública de salud y seguridad social de las últimas décadas. A continuación nos referimos a la insuficiente cobertura y falta de solvencia de las pensiones públicas, presentes en las dos principales instituciones públicas de asistencia social dado su número de afiliados: el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE).²

Los datos son contundentes. En la actualidad apenas uno de cada cuatro adultos mayores mexicanos tiene algún tipo de pensión. Además, la mayoría de las pensiones son equivalentes al salario mínimo vigente, por lo tanto su poder adquisitivo es muy bajo.³ Por otra parte, la tendencia actual en el nivel nacional nos revela que los programas del IMSS e ISSSTE no tienen manera de garantizar los recursos suficientes para satisfacer las necesidades que están arribando con el paulatino envejecimiento poblacional (autoridades gubernamentales lo han reconocido, investigadores, sindicalistas y activistas de los movimientos de los jubilados hablan de “la quiebra de los programas de pensiones”). Si consideramos que año con año se impulsa la inflación debido a los incrementos de los precios a los alimentos de la canasta básica (como la tortilla, que prácticamente duplicó su valor entre finales del 2006 e inicios del 2007, por mencionar un caso paradigmático), y al ligero o nulo aumento de los salarios, podemos

² Otra característica de los programas de pensión pública es que entre los pensionados existe inequidad, ya que al interior del IMSS y del ISSSTE hay quienes tienen pensiones sumamente confortables. También porque persisten programas muy onerosos como los correspondientes a los trabajadores de Petróleos Mexicanos, Comisión Federal de Electricidad y otras entidades gubernamentales, donde los trabajadores se jubilan con pensiones elevadísimas, al grado de que llegan a ganar más como jubilados de lo que obtenían como trabajadores activos. No es posible que un grupo de trabajadores concentren pensiones tan elevadas, hay que buscar un sistema más equitativo que garantice una mejor distribución de la riqueza para la sociedad en general. En esta tesis no estamos interesados en ahondar sobre este particular, pero considérese como un elemento merecedor de posteriores análisis.

³ La consideración de una pensión digna deriva de un salario digno. Y lo que hemos venido observando es la caída constante del salario real desde hace más de 15 años.

tener idea de la gravedad de la insuficiente cobertura y falta de solvencia de las pensiones públicas. Averigüemos cómo se llegó a esta situación.

Los factores que afectaron la cobertura de los programas de pensión pública son diversos, sin embargo sobresale uno: el carácter urbano/formal de los mismos, ya que de éste se desprendió en buena medida la limitada cobertura que los caracteriza.⁴ Se puede decir que ambos programas fueron diseñados para proveer beneficios a empleados ciudadanos que se encuentran vinculados a otros, por una relación que implica subordinación y el pago de un salario, lo cual significó que los trabajadores de las áreas rurales prácticamente no participaran en ningún programa. Pero la limitada cobertura de los programas de pensión mencionados también se explica por la falta de incentivos para que los trabajadores se incorporen voluntariamente a ellos. Es necesario que el trabajador perciba una correspondencia entre sus aportaciones y los beneficios a recibir para lograr una cobertura amplia del sistema. Mientras considere que el costo de aportar al sistema de seguridad social sea mayor al beneficio, o que supere el costo del sustento familiar, tendrá pocos incentivos de participar, y el resultado será una baja cobertura.

Por su parte, el principal componente de la insolvencia de los programas de pensión pública son sus bajas tasas de reemplazo. La juventud es la primera víctima de un modelo económico neoliberal que genera poca demanda laboral formal que favorece la desocupación y el deterioro en la calidad del empleo, lo cual implica no tener derecho a cotizar en el sistema de seguridad social.⁵ Cada vez son más los trabajadores independientes o autoempleados, tales como abogados, carpinteros, plomeros, médicos, comerciantes o conductores de taxi, que laboran sin prestación social alguna, sin opciones de ahorro. A la par, entre los jóvenes es alarmante la falta de credibilidad en el sistema de seguridad social y en el destino final de los fondos, debido al historial de corrupción gubernamental y del sector financiero, razón por la cual el deseo de tener un empleo formal y contar con este derecho aunque existe, no es el mismo que antaño, es solo una opción un tanto lejana entre otras “más realistas”. De esta manera, la relación

⁴ En el capítulo II ampliamos la información respecto al sistema de seguridad social mexicano y a principales programas de pensión pública que contempla.

⁵ En el capítulo II presentamos una amplia descripción de la evolución del empleo y de las transformaciones del mercado de trabajo mexicano.

entre cotizantes y pensionados se ve afectada en mayor medida por la caída en la creación de empleos formales, en un país en que los jóvenes predominan en la estructura por edades y en un ámbito de débil reactivación económica que no logra resarcir los efectos de la crisis y del estancamiento económico que se vive desde los 1980's.

En materia de empleo, basta señalar que la mayoría de las personas en edades avanzadas que trabajan, normalmente están en posiciones de baja productividad y no tienen acceso a prestaciones laborales, lo que significa que la permanencia en el mercado laboral durante su vejez no les garantiza una situación económica estable.

Pero eso no es todo. El envejecimiento poblacional y la vejez⁶ se vuelven un problema porque implican retos mayúsculos en el diseño, implementación y aplicación de un sistema público de atención médica eficaz y adecuada a la nueva realidad, ya que durante el siglo XX la población mexicana también cambió su perfil epidemiológico como resultado de la otra transición, la epidemiológica.⁷ A continuación desarrollamos este argumento.

En las primeras décadas del siglo pasado, el panorama epidemiológico en México estuvo dominado por enfermedades transmisibles, asociadas principalmente a condiciones de vida desventajosas e insalubres. Entre la población, los decesos eran eventos más o menos súbitos, ya que se presentaban casi de manera sorpresiva a partir de una enfermedad no muy prolongada y generalmente infecciosa. Sin embargo, a fines del mismo siglo, debido al mejoramiento de las condiciones de vida y a campañas sanitarias, las defunciones se deben de manera preponderante a causas crónico-degenerativas y lesiones asociadas, lo que da lugar a un conjunto de eventos que con frecuencia involucran una pérdida gradual de las capacidades físicas y sociales, y acaban con la muerte en edades avanzadas.

⁶ Mientras el envejecimiento de la población es un fenómeno bien definido y sin ambigüedades a partir de la edad cronológica, la condición de vejez de un individuo tiene diversas implicaciones sociales, económicas, psicológicas y culturales que son fundamentales para determinar los problemas del envejecimiento poblacional, que se expresan en estereotipos positivos y negativos del envejecimiento de las personas, del ser adulto mayor y de la vejez.

⁷ En el capítulo II ofrecemos una descripción detallada de la transición epidemiológica en México.

Se trató de un proceso de sustitución de las patologías infecciosas como causas primordiales de muerte, sobretodo muertes prematuras, por un predominio de las enfermedades crónico-degenerativas y lesiones asociadas. Esto dio lugar a que el peso de la enfermedad se desplazara de los grupos más jóvenes hacia los adultos, sobretodo a la población senescente, y que el padecimiento de una enfermedad dejara de ser un proceso de corta duración y forme parte de la vejez.

Dentro de las peculiaridades del proceso salud-enfermedad de las personas de edad avanzada, se pueden distinguir las siguientes: 1) Una mayor fragilidad y susceptibilidad ante el entorno (social, económico, físico, emocional, etc.). 2) La combinación de los efectos del envejecimiento con la aparición o agravamiento de procesos patológicos. 3) La multimorbilidad en una persona. 4) La combinación de enfermedades crónico-degenerativas (diabetes, hipertensión, cáncer) con enfermedades transmisibles (diarreas e infecciones respiratorias agudas) y con accidentes. 5) El aumento de problemas de incapacidad o invalidez por la aparición de secuelas discapacitantes. 6) Muchos de los procesos patológicos se han iniciado en etapas tempranas de la vida o en la adultez, y en la vejez se encuentran en estados avanzados, con complicaciones y secuelas.

Como puede suponerse, el tratamiento médico de las enfermedades crónico-degenerativas y de las lesiones asociadas requiere de médicos especialistas en el segundo y tercer nivel de atención, es polimedicamentoso, tecnológicamente dependiente y su seguimiento dentro de las instituciones de salud es casi permanente. A todas luces es un tratamiento costoso para las instituciones de salud y muy caro para la persona enferma. Lamentablemente, hasta el momento el sistema público de atención médica no ofrece facilidades al respecto, siendo los adultos y adultas mayores las primeras afectadas. Sea por falta de planeación o escasez de recursos, las instituciones de salud hasta ahora no han adaptado sus servicios a la atención de las enfermedades que sabemos son frecuentes en la vejez. De cualquier manera, ya mencionamos que sólo una mínima parte de los adultos mayores cuenta con seguridad social, por ende, muy pocos tendrían acceso a las prestaciones que provee dicho sistema de atención médica.

Asimismo, señalamos que trabajar durante la vejez no garantiza una situación económica estable. Ambos aspectos dejan a buena parte de las personas en edades avanzadas un margen muy limitado para conseguir la atención y cuidados médicos que requieran.

El sistema de público de atención médica, por lo tanto, hoy por hoy se enfrenta al reto de responder lo más pronto posible y satisfactoriamente a la reclamación de bienestar durante la vejez. Es indiscutible la urgencia de desarrollar programas y acciones enfocadas a prevenir y atender la enfermedad y la incapacidad, manteniendo simultáneamente la salud y la independencia de las personas en edades avanzadas. Al mismo tiempo, el sistema debe prepararse para enfrentar nuevos retos derivados de los problemas ambientales, las fármaco-dependencias y los estilos de vida propios de nuestro tiempo. Mientras tanto, la atención médica y el cuidado de los adultos mayores son problemáticas que hay que enfrentar con mayor imaginación y sentido solidario del que hasta ahora ha existido.

En materia educativa, la población senescente es el sector más atrasado, pues la mayor parte es analfabeta o sólo tiene la primaria o secundaria incompleta. Tampoco dispone de viviendas adecuadas ni espacios públicos como parques, plazas y calles; es decir, no cuenta con las adaptaciones necesarias para realizar actividades de recreación, lo cual eventualmente la conduce a la dependencia o al aislamiento social.

Puede advertirse que la falta de estrategias oficiales para enfrentar los desafíos que impone una sociedad que envejece en un contexto socioeconómico desfavorable, hace de la vejez una cruda realidad que por ahora sólo las familias pueden contrarrestar, pero ¿de qué forma?

En el México contemporáneo la ausencia de un compromiso gubernamental que vaya más allá del discurso, ha propiciado que el bienestar de las personas en edades avanzadas se resuelva en el ámbito de lo privado ante la ausencia de políticas públicas

adecuadas e insuficientes.⁸ Las familias han sido las encargadas de solventar los gastos de sus miembros en edades avanzadas y prestar atención directa cuando sufren problemas de salud o un deterioro grave en su autonomía personal. Han tenido un papel muy importante en el ámbito de las relaciones socioafectivas, ya que son idóneas para proporcionar sentimientos de arraigo y seguridad, de capacidad, utilidad, autoestima y confianza. Desde esta perspectiva, para las personas en edades avanzadas las relaciones familiares se han traducido en relaciones de apoyo, pues ante las dificultades económicas, la enfermedad, la pérdida de autonomía o ante la soledad, son apoyadas por sus familiares, en especial por sus hijos(as).

Pero el apoyo familiar no es un fenómeno reciente. Diversos estudios -que revisaremos más adelante- han documentado que históricamente las familias mexicanas han sobresalido por su importante papel en la reproducción social de sus miembros en edades avanzadas. Se ha demostrado que las familias son fundamentales porque entrañan potenciales relaciones de ayuda que se pueden activar en momentos de adversidad durante la vejez. Para los adultos mayores la conciencia de que existen familiares que puedan ayudarles en caso de necesidad, les brinda confort y tranquilidad.

Otros estudios han indicado que los hijos(as) constituyen las principales fuentes de ayuda (más adelante presentamos una revisión al respecto). Sin embargo, también se sabe que los hijos(as) y otros familiares no siempre cumplen este rol asistencialista y que cuando lo hacen, no necesariamente logran satisfacer las necesidades que se pretendían cubrir, pues existen circunstancias que tienden a restringir las relaciones de

⁸ Si bien existen diversos programas estatales de pensión alimenticia a los adultos mayores, hasta ahora todos han operado con relativo éxito pues ninguno ha logrado cumplir cabalmente sus objetivos. Por otra parte, sólo en el Distrito Federal se cuenta con una ley que establece el apoyo monetario como una obligación del gobierno en turno, pues en el 2003 se aprobó la Ley de Pensión Obligatoria para los Adultos Mayores de 70 años y más. Desafortunadamente, esta pensión es insuficiente para tener un estilo de vida digno si se trata de la única o principal fuente de ingreso durante la vejez. Hoy en día, el gobierno federal impulsa una ley similar con cobertura nacional, aunque dirigida a los adultos mayores en situación de pobreza y que habitan en zonas rurales menores a 2,500 habitantes. Sin embargo, existen opiniones encontradas con respecto a su viabilidad, y más aún con relación a la pretensión de “universalizarla” a todos los adultos mayores en el corto plazo. En materia de empleo, en marzo de 2007 fue publicado en el *Diario Oficial de la Federación* un decreto para otorgar estímulos fiscales a empresas contratantes de adultos mayores y discapacitados, en materia del impuesto sobre la renta (ISR). Aún falta corroborar sus efectos entre quienes tienen la capacidad para seguir empleándose y se vean beneficiados por el decreto (evidentemente, aquellas personas que por cuestiones de salud no pueden emplearse, no gozarían de estos beneficios).

los adultos mayores y a dificultar las ayudas que puedan recibir. En el México actual las familias son de menor tamaño, por lo tanto, los apoyos se supeditan a un menor número de hijos(as). De igual manera, las mujeres salen a trabajar y dejan de ser potenciales cuidadoras, ya que en ellas ha recaído tradicionalmente esa labor; por último, es común la inestabilidad económica entre las generaciones más jóvenes, lo que dificulta sus posibilidades de apoyo de tipo económico. En resumen, gracias a estudios previos **tenemos la certeza de que el bienestar de los adultos mayores en la vejez está íntimamente relacionado con los apoyos que reciben de sus hijos(as), pero también sabemos que esos apoyos hoy en día se ven comprometidos por circunstancias de nuestra época.**

La preocupación que nos motiva a realizar esta tesis no es que haya más personas en edades avanzadas, sino que en México no existen las condiciones adecuadas para que buena parte de ellas sean sanas, activas y participativas. Mientras el gobierno mexicano, mediante sus políticas públicas, no logre empatar el proceso de envejecimiento poblacional y sus numerosas demandas sociales, quieran o no, los hijos(as) se verán obligados a asumir la responsabilidad en el cuidado y atención a sus padres en edad avanzada e intentar hacerles más digno su paso por la vejez. Sin embargo, habría que considerar también la capacidad de la descendencia para responder a éstas necesidades, dadas sus propias condiciones de vida (empleo, ingresos, licencias para atender a sus padres, etc.).

En este sentido, podría decirse que la vulnerabilidad de la población senescente, nos guste o no, depende de tener suficientes, constantes y adecuados apoyos de los hijos(as). No obstante, a pesar de que en el país desde hace algunos años comienzan a realizarse estudios al respecto, poco se sabe aún sobre cómo viven y enfrentan hoy los adultos mayores su vulnerabilidad en la vejez.

ENVEJECIMIENTO Y VEJEZ. DOS TÉMICAS EN AUGE⁹

En esta sección hacemos una revisión de los principales estudios que se han preocupado por analizar el proceso de envejecimiento y la vejez en México. Nuestro propósito es mostrar en qué se ha avanzado respecto a la comprensión del envejecimiento y la vejez en el contexto mexicano hasta el momento de realizar esta tesis. A continuación resumimos las líneas temáticas asociadas. Comenzamos por los estudios que analizan a los familiares, amigos, vecinos y otros no familiares como recursos de ayuda de las personas en edades avanzadas y su relevancia para hacerle frente a la adversidad en la vejez. Seguimos con los estudios que examinan la inserción laboral de los adultos mayores en el mercado de trabajo nacional y sus posibilidades de generar recursos económicos durante la vejez. Luego hacemos alusión a los estudios relativos al impacto de la política pública de salud y seguridad social. Por un lado, los que se ocupan de la problemática de las pensiones y, por el otro, aquellos que abordan los retos del sistema público de atención médica. Finalmente, nos ocupamos de los estudios que han analizado las múltiples maneras de asumir el envejecimiento, el ser adulto mayor y la vejez en nuestro país, todas ellas definidas por la cultura.¹⁰

Las familias como red de apoyo de los adultos mayores

Como lo expresamos párrafos atrás, hasta el momento se ha confiado en las familias para resolver los problemas vinculados al envejecimiento poblacional que el Estado y la misma sociedad en su conjunto no logran atender en su totalidad. En este sentido, probablemente el análisis de las relaciones de apoyo entre las familias y sus miembros en

⁹ Cabe señalar que no es sino hasta hace pocos años, principalmente a partir de la década de 1990, cuando notamos que se comienza a reconocer la importancia del envejecimiento de la población mexicana. Pueden verse, por ejemplo, los análisis globales para el país de Madrigal, 1988; Sandoval, 1989; Partida, 1991; Chackiel, 1992; Pujol, 1992. Para la ciudad de México se puede ver el trabajo de Camposortega, 1991. Y otros análisis más recientes como los de Ordorica, 1997; Partida, 1999 y 2001; Tuirán, 1999 y 2000. Ham, 2000, 2001b y 2003.

¹⁰ Conviene advertir que la gran parte de los estudios que han abordado el envejecimiento en el contexto mexicano son análisis sociodemográficos, y sólo en menor medida de otro tipo. De esta manera, en esta sección nos referimos fundamentalmente a los análisis sociodemográficos, aunque no dejamos de mencionar los otros tipos de análisis cuando es necesario. Cabe dejar claro que los estudios que en esta sección citamos obviamente no son todos los que existen. En realidad, son sólo los que consideramos más representativos de cada línea temática a la cual nosotros los adscribimos.

edades avanzadas se ha convertido en una de las líneas temáticas más exploradas en los últimos años.

Esta línea tiene como problemática los efectos, consecuencias e impactos del envejecimiento cuando las familias, la descendencia en general y los hijos(as) en particular, son la principal alternativa encargada de atender y resolver la mayor parte de las necesidades de los adultos mayores durante su vejez.

Surge como respuesta a los incrementos en los números absolutos y relativos de población de adultos mayores, las insuficiencias de los programas de pensión pública, tanto en cobertura como en monto, las demandas crecientes sobre un sistema de salud pública deficiente, y la carencia de infraestructuras de asistencia para las personas en edades avanzadas, especialmente las incapacitadas y dependientes.

Esta línea de estudio es prioritaria dado las numerosas evidencias empíricas acerca de que la capacidad de las familias para sobrellevar las crisis vinculadas a las necesidades de las personas en edades avanzadas parece disminuir, ante lo cambiante de la estructura familiar, las transformaciones en las relaciones internas y los arreglos residenciales, debido principalmente a la baja de la fecundidad, la incorporación de la mujer a la vida económica, la emigración del campo a la ciudad, la emigración transnacional, la creciente urbanización, los problemas laborales, la pobreza más generalizada, y los cambios en la ideología y las costumbres sociales asociadas a una modernidad globalizada que devalúa a las personas en edades avanzadas.

Reconociendo que las transformaciones socioeconómicas y culturales más amplias impactan a las familias, en algunos estudios se ha indagado sobre los apoyos que involucran a los adultos mayores, es decir, considerando no sólo las ayudas provenientes de instituciones gubernamentales, sino también las que son posibles al contar con redes sociales de apoyo, o sea, las provenientes de familiares, amigos, vecinos y organizaciones comunitarias. En este sentido, se alude tanto a las ayudas económicas como a las no económicas (ayuda asistencial) que reciben los adultos

mayores, pero también a las ayudas de uno u otro tipo que los adultos mayores dan a su vez a otras personas (Gomes, 1998, 1999, 2001, 2001a, 2001b; y Montes de Oca, 2002; Montes de Oca, 1996, 1999, 1999a, 2001, 2001a, 2001b, 2001c, 2002). Esto porque se reconoce que los adultos mayores también tienen la capacidad de apoyar y no sólo recibir apoyo, como comúnmente se piensa, lo que permite hablar de un intercambio de apoyos entre generaciones.

Otros estudios también han abordado los mismos aspectos enfocándose sólo en contextos urbanos (Enríquez, 2000, 2003; García y Madrigal, 1999; González de la Rocha, 1999; José Luis Palma, 2001; Yolanda Palma, 2001; Robles, 2001, 2003, 2003a; Varley y Blasco, 2001) o rurales (Cuellar, 1990; Zúñiga y Hernández, 1994). Estos estudios dan especial relevancia a las características estructurales e institucionales de ambos contextos, que incluyen tanto las que intervienen en la mayor o menor posibilidad de obtener ayuda, como en el mayor o menor compromiso para darla por parte de las instituciones gubernamentales así como de las familias, amigos, vecinos y organizaciones comunitarias.

Atribuimos la importancia de esta línea debido a las recientes transformaciones en la estructura de los hogares, cuya manifestación principal es que ahora pueden convivir varias generaciones simultáneamente. Además, en tanto se agregan los problemas de crisis económica, desempleo y bajos ingresos, aunados a una creciente urbanización que modifica actitudes tradicionales e impulsa y posibilita la adopción de otros patrones culturales propios de un sistema global.

Los ingresos y la participación económica de la población senescente

Hasta hace unas cuatro décadas generalmente las personas se jubilaban a los 60 o 65 años y morían poco después, era una etapa corta. Ahora la expectativa de vida es más alta y gran parte de los adultos mayores vive hasta 80 años o más. De esta manera, si bien continúan jubilándose a los 60 o 65 años en general, el tiempo que transcurre a partir de ahí y hasta su muerte es una etapa más larga. En este sentido, el análisis de las

fuentes de ingresos de los adultos mayores y su participación económica en la vejez se ha perfilado en los últimos años como una línea temática sólida.

Esta línea tiene como problemática el impacto del envejecimiento poblacional sobre el funcionamiento del mercado laboral. En primera instancia, porque el mercado excluye a la fuerza de trabajo en edades avanzadas a cambio de la más joven. Esto porque los trabajadores, sin importar su ocupación, conforme alcanzan edades avanzadas también van reduciendo su actividad. Asimismo, porque a estos recesos físicos se suman los vinculados al desconocimiento de la nueva tecnología que se conoce “de punta”. Situación más grave entre las mujeres, quienes de por sí han tenido una limitada participación económica e inserción ocupacional, que obedece principalmente a los roles e identidades de género culturalmente construidas y que las remitían hasta hace poco al ámbito doméstico.

Pero además, porque la pensión de los adultos mayores por sí sola apenas cubre sus necesidades económicas esenciales (entre quienes cuentan con ella y pensando muy positivamente), por lo que la gran mayoría demanda su permanencia o su reincorporación como fuerza de trabajo en el mercado laboral.

Partiendo de lo anterior, en diversos estudios se ha abordado la difícil situación económica en la vejez y las precarias condiciones laborales de las personas en edades avanzadas y sus perspectivas (Hernández, 2001; Pedrero, 1993, 1999, 2000; Montes de Oca, 1996; Salas, 1999; Welti, 2001).

Otros estudios han discutido la participación de las personas en edades avanzadas en la generación de ingresos monetarios y su impacto en sus hogares (Rubalcava, 1999; Wong, 1999). Otros más, bajo un enfoque comparativo, han explorado la forma como las prácticas poblacionales y socioeconómicas reproducen comportamientos regulares y la emergencia de comportamientos no regulares en diferentes contextos, principalmente los relacionados con la coresidencia intergeneracional y las fuentes de ingreso con relación a la posición que ocupan los miembros en familias (Gomes, 2001, 2001a, 2001b).

Cabe señalar que recientemente se ha sugerido una asociación entre la migración internacional pasada y algunos indicadores de condiciones socioeconómicas actuales, a partir del postulado de que “un movimiento migratorio voluntario se hace como una inversión con el objetivo de mejorar la calidad de vida a largo plazo”. Entre otros hallazgos, hay indicios de que la estrategia de migración internacional a los Estados Unidos que adoptaron algunos individuos de cohortes actuales de edad media y avanzada que ya retornaron a México, al parecer tuvo consecuencias positivas en sus condiciones socioeconómicas actuales (un mayor número de años en el país vecino está asociado con la disponibilidad de ingreso individual y con buenas condiciones de la vivienda), aunque inevitablemente provocó una desconexión con la protección brindada por las instituciones de seguridad social mexicanas (el mayor número de años está asociado con una menor derechohabencia de servicios médicos) (Wong, 2001).¹¹

Además recientemente se ha supeditando el envejecimiento a los movimientos migratorios internos, esto para apenas insinuar patrones de distribución geográfica de los adultos mayores diferenciales entre localidades, lo cual habrá de considerarse con respecto a las características de la seguridad social y de los mercados de trabajo. Al parecer el índice de masculinidad de la población senescente tiene una tendencia inversamente proporcional al tamaño de localidad, esto es que en el medio rural hay más varones que mujeres, y conforme aumenta el tamaño de localidad hay más mujeres que varones. Además, el crecimiento de la población total y de la senescente es negativo en las localidades rurales, y positivo en las de mayor número de habitantes, es decir, el proceso de envejecimiento es más acelerado en el medio rural (Negrete, 2001).

Opinamos que esta línea sobresale porque los planes de pensiones son escasos y cuando los jubilados gozan de este beneficio perciben generalmente el salario mínimo en vigor, pero tanto o más importante aún, porque los adultos mayores tienen acceso

¹¹ Sin embargo, se advierte que no puede adjudicar causalidad a las asociaciones encontradas porque las personas que emigraron alguna vez a los Estados Unidos y retornaron, pueden tener ciertas características difícil de considerar en un análisis de corte estadístico, como mayor iniciativa o mejor disposición al cambio o al riesgo, “de tal manera que aunque no hubiesen emigrado podrían haber alcanzado mejores condiciones socioeconómicas en edades avanzadas que el resto de su grupo comparativo”. Es decir, “los migrantes pueden ser auto-selectos por características no observadas” (Wong, 2001).

limitado al mercado laboral. Del mismo modo, porque a través de esta línea podemos plantear la necesidad cada vez más apremiante de un cambio en la mentalidad de la sociedad hacia una vejez de masas económicamente activa. Por otro lado, hay que acotar que en nuestra sociedad cada vez más móvil, los procesos migratorios de ser la excepción han pasado a ser la regla. Por lo tanto, consideramos que es urgente que se realicen estudios en esta dirección, ya que aún falta mucho por descubrir.

La jubilación en la vejez

Por su relevancia, hasta ahora el único aspecto sobre el envejecimiento poblacional y la vejez que ha figurado de modo constante en la agenda política y académica es el vinculado con los programas de pensión pública, principalmente con relación a las más recientes reformas del sistema de seguridad social. En este sentido, el análisis de la seguridad social es quizá la única línea temática que se desprende inmediatamente con el reconocimiento del inminente aumento de personas en edades avanzadas. Esta línea tiene como problemática que los programas de pensión pública se ven directamente afectados por el envejecimiento de la población.

Esa problemática ya ha sido analizada páginas atrás. Resumiendo se expresa así: una característica del envejecimiento es la disminución de la capacidad para continuar realizando alguna actividad económica, y por ende, es necesaria la sustitución del ingreso que proporcionaba el trabajo durante la vejez. Sin embargo, esta demanda que idealmente quedaría cubierta a través de una pensión, en gran parte de los casos no se da, y cuando sí, el monto corresponde a la cuantía mínima decretada por la ley. Además, en el futuro el número de personas en edad de trabajar y cotizar tenderá a reducirse en comparación con el crecimiento de la población senescente que se supone será pensionada.

En muchos estudios se ha explicado el acceso de las personas en edades avanzadas a los programas de pensión pública, ya que durante su juventud y madurez, es decir, durante su época productiva, surgieron las dos principales instituciones públicas de asistencia social: IMSS e ISSSTE. Se ha analizado la oportunidad

coyuntural y las circunstancias que limitaron la incorporación a dichas instituciones de los trabajadores. Esto es, se ha analizado su carácter discriminatorio, pues éstas cubren básicamente a asalariados urbanos, y no a trabajadores rurales (léase campesinos) ni a los del sector informal, ambas actividades de gran parte de los hoy adultos mayores durante su juventud y madurez (actividades que se prolongan incluso durante su vejez). Particularmente se ha analizado la mayor gravedad del caso de las mujeres, quienes apenas hace un par de décadas han tenido posibilidades reales de incorporarse al mercado de trabajo, como consecuencia directa del contexto sociohistórico que las mantenía hasta hace no mucho tiempo limitadas a realizar actividades sin prestaciones laborales (Gomes, 1998; Montes de Oca 2001b).¹²

No es sorprendente que se haya reflexionado en numerosas ocasiones sobre las dificultades del Estado, y de los programas de pensión pública del IMSS y del ISSSTE para enfrentar, sobre todo en las próximas décadas, el monto de las obligaciones derivadas de los pagos de pensiones, así como las repercusiones en las finanzas públicas y la previsible insuficiencia de los recursos frente a las crecientes demandas y costos. Todos los estudios han confirmado que ante las tendencias registradas y de continuar el sistema de seguridad social tal como es ahora, las pensiones de una creciente población senescente difícilmente se podrán cubrir (Ham, 1993; Valencia, 1999, 2001; Salinas, 1999).

Se ha estudiado también el futuro del sistema de seguridad social, pero haciendo referencia precisa a las últimas reformas del IMSS: las de 1992 y 1997. El propósito de la reforma de 1992 fue incorporar la nueva rama de seguro de retiro de extracción privada, el Sistema de Ahorro para el Retiro (SAR), mientras que la de 1997 introdujo una reforma estructural de mayor alcance: el gobierno federal absorbió buena parte del pago de las pensiones del IMSS que estaban vigentes hasta ese mismo año y privatizó el manejo de los fondos para las futuras pensiones de vejez y de cesantía en edad

¹² En México se estima que solamente un 16% de la población adulta mayor cuenta con pensión o jubilación. Esto significa que la gran mayoría de esta población no cuenta con ningún tipo de seguridad social, pensión, jubilación o seguro de gastos (Rodríguez, 1999). Según otras fuentes, 19% cuenta con algún tipo de pensión (Ham, 1996), mientras que las más optimistas aseguran que 22% (Montes de Oca, 1996).

avanzada. Estos estudios parten de la idea que las nuevas políticas neoliberales implican un ahorro según la capacidad individual, pero también implican un importante papel del Estado para generar ocupaciones y empleos como la única manera para alcanzar una mayor cobertura y mejor calidad de la seguridad social. Entre otros aspectos, se estudia cómo las reformas pueden impactar los derechos de los trabajadores y el carácter público de la seguridad social (Farell, 1999; Ham, 1996, 1999; Sandoval, 1999).¹³

Visto desde la distancia, creemos que esta línea de estudio ha sido de suma importancia porque a través de ella se ha cuestionado insistentemente la pertinencia del sistema de seguridad social y de los programas de pensión pública, gracias a esto se han formulado algunas reformas con miras a resolver el problema que se avecina de forma inminente.

La salud en edades avanzadas

Como anticipamos, el aspecto del envejecimiento que implica el mayor impacto social y económico es el vinculado con las condiciones de salud. En este sentido, el escrutinio de los retos del sistema público de atención médica que impone el envejecimiento poblacional, se trata de una línea temática que prácticamente ha sido desarrollada de forma paralela al examen del sistema de seguridad social. Esta línea tiene como problemática las repercusiones que a nivel individual y colectivo tienen las más claras e impactantes características que refieren a las pérdidas en las condiciones de salud.

El interés por el nivel individual es porque las transiciones demográfica y epidemiológica impactan el envejecimiento de la población mediante el desplazamiento de las causas de morbilidad y mortalidad de las enfermedades transmisibles, hacia las crónicas, degenerativas e incapacitantes. De esta manera, si bien es cierto que el número de personas de edades avanzadas es cada vez mayor, también es cierto que están expuestas por más tiempo a ser víctimas de enfermedades de consecuencias no letales.

¹³ Actualmente se comienzan a analizar las recientes reformas del ISSSTE que ya han sido aprobadas por el Poder Legislativo, sin embargo, no hemos incorporado información al respecto porque aun no conocemos sus efectos en la población adulta mayor.

El nivel colectivo interesa porque el envejecimiento poblacional desequilibrará el sistema público de atención médica por varias razones: en primer lugar, porque las mayores dificultades y limitaciones para atender las enfermedades de los adultos mayores, que resultan más caras comparativamente con los padecimientos de los más jóvenes; por la existencia de nuevas tecnologías y tratamientos que implican gastos que antes no existían, pero que permiten que algunos padecimientos asociados a las personas en edades avanzadas sean atendidos; por la demanda de calidad de vida, ya que no sólo se desea sobrevivir sino sentirse sano y capacitado, lo que cuesta más dinero; y por la prolongación del tiempo de estancia hospitalaria, ya que los adultos mayores tardan más tiempo en recuperarse de una enfermedad. El sistema de atención médica deberá entonces de modificarse tomando en cuenta estas transformaciones.

Así, en cuanto a la salud, a las enfermedades y al uso de los servicios médicos propios para los adultos mayores, en varios estudios se ha documentado el proceso de la transición epidemiológica, los cambios en las causas de morbilidad y mortalidad, el incremento de la esperanza de vida y las expectativas de salud, es decir, esperanza de vida acompañada, o no, de buena salud (Gutiérrez, 2001; Ham, 2001a; Ordorica, 2001).

Otros estudios han explorado el estado funcional y sus repercusiones en las necesidades de salud de las personas en edades avanzadas, considerando el costo de los servicios con respecto a la documentada situación del IMSS y el ISSSTE sobre los requerimientos asistenciales y la prevención de las personas con enfermedades. En este orden, han señalado la necesidad de reforzar y ampliar los servicios de salud, la importancia del cuidado a largo plazo y de dar soluciones a las incapacidades, al deterioro funcional y la mala percepción de la salud en general. Asimismo, de orientar la atención de manera diferencial de acuerdo con las necesidades específicas de cada género y edad, ya que son las mujeres y las personas de 75 años y más quienes están en una situación de desventaja, que se manifiesta en una alta dependencia por problemas de

salud e incapacidad para la realización de actividades diarias (Gutiérrez, 1998, 1999; Solís, 1999).

Otras investigaciones más han examinado los patrones de morbilidad con relación a la utilización y la disponibilidad de los servicios de salud y a las características sociodemográficas (Monterrubio y Lozano, 2001; Wong, y Figueroa, 1999). Lo anterior también con relación a la evidencia de que las principales instituciones prestadoras de servicios de salud surgieron inicialmente en la capital del país y su expansión ha llevado años, al grado de que hoy en día muchas de las comunidades más alejadas aún no cuentan con servicios de salud pública (Montes de Oca, 2001b).

Creemos que la importancia de esta línea temática es porque la pérdida de la buena salud repercute de inmediato en la calidad de vida, tanto del individuo que la padece como del grupo más inmediato a él, y ocasiona demanda no sólo económica, sino social, física, emocional, etc. sobre la familia, las amistades, la comunidad, el sistema de seguridad social y el sistema de salud. Fundamentalmente, porque tenemos la certeza de que es más importante una buena calidad de la vida que el aumento de los años vividos en sí mismos.

Por otro lado, creemos también que la información existente sobre la salud de la población senescente está muy fragmentada, no aborda todos los problemas de salud y no permite en la mayoría de los casos periodizarla, por lo que se dificulta ofrecer un panorama integral que capte la complejidad del proceso salud-enfermedad de dicha población. Ejemplo de esto son los pocos estudios sobre salud bucal, mental (demencias y depresión), comorbilidad, problemas nutricionales, evolución de los problemas de discapacidad y percepción del estado de salud, entre otros. Esta situación plantea la necesidad de mejorar los sistemas de captación y sistematización de la información en salud que se genera en las distintas instituciones (públicas y privadas), y la de realizar estudios que aborden integralmente los problemas del adulto mayor.

Percepciones y significados del envejecimiento y la vejez

El envejecimiento poblacional y la vejez individual evidentemente no son lo mismo. Esta es una línea temática que se aboca al análisis de las diversas percepciones y significados del envejecimiento de las personas, del ser adulto mayor y de la vejez, a partir de identificar y definir la heterogeneidad geográfica, social, económica y cultural, en el marco de las transformaciones e implicaciones de la dinámica demográfica. Aquí el interés es adentrarse en la manera como las personas viven su envejecimiento y su vejez. Asimismo, en examinar sus expectativas en esas etapas de la vida, considerando sus recursos materiales y sus redes sociales (principalmente redes de apoyo), porque el bienestar durante el envejecimiento y en la vejez es un fenómeno social que se diferencia según clase socioeconómica, cultura y región.

En algunos estudios de corte antropológico se ha abordado el envejecimiento y la vejez enfatizando especialmente en su aspecto sociocultural. En general, estos estudios han estado dirigidos a personas en edades avanzadas que radican en zonas rurales. En ellos además de definir y establecer diferencias con respecto a la vivencia de esas etapas de la vida en zonas urbanas, se han identificado estereotipos asociados a éstas y al contexto rural, y más importante aún, se han explorado sus manifestaciones en la vida privada, familiar, vecinal y comunal, entendidas como el sistema real de supervivencia en el ámbito rural (Vázquez, 1999a, 2003).

En otros estudios se ha abogado por delinear una cultura de la vejez que englobe las peculiaridades de ésta y del envejecimiento, así como las diversas experiencias, prácticas e intereses vinculados. En esta dirección se han abordado también los significados y las percepciones de la muerte, así como el papel de la religión y la espiritualidad en esas etapas de la vida (Vázquez, 1999, 2001).

Asimismo otros estudios de corte antropológico realizados en zonas rurales se han enfocado en las personas adultas mayores que son parte de comunidades indígenas. Por esto, además de considerar aspectos como los ya señalados, en ellos se destaca el impacto que tiene en la cultura del grupo la relación hacia los adultos mayores cuando son modificados algunos patrones culturales, y no sólo demográficos o económicos. De esta manera se enfatiza en las repercusiones del debilitamiento de estructuras tradicionales donde descansaba el estilo de vivir la vejez, el status que la acompañaba, el poder y el prestigio de antaño (Reyes, 1999, 1999a, 1999b, 2001, 2003).

La importancia de esta línea radica en reconocer los muchos modos de vivir el envejecimiento y la vejez. Igualmente, en reconocer que la capacidad y las formas de respuesta ante los estereotipos que implican esas etapas de la vida, de las que depende el bienestar de los adultos mayores, están en función de sus estilos de vida, determinados en mucho por sus patrones culturales.

ESTRATEGIA DE ANÁLISIS

En esta última sección exponemos brevemente la estrategia analítica que respalda este trabajo de tesis. Se trata de una explicación de la fuente de datos y la herramienta técnica utilizada. Además explicamos el abordaje metodológico que elegimos para analizar el tema en cuestión.

Fuente de datos

En México la investigación sociodemográfica respecto al envejecimiento y la vejez hasta hace tres lustros sólo se podía realizar de manera indirecta. Normalmente se analizaba la información de los censos que estuviera asociada a las personas en edades avanzadas, pero debido a que los datos obtenidos de esta fuente son meramente descriptivos, los progresos en el estudio de las temáticas aunque pioneros, no eran muy abundantes. Cuando se trataba de analizar encuestas no había mucha diferencia, pues

ninguna tenía como sujetos de estudio a las personas en edades avanzadas. Ambas fuentes si acaso permitieron establecer un perfil sociodemográfico de estas personas, sus arreglos residenciales y las características de los miembros del hogar donde residían.

Pero ese panorama cambió a mediados de 1990 y entonces la investigación fue fructífera. Además de la información censal acostumbrada, surgieron encuestas dedicadas exclusivamente a recolectar datos acerca de la vida cotidiana de la población senescente mexicana, lo que potencializó el análisis al respecto. La combinación de los datos censales y de las encuestas especializadas hizo posible que se realizaran múltiples estudios del proceso de envejecimiento y la vejez (como ya hemos hecho notar en el apartado previo). A continuación presentamos las principales encuestas.

La Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento (ENSE), aplicada en 1994, fue la primera base de datos sobre la población con 60 años y más.¹⁴ La encuesta, estadísticamente representativa en el nivel nacional, permitió avanzar en el conocimiento que hasta entonces se tenía de la calidad de vida durante la vejez. En esta lógica, con la ENSE se logró dar el primer paso en el análisis de la estructura y funcionamiento de los apoyos sociales orientados a los adultos mayores en el contexto mexicano.

En 1999 la ciudad de México formó parte de un estudio multinacional sobre salud y desarrollo. Se trata del estudio Salud, Bienestar y Envejecimiento (SABE) en América Latina y el Caribe, del cual se desprende la primera base de datos multinacional para estudiar estos asuntos en países latinoamericanos (Argentina, Barbados, Brasil, Chile, por supuesto México, y Uruguay) con una tasa inédita de envejecimiento y ejecutar análisis comparativos entre países.¹⁵ Para el caso que nos ocupa, este estudio arroja información sobre la población senescente que residía en la capital mexicana en aquel año. Entre otras cosas, permite evaluar la contribución relativa de tres fuentes de apoyo a la satisfacción de las necesidades relacionadas con la

¹⁴ Encuesta a cargo del Consejo Nacional de Población (CONAPO) y el programa de Desarrollo Integral de la Familia (DIF-Nacional).

¹⁵ Este estudio estuvo patrocinado por la OPS y varias instituciones nacionales y académicas de los países participantes.

salud entre los adultos mayores, a saber, las relaciones y redes familiares, la asistencia pública y los recursos privados.

Apenas comenzando el nuevo siglo se llevó a cabo el Estudio Nacional de Salud y Envejecimiento en México (ENASEM).¹⁶ Este es un estudio prospectivo de panel sobre salud y envejecimiento, con representación nacional urbana/rural. La encuesta inicial fue llevada a cabo en el verano del año 2001 y la encuesta de seguimiento en el año 2003. La muestra se seleccionó a partir de los hogares de la muestra del cuarto trimestre de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) 2000, realizada por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) en México. Contiene información de mexicanos nacidos antes del año 1951 y por tanto es representativa de la población que en noviembre del año 2000 tenía 50 o más. Gracias al ENASEM podemos avanzar en la discusión de los apoyos familiares intergeneracionales, ya que nos deja examinar los efectos de las ayudas que la descendencia inmediata proporciona a sus padres para contrarrestar la incertidumbre durante la vejez.

A pesar de la tradicional representación social de la vejez como una etapa de tranquilidad y cuidados, sobre todo en el ámbito doméstico, lo cierto es que la población senescente no está exenta de sufrir maltrato por parte de miembros de su familia o sus cuidadores. De hecho, la negligencia y abandono son comunes en esta etapa de la vida. La encuesta más reciente tuvo como propósito sacar a la luz los abusos contra la población senescente. Se trata de la Encuesta sobre Maltrato a Personas Adultas Mayores (EMPAM), que se levantó en el 2006 en la ciudad de México.¹⁷ El motor que impulsó esta encuesta fue la preocupación por fortalecer una cultura de los derechos en la vejez y una mejor calidad de vida de los adultos mayores.¹⁸

¹⁶ El ENASEM estuvo apoyado por una beca de investigación del Instituto Nacional de Envejecimiento/Institutos Nacionales de Salud de Estados Unidos de América. Se realizó con la colaboración de varios investigadores de las Universidades de Pennsylvania, Maryland, y Wisconsin en los Estados Unidos, y del INEGI en México.

¹⁷ Encuesta auspiciada por el Gobierno de la Ciudad de México, con el apoyo del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y El Colegio de México (COLMEX).

¹⁸ En nuestro país, este tipo de violencia ha sido el menos estudiado. Sin temor a equivocarnos podemos señalar que el estudio de la violencia en la vejez representa uno de los vacíos apremiantes en el campo.

Los hallazgos de las encuestas y los estudios hasta ahora realizados, han mostrado que la investigación respecto al proceso de envejecimiento y el bienestar en la vejez es un tema fundamental e imprescindible para conocer la dinámica sociodemográfica de este sector de la población, y para proporcionar elementos para el diseño de políticas y acciones de acuerdo con los atributos sociodemográficos del mismo. Las circunstancias poco favorables que dificultan continuar con la reproducción cotidiana en las edades avanzadas han sido evidenciadas desde distintos ángulos. Los mecanismos a través de los cuales se enfrenta la vulnerabilidad en estas edades también. Sin embargo, aún falta mucho por hacer. Con este espíritu nosotros utilizamos los datos del ENASEM 2001 para analizar los apoyos familiares durante la vejez. Este estudio nos proporciona los insumos necesarios para realizar nuestra investigación sobre los apoyos que los hijos (as) brindan a sus padres en edades avanzadas en nuestra época. Nos permite asociar estadísticamente los apoyos intergeneracionales no sólo con las características de los adultos mayores, sino también con los rasgos de sus hijos(as), relación poco analizada con anterioridad en México.

Herramienta técnica y abordaje metodológico

El Estudio Nacional de Salud y Envejecimiento en México realizado en el 2001 nos ofrece la información suficiente para analizar en el contexto mexicano contemporáneo, los apoyos familiares intergeneracionales que reciben los adultos mayores de sus hijos(as). Para lograr lo anterior, utilizamos el programa de cómputo Statistical Package for Social Science (SPSS), que nos permite realizar con rapidez y certeza un cálculo correcto, desde el procedimiento estadístico más básico hasta aquél sumamente complejo.

Utilizando esta herramienta, como ya adelantamos en la introducción, analizamos nuestra información de dos maneras. Primero realizamos un análisis bivariado a partir de cada una de las características de las personas adultas mayores y de los rasgos de sus hijos e hijas, para identificar tendencias generales y evidenciar la diversidad de escenarios durante la vejez, además de las condiciones de desventaja de ciertos sectores poblacionales con respecto a otros. Cabe aclarar que usamos los

conceptos “características” y “rasgos” para referirnos a atributos sociodemográficos, sin embargo, con fines de facilitar la exposición, utilizamos “características” cuando hacemos alusión a los atributos de la población adulta mayor y “rasgos” cuando se tratan de los correspondientes a la descendencia inmediata.

Las características de la población senescente que analizamos son su escolaridad y estado civil, sus condiciones de salud, acceso a los servicios sanitarios públicos o privados, así como sus oportunidades de ingreso. Los movimientos migratorios que experimentaron durante su juventud o madurez, el lugar de destino y sus arreglos residenciales actuales, igualmente son objeto de análisis. Esta serie de atributos sociodemográficos los diferenciamos en cuatro dimensiones: localidad de residencia, estratos socioeconómicos, edad y sexo de los adultos mayores.

En lo que respecta a los atributos de la descendencia, también son analizados desagregando la información en cuatro dimensiones que refieren no sólo a características de la población senescente (localidad de residencia y estratos socioeconómicos), sino también incorporan rasgos de los hijos e hijas (en coresidencia o no con sus padres y su sexo). Se analizan edad, estado civil, escolaridad, percepción de la situación económica, de la condición de salud y número de hijos(as) de la descendencia. Para la descendencia coresidente analizamos el tiempo de coresidencia con sus padres en edades avanzadas, así como la propiedad de la vivienda en la que cohabitan, mientras que para la descendencia no coresidente se analiza la frecuencia de contacto con sus padres.

En segundo término seleccionamos ciertos atributos sociodemográficos de los viejos y viejas, hijos e hijas, que consideramos prioritarios para acercarnos a conocer la mecánica de los apoyos intergeneracionales, mediante un análisis multivariado aplicando modelos de regresión logística multinomial. Con base en los resultados de estos modelos, identificamos y explicamos aquellos factores que tienen un impacto en los apoyos familiares intergeneracionales.

MÉXICO EN EL SIGLO XX Y LAS CONDICIONES DEL ENVEJECIMIENTO DE LOS ADULTOS MAYORES

Durante el siglo XX México experimentó un continuo proceso de transformaciones estructurales que a su vez impulsaron profundos cambios demográficos y socioeconómicos, los cuales impactaron rápidamente la realidad vivida por la sociedad mexicana a lo largo de ese siglo, en particular, dieron forma a la actual estructura de envejecimiento de la población y a las condiciones de desigualdad generalizada. Esto se expresa claramente en una población cada vez más entrada en años, con padecimientos de amplia duración y con efectos incapacitantes durante la vejez, con carencias y problemas en términos de empleo y seguridad social, mismos que se agravan aún más con la caída del poder adquisitivo del salario. A esto se suman los efectos negativos de las migraciones, por una parte, expresados en el desarraigo que experimenta parte del contingente actualmente envejecido, producto de sus movilizaciones permanentes en su juventud o madurez, así como en la dificultad de mantener relaciones cercanas con las generaciones más jóvenes, que de igual manera se ven orilladas a emigrar.

El envejecimiento demográfico, por lo tanto, es parte de este amplio y complejo proceso de cambios. En este capítulo nos abocamos a reconstruir el contexto histórico de las personas en edades avanzadas con el fin de explicar las condiciones de mayor o menor vulnerabilidad que experimentan hoy en día, los factores que dieron lugar a dichas condiciones y la manera en que han sido asumidas por este segmento de la población.¹⁹

¹⁹ Al enfoque en el que las diferentes edades de una población son abordadas como parte del transcurso vital de una misma generación se le llama análisis longitudinal. Sin embargo, la posibilidad de este tipo de análisis está supeditada a la disponibilidad de series muy largas de datos (series de tiempo), que permitan reproducir trayectorias generacionales. Como nuestra fuente de información no nos permite hacer esto, nos limitamos a describir y analizar el desarrollo económico y los cambios demográficos que se dieron durante el siglo pasado para aproximarnos a establecer sus relaciones con las características actuales de la vejez.

Para ello es necesario hacer un recuento del desarrollo económico en que se ha dado el proceso de envejecimiento de la población mexicana para entender su situación actual, y más adelante revisaremos los principales cambios en la dinámica demográfica que, asimismo, revelan las características de la población hoy envejecida.

EL CONTEXTO SOCIOECONÓMICO

El contexto socioeconómico que enmarca el siglo XX es el cambio en el modelo de desarrollo que se llevó a cabo en México y otros países latinoamericanos. En diversos estudios se han documentado en profundidad los impactos que estas macrotransformaciones tuvieron en la estructura económica y sectorial del empleo en el país (Lustig, 1994; Rendón y Salas, 1993 y 1996; Dussel, Peters, Piore y Ruiz Durán, 1997; Oliveira y García, 1997; Zenteno, 2002; Salas, 2003; Salas y Zepeda, 2003, entre otros). Nuestro propósito es presentar algunos de los principales cambios que permitan explicar más adelante sus implicaciones en las condiciones de vida de los adultos mayores.

Crecimiento económico y prosperidad

En las primeras dos décadas del siglo XX, la Revolución Mexicana fue un movimiento que golpeó fuertemente a México. Éste no culminó sino hasta que se logró la promulgación de la Constitución de 1917, en la que se plasmaron las principales demandas de la insurgencia armada, expresadas básicamente en el artículo 27. Este artículo refiere a la reforma agraria y se concibió para satisfacer el descontento del cada vez mayor número de campesinos que venían siendo despojados de sus tierras desde el siglo XIX a favor de unos cuantos. En él se proveía al Estado posrevolucionario de los instrumentos necesarios para la redistribución de las tierras entre los campesinos pobres y trabajadores rurales, pues se declaraba que todas las tierras eran propiedad del Estado, y que éste tenía el derecho y la obligación de transferir la tierra a los individuos y constituirla en propiedad privada. También el Estado tenía el derecho y la obligación de expropiar cualquier propiedad privada que juzgara de beneficio público (Otero, 2004).²⁰ Sin embargo, la completa tranquilidad en el país sólo se alcanzó y se generalizó hasta la década de 1930, cuando comenzó también la estabilización política.²¹

²⁰ Cabe señalar que por mucho los orígenes sociales y políticos de la Revolución Mexicana quedaron también evidenciados en el artículo 123, que se refiere a la clase obrera (Otero, 2004).

²¹ Esa tranquilidad en gran parte se debió a que prácticamente desde la década de 1930 y hasta el término del siglo XX, el gobierno se constituyó políticamente alrededor del Partido Nacional Revolucionario (PNR), posteriormente Partido Revolucionario Institucional (PRI), surgidos a partir de la Revolución

A partir de la década de 1940, el país ingresó a un período de crecimiento económico sostenido que se extendió hasta la década de 1970. Este crecimiento estaba orientado al mercado interno, con apoyo y participación del Estado. En este sentido, se definió por la expansión del proceso de industrialización, impulsado por el Estado a través de una política de sustitución de importaciones. Entre algunos rasgos característicos de esta política de sustitución se encuentran el proteccionismo, los subsidios a la industria y las concesiones fiscales a la importación de bienes de capital (Lustig, 1994).

En este período de crecimiento con estabilidad (1940-1970), el eje de la estrategia industrializadora se basó en la sustitución de importaciones de bienes de consumo duradero, como los automóviles y los aparatos electrodomésticos. Con el paso del tiempo, parte importante del valor agregado de la industria provenía de actividades de consumo no duradero, como la rama alimentaria, bebidas, tabaco, textiles, calzado y prendas de vestir. Dentro de este proceso industrializador, el sector agropecuario tuvo un papel fundamental, pues proveyó de las divisas necesarias para el financiamiento de los bienes importados y abasteció de alimentos a la población urbana en continua expansión (García, 1988).

Así, la redistribución de las tierras de la reforma agraria sólo fue posible mediante la creación de ejidos colectivos a partir de 1940.²² Desde 1917 y hasta 1930, la distribución se daba en parcelas individuales a cada ejidatario con el fin de preservar la productividad de las grandes unidades regionales (es decir, las ex-haciendas más productivas), y para mantener el necesario flujo ininterrumpido de materias primas agrícolas y bienes salariales para las industrias y las ciudades (Otero, 2004).

Mexicana. Si bien actualmente la Presidencia de la República ya no está en manos del PRI, este partido sigue teniendo mayoría en el Congreso y entre los gobernadores del país, y sigue controlando al grueso de las organizaciones corporativas de campesinos y obreros.

²² Las tierras que fueron redistribuidas por el Estado son los llamados ejidos. De esta manera, el ejidatario es el titular legal de la dotación de esas tierras. De esta manera, los ejidos colectivos se tratan de agrupaciones muy similares a las cooperativas de productotes (Otero, 2004).

En estas condiciones se dio un rápido crecimiento de la industria y de los servicios vinculados a la industrialización en las grandes urbes del país. Esto favoreció una ampliación de los mercados de consumo y de trabajo en las ciudades, con relativas ganancias salariales, y la consecuente disminución de los trabajadores agrícolas (Balán, Browning y Jelín, 1977; Muñoz, Oliveira y Stern, 1977). El período de crecimiento económico sostenido (1940-1970) se soportaba así en el sector manufacturero, por lo que el empleo aumentó sostenidamente, aunque cambiando su composición sectorial que solía ser agropecuaria.

En otras palabras, para el Estado el sector manufacturero evidentemente era primordial para alcanzar en el futuro próximo la modernización del país, mientras que el sector agropecuario solamente significaba la base de partida para llegar a él, el cual por lo menos debía modernizarse. Esto explica que durante el periodo 1950-1970 el empleo industrial aumentó de 14.8 a 21.8%. En cambio, el empleo agrícola que en 1950 alcanzaba el 58.3%, en 1970 había disminuido su importancia hasta representar el 40.8% (García, 1996). Cabe señalar que a la par de este proceso industrializador se dio una creciente participación del empleo asalariado, acompañada de una reducción del no asalariado que básicamente estaba constituido por el empleo por cuenta propia y el familiar no remunerado (Pacheco, 1997).

Hay que advertir que este período de expansión económica (1940-1970) ha sido conocido como *el milagro mexicano*, ya que bajo las condiciones citadas, por primera vez (y al menos hasta ahora, por única vez) la economía mexicana presentó tasas de crecimiento mayores que las de la población. Los resultados de este proceso se reflejaron, por una parte, en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población urbana, la más integrada al modelo de desarrollo industrial impulsado por el estado benefactor. Sin embargo, no ocurrió lo mismo para la población rural, pues ante la ausencia de políticas y acciones adecuadas hubo un estancamiento y deterioro en sus condiciones de vida, a pesar de que la agricultura constituyó la base de este desarrollo industrial, pues del campo mexicano se generaba la mano de obra, los bienes y las materias primas baratas y abundantes para las ciudades, así como las divisas necesarias para la importación de los insumos requeridos (Ruiz, 1998).

De tal suerte, *el milagro mexicano* del que tanto se habló a nivel estructural, pues el producto interno bruto (PIB) llegó a aumentar en ese período a una tasa anual real de 7.1% (Garza, 1998), no benefició de igual manera a todas las esferas de la población. Además, el crecimiento incesante de la población urbana, en especial de las zonas metropolitanas, condujo a una primacía de las áreas urbanas sobre las rurales, pero con el paso de los años también implicó una sobreurbanización, la que en el futuro devendría en desempleo, pobreza y degradación ambiental.

Esa desigualdad en las condiciones de vida entre los ámbitos rurales y urbanos también se vio reflejada en la conformación de las principales estructuras institucionales encargadas de la seguridad social del país, situación que prevalece hasta la actualidad: el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) en 1943, y el Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) en 1959.²³ La seguridad social en dichos institutos ha estado mediada desde su creación por la inserción ocupacional de los trabajadores asalariados, principalmente de residencia urbana, dejando fuera a los del ámbito rural y aquellos con inestables condiciones de trabajo (Montes de Oca, 2001).

La prioridad de que la legislación en materia de seguridad social y el régimen obligatorio protegiera sólo a los trabajadores asalariados urbanos del sector industrial, se sustentó en la creencia de que el resto de trabajadores dedicados a actividades consideradas premodernas, finalmente serían absorbidos por el sector industrial (Jusidman, 1996^a; citado en Montes de Oca, 2001). Aun así, en la década de 1950 la cobertura del IMSS cubrió una parte de los trabajadores rurales, los que estaban organizados sindicalmente, es decir, asalariados permanentes y temporales, ejidatarios, pequeños granjeros y trabajadores de plantaciones de azúcar, café, henequén y tabaco (Montes de Oca, 2001). Con esto, para ese año apenas si se cubrió al 7.0% de la

²³ Citamos sólo los casos del IMSS y del ISSSTE pero estamos conscientes de los sistemas de seguridad social estatales y para los organismos descentralizados como son Petróleos Mexicanos (PEMEX), Comisión Federal de Electricidad (CFE), Luz y Fuerza del Centro (LyFC), Ferrocarriles Nacionales de México (Ferroviales), Instituto de Seguridad Social de las Fuerzas Armadas (ISSFAM) y la banca central y de desarrollo (como Nafin, Banobras, Bancomext y Banrural) (Montes de Oca, 2001).

población económicamente activa (PEA) (CEPAL, 1985; citado en Montes de Oca, 2001).

Época de crisis y ajustes

Una peculiaridad del período de crecimiento económico sostenido (1940-1970) fue entonces que, gracias a él, se consolidó el tránsito de un país con una población eminentemente rural y ocupada en actividades agrícolas, a otro de base urbana e industrial. Sin embargo, esto acentuó una consecuencia ya advertida años atrás, aunque un poco más evidente en los primeros años de la década de 1970: una cada vez más profunda desigualdad económica y social, que era estimulada por una estructura de edad joven, en combinación con un desgaste del campo y un crecimiento industrial insuficiente en las grandes urbes (Ruiz, 1998).

Por lo anterior, a lo largo de la década de 1970 se presentó un desequilibrio en la balanza de pagos, una profunda crisis agrícola y una evidente incapacidad de las industrias de generar el volumen de empleos que exigían las altas tasas de expansión de la mano de obra. Se agravó así el desequilibrio entre la oferta y demanda de trabajo, y por lo tanto, se presentó una tendencia al estancamiento, luego desequilibrio y finalmente errático comportamiento económico visible en los siguientes años (Stern y Tuirán, 1994; Dussel Peters, 1997). Durante esa década se detuvo la redistribución de tierras iniciada desde la promulgación de la Constitución de 1917 y promovida en el artículo 27 constitucional (Otero, 2004).

Particularmente, durante la primera mitad de la década de 1970 el Estado se propuso llevar adelante una mejora en la distribución del ingreso. Sin embargo, y ante la imposibilidad de concretar la reforma fiscal necesaria, se recurrió al endeudamiento interno y externo (Solís, 1981; citado en García, 1988). Luego, en 1976 se dio una fuga de capitales que el gobierno trató de amortiguar mediante préstamos del extranjero y uso de las reservas nacionales. Lejos de lograrse esto, sólo se agudizaron los problemas: ese mismo año el peso mexicano se devaluó con respecto al dólar estadounidense en un

40%, la producción disminuyó su crecimiento drásticamente y la inflación fue en aumento (Lustig, 1994; Ruiz, 1998).

Empero, la recesión de 1976 fue breve, ya que pronto se descubrieron reservas petroleras. Con este auge petrolero de fines de la década, el Estado logró la reactivación del papel jugado por el sector industrial en la absorción de mano de obra por un par de años más, aunque el crecimiento sostenido ya no se alcanzó. Aún así, a finales de esa misma década hubo un trieno de cierta recuperación económica (1977-1979). Primero, porque se recuperó la tasa histórica de crecimiento del PIB, luego, porque se reanudó el proceso de acumulación de capital, entre otros factores, apoyado por el descenso de los salarios reales. A pesar de esto, el Estado no logró una estabilidad en los precios, sino una fuerte presión inflacionaria (Tello, 1981; citado en García, 1988). Lo anterior porque la recuperación estuvo basada en el impulso de unas cuantas actividades, principalmente industriales, y se siguió postergando la inversión en otras actividades clave, como la agrícola, lo cual sólo continuó acentuando el carácter desequilibrado y desigual que la economía mexicana venía siguiendo.

Entre 1978 y 1981 el precio del petróleo aumentó de 13 a 30 dólares por barril, por lo tanto y ante las expectativas del gobierno de obtener mayores ingresos por su exportación, se indujo a un mayor gasto, que con el tiempo significó un elevado déficit y una sobrevaluación del peso (contrariamente a lo que se esperaba), lo que finalmente desequilibró la balanza de pagos (Gollás, 1994, citado en Ruiz, 1998). Sin embargo, para fines de la década de 1970 se agotaba también el período de crecimiento sostenido del desarrollo económico mexicano, ya que la concentración del ingreso, que determinaba el tipo de bienes que se demandaban con altos contenidos importados, el desequilibrio externo y el déficit fiscal, generados por el patrón de acumulación de capital adoptado, tendieron a constituirse en los principales limitantes de su continuación (Rendón y Salas, 1996; Blanco, 1981 y Ros, 1981, citados en García, 1988). La inversión pública y privada estaban frenadas, el desempleo en ascenso, la inflación subía, la fuga de capitales era pronunciada y el peso comenzaba a flotar (Escalante, 1981; citado en García, 1988).

Los límites propios de un modelo de desarrollo centrado en el mercado interno comenzaron entonces a ser visibles durante la primera mitad de la década de 1970, cuando la inversión privada y la producción agrícola desaceleraron su ritmo de crecimiento y se cayó en una relativa crisis.²⁴ Por esta razón, y a pesar de que hacia finales de la década de 1970 se presentó una reanimación pasajera de la actividad económica, impulsada por el súbito auge petrolero, ésta no impactó la expansión de un mercado de fuerza de trabajo en todos los sectores (García, 1988).

El sector manufacturero, que hasta entonces había logrado absorber la mano de obra en expansión, ya no lo hacía al mismo compás de las décadas anteriores, lo que afectó al sector agropecuario, como resultado de la incapacidad del modelo de desarrollo económico para generar suficientes empleos asalariados y disminuir así la enorme reserva de fuerza de trabajo que sobrevivía en una economía campesina cada vez más devastada (García, 1988). Hasta ese momento, es decir, apenas terminada la década de 1970, el sector terciario (el cual sería elemental para comprender el mercado laboral en los años venideros) comenzó a tener un papel relevante en el empleo global, al absorber a gran parte de la mano de obra en continuo aumento que no lograba ser contratada.

Hay que señalar que el empleo industrial, después de haber repuntado durante el período de crecimiento estabilizador, fue perdiendo importancia de manera acentuada hasta llegar a representar en 1995 sólo el 15.9% del total, cifra cercana a la que registraba en 1950. El empleo en la construcción creció, aunque modestamente, para representar en 1995 el 5.4%. Sólo en el caso del empleo agrícola se dio un descenso continuo desde la etapa expansiva, hasta representar en 1995 sólo el 24.7%. En contraste, los empleados en el comercio y en los servicios aumentaron su presencia de manera importante con relación a la que tenían en décadas anteriores, pues para el año de 1995 los empleados en el comercio representaron 18.5% y los empleados en los

²⁴ Esta tendencia esbozada para la primera mitad de la década de 1970 ya se materializaba en cifras incluso desde antes, pues los empleados en el comercio y en los servicios habían aumentado su importancia de 1950 a 1970. Los primeros la acrecentaron de 8.8% a 10.8%, mientras que los últimos de 14.9% a 21.8% (García, 1996). Se trataba de las postrimerías de lo que se conocería como *terciarización* del empleo, fenómeno que tendría su mayor expresión durante las décadas de 1980 y 1990.

servicios 35.1% (García, 1996). Como se ve, el sector terciario agrupaba ya en ese año a más del 50% de la población ocupada.

El neoliberalismo económico

La década de 1980 se inició con la inesperada y estrepitosa baja de los ingresos petroleros y la suspensión del financiamiento externo. En el año de 1982, y esencialmente a raíz de la caída de los precios del petróleo, el peso mexicano se devaluó una vez más, de 16 a 45 pesos por dólar estadounidense, lo que condujo entre otras cosas, a que el Estado nacionalizara la banca privada (Ruiz, 1998). El país comenzó a atravesar una serie de dificultades producto del espejismo petrolero, el cual lo había conducido a acumular una gran deuda externa. Esa década sería conocida a la postre como *la década perdida*. La economía entraba, ahora sí sin impedimentos, en una crisis. Además, estaba bastante claro que el avance del proceso de industrialización y el crecimiento de la fuerza de trabajo asalariada, si bien se habían constituido como signos del progreso del país en décadas anteriores, ya no estaban evolucionando como se esperaba.

De esta manera, entre 1982-1983 terminó por extinguirse definitivamente el período de crecimiento económico sostenido basado en la estrategia de sustitución de importaciones. A partir de entonces, el Estado comenzó a establecer las medidas para instaurar un nuevo estilo de desarrollo económico, ahora caracterizado por una orientación hacia el mercado externo y con una fuerte tendencia a limitar la participación estatal. Entre esas medidas destacaron la reducción del gasto gubernamental, la regulación económica por parte del Estado, así como el aliento a la entrada del capital privado y a las empresas transnacionales: se gestaban las bases del modelo de desarrollo económico neoliberal (Rendón y Salas, 1996; Velasco Arregui, 1998; Zapata 1998; García, 1999; Aquevedo, 2000).

Lo anterior influyó claramente en el abatimiento de la dinámica ocupacional que venía presentándose. El curso que siguió el empleo asalariado de 1950 a 1979 muestra que durante esos casi treinta años se incrementó de 47 a 63%. Sin embargo, después de

la crisis del petróleo y de la gran deuda externa asociada durante la década de 1980 (ambos sucesos preludio del modelo de desarrollo económico neoliberal, impulsado desde esa década e implantado durante la siguiente de 1990), el empleo asalariado sólo constituyó el 57% en el año de 1995 (García, 1996). Por ende, el empleo no asalariado (conformado por el empleo por cuenta propia y el familiar no remunerado, principalmente) tuvo un comportamiento inverso y complementario al asalariado, lo que se tradujo en su mayor importancia dentro del espectro del empleo total.²⁵

En esos términos la evolución del empleo fue la siguiente: el empleo no asalariado, que abarcaba gran parte de la fuerza de trabajo hasta principios del siglo XX, perdió importancia debido al proceso de industrialización que se dio en el país durante su etapa expansiva, y que a su vez se reflejó en el aumento de la fuerza de trabajo asalariada hacia mediados del mismo siglo. Sin embargo, ese proceso comenzó a perder dinamismo al término del período de crecimiento con estabilidad, cuando ya eran evidentes los síntomas de agotamiento del modelo sustitutivo. Por eso no es fortuito que desde 1972 la Ley del Seguro Social fuera modificada con la finalidad de permitir la incorporación voluntaria de los trabajadores no asalariados al IMSS (Parker y Wong, 2001).

Una transformación del mercado de trabajo que merece una mención especial es el aumento de la participación femenina que inició en la década de 1970, tomó gran fuerza en los 1980's y se confirmó en los 1990's.²⁶ Entre otros factores esto fue posible

²⁵ Este fenómeno es conocido como *desalarización* del empleo, el cual se manifestó claramente a partir de la apertura del mercado durante la década de 1980 y se afianzó definitivamente en la de 1990, como parte fundamental del modelo de desarrollo económico neoliberal (Rendón y Salas, 1993 y 1996; Oliveira y García, 1996 y 1997). Este proceso de *desalarización* fue resultado, por una parte, de que las industrias ya no tuvieron la capacidad de antaño de captar a los trabajadores en permanente propagación. Por la otra, del avance tecnológico, pero también del cierre de industrias.

²⁶ El fenómeno del incremento inusitado de la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado es también conocido como *femenización* de la fuerza de trabajo. Empero, según evidencias históricas, este cambio se gestó paulatinamente. Durante las tres primeras décadas del siglo XX una gran proporción de mujeres estaba confinada al trabajo del hogar, debido a la destrucción del artesanado y al debilitamiento del sistema de haciendas. A partir de la década de 1930 se revirtió la tendencia a disminuir el trabajo extradoméstico remunerado por la ampliación de oportunidades en el comercio y el servicio doméstico remunerado. Dicha tendencia fue lenta pero constante durante los años de 1940 a 1970, sobre todo en los servicios y en menor medida en el comercio. A fines de la década de 1970 y durante la de 1980 su participación tuvo un repunte con la expansión de la industria maquiladora (Rendón, 1991). Durante la

gracias a los cambios generacionales vinculados con el aumento del nivel de educación promedio, a los cambios en las pautas matrimoniales y al descenso de la fecundidad.²⁷ Ahora bien, nos interesa destacar el proceso de feminización de la fuerza de trabajo porque en el ámbito privado o de los hogares, tradicionalmente han sido las mujeres quienes se han encargado de la atención y el cuidado de los adultos mayores, de manera que su mayor participación en las actividades remuneradas probablemente restringe esos cuidados.

Retomando lo anterior, bajo el contexto resultante de la crisis petrolera y de la deuda externa en 1982, surgió la transición hacia el modelo de desarrollo económico neoliberal. Entre las decisiones más evidentes para concretar la transición se encuentran las tomadas en 1990: la reprivatización de los bancos y el inicio de las negociaciones para un Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Estados Unidos, Canadá y México, el cual entraría en vigor cuatro años después (Ruiz, 1998).

Asimismo, en 1992 una reforma al artículo 27 referido al campesinado y a la redistribución de tierras, declaró concluida la reforma agraria. Sin embargo, esa nueva reforma resultó contraria a la demanda que se había buscado plasmar en dicho artículo en la Constitución de 1917, al estimular la privatización de las tierras ejidales, permitir el alquiler de la tierra y su uso como garantía de préstamos a la banca privada y fomentar la formación de asociaciones entre ejidatarios y empresas privadas (Barry, 1995; Cornelius, 1992; De Walt, Rees y Murphy, 1994; Randall, 1996; Cornelius y Mhyre, 1998b; citados en Otero, 2004). Aunado a esto, y como parte de las políticas del modelo neoliberal, entre otras cosas se ha venido impulsando la eliminación de los

década de 1990 la presencia de las mujeres en la industria disminuyó, a favor de su mayor participación en el comercio y los servicios (Rendón y Salas, 2000).

²⁷ Entre 1970 y 1990 la población femenina remunerada aumentó en 138.0%, mientras que la masculina lo hizo en un 77.0%. Estructuralmente hay tres razones para que el incremento de la participación económica femenina fuera definitivo: a) la pérdida de dinamismo en la generación de empleos en los sectores con mayor predominancia de fuerza de trabajo masculina (en un primer momento agrícola, luego industrial); b) la población ocupada se ha concentrado históricamente en el comercio y los servicios, por lo tanto, la expansión del sector terciario implicó la apertura de nuevos puestos de trabajo para ellas, y c) el deterioro del poder adquisitivo de los ingresos familiares y la creciente inestabilidad de los empleos, han conducido a más mujeres a realizar trabajo extradoméstico, ya sea como asalariadas o no asalariadas (por cuenta propia o como familiares no remunerados, básicamente) (Rendón y Salas, 2000).

subsidios agrícolas y la redefinición de los criterios para el crédito rural, ambos a cargo del Estado (Otero, 2004).

Así terminó el ciclo de más de 70 años durante el cual la agricultura estuvo regida por el Estado. Esta situación se vio reflejada en la dependencia de la mayoría de los campesinos, especialmente los ejidatarios, hacia agencias y programas supeditados al gobierno, que entre sus funciones tenían la obligación de otorgar desde asistencia técnica hasta préstamos para comercializar y procesar los productos (Otero, 2004).²⁸

De igual manera, en 1992 una nueva reforma a la Ley del Seguro Social incorporó el SAR como un sistema privado complementario de las pensiones del Instituto Mexicano de Seguridad Social (IMSS) y del Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), instituciones que cubren a la gran parte de la población que tiene seguridad social (Parker y Wong, 2001). Luego, en el año de 1993 la estabilidad de precios marcó un récord, pues la tasa de inflación fue menor a 10%, sin embargo, el crecimiento del producto interno bruto (PIB) apenas fue de 0.4% (Ruiz, 1998). Esto sólo fue un indicativo de lo que vendría inmediatamente: una nueva devaluación del peso mexicano frente al dólar estadounidense que detonaría la crisis económica de diciembre de 1994.²⁹

Como producto de esa crisis nuevamente se observó el descenso significativo en el ritmo de crecimiento económico y en la capacidad de absorción de fuerza de trabajo. Por esto, las condiciones de trabajo de la población ocupada se deterioraron dramáticamente a partir de 1995, a niveles por debajo de los esquemas mínimos de requerimientos laborales: 63% de la fuerza de trabajo no recibía ingresos o recibía hasta dos salarios mínimos; las prestaciones sociales no estuvieran al alcance de los trabajadores y trabajadoras pues 60.3% de la población ocupada no recibía ninguna

²⁸ Hasta el año de 1988 gracias a la reforma agraria se habían formado casi 30,000 ejidos o comunidades agrarias (las dos formas de tenencia de la tierra surgidas del artículo 27 de la Constitución de 1917), con una superficie que equivale al 54.0% del total de tierras forrajeras, agrícolas y forestales. Empero, sólo el 21.0% de esa superficie es adecuada para la agricultura, lo cual explica que hasta el 73% de la misma es de propiedad comunal (De Walt, Rees y Murphy, 1994; Mackinlay, 1994; citados en Otero, 2004).

²⁹ En términos de seguridad social habría que esperar a conocer las posibles implicaciones de la crisis económica que se avecina a inicio de 2009 al respecto.

prestación. A su vez, el deterioro permitió ver que en el mismo año el empleo en pequeños establecimientos fue la salida para 58.7% de la población ocupada, mientras que el empleo a tiempo parcial fue la opción para 26.6% (Pacheco, 1997).³⁰

De tal suerte, la situación que presentó el mercado de trabajo mexicano desde 1995 reflejó fielmente una serie de pronósticos desalentadores con respecto a las condiciones generales de vida de la población mexicana: en general, porque se postergaron definitivamente las posibilidades de un crecimiento económico sostenido en el corto y mediano plazo (Ruiz, 1998), y en particular, porque continuó y se acentuó la insuficiente generación de empleos, además de la necesidad de mejores remuneraciones para la población ocupada (García, 1999).

Por ello no fue sorprendente que en 1997 una nueva reforma a la Ley del Seguro Social tomó efecto, aunque ésta sólo abarcó a la población con seguridad social por parte del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Según esta reforma, el programa tradicional de pensión pública, que tenía un esquema de beneficio definido o de reparto, pasó a ser un esquema de cuentas individuales capitalizables manejado por la Administración de Fondos para el Retiro (AFORES) (Parker y Wong, 2001). En otras palabras, mientras que en el anterior programa la pensión recibida estaba en función del promedio del salario percibido en los últimos cinco años, en el nuevo esquema los beneficios dependen de las aportaciones acumuladas durante la vida activa, más los intereses que generen estos recursos.

Ahora bien, el deterioro en la calidad del empleo va más allá del mero detrimento salarial, o de la carencia de protección social, de la mayor presencia de los pequeños establecimientos o del empleo a tiempo parcial, por citar los principales efectos. En conjunto, el deterioro incidió en una polarización económica y social por demás evidente en los 1990's, aunque esta desigualdad ya venía dibujándose décadas

³⁰ Esas situaciones de deterioro de la calidad del empleo se han conceptualizado también como de *precariedad*. Se pueden entender a partir de los cambios que algunos tipos de flexibilidad traen en las políticas de movilidad dentro de las empresas con la pérdida de importancia de la antigüedad y las transformaciones en los niveles y modalidades de remuneración, así como en la pérdida de los estándares mínimos de protección social y seguridad en el empleo (Oliveira y García, 1996).

atrás. Desde la década de 1960 y hasta la década de 1990, alrededor del 10% más pobre de la población recibió sólo el 1% del ingreso, mientras que el 10% más rico recibió aproximadamente el 50% del ingreso total de los hogares. Esto fue resultado directo de las crisis económicas de finales de la década de 1970, la crisis de principios de los 1980's y la de mediados de los 1990's (Hernández Laos, 2000).

Las consecuencias de la polarización y la desigualdad económica rápidamente se reflejaron en un mayor deterioro en las condiciones de pobreza de gran parte de la población. A principios de la década de 1960 el número total de pobres era de 28.1 millones, de los cuales 23.4 se hallaban en condiciones de pobreza extrema y 4.7 millones en condiciones de pobreza moderada. Mientras que en los últimos años de la década de 1990 el número total de pobres se había casi doblado para alcanzar 55.7 millones, 37.2 en pobreza extrema y 18.5 en pobreza moderada (Hernández Laos, 2000).

Desarrollo económico y envejecimiento demográfico

Gracias a la reconstrucción histórica del contexto socioeconómico de las generaciones hoy envejecidas tenemos la posibilidad de identificar algunos de los principales factores que determinaron el modo en que se vive la vejez en nuestros días, de los cuales puntualizamos los siguientes:

- a. El resultado final de la reforma agraria mexicana fue la pauperización de los habitantes del campo, que condujo a la crisis tanto de los campesinos como de la agricultura, pues la redistribución de tierras que se estimuló fue sólo el camino para desarrollar y consolidar la urbanización e industrialización. Atrás quedó el México rural, donde envejecieron y vivieron su vejez los padres y abuelos de la mayoría de las personas que en este momento tienen edades avanzadas.
- b. Si bien durante el período de estabilidad económica se incrementaron las remuneraciones reales de los empleados a la vez que éstos tuvieron acceso a

la protección social básica, a partir del establecimiento del modelo neoliberal, no se asentaron las bases para que a corto o mediano plazo la población ocupada tenga acceso a un empleo bien remunerado, y mucho menos a los esquemas mínimos de prestaciones sociales, lo que acentuará la polarización y desigualdad en la sociedad mexicana. En este sentido, puede observarse en el país el pasaje de una población de pobres rurales a una población mayoritariamente de pobres urbanos, a cuyo crecimiento contribuye la migración de desempleados del campo a la ciudad y la carencia de empleo adecuadamente remunerados. Esta es la nueva realidad que tiene que enfrentar buena parte de los actuales adultos mayores durante su vejez.

- c. El crecimiento económico de México basado tanto en el modelo sustitutivo como en el neoliberal impactó fuertemente el sistema de seguridad social, en particular a raíz del deterioro del empleo y la caída del salario real. Además (como detallaremos más adelante), a esto se suman los cambios demográficos que rápidamente se expresaron en una crisis financiera del sistema de seguridad social, que derivó en la falta de recursos para hacer frente al gasto de pensiones, y en consecuencia condujo a la privatización de los principales programas de pensiones. De esta manera, los programas de pensiones basados en la solidaridad intergeneracional se transforman para dar paso a un esquema de contribuciones al cual paradójicamente pocos pueden contribuir. Entonces, la problemática de la seguridad social ya no se circunscribe a los adultos mayores, sino también a las generaciones jóvenes y a las que están próximas a la vejez.
- d. Esta realidad empobrecida, cada vez más generalizada en el país, se fue trazando a la par del envejecimiento demográfico, lo cual ha obligado a las personas envejecidas -y en constante aumento- a enfrentar los retos de las carencias y los problemas que enfrenta en términos de salud, empleo, salarios y seguridad social, factores que se reflejan en un franco deterioro de la calidad de vida no sólo de los más envejecidos, sino de la población en su conjunto. Los problemas de un amplio sector de adultos mayores están

ligados de manera indisoluble no sólo a la desaparición de los sistemas de seguridad social, basados en un principio de solidaridad intergeneracional, sino también al crecimiento de la pobreza. Por lo tanto, prestar atención a lo que significan los procesos de reforma estructural sin reconocer la pobreza, limita los alcances de las acciones que pretendan enfrentarla.

HACIA AL ENVEJECIMIENTO POBLACIONAL: LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA³¹

Actualmente en México se vive una fase avanzada de la transición demográfica, expresada en la notoria modificación de los montos y la composición de su población con respecto a décadas pasadas, lo que a su vez se refleja en el envejecimiento gradual de la población. Los efectos de la disminución de la fecundidad, así como la migración, determinan la estructura por edad de la población mexicana: en términos absolutos y relativos la población más joven continuará disminuyendo, mientras que las poblaciones en etapas madura y avanzada aumentarán en ambos términos.

La última etapa de la transición demográfica clásica sería aquella en donde los niveles de mortalidad y fecundidad fueran realmente bajos y muy próximos entre sí, por lo tanto, el crecimiento sería prácticamente nulo. De acuerdo con proyecciones vigentes del Consejo Nacional de Población (CONAPO), se espera que la transición demográfica en el país se haya completado a mediados del presente siglo. De esta manera, la población total del país pasará de alrededor de 100 millones en el año 2000, a más de 130 millones en el 2050, sobresaliendo algunos rasgos vinculados a las transformaciones en la composición por edad. Primero, se prevé que la población

³¹ Las primeras aproximaciones teóricas que explican la disminución de la mortalidad y de la fecundidad, las realizó el demógrafo francés Adolphe Landry en 1909. Más adelante, en 1929, el demógrafo norteamericano, Warren Thompson le llama “Evolución Demográfica”. En 1945, el inglés Frank Notestein expone la Teoría de la Transición Demográfica (Chesnais, 1990). Si bien el concepto tuvo su origen en el intento de explicar la relación entre los cambios demográficos y los cambios socioeconómicos en Europa durante el siglo XVIII, su uso se ha extendido hasta el presente, tanto porque se refiere a procesos demográficos identificables aún en diferentes situaciones históricas, como por el hecho de que constituye una propuesta de explicación de la dinámica demográfica a la luz de sus interrelaciones con los factores sociales, económicos y culturales (Zavala de Cosío, 1992).

infantil y juvenil (menor de 15 años) disminuirá de 33.1 a 19.2 millones, reduciendo su representatividad en el total la población de 33.2 a 14.6 por ciento. Luego, que la población en edades laborales (de 15 a 64 años), si bien crecerá de 61.8 a 79.0 millones, sufrirá un leve descenso en su participación relativa de 62.0 a 60.7 por ciento. Finalmente, que la población de 65 o más años se incrementará de 4.8 a 32.4 millones, pasando a representar de 4.8 a 24.6 por ciento del total de la población (Partida, 2001).

Esta información expresa con claridad que el futuro trae consigo un fuerte e ineludible envejecimiento de la población mexicana. En las próximas líneas revisaremos brevemente los acontecimientos que dieron lugar a la transición demográfica en nuestro país, esto nos ayudará a complementar la reconstrucción del contexto histórico de los actuales adultos mayores y a comprender desde una mejor aproximación las características de la vejez contemporánea.

El siglo XX en México está marcado por cambios substanciales en la dinámica, el ritmo de crecimiento y la composición de su población. Aunque no se tiene total certeza acerca del comportamiento demográfico durante las primeras décadas de ese siglo, fundamentalmente por la deficiente calidad de los datos disponibles para ese momento, se ha calculado que desde 1895 y hasta antes de 1910 la tasa bruta de mortalidad se acercaba a 37 defunciones por cada mil habitantes. La esperanza de vida al nacimiento en ese lapso se acercaba apenas a los 30 años. Por su parte, la tasa bruta de natalidad para el mismo periodo se ha estimado en cerca de 49 nacimientos por cada mil habitantes. Este comportamiento constante de los indicadores demográficos mencionados se reflejó en los montos de población total. En 1895 el país estaba habitado por 12.6 millones de habitantes. En 1900 se sumaban sólo un millón más, para ser 13.6 millones de habitantes (Mier y Terán, 1991).

Empero, la Revolución Mexicana se fraguaba a finales del siglo XIX y principios del XX. En el año de 1910, fecha en que inició la lucha armada, la esperanza de vida al nacer ya se había reducido a 25.4 años, como consecuencia de las condiciones de explotación y pobreza que precedieron a la Revolución Mexicana. Durante los diez años siguientes a su inicio, el comportamiento de la mortalidad y la natalidad mostraron

cambios sustantivos: por ejemplo, en 1915, cuando la lucha armada estaba en pleno apogeo, la tasa bruta de mortalidad había aumentado a aproximadamente 40 defunciones por mil habitantes, mientras que la tasa bruta de natalidad había disminuido alrededor de 45 nacimientos (Mier y Terán, 1991).

Una vez terminada definitivamente la etapa armada de la Revolución Mexicana hacia 1917-1920, tuvo lugar un proceso gradual de recuperación y expansión demográfica. La esperanza de vida para el año de 1920 repuntó hasta 31.5 años (Mier y Terán, 1991). Esto sucedió como efecto de la disminución de la mortalidad, que fue acentuándose durante los siguientes diez años, lenta pero sostenida en un principio y acelerándose gradualmente en los años sucesivos (Camposortega, 1997). A su vez, el descenso de la mortalidad estuvo acompañado del *baby boom* que se extendió a lo largo de 1920 y 1930 (Zavala de Cosío, 1992). Todo ello repercutió en que la población total del país -que había decrecido de 15.1 millones en 1910, a 14.2 millones en 1920, cuando la etapa armada de la Revolución estaba concluyendo- superara los 16 millones de habitantes en 1930 (Mier y Terán, 1991).

Los cambios en la dinámica de la población mexicana de principios del siglo XX hasta aquí descritos, ciertamente estaban asociados de manera estrecha con el movimiento armado revolucionario. Sin embargo, a partir de 1930 comenzó a gestarse en el país lo que sería el principal cambio de sus patrones demográficos. Se trata del proceso por el cual la población pasó de una situación caracterizada por niveles de mortalidad y fecundidad elevados, a otra donde estos niveles fueron bajos, es decir, la llamada transición demográfica.

Estas transformaciones empezaron con el indiscutible y continuo descenso de la mortalidad desde 1930, ya que a partir de ese año comenzaron a hacerse patentes los efectos de la Revolución Mexicana, los cuales se relacionan con las modificaciones en la calidad de vida de la población, gracias a que se inician los primeros programas de salud pública en el país (Camposortega, 1997). Sin embargo, un descenso acelerado se presentó entre 1940 y 1960, cuando la tasa de mortalidad infantil cayó de 163 defunciones por cada mil niños, a 90 defunciones (Aguirre, 1997). A su vez, la

esperanza de vida al nacimiento se incrementó en 17.5 años, uno de los incrementos más acelerados de la historia, pasando de 40.5 a 58.0 años. El aceleramiento en el descenso de la mortalidad se debió a la implementación de nuevas técnicas de prevención y salud, de los programas de eliminación de agentes patógenos y al despegue socioeconómico del país (Camposortega, 1997).

En cambio, a partir de 1970 y hasta 2006 se presentó una desaceleración en la disminución de la mortalidad. La tasa de mortalidad infantil había descendido en 1970 a 77 defunciones por cada mil nacidos vivos, en 1980 a 57 defunciones y en 2006 a 16.2 defunciones por cada mil nacidos vivos (Aguirre, 1997; INEGI e INMUJERES, 2008:63). La reducción de los incrementos anuales en la esperanza de vida al nacer, que durante las décadas de 1940 y 1950 fue de 0.9 años, a partir de la década de 1960 fue de 0.4 años. Por lo tanto, la esperanza de vida al nacer entre 1930 y 2008 se incrementó de 34.7 a 77.5 para las mujeres, y de 33 a 72.7 para los hombres (INEGI e INMUJERES, 2008: 21).

Entre 1930 y 1955 los niveles de fecundidad se mantuvieron relativamente constantes y próximos a 6.5 hijos por mujer. En 1960 aumentaron hasta casi 7 hijos. Sin embargo, a partir de 1965 comenzó un marcado descenso de la fecundidad, moderado al principio y agudo después (Gómez de León, 1996). Esto es, la fecundidad permaneció a niveles elevados -si bien con algunas bajas y repuntes sin importancia- hasta la década de 1960, por lo menos tres décadas después del descenso registrado en los niveles de la mortalidad. El papel de los programas gubernamentales encaminados a reducir el ritmo de crecimiento de la población fue definitivo para impulsar el descenso de los niveles de fecundidad, pero también por la mayor educación que las mujeres habían adquirido y que repercutió en el cambio de los ideales reproductivos de las mismas (Castro y Juárez, 1995).

Entonces, en 1965, la tasa global de fecundidad alcanzaba su máximo histórico de 7.1 hijos por mujer. Luego, en 1970 se había disminuido ya a 6.7 hijos, aunque seguía siendo más elevada que en décadas anteriores. Sin embargo, en 1973 entró en vigor la Ley General de Población, de la que se desprendieron los programas de

planificación que en 1974, con la creación del Consejo Nacional de Población (CONAPO), ofrecieron los servicios de control de la natalidad a través del sector salud y mediante la difusión del uso de anticonceptivos (Lerner y Quesnel, 1994). Se rompió entonces con una actitud tradicionalmente pronatalista que hasta ese momento venía asumiendo el Estado mexicano.

En 1975 la fecundidad descendió hasta 5.6 hijos por mujer, es decir, se había alcanzado ya una tasa global de fecundidad menor a las que se habían presentado durante ese siglo. A partir de aquí se apresuró la contracción de los niveles de fecundidad, pues para 1980 se tenían 4.3 hijos por mujer y en 1985 eran 3.9 hijos. En 1990 se trataba ya de 3.2 hijos, mientras que en 2007 se había conseguido bajar los niveles de fecundidad hasta 2.1 hijos por mujer (Welti, 1997; INEGI e INMUJERES, 2008).

Evidentemente, los cambios en la dinámica demográfica recientemente señalados tuvieron fuertes repercusiones en el ritmo de crecimiento de la población y en su composición a lo largo del siglo XX. Esto se explica porque, como vimos, las características del descenso acelerado en la mortalidad a partir de la década de 1930, y su magnitud, en combinación con los niveles elevados de la fecundidad hasta la década de 1960, dieron forma a los montos totales de población y a la composición por edad de la misma hasta antes de la década de 1980, al originar un ritmo acelerado en el crecimiento total de la población y en el rejuvenecimiento de su composición por edad.

La tasa anual de crecimiento llegó a duplicarse para la década de 1970, pues se ha estimado que variaba entre 3.2 y el 3.4 por ciento, siendo ese rango el más alto alcanzado durante la historia demográfica del país (Cabrera, 1997). Esto tuvo como consecuencia que entre 1970 y 1980 se sumaron a la población total 18.6 millones de personas, siendo 66.8 millones de habitantes los que contaba el país al final de ese año. Según la composición por edad, en 1970 los jóvenes en edad preescolar y escolar aumentaron notablemente su representatividad al 46.2% de ese total, es decir, habían logrado el mayor porcentaje durante el siglo XX. Las personas en edades activas

constituyeron el 50.1%, mientras que los adultos en edades de jubilación el 3.7% (Ordorica, 1997).

Sin embargo, esa tendencia comenzó a revertirse al iniciarse el cambio en los patrones reproductivos desde las décadas de 1960 y 1970. Esto fue mucho más claro a partir de la década de 1980, cuando los niveles de la fecundidad fueron los más bajos y aquél ritmo acelerado en el crecimiento y en el rejuvenecimiento de la población y su composición empezó a ceder. La tasa anual de crecimiento para la década de 1980 tendió a disminuir con respecto a los años anteriores, estimándose en aproximadamente 2.9% (Cabrera, 1997).

Por lo tanto, entre los años de 1980 y 1990 sólo se agregaron a la población total 14.4 millones de personas, esto es, 4 millones menos que en la década anterior, para sumar 81.2 millones de habitantes en el último año. En consecuencia, la composición por edad comenzó a mostrar signos de envejecimiento. En 1980, la población menor de 15 años había reducido su importancia a 43.1% del total, mientras que la habían aumentado la población que tenía ente 15 y 64 años a 53.1%, y la mayor de 65 años a 3.8% (Ordorica, 1997).

Así, entre 1930 y 2005 la población total llegó a más que quintuplicarse pues pasó de 16.5 millones de habitantes a 103.3 millones.³² Atendiendo la composición por edad, es notable que la población que tenía hasta 14 años disminuyera su importancia a favor de la población de 15 a 64 años, y de la población de 65 y más años. Entre 1930 y 2005 los niños y niñas en edad preescolar y escolar, menores de 14 años, de representar el 39.2% del total de población redujeron su presencia a 30.6%, mientras que el porcentaje de personas en edades activas entre 15 y 64 años aumentó de 57.8% a 61.1%. Los adultos mayores en edad de jubilación con más de 65 años también aumentaron su presencia de 3.0% a 5.5% del total de la población durante el mismo periodo (Ordorica, 1997; INEGI, consulta interactiva de datos http://www.inegi.gob.mx/lib/olap/general_ver4/MDXQueryDatos.asp).

³² Consulta interactiva de datos del INEGI con base en el II Censo de Población y Vivienda 2005.

En un contexto tal, las familias sufren transformaciones considerables que son en buena medida manifestaciones de los cambios en la estructura por edad de la población ligados al incremento de la longevidad. En las primeras décadas de este siglo, las parejas adultas por lo general no contaban ya con sus padres o abuelos y tenían pocas posibilidades de ver a sus hijos(as) llegar a la edad adulta. Ahora, la situación común es la convivencia de hasta cuatro generaciones.

SALUD Y ENFERMEDAD: LA TRANSICION EPIDEMIOLOGICA³³

La reconstrucción del contexto histórico estaría incompleta si no consideramos la transición epidemiológica. Sin duda, los cambios en la mortalidad de la población mexicana durante el siglo XX fueron mucho más allá que meras reducciones en sus niveles. A la par se observó un proceso que promovió entre la población el cambio gradual de un patrón de causas de muerte especialmente asociado a las enfermedades transmisibles, a otro que se caracteriza por el predominio de las enfermedades no transmisibles, con un constante incremento de las muertes por accidentes y lesiones vinculados básicamente al crecimiento de las ciudades.

A principios del siglo XX, las enfermedades infecciosas como el paludismo, la peste bubónica, fiebre amarilla, tifo, viruela y tosferina, entre otras, eran particularmente las principales causas de la mortalidad infantil. La desnutrición entre los infantes era más que común. Mientras tanto, las enfermedades parasitarias como las diarreas,

³³ Para enfocar el cambio en los patrones de salud y enfermedad a largo plazo en poblaciones humanas se formuló la Teoría de la Transición Epidemiológica en un escrito publicado por Omran en 1971. Postula la transición de un patrón de causas de muerte dominado por enfermedades infecciosas, con muy alta mortalidad especialmente en las edades más jóvenes, a un patrón dominado por enfermedades degenerativas y afecciones producidas por la acción del hombre como las formas más importantes de morbilidad y causa de muerte (Vera, 1999). Es de suma importancia señalar que en la actualidad existen posturas distintas en lo que se refiere al cambio en el perfil de daños a la salud y que consideran esta teoría insuficiente para explicar las estructuras de mortalidad y morbilidad, esto a pesar de ser la más difundida. Al respecto puede consultarse los siguientes trabajos: Martínez S., Carolina y Leal F., Gustavo, 2003 “Epidemiological transition: model or illusion? A look at the problem of health in Mexico”, en *Social Science and Medicine*, vol.57, núm. 3: págs. 539-550; Martínez S., Carolina, “El perfil de la mortalidad por causas de los adultos en la edad productiva en México a principios del siglo XXI: un panorama preocupante”, en Chapela, C., *Aspectos de las políticas y prácticas públicas de salud en México: seguridad social, servicios, promoción de la salud*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (en prensa).

además de las infecciones respiratorias de toda índole, por mencionar algunas, eran los motivos de la mortalidad en general. Asimismo, por las características de las enfermedades asociadas a las condiciones de vida de la población, las epidemias eran comunes. Por ejemplo, poco antes de concluir la etapa armada de la Revolución Mexicana (1918-1920), a los muertos que resultaron de la violencia extendida se agregaron los fallecimientos por una pandemia de la influenza (Kumate, 2002).

Al término de la etapa armada de la revolución en 1920, el país evidentemente estaba debilitado social y económicamente. Esto se reflejaba, por una parte, en un analfabetismo mayor a 60% entre la población, y por otra, en una infraestructura sanitaria muy simple y en una red hospitalaria en situación deplorable en gran parte del país (Kumate, 2002). En consecuencia, el panorama habitual durante las primeras décadas del siglo XX se puede resumir en uno asociado a las enfermedades de razón infecto contagiosa, parasitarias endémicas y de desnutrición generalizada crónica. Por esto, la mortalidad entre la población frecuentemente era un evento que afectaba a los más jóvenes y que aparecía súbitamente producto de un padecimiento no muy prolongado.

A partir de la década de 1930 se implementó una serie de programas gubernamentales para mejorar la situación de insalubridad tan extendida entre la población. Entre éstos destacaron por su impacto los servicios sanitarios coordinados, la incorporación del componente materno-infantil, “la gota de leche” (precursor de los desayunos escolares) y el reforzamiento de la campaña contra la viruela (Kumate, 2002). Durante la década siguiente, se darían los pasos fundamentales hacia la erradicación de las pandemias, esto es, la reducción de las principales enfermedades transmisibles. Igualmente, se darían pasos agigantados para una disminución considerable de la desnutrición.

La fundación del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales en 1939, y la migración de 500 médicos españoles al país en ese mismo año, se conjuntaron con la fundación del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) en 1943. Además, se dio la descentralización de las instituciones médicas. Primero, El Hospital Infantil de México

en 1943, luego el Instituto Nacional de Cardiología en 1944 y posteriormente el Hospital de Enfermedades de la Nutrición en 1946. A esto se le sumó la consolidación de una red hospitalaria que venía planeándose años atrás (Kumate, 2002). Con el tiempo, las acciones gubernamentales puestas en marcha desde el inicio de la década de 1930 y reforzadas durante la de 1940, serían identificadas como el parteaguas de la situación de salud de la población mexicana.

Así, la erradicación de la viruela se logró en la década de 1940. Hasta ese año, el paludismo se mantuvo entre las tres primeras causas de muerte y entre las cinco primeras hasta 1960, gracias a las campañas de rociado con pesticidas. Además, desde 1940 y hasta la década de 1970, cuatro de las cinco primeras causas de defunción seguían siendo de origen infeccioso (diarreas, enteritis, neumonía e influenza).³⁴

A la par, desde la década de 1950 las enfermedades del corazón aparecen dentro de las cinco principales causas de muerte (quinto lugar en 1950, cuarto en 1960 y 1970, segundo en 1976 y 1986, y primero desde 1990). Los tumores malignos o cánceres comenzaron a tomar relevancia en la década de 1970 hasta alcanzar el segundo sitio en causas de muerte a finales de la década de 1980. La cirrosis hepática y otras enfermedades crónicas del hígado (sexto lugar desde 1995), así como la diabetes mellitus (dentro de los cinco primeros sitios desde mediados de la década de 1980), fueron aumentando su importancia hasta adquirir gran notabilidad también desde la década de 1970 (CONAPO, 1999).

En síntesis, durante la primera mitad del siglo XX el perfil epidemiológico de la población mexicana estuvo dominado por enfermedades transmisibles, ligadas indiscutiblemente a las reinantes y desventajosas condiciones de vida pero dicho perfil comenzó a cambiar progresivamente a favor de uno sujeto a las enfermedades crónico-degenerativas. Esto se logró gracias a la confluencia de diversos factores (además de los

³⁴ Es conveniente mencionar que estas causas de muerte experimentaron una importante disminución en su ocurrencia a partir de las décadas de 1940 y 1950. Por ejemplo, el paludismo (una de las principales), así como las diarreas, enteritis, neumonía e influenza (las siguientes en orden de importancia), disminuyeron de 47.6 y 37.3 por diez mil personas en 1940, a 17.1 y 16.2 en 1960, y a 14.1 y 17.0 por mil en 1970, respectivamente. Esto se debió básicamente a la difusión de la aplicación de vacunas y antibióticos (CONAPO, 1999).

ya mencionados), entre los que sobresalen el aumento de los niveles de escolaridad de la población, particularmente de las mujeres, la mejoría del estado nutricional, el incremento en la cobertura de los servicios de agua potable y drenaje, el avance en el control sanitario de alimentos y bebidas, las constantes campañas sanitarias y el mayor acceso a los servicios de salud (Kumate, 2002). Cabe mencionar que este cambio paulatino en las causas de mortalidad de la población mexicana fue por mucho evidente hasta la década de 1970, y desde entonces ha sido identificado como el proceso de transición epidemiológica.

El espectro de las enfermedades ha cambiado en las últimas décadas a partir de la reaparición de algunas enfermedades infecciosas que años atrás habían sido controladas como el cólera, el dengue, el paludismo y la tuberculosis, y la persistencia de ciertos cuadros de neumonía e influenza, así como la aparición de enfermedades de transmisión sexual (ETS) y el VIH-SIDA.³⁵

Actualmente las enfermedades del corazón, la diabetes mellitus y los tumores malignos prevalecen como las tres principales causas de muerte de la población, con diferente orden y magnitud, y de igual manera los accidentes y lesiones han adquirido gran relevancia en los últimos años ocupando el cuarto lugar. A nivel regional las diferencias en el orden de aparición de estas enfermedades muestra patrones distintos para mujeres y hombres: en cuatro entidades federativas la proporción de defunciones de mujeres por enfermedades del corazón supera los 20 puntos porcentuales (Distrito Federal, Sinaloa, Nuevo León y Sonora). Entre los hombres el patrón de causas de muerte es menos homogéneo, pues en algunos estados de la república una de las tres principales causas a nivel nacional se sustituye por los accidentes, o bien por enfermedades del hígado (INEGI e INMUJERES, 2008:62).

³⁵ El número de hombres infectados por SIDA entre cada millón de hombres ha aumentado en forma exponencial entre 1983 (1.7) y 1999 (147.7); a partir del 2000 (139.7) y hasta 2006 (73.8) se observa un decremento, el cual seguramente está influido por el retraso en la notificación de casos. Para el caso de mujeres contagiadas por cada millón de mujeres, el incremento entre 1984 (0.7) y 2001 (30) es constante, pero menos acelerado en comparación con los hombres. Las tasas de mujeres infectadas por este virus decrecen entre 2002 y 2006, también por retraso en la notificación, pero en menor magnitud comparativamente (INEGI e INMUJERES 2008:90).

La ocurrencia de estos padecimientos aumenta conforme avanza la edad pero también están relacionados a factores genéticos, cambios en los estilos de vida y, en especial en el caso de accidentes y lesiones, al aumento en la exposición a factores de riesgo como la violencia, las adicciones y la sobrepoblación de las ciudades (estos últimos son resultado del proceso de industrialización por el que atravesó la población mexicana durante la segunda mitad del siglo XX). Así, las defunciones que desde la década de 1970 están vinculadas a causas crónico-degenerativas, con gran frecuencia implican una pérdida gradual de las capacidades físicas que terminan finalmente con la muerte en edades avanzadas. Además, con la prolongación de la vida en los adultos y adultos mayores se posterga la muerte en un tramo previo de múltiples enfermedades.

Este giro en la salud de la población, es decir, el desplazamiento de las enfermedades hacia las crónico-degenerativas y de la mortalidad hacia las edades más avanzadas, es importante en sí mismo porque impone nuevos retos a los sistemas de salud, como una nueva definición y adecuación de las estrategias preventivas y de la prestación de servicios, al enfrentarse a nuevos patrones en la demanda de consultas médicas, hospitalización y causas de muerte. Pero además porque la atención y el cuidado de los adultos mayores también recaen en las familias y la realidad es que hoy por hoy no existen las condiciones más propicias para suministrarlos. El apoyo que los miembros de las familias otorgan a los adultos mayores constituye parte de un intercambio generacional entre padres e hijos(as) cuando estos existen o están disponibles, o del cónyuge en caso de tenerlo, sin embargo, la disponibilidad o la ausencia de unos u otro, da lugar a una serie de arreglos en los que las relaciones personales cumplen un papel fundamental. En un período en el que el número de hijos(as) disminuye aceleradamente, la posibilidad de que los adultos mayores cuenten con hijos(as) que los apoyen durante su vejez también se reduce, mientras que, la mayor sobrevivencia de los padres hace que éstos tengan que enfrentar solos su vejez.

LAS CIUDADES COMO DESTINO: LA MIGRACIÓN

Otro componente que permite explicar tanto el monto de la población que actualmente vive su vejez como las condiciones en las que vive es la migración. La conjugación de los elementos señalados hasta ahora dio lugar a que en México se haya también gestado una amplia gama de movimientos entre la población, tanto al interior del país como hacia el exterior, básicamente a los Estados Unidos. Esto porque los movimientos migratorios constituyen un fenómeno complejo y dinámico asociado a las disparidades del desarrollo socioeconómico, pues en general las personas se desplazan, individualmente o con sus familias, cuando identifican en otros sitios la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida.

Actualmente la migración es el componente demográfico que más impacta a la estructura por edad de la población mexicana, si bien ya vimos la pauta que dio el descenso de la fecundidad y la mortalidad durante el siglo pasado. El envejecimiento será el fenómeno demográfico que caracteriza al México del siglo XXI, expresándose en el considerable crecimiento del número de personas de edad avanzada y el aumento notorio de la edad media de la población, que se incrementará de 28 años en la actualidad, a 37 y 43 años en 2030 y 2050 respectivamente (CONAPO, 2006). El binomio migración-envejecimiento es un factor importante en la dinámica de los arreglos residenciales, entre otros aspectos porque determina la ausencia de los hijos e hijas que emigran y por lo tanto la privación del apoyo físico hacia sus padres, pero también por la importancia de las remesas como apoyo de tipo económico.

Durante el siglo XX la distribución territorial de la sociedad mexicana estuvo estrechamente vinculada con la evolución socioeconómica del país. Sin embargo, la movilización de significativos contingentes de población tuvo su mayor apogeo durante la segunda mitad del siglo pasado, cuando se promovió el impulso de una sociedad de base urbano-industrial. Se trató de cambios de residencia de la población que implicaban un traslado permanente a otra entidad federativa, impulsados por los desiguales niveles de desarrollo socioeconómico regionales. Por esto, en general fueron desplazamientos sucesivos de la población que vivía en zonas carentes de recursos, o

donde eran escasos los medios para satisfacer las necesidades básicas de los habitantes, hacia zonas con mayor desarrollo en las que podían encontrar alguno de los satisfactores buscados.

Durante la primera década del siglo XX, poco más de siete de cada diez habitantes vivían en localidades rurales. Más tarde, las migraciones de carácter rural-urbano alteraron el patrón de asentamientos del territorio nacional, transformando al país de un perfil básicamente rural, a otro con características urbanas, pues para la última década del mismo siglo apenas casi 3 de 10 habitantes vivían en localidades rurales. De esta forma y gracias al acelerado proceso de urbanización e industrialización que inició de la mano con el período del llamado *milagro mexicano* (1940-1970), el país dejó de ser predominantemente rural y agrícola.³⁶ El porcentaje de población total que vivía en localidades urbanas pasó de 36.5% en 1940, a 59% en 1970 (Núñez, 1998).

Los traslados en general se originaron en las entidades de menor desarrollo relativo y se dirigieron hacia las entidades más desarrolladas que contenían las mayores urbes del país. De esta forma, y en parte respondiendo a la centralización económica promovida por el desarrollo estabilizador, los migrantes internos se dirigieron básicamente hacia las tres principales zonas metropolitanas del país: Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey (Corona, 1991). En ese sentido, el proceso de desarrollo metropolitano, cuya característica principal es la creciente interdependencia entre una ciudad y sus zonas periféricas, pudo apreciarse con facilidad a partir de 1970.

Cabe señalar que durante las décadas de 1960 y 1970 hubo un predominio femenino de los flujos migratorios a los grandes centros urbanos en crecimiento (Ordorica et al., 1976; Oliveira, 1984 citados en Ariza, 1998). Después, si bien hubo una tendencia a la nivelación en la participación por sexo en las corrientes de migrantes, para finales de la década de 1980 y durante la siguiente década en 1990 hubo repuntes de la selectividad femenina (Corona, Chávez y Hernández, 1989 citado en Ariza, 1998).

³⁶ Entre 1950 y 1970 la fuerza de trabajo industrial se incrementó de 14.8% a 21.8% del total, también aumentó la población ocupada en la construcción, el comercio y los servicios, y sólo redujo su participación la fuerza de trabajo agrícola, que disminuyó de 58.3% a 40.8% del total de la mano de obra ocupada en el país durante el mismo periodo (García, 1996).

Esta prevalencia femenina en un principio estuvo asociada al efecto diferencial de las grandes transformaciones socioeconómicas, principalmente sobre la composición por sexo de la fuerza de trabajo. Pero también por los evidentes desequilibrios regionales, la erosión de la producción agrícola y del trabajo artesanal en las áreas rurales, y sobretodo por la demanda de empleadas domésticas en las ciudades (Ariza, 1998).

Ya en la década de 1990, cuando se afirmó el carácter terciario del modelo de desarrollo económico neoliberal establecido, las mujeres incrementaron y sostuvieron su participación económica en intervalos más largos de su vida, principalmente esto fue posible gracias al crecimiento demográfico, y en particular al aumento de la escolaridad promedio, a los cambios en los patrones de nupcialidad y la desacelerada fecundidad, entre otros factores (Ariza, 1998).

Sin embargo, el comportamiento del fenómeno migratorio tuvo cambios desde la década de 1970 como consecuencia de factores relacionados con las dificultades de las crisis económicas que ha experimentado el país, fundamentalmente la pérdida de la capacidad de absorción de fuerza de trabajo y el aumento del costo de la vida. Además, cada vez más se enfrentaban problemas propios del tamaño de las principales metrópolis, como la inseguridad pública, el aumento de la violencia y la contaminación, entre otros. Por ejemplo, uno de los cambios es que la migración interestatal creció de manera notoria a partir de 1970, cuando el número de personas que vivían en una entidad diferente a la de su nacimiento era 7.5 millones, pues para 1990 ascendió a 15.4 millones. Estas cifras representan cerca del 14.5% y 18.1% de la población total para los años indicados (Corona y Tuirán, 1994).

Esos nuevos movimientos territoriales fueron resultado del cambio en los patrones migratorios, primero hacia las grandes metrópolis con más posibilidades de desarrollo económico, que a la vez alcanzaron una gran concentración poblacional, y más tarde, las corrientes migratorias se desviaron a las ciudades medias que iniciarían su propio crecimiento y desarrollo económico (Velázquez y Arroyo, 1992). En otras palabras, los cambios se caracterizaron por un mayor crecimiento, tanto demográfico

como de las actividades económicas de las localidades relativamente cercanas a las ciudades.

De esta manera, la tendencia a la urbanización fue inevitable en las décadas siguientes, pues entre 1970 y 1995 la población rural creció a una tasa del 0.7% anual, mientras que la urbana lo hizo en 3.4%. Esto trajo dos consecuencias: la coexistencia de una concentración creciente de población en ciertas ciudades y la compleja dispersión de las zonas rurales, lo que siguió estimulando la emigración rural (Núñez, 1998). En 1970, el 68% de la población rural vivía en 95 mil localidades, mientras que en 1990 el 67% de esa población vivía dispersa en 154 mil localidades (González y Esquivel, 1992). Es importante destacar que pese a que la población rural no ha crecido al ritmo de la urbana, continúa incrementándose aunque en las condiciones descritas.

Además de estas transformaciones en la dinámica migratoria a partir de la década de 1970 (migraciones de carácter urbano-urbano y metropolitano-urbano), en la década de 1980 conocida como la *década perdida*, destaca la mayor complejidad del fenómeno debido al surgimiento e intensificación de ciertas modalidades de flujo, principalmente la que combina las migraciones internas con las internacionales (Corona, 1991). Pero la alteración definitiva del patrón migratorio de distribución de la población en el territorio nacional y fuera de él se impondría durante la década de 1990, debido a las políticas socioeconómicas implantadas por el Estado para reestructurar el sistema económico de corte neoliberal, las cuales desde diez años antes ya empezaban a estar subordinadas a las necesidades de un modelo dirigido al exterior (Chávez, 1999).

A propósito, la migración internacional que se refiere en más del 98% a traslados de mexicanos hacia los Estados Unidos (Corona, 1993), en las primeras décadas del siglo XX, 1910-1930, tuvo un importante incremento, mismo que se redujo en la siguiente década (Chávez, 1999). Primero, la gran movilización se debió fundamentalmente a la inestable situación política y económica consecuente a la Revolución Mexicana, pero después se presentó una disminución del flujo migratorio a partir de la crisis económica de 1929. Posteriormente, en la década de 1940 se reinició la migración de trabajadores mexicanos para laborar en los Estados Unidos, ante la

escasez de mano de obra que tenía ese país por su participación en el conflicto bélico mundial. Esto se dio específicamente a partir del acuerdo denominado Programa Bracero en 1942, el cual regulaba y controlaba la entrada de mexicanos al país vecino (Chávez, 1999).

Durante las décadas de 1940 y 1950, incluso a principios de 1960, dicho programa estimuló una importante migración hacia la frontera norte, predominantemente del medio rural, de ahí que se caracterizaba por constituir nichos de mano de obra permanentes en las actividades primarias. Hasta entonces la migración hacia los Estados Unidos se trataba de movimientos legales. Sin embargo, cuando concluyó el programa, durante las décadas de 1960 y 1970 la movilización continuó casi por inercia, y a partir de entonces se observó otra modalidad de la migración: la indocumentada en general, y la proveniente de zonas urbanas ante los efectos de un crecimiento económico y social altamente desigual (Chávez, 1999).

Esto explica la pérdida de población entre 1950 y hasta 1990, pues entre esos años la migración mantuvo un ritmo ascendente continuo. En 1950 eran 256 mil individuos los que emigraron, mientras que en 1990 eran ya 4.064 millones (Corona, 1993). En este contexto, a finales de la década de 1980 y durante la de 1990 tomó relevancia la migración internacional vinculada con la interna.

Hasta aquí hemos visto que uno de los elementos determinantes de la migración en nuestro país fue la desigualdad socioeconómica, expresada en el acceso diferencial que tuvo la población a los satisfactores básicos de bienestar. En esta dirección, las migraciones internas reflejaron básicamente los movimientos territoriales de los mexicanos: primero desde zonas rurales hacia zonas urbanas y después entre zonas urbanas. De igual manera fueron importantes los movimientos de población hacia los Estados Unidos provenientes del campo en sus inicios, y en seguida de las ciudades.

También mostramos que el éxodo de la población rural a las ciudades generó un crecimiento desmesurado de las mismas, y en consecuencia, la incapacidad de éstas para recibir y ofrecer a la población en aumento los requerimientos mínimos de bienestar. De

esta manera, muchas de las personas que migraron individualmente o con sus familias, lejos de mejorar sus condiciones de vida se vieron inmersas en una situación de vulnerabilidad. Pero lejos de atenuarse, la desigualdad económica se consolidó y en consecuencia, como un acto cíclico, continuó impulsando las movilizaciones de la población en busca de mejorar sus condiciones de vida, y este patrón fue seguido no sólo por las generaciones hoy envejecidas, sino por las nuevas también.

Por eso consideramos que la población envejecida es de las más afectadas, pues los problemas económicos que enfrentan los adultos y adultas mayores se agravan si consideramos los impactos de los procesos demográficos que hemos documentado, por ejemplo, el impacto de la migración que ellos y ellas mismas han experimentado durante su juventud y madurez, pues implica el desarraigo al lugar y a la familia de origen, en donde se esperaba que pudieran encontrar cierta protección o apoyo por la mayor solidez de las relaciones personales que ahí pudieran tener. De igual manera, la migración de las generaciones más jóvenes puede traducirse en falta de apoyo a la población envejecida, pues comúnmente el abandono físico implica un abandono de tipo económico. Todo lo anterior sin considerar el impacto emocional que involucran estas pérdidas.

SINTESIS Y COMENTARIOS FINALES

A lo largo de este capítulo documentamos los principales cambios estructurales que tuvieron lugar en México durante el siglo XX, con la finalidad de reconstruir el contexto histórico de las generaciones actualmente en edades avanzadas y comprender las principales características de la vejez en nuestros días. Entre muchos temas importantes, de aquí podemos rescatar para el estudio de los apoyos intergeneracionales durante la vejez cinco aspectos.

En primer lugar, tenemos que las generaciones nacidas antes de la consolidación del proceso industrializador iniciaron sus ciclos vitales en un mundo mayoritariamente agrario y rural en el que el modo de vida de los adultos mayores de aquellos años sería

el modelo a seguir, sin embargo, la industrialización detonó grandes cambios. La capitalización de las actividades agrarias produjo una expulsión masiva de mano de obra mientras el auge de las actividades industriales complementó lo que habría de convertirse en un auténtico aluvión de movimientos migratorios hacia las zonas urbanas. El desarrollo industrial creó mayores oportunidades de trabajo, y junto con los patrones de fecundidad y emparejamiento de la época, permitió a las generaciones más jóvenes conformar su vida en pareja a una edad más temprana en comparación con sus padres.

Por su parte, para gran parte de la población que atestiguó tales cambios en edad madura las repercusiones han sido en gran medida desfavorables, pues ni siquiera estaban preparados para vivir tantos años y su vejez se inicia en un mundo que les resulta hostil y desconocido, en donde queda atrás la experiencia ancestral. El mundo se ha vuelto propiedad de los jóvenes.

En torno a este perfil generacional se construye la realidad de la vejez que hemos heredado. Se trata de una etapa en la que destacan las carencias: pérdida de la salud, traumas asociados a la jubilación, la pérdida de roles en la familia y en la sociedad, además de la pérdida de poder adquisitivo.

En segundo lugar, tenemos que las políticas macroeconómicas puestas en marcha desde los 1980's han resultado poco exitosas para el grueso de la población, pues han sido insuficientes para satisfacer las crecientes necesidades de producción y empleo de la sociedad. Las consecuencias de lo anterior en la población entrada en años se hacen rápidamente evidentes de diversas maneras. Debido a la insuficiencia del ingreso para garantizar el estándar de vida de los hogares mexicanos, cada vez más crece el número de miembros en el hogar que participa en el mercado de trabajo con el fin de contribuir al gasto familiar, o bien, para satisfacer necesidades personales.

Como vimos, han sido principalmente las mujeres quienes dejan el hogar en busca de un empleo remunerado, y como son ellas quienes tradicionalmente se han encargado del cuidado y atención de los mayores, éstos se vuelven más vulnerables al

no contar con el cuidado que muchos de ellos requieren. Pero también la proporción de jóvenes, mujeres y hombres, que participan económicamente ha ido en aumento, lo que limita su tiempo para el cuidado de los adultos mayores sobretodo cuando combinan los estudios con el trabajo, y que decir de las limitaciones para brindarles apoyo económico debido básicamente a las características de su inserción laboral, asociadas a jornadas parciales y/o bajos ingresos.

El panorama más negativo para las generaciones envejecidas derivaría en condiciones de desamparo y estrechez económica, pues en muchos casos ni siquiera la figura de una pensión permite una vida digna.

En tercer lugar, las transiciones demográfica y epidemiológica han dado lugar a importantes cambios en la estructura por edad y en la ocurrencia de las enfermedades, respectivamente. La primera deviene en un incremento de los adultos mayores y el problema aquí no consiste en que cada vez son más, sino en la manera en que enfrentan esta etapa de su vida, es decir, de las adversas condiciones de vida a las que tienen acceso dado el contexto socioeconómico del país. En este sentido, la transición demográfica va de la mano con la epidemiológica, la cual implica el desplazamiento de las enfermedades hacia las crónico-degenerativas y de la mortalidad hacia la población en edades más avanzadas, la principal afectada por las diversas enfermedades de duración prolongada.

En el futuro próximo, es de esperar que la vejez sea menos solitaria, porque el aumento en la esperanza de vida retrasará el momento de la viudez y hará más frecuente la coexistencia de tres o más generaciones presentes. El apoyo entre generaciones no se limitará a la ayuda a los adultos mayores, pues éstos a su vez serán dispensadores de ayuda a las generaciones más jóvenes. De hecho, hoy día los adultos de 60 años y más edad son fuente de apoyo para las familias en el cuidado de niños y niñas, el trabajo doméstico, incluso en el cuidado de enfermos.

En cuarto lugar, la vejez ha dejado de ser rural e inmóvil porque las generaciones que inician esta etapa empiezan a ser, por primera vez, mayoritariamente

urbanas y migratorias, a tener movilidad espacial de modo que ya no se concentran en los pueblos como fue en años pasados.

La migración juega una especie de suerte que enmascara al menos dos problemas para la población en edades avanzadas. Uno implica la desprotección por parte de aquellos familiares que emigran, pues en muchos casos la partida implica además del abandono físico el económico. Por otro lado, cuando son los adultos mayores quienes se ven “obligados” a emigrar ya sea para seguir a sus familiares o como medio de subsistencia, se avecinan otras dificultades que tienen que ver con la pérdida de redes sociales de apoyo provenientes de la comunidad que dejan atrás, muchas veces relaciones sólidas que amortiguan las contrariedades cotidianas de esta población.

Por último y no menos importante, a pesar de que los cambios descritos a lo largo de este capítulo evidentemente han afectado los patrones de formación de las familias, también es cierto que éstas continúan siendo las principales proveedoras de apoyos para los adultos mayores y es posible suponer que éstos dependen más del sostén de sus familias y de un sistema informal constituido principalmente por vecinos y amigos, que de los servicios que ofrecen las instituciones de asistencia social y de salud, ya sean públicas o privadas, que presentan carencias crecientes y están sólo a disposición de quienes pueden pagar altos costos por dichos servicios, sobretudo en el caso de las instituciones privadas.

EL ANÁLISIS DE LOS APOYOS SOCIALES DURANTE LA VEJEZ

En este capítulo profundizamos teóricamente en el tema de nuestra investigación acerca de los apoyos intergeneracionales entre los adultos mayores y su descendencia inmediata. En la parte inicial presentamos las hipótesis que han sido planteadas en el ámbito académico sobre los motivos que pueden propiciar apoyos entre padres e hijos(as). Esto nos servirá para entender por qué elegimos la perspectiva analítica de las redes sociales de apoyo.

En la primera sección reflexionamos precisamente sobre esta perspectiva que sustenta nuestro trabajo. Asimismo, exponemos los conceptos del enfoque que retomamos y una síntesis de su aplicación en el contexto latinoamericano; además exploramos la reciprocidad como principio “disparador” de las redes de apoyo y examinamos algunos factores que inhiben, o fomentan, las redes de apoyo. Finalmente puntualizamos los componentes utilizados para describir las redes de apoyo.

Posteriormente, en la segunda sección presentamos una síntesis del conocimiento acumulado en el tema de los apoyos que involucran a la población senescente. Iniciamos aludiendo a los autores que han abordado el tema, los conceptos que han usado, cómo los han definido y desde cuál perspectiva han analizado el tema. Enseguida mostramos las características que se han asociado a las personas que apoyan, y a los apoyos. Más adelante describimos los determinantes que influyen para contar con los apoyos familiares; después presentamos algunos datos sobre el papel de la coresidencia intergeneracional como parte de los apoyos familiares y, por último, especificamos la importancia de lo que hasta ahora se ha hecho con relación a lo que nosotros planteamos.

Cabe recordar que los análisis que se han ocupado de la vejez mexicana, en general, se han llevado a cabo desde la óptica de la sociodemografía, y sólo en menor medida, desde otras disciplinas como la Antropología. De ahí que gran parte de nuestras referencias siguen siendo de esta naturaleza.

MOTIVACIONES PARA LOS APOYOS FAMILIARES INTERGENERACIONALES

Son tres las principales hipótesis planteadas respecto a los motivos que pueden conducir a las familias a otorgar apoyo a sus miembros adultos mayores, principalmente de los hijos(as) a los padres. La primera se refiere a una idealización de la familia, idea muy difundida en los países latinoamericanos derivada de la “racionalidad religiosa” y que la sociedad asume como obligación moral: sentimientos altruistas que supuestamente existen entre los miembros de una familia, especialmente orientados hacia sus miembros más vulnerables como las personas en edades avanzadas. Según esta hipótesis, el ser parte de una familia implica tanto la obligación de dar apoyo a los miembros del grupo familiar, como la posibilidad de esperarlo de ellos.³⁷

Esta hipótesis, sin embargo, no la retomamos en nuestro estudio para entender las motivaciones de los apoyos intergeneracionales, básicamente porque no podemos asumir que las familias en todos los casos adopten necesariamente una actitud benévola para brindar apoyo a sus miembros, en este caso a los adultos mayores.

La segunda hipótesis alude a la importancia de los hijos(as) durante la vejez de los padres ante las dificultades de ahorro y de tomar préstamos para asegurar el futuro. Esta hipótesis parte de la idea de que los hijos(as) son una especie de “seguro” para sus padres adultos mayores, por eso durante la niñez y juventud de los hijos se “invierte” en ellos para que durante la madurez de los padres, exista la posibilidad de esperar apoyo de los hijos a manera de retribución. Esta hipótesis además se fundamenta en el planteamiento de la transición de la fecundidad, bajo la idea de que mientras los hijos(as) signifiquen un valor económico para sus padres y la única seguridad en la vejez, la fecundidad se mantendría elevada (Becker, 1987; Caldwell, 1982).³⁸

³⁷ Linda G. Martín y Kevin Kinsella (1992) han planteado la existencia de un discurso dominante que idealiza el papel de la familia en los países en desarrollo. Por su parte, Luis Leñero (1997 y 1998) ha hecho alusión en el contexto mexicano a esta idea hablando de una supuesta “deuda moral” automática hacia los padres que se agudiza durante las edades avanzadas.

³⁸ La teoría de Becker acerca de la fecundidad presenta rasgos muy originales. Cuando se plantea la necesidad por parte de unos padres de tener descendencia, éstos hacen una valoración de los ingresos y costos monetarios que se prevé dicha descendencia va a suponer en el futuro. Si los ingresos superan los costos, los hijos e hijas son considerados como un bien de inversión, pero si dichos ingresos no cubren los costos, entonces vienen a ser un bien de consumo. Caldwell se refiere al supuesto del intercambio

Esta hipótesis implicaría aceptar que las personas en edades avanzadas solamente son receptoras de apoyo, lo que nos llevaría a fomentar la visión de los adultos mayores como personas frágiles e incapaces de dar apoyo con la misma intensidad que lo reciben, o incluso sin recibirlo.

La tercera hipótesis apunta a la reciprocidad en las relaciones sociales de apoyo en general entre los adultos mayores y sus familias, y en particular con sus hijos(as). Según ésta hipótesis las personas tienen un doble papel como proveedores y receptores de apoyo, y sólo en la medida que se mantenga esta dinámica de intercambio, tienen más posibilidades de permanecer y beneficiarse de ésta (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2002).

Consideramos que esta hipótesis refleja en mejor medida la realidad de lo que acontece alrededor de los apoyos familiares intergeneracionales entre los adultos mayores y sus hijos(as), por eso respalda nuestro análisis. Básicamente por dos razones: la primera, porque supera las problemáticas que las otras dos hipótesis no contemplan, es decir, no atribuye invariablemente una actitud benévola a las familias, y en cambio hace evidente la capacidad de los adultos mayores de otorgar apoyo, y no solamente de recibirlo. Segunda, porque permite entender que las familias, especialmente los hijos(as), son las fuentes principales de donde provienen los apoyos a los adultos mayores, pero también reconoce que las fuentes (en cuanto relaciones sociales) pueden ir más allá de las familias y de los hijos(as), incluyendo amigos, vecinos y otras personas no familiares.

Para los propósitos de este trabajo los apoyos familiares intergeneracionales son sólo una expresión de las múltiples modalidades que pueden adoptar los apoyos sociales intergeneracionales. Así, el análisis cuantitativo que llevamos a cabo para los apoyos entre los hijos(as) y sus padres en edades avanzadas, sólo es una parte de la red de relaciones sociales más amplia, que puede o no incluir apoyo. De manera que en nuestro análisis cuantitativo quedan excluidos los apoyos de amigos, vecinos y otros no

económico intergeneracional, es decir, cuando la primera generación “invierte” en la descendencia para que, al salir ésta adelante, la familia entera también mejore.

familiares, aunque es importante señalar que si se consideran en las reflexiones de nuestros datos, respaldados en resultados de otros estudios.

Basados en estos planteamientos nos acogemos al supuesto teórico en el cual los apoyos familiares intergeneracionales sólo son posibles cuando las redes sociales (que incluyen las relaciones sociales) tienen un papel en las estrategias de reproducción social, es decir, que tienen una importancia fundamental para comprender la existencia de los grupos más desprotegidos de la sociedad (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2002) y, por lo tanto, se tratan ya de redes sociales de apoyo.

ENTENDIENDO LAS REDES SOCIALES DE APOYO Y ALGUNOS CONCEPTOS BÁSICOS

Antes de hablar de redes sociales de apoyo es necesario definir algunos conceptos como el *apoyo social*, la identificación de los *tipos de apoyos* y de las *fuentes de los apoyos*. Por *apoyo social* se entiende lo que Kahn y Antonucci (1980, citados en Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2002) han definido como “transacciones interpersonales que implican ayuda, afecto y afirmación”. Estos apoyos o transacciones son también las denominadas transferencias, que pueden ser *materiales*, por ejemplo, dinero, alojamiento, comida, ropa; *instrumentales*, como el cuidado, la transportación, el trabajo doméstico; *emocionales*, entre los que se incluyen afecto, compañía, reconocimiento, escucha; *cognitivos*, o sea, con relación al intercambio de experiencias, información, consejos, etc.

Se distinguen las fuentes formales de apoyo de las informales. Las *fuentes formales* refieren a aquel sistema en el que la cantidad de recursos que circulan y su efectividad están relacionados con el grado de institucionalidad que existe. El *sistema informal* es el constituido por las redes personales, familiares, de amistad, de vecindad, otras no familiares y comunitarias no estructuradas como programas de apoyo (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2002).

Además, las fuentes informales de apoyo pueden diferenciarse entre aquellas que tienen su origen en descendencia coresidente, de las fuentes que lo tienen en descendencia no coresidente. Las primeras hacen referencia a un *apoyo intradoméstico* otorgado principalmente por las familias, tanto de los hijos(as) hacia los padres como de los padres a los hijos(as), mientras que las segundas se refieren a un *apoyo extradoméstico*, conferido recíprocamente por hijos(as) no coresidentes, amigos, vecinos, otros no familiares y organizaciones de tipo comunitarias (Montes de Oca, 2001).

Ahora bien, hay que diferenciar además la existencia de las redes de relaciones sociales, de las redes de relaciones sociales de apoyo, pues formar parte de las primeras no implica necesariamente participar en una dinámica de apoyo como en las segundas, a pesar de que usualmente está implícita esta idea. En ese sentido se ha dicho que la importancia de las redes sociales “varía en el tiempo y en el espacio: en coyunturas específicas pueden ser muy importantes, pero en otras son menos relevantes (Roberts, 1973 en Oliveira y Salles, 1989 citado en Sosa y Huenchuan, 2002).

En esta tesis entendemos por redes sociales a la “práctica simbólico-cultural que incluye el conjunto de relaciones interpersonales que integran a una persona con su entorno social y le permite mantener y mejorar su bienestar material, físico y emocional y evitar así el deterioro real o imaginado que podría provocarse cuando se producen dificultades, crisis o conflictos que afectan al sujeto” (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2002). En este sentido, las redes familiares de apoyo son las relaciones personales que se establecen al interior del hogar o fuera de él a partir de lazos de parentesco. Se considera la base de las diferentes redes de apoyo social.³⁹

³⁹ Algunas evidencias sobre los apoyos familiares se encuentran en Wegner (1984) y Scott y Wenger (1996), quienes han mencionado que el matrimonio tiene un efecto diferente para hombres y mujeres. Igualmente el número de los hijos tiene una actuación diferencial con respecto al padre o la madre. La cohabitación es considerada como una de las formas más comunes de apoyo en las personas mayores, tanto de los hijos hacia ellos o de los padres hacia los hijos, cuando los hijos no cuentan con recursos suficientes para independizarse (o no desean hacerlo) o cuando la situación económica es precaria (Palomba, 2002). Montes de Oca (2001) ha señalado el papel prioritario de los miembros de las unidades domésticas en la distribución de apoyos al adulto mayor. Estos apoyos familiares intradomésticos se complementan con aquellos apoyos extradomésticos. Después de la familia, sin lugar a dudas, los vínculos personales establecidos con amigos, vecinos, compañeros de trabajo, pueden ser fundamentales en la provisión de diferentes tipos de ayuda.

Según Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca (2002), se distinguen dos corrientes analíticas que abordan las redes sociales: la anglosajona y la latinoamericana. Respecto a la corriente en América Latina identifican una importante tradición antropológica sobre las redes sociales. Entre los representantes de ésta tradición destacan los trabajos pioneros de Lomnitz en México, desde la década de 1970, y más recientemente los trabajos de Dabas en Argentina, a partir de la década de 1990.

En sus investigaciones Lomnitz (2001) analiza implícitamente el papel de las redes sociales mediante la función que tiene el “compadrazgo” entre los miembros de la clase media urbana de Chile, como un contrato diádico tácito e informal que implica un intercambio de favores y amistad. Este, afirma la autora, representa un sistema de reciprocidad consistente en el intercambio y motivación continua de favores dentro del marco de una ideología de amistad. Dichos favores se dan y se reciben en un contexto de amistad y, por tanto, no hay sentimientos de culpa. Sin embargo, quien hace el favor está consciente de los posibles beneficios futuros para él o para algún pariente o amigo suyo. De esta manera, los favores se pueden dar y recibir entre personas ligadas por amigos comunes que actúan como intermediarios.

La autora sostiene que existen ciertas reglas de reciprocidad, que de no considerarlas, conllevan a sanciones sociales. Según Lomnitz (2001), el principio del compadrazgo se resume en el dicho “hoy por ti, mañana por mí”. Aunque hay que señalar que el elemento de reciprocidad, a pesar de su importancia, no se menciona abiertamente. Además, encuentra que las reglas de reciprocidad están sujetas a variaciones dependiendo del grado de confianza o distancia social entre los compadres, por lo tanto, el sentimiento de amistad y de simpatía es esencial para este tipo de relación. De esta manera, el compadrazgo sería una institución de reciprocidad, una relación de distancia social variable que se asocia a intercambios de favores variables que tiene como base las redes sociales en las que se encuentra inmerso un individuo.

En ese sentido, Lomnitz (1998) desarrolla otros análisis donde expresamente dirige su atención a la población con una situación laboral inestable y precaria en una

barriada de la ciudad de México, enfocada en las asociaciones informales, en las redes sociales y en las redes de intercambio como mecanismos de supervivencia de los marginados, considerando la reciprocidad y confianza como los elementos principales de dichos mecanismos.

Entre los trabajos desarrollados en Argentina es importante mencionar el Encuentro Internacional sobre las redes sociales organizado por Dabas en 1993 (quien compiló y publicó algunos de los trabajos presentados en coautoría con D. Najmanovich), en el que se plantearon las redes no sólo desde la perspectiva del individuo o la familia, sino de la misma comunidad, y como movimientos organizados en busca de dar solución a demandas sociales específicas (Dabas y Najmanovich, 1999). Ahí se señaló que las redes comunitarias o se gestan alrededor de una institución, quizá motivadas por ella, o como respuesta a las insuficientes acciones de su parte. De aquí que en contextos en donde las demandas son cubiertas en general de manera eficiente por las instituciones, las redes comunitarias parecerían un tanto obsoletas. Caso contrario a los contextos en donde las instituciones no son eficientes (Guzmán, Huenchuan y Montes de Oca, 2002).

Las redes de apoyo se basan idealmente en la reciprocidad

Las nociones de red y apoyo social refieren a una relación donde quienes se vinculan lo hacen idealmente de manera recíproca. Sin embargo, el compromiso de reciprocidad en general no es explícito, y por lo tanto se puede eludir (Lomnitz, 1998; 2001), mientras que por otro lado, el reciprocidad puede aludir a diferentes tiempos, ya que puede ser inmediato o diferido (González de la Rocha, 1999; Gomes y Montes de Oca, 2002).

Al respecto, Lomnitz (1998 y 2001) ha argumentado que es la distancia social entre los involucrados la que determina en gran parte la inmediatez y lo explícito del compromiso de reciprocidad, afirmando que a mayor distancia social, más inmediatez en la reciprocación se puede exigir, así como más explícito puede ser el compromiso. En ese sentido, González de la Rocha (1999) y Gomes y Montes de Oca (2002) coinciden en que hay intercambios cotidianos entre parientes, amigos y vecinos que sí dependen

de “devolver” el favor o la ayuda lo más inmediatamente posible, y añaden que hay intercambios recíprocos de larga duración, como la ayuda a los padres de parte de sus hijos(as) durante la adultez.

Además, Gomes y Montes de Oca (2002) han señalado que la reciprocidad alude a significados otorgados al apoyo dado y al recibido, significados que varían de un individuo a otro según lo que haya implicado dar o recibir el apoyo. De tal suerte, cuando efectivamente hay intercambio, difícilmente puede hablarse de un intercambio recíproco, ya que depende de la subjetividad con que cada par de individuos involucrados en él otorgue al apoyo, dado o recibido.

De esta manera, si bien podemos pensar en la existencia de la reciprocidad al interpretar nuestros resultados, también debemos tener presente que ésta es relativa, y por tanto, no debemos asociar invariablemente la presencia de cualquier apoyo a una supuesta dinámica de intercambio recíproco de larga duración entre los adultos mayores y sus hijos(as). Asimismo, podemos reconsiderar el posible efecto en la presencia de cualquier apoyo de una dinámica de intercambio recíproco más inmediato y explícito.

FACTORES QUE AFECTAN LAS REDES DE APOYO: POBREZA, ENFERMEDAD Y MIGRACIÓN

Entre los trabajos sobre las redes sociales de una persona destacan los que abordan los mecanismos o procesos que las afectan. Sobre este particular, tenemos los argumentos de González de la Rocha (1986, 1999), que entre otras cosas afirma y confirma lo que Lomnitz (1998; 2001) sustenta: las redes sociales se basan en principios de reciprocidad. La reciprocidad se reconoce entonces como un mecanismo básico en cualquier tipo de intercambio social. Como una manera de constatar lo que ya han planteado autores clásicos como Lomnitz, González de la Rocha señala que los estudios contemporáneos siguen identificando en las redes sociales y en la reciprocidad, la autoayuda y la ayuda mutua como la solución a un gran número de problemas que los pobres enfrentan diariamente.

Sin embargo, la idea central en los argumentos de González de la Rocha (1986,1999) consiste en que la participación en las redes sociales tiene costos pues requiere de tiempo y dedicación para estar disponible y, tratándose del caso mexicano, esa participación conlleva a una serie de costos materiales. Al respecto señala que en investigaciones sobre familias y hogares de sectores populares en ciudad de México y Guadalajara (realizadas por la autora) se encontró entre los más pobres una incapacidad de participar del intercambio de favores en las redes de apoyo. Así, la reciprocidad familiar y vecinal en las relaciones cotidianas de las clases trabajadoras, su participación en redes solidarias y los intercambios horizontales entre iguales, pueden perder vigencia en una situación donde el salario escasea y la pobreza recrudece.

Por eso González de la Rocha (1999) afirma que es necesario enfatizar, especialmente para el caso mexicano, en la reciprocidad amenazada como parte de los retos impuestos por las dificultades económicas y laborales experimentadas por la población más vulnerable, pues como ella mostró, por un lado, las relaciones de reciprocidad y solidaridad no son recursos inagotables, y por el otro, el intercambio social es vulnerable a la pobreza de recursos.

En la literatura correspondiente también destaca el trabajo de Enríquez (2000), quien al igual que González de la Rocha cuestiona el papel de las redes sociales, de intercambio recíproco y de ayuda mutua en la posibilidad real de sobrevivencia de los pobres urbanos, particularmente de las personas en edades avanzadas. Según esta autora, las posibilidades de activar la red oportunamente son muy bajas entre los pobres y los enfermos adultos mayores en la ciudad de Guadalajara.

De tal manera, Enríquez (2000) afirma que los adultos mayores pobres urbanos representan un grupo especialmente vulnerable, considerando la situación de crisis y pobreza que enfrentan ellos y sus parientes. Además, porque la ciudad provoca distancia y los separa, y porque las condiciones de salud representan un problema para activar sus redes oportunamente. Esto, aunado a la diversidad de orígenes de las familias y a las

diferencias socio-culturales, en corto y mediano plazo, inciden en el establecimiento de redes de intercambio recíproco y de intensidad alta.

En cuanto al aislamiento social, Enríquez (2000) encuentra que es parte de una tendencia manifestante del deterioro del tejido social y de los procesos de desafiliación social de muchos individuos y familias. En este sentido, cierto tipo de escenarios familiares parecen propiciar riesgo, soledad y vacío social al conjugar un deterioro de las condiciones materiales de vida y de las condiciones de salud.

Estas premisas nos permiten cuestionar si, en realidad, a mayor necesidad de apoyo se cuenta con él. Esto es, los adultos mayores con condiciones socioeconómicas difíciles *¿cuentan con mayor apoyo económico de parte de sus hijos(as) que los adultos mayores en mejores condiciones?*

Sluzki (1999), por su parte, considera los mecanismos a través de los cuales las redes sociales afectan la salud de las personas y viceversa. Específicamente le interesa analizar cómo una red social insuficiente incide en el aumento de la posibilidad de que surja y permanezca una enfermedad, y cómo y porqué se deteriora la red cuando existe una enfermedad crónica. Al respecto señala que existe un mayor efecto deletéreo de la red social entre los varones. La explicación que propone es que las mujeres, desde la perspectiva de género, tienden a establecer relaciones de mejor calidad, variedad de funciones, mayor intimidad y duración.

En caso de que los efectos de la red social en la salud de las personas sean positivos, argumenta que ésta provee una retroalimentación sobre los diversos padecimientos de salud que se pueden presentar al minimizar sus secuelas. Advierte que la enfermedad, y quien la padece, tienen en los demás un efecto de aversión y llevan a conductas evitativas. Además, indica que el enfermo ve reducida su capacidad de reciprocidad a las personas que le cuidan, lo que es perjudicial en tanto los vínculos están basados en dar y recibir (Sluzki, 1999).

Nos preguntamos al igual que en el caso de la mayor necesidad de apoyo económico, si cuando el adulto mayor requiere de apoyo instrumental por algún padecimiento: ¿lo tiene? De aquí se desprenden otras preguntas: ¿Cómo afecta la posibilidad de tener cualquier tipo de apoyo, la mayor o menor necesidad de requerirlo? O bien, si la necesidad de apoyo ¿es un factor primordial para entender la dinámica de apoyo familiar intergeneracional? Ahora, si la mayor necesidad de ayuda se refleja en la mayor posibilidad de tenerla ¿podemos entonces pensar en la reciprocidad para explicar la relación?

Sluzki (1995) alude a los procesos de migración que indudablemente afectan las diferentes redes sociales de los involucrados en dichos procesos. Según el autor, las redes sociales representan un sistema dinámico que evoluciona con el tiempo y las circunstancias específicas, entre las que destaca la migración como una que empobrece y transfigura a la red colectiva de la familia y la red individual de cada miembro. De esta forma, parte del proceso de inserción en el nuevo contexto es la compleja tarea de organizar una nueva red social que pueda satisfacer las muchas funciones interpersonales perdidas durante el proceso migratorio.

La complejidad de esta tarea es que “comparada con la red anterior, y por muchos años, la nueva red tenderá a ser de menor tamaño, tendrá una distribución más irregular entre los cuadrantes (familia, amigos, trabajo y escuela, y contactos comunitarios), mostrará menor densidad (conexión entre miembros), tendrá menos historia en común y un repertorio más estrecho de funciones sociales, será menos multidimensional (menos variedad de funciones en cada vínculo), poseerá menos intensidad (lealtad) y reciprocidad”. En pocas palabras, la complejidad consiste en tejer una nueva red eficiente, a pesar de la tendencia a sólo acceder a una red insuficiente, proclive a la sobrecarga de funciones en menos vínculos y a la descompensación de los mismos.

Características, funciones y atributos de las redes de apoyo

Algunos autores como Arias (2002) señalan que poseer una red suficiente tanto a nivel estructural como funcional permite sentirse apoyado, acompañado, cuidado y querido, además de dar la posibilidad de brindar a ellos apoyo, compañía y cuidados.

Arias (2002) parte de la idea básica de que una red social está conformada además de los integrantes de la familia nuclear, por todos los parientes, amigos, vecinos, compañeros de trabajo y miembros de grupos, organizaciones e instituciones en los que los mismos tienen algún tipo de participación. Por esto, ha señalado (tomando como referencia a Sluzki, 1990; 1996) que el mapa de una red puede ser sistematizado en cuatro sectores: familia, relaciones laborales o escolares, amigos y relaciones sociales o de credo. En nuestro estudio, nos referiremos al ámbito más inmediato pero de donde provienen principalmente los apoyos a los adultos mayores: las familias, particularmente, los hijos(as). Sin embargo, no dejamos de considerar a lo largo de nuestras reflexiones la existencia de los otros ámbitos.

Arias (2002) también ha señalado cinco características estructurales de la red: el tamaño o cantidad de personas que conforman la red, la densidad o grado interrelación entre los miembros de la red, la distribución o ubicación de las relaciones en los cuadrantes y círculos del mapa de red, la dispersión o distancia espacial entre los miembros de la red y la homogeneidad y heterogeneidad, o las similitudes y diferencias, de las características sociales, demográficas y culturales de los miembros de la red.

Nosotros nos apegamos a esta estructuración de las redes, cuyo tamaño será el número de hijos(as) vivos(as) y el tamaño del hogar; la densidad no se indaga pues no hay información al respecto; la distribución en nuestro caso será entre hijos corresidentes y no corresidentes; la dispersión será la distancia entre el lugar de residencia del adulto mayor y sus hijos(as) no corresidentes; y la homogeneidad o heterogeneidad descansará entre los rasgos sociodemográficos de los hijos(as) corresidentes y no corresidentes.

En cuanto a las funciones de la red, Arias (2002, citando de nuevo a Sluzki, 1990; 1995 y 1996) reconoce cuatro tipos: la compañía social (para efectuar tareas de manera conjunta o del simple hecho de estar uno al lado del otro), el apoyo emocional (que implica mayor intimidad que posibilita el acercamiento emocional, afectivo y de comprensión), la guía cognitiva y consejos (a fin de corregir ciertas desviaciones de las normas) y la ayuda material, de servicios y acceso de nuevos contactos. Nosotros aludimos solamente a dos funciones en la dinámica de apoyo familiar intergeneracional por parte de los hijos(as) a sus padres en edades avanzadas: apoyo económico (ayuda en dinero, comida, ropa, alojamiento, etc.) y apoyo instrumental (labores del hogar, transportación, cuidado, etc.).

En lo que concierne a los atributos de los vínculos de las redes, Arias (2002) los cataloga bajo seis características: funciones prevalecientes, multidimensionalidad, reciprocidad, intensidad, frecuencia de contactos e historia. En nuestro estudio nos referiremos solamente a las funciones prevalecientes entre los hijos(as) corresidentes y no corresidentes; a la multidimensionalidad de roles de ellos(as); la reciprocidad entendida como los apoyos, también económicos e instrumentales (que incluye en este caso el cuidado de los nietos(as)) que los adultos mayores pueden dar a sus hijos(as); y la frecuencia del contacto con los hijos(as) no corresidentes.

Con base en esta serie de indicadores Arias (2002) muestra aspectos muy interesantes de las redes de apoyo social. Por ejemplo, encontró que mientras algunas redes mostraban una distribución variada, otras tenían una sumamente homogénea. Estas variaciones dependían de una serie de factores sociodemográficos, que posibilitaban que las redes de las personas casadas se conformaran fundamentalmente por familiares y escasos amigos, mientras que las redes de las personas solteras principalmente estaba constituida por amigos, hermanos y sobrinos. La distribución variaba en el cuadrante en el que se ubicaban los vínculos según el tipo de relación, sobresaliendo los correspondientes a los familiares y de amigos.

Asimismo, Arias (2002) encontró que en general todos los integrantes de la red se conocen, puesto que se tratan principalmente de familiares, y cuando esto es así, se

posibilita la activación, autoorganización y puesta en marcha de recursos en momentos en que requiera de ayuda. Esta densidad puede ser importante cuando se trata de enfrentar una crisis, al posiblemente evitar sobrecarga de las demandas y expectativas de ayuda en algún vínculo en particular. La escasa densidad fue poco frecuente y en general vinculada a personas con fuerte participación social.

Además, el autor encontró que mientras en algunas redes algunos los vínculos cumplían la mayoría de las funciones, en otros casos desempeñaban distintas funciones. El primer caso corresponde a los sujetos que poseen pareja o lazos de amistad de mucha intimidad y que tienen una buena relación con los hijos(as). En el segundo caso generalmente se trata de redes conformadas por algunos amigos o parientes de mediana intensidad (apoyo emocional), algunos conocidos o compañeros de actividades extrafamiliares (compañía social) y por hijos que cumplen funciones de obligatoriedad (ayuda financiera). La ayuda práctica la brinda algún vecino de escasa intimidad y los consejos y guía cognitiva algunos profesionales de acuerdo con el área de la que se trate la decisión.

Los apoyos en la vejez. El caso mexicano

En México, entre los principales investigadores que han abordado el tema destacan Cristina Gomes y Verónica Montes de Oca, quienes han analizado el papel de los familiares, no familiares y organizaciones comunitarias en el bienestar de los adultos mayores a través de los apoyos. Gomes (1998, 1999, 2001, 2001a, 2001b; y Montes de Oca, 2002) específicamente se ha enfocado en el papel de las familias, mientras que Montes de Oca (1996, 1999, 1999a, 2001, 2001a, 2001b, 2001c, 2002) si bien igualmente ha estado interesada en las familias, se ha enfocado en las redes sociales más amplias.

También sobresalen los estudios de Rocío Enríquez y Mercedes González de la Rocha, quienes han orientado sus intereses hacia el análisis de las redes sociales de los adultos mayores en contextos de pobreza urbana. Tanto Enríquez (2000, 2003) como González de la Rocha (1999) han indagado acerca del papel de las redes sociales en el

bienestar de los adultos mayores. Yolanda Palma (2001), José Luis Palma (2001), Hilda García y Romeo Madrigal (1999) también han analizado en el ámbito urbano los apoyos de y para los adultos mayores.

En temas más específicos, se distinguen los análisis de quienes vinculan la salud de los adultos mayores con los apoyos. Patricio Solís (1999) ha analizado el deterioro funcional entre las personas en edades avanzadas y las necesidades de apoyo que de él se desprenden. Ann Varley, Maribel Blasco y Leticia Robles han analizado los apoyos enfatizando en una perspectiva de género. Varley y Blasco (2001) han analizado las razones tanto de la coresidencia como de la no coresidencia de las mujeres adultas mayores con sus hijos(as), abordando la coresidencia como una manera de apoyo. Robles (2001, 2003, 2003a), en cambio, ha analizado en general las redes sociales de los adultos mayores enfermos, y en particular, el papel de las mujeres que apoyan a los adultos mayores, especialmente esposas e hijas.

Por su parte, Felipe Vázquez y Laureano Reyes han analizado el papel de la cultura en las diferentes maneras de entender y comprender el envejecimiento, la vejez y el ser adultos mayores, pues de ellas se desprenden las formas que los apoyos tienen. En este sentido, Vázquez (1999, 1999a, 2001, 2003) se ha interesado en el ámbito rural, mientras que Reyes (1999, 1999a, 1999b, 2001, 2003) en el indígena. Oscar Cuellar (1990), Elena Zúñiga y Daniel Hernández (1994) igualmente han analizado los apoyos en el ámbito rural, particularmente el papel de los hijos(as) como fuente de apoyo a sus padres en edades avanzadas.

Ahora bien, insistimos en que el interés de los investigadores en el tema de los apoyos en los países en desarrollo, ha tomado fuerza en la medida que se ha vislumbrado que los recursos públicos no son suficientes para satisfacer las demandas de un grupo en aumento. Por esto, los investigadores han desarrollado simultáneamente un aparato teórico-conceptual para su análisis, el cual parte del cúmulo de evidencias empíricas que subrayan la significación que tienen para las personas en edades avanzadas, las redes de apoyo para su calidad de vida, no sólo para las condiciones objetivas, sino también por el impacto en lo emocional (Guzmán, Huenchuan y Montes

de Oca, 2002). Así, las diversas investigaciones han analizado los apoyos familiares entre los adultos mayores desde perspectivas cuantitativas y cualitativas.

Sobre la manera cómo se ha abordado la temática mediante un análisis de tipo cuantitativo, los investigadores han hecho uso de encuestas que a nivel nacional o local se han aplicado entre la población y recogen información de las personas en edades avanzadas. La mayoría de estas encuestas, sin embargo, no son diseñadas particularmente para captar información sobre los adultos mayores. Se trata de encuestas destinadas a recopilar información de otro tipo, pero que tienen la posibilidad de incorporar en sus cuestionarios preguntas que dan cuenta de la situación de los adultos mayores, de sus características sociodemográficas individuales, de las principales características de sus hogares y de las personas que los conforman, y de algunas dinámicas entre ellos. Recordemos que hasta ahora sólo muy pocas encuestas han sido diseñadas exclusivamente para captar información sobre la población en edades avanzadas.⁴⁰

Sin embargo, no se puede negar que pese a la escasez de encuestas que han recopilado características de las personas en edades avanzadas, se desprende información valiosa para analizar. Gracias a esto, los investigadores han logrado exponernos un panorama general de tendencias y patrones, a partir de análisis estadísticos asociados a las ayudas que involucran a los adultos mayores con miembros de su hogar, y sólo un poco más con otros no miembros.

Respecto a la otra vertiente analítica de tipo cualitativo, las investigaciones disponibles han abordado la temática a través de entrevistas en profundidad. Sin embargo, a pesar de que la perspectiva cualitativa no ha sido suficientemente utilizada como la cuantitativa, no hay duda que por la manera de captar la información, se ha logrado profundizar en el conocimiento de algunas prácticas y significados relacionados con los muchos matices que pueden tener los apoyos familiares que involucran a los adultos mayores.

⁴⁰ ENSE 1994; SABE 1999; ENASEM 2001 y 2003; EMPAM 2006.

Podría decirse que el análisis de los apoyos familiares que involucran a los adultos mayores se ha enfocado en tres temáticas, aunque ningún investigador se ha dedicado exclusivamente al estudio de una u otra de ellas en particular, sino que más bien han tocado de manera general cada una de ellas y por lo tanto, es difícil catalogarlos en un tema específico.

Así podemos decir que los investigadores han enfatizado en develar (1) las características de quienes apoyan y de los apoyos. En ese sentido, parte importante de sus análisis han estado también dirigidos a identificar (2) los determinantes tanto de las personas que apoyan como de los apoyos mismos. Además, han discutido (3) si la coresidencia en sí misma puede ser un determinante asociado de manera positiva a los apoyos, y en esa dirección, se ha indagado acerca de cuáles apoyos efectivamente se pueden asociar a la coresidencia y cuáles no.

Características de quienes apoyan y de los apoyos

Se ha observado que existe un mayor intercambio de ayuda entre la población de adultos mayores con las generaciones más jóvenes que el existente entre las personas de edades avanzadas, por lo que se afirma que cuando se trata de apoyos son más intensas e importantes las relaciones intergeneracionales que las intrageneracionales. Asimismo, se ha encontrado que entre quienes ayudan a las generaciones mayores hay una gran presencia de mujeres, cónyuges e hijas, y que en el caso de éstas últimas, adicionalmente y de ser el caso, también tienen la responsabilidad de la crianza de sus propios hijos(as) (Montes de Oca, 1999). Lo anterior se aplica a todas las personas en la vejez, pero es mucho más evidente entre las personas que viven la cuarta edad, definida como el período de vida que comienza a los 75 años y termina hasta la muerte, y que está asociado mayormente al deterioro funcional de las personas (Solís, 1999).

Respecto a los tipos de ayuda intercambiada, se ha señalado que las ayudas intradomésticas aluden normalmente de quehaceres domésticos y provisión de alimentos, aunque cuando la salud es deficiente se trata más de cuidados personales.

Entre las ayudas extradomésticas destaca principalmente la económica (Montes de Oca, 2001).

Asimismo, se ha señalado que las ayudas se dan de manera diferencial según género. Por un lado, las mujeres, sean cónyuges o hijas, ayudan a la población en edades avanzadas en actividades cotidianas y domésticas como bañarlo, llevarlo al médico, vestirlo, en quehaceres del hogar, etc. También ellas son principalmente las que proporcionan ayuda material como comida, despensa, víveres y otras compras. A su vez, a ellas los adultos mayores las ayudan en tareas cotidianas y con dinero. Por otro lado, los varones, hijos en general, fundamentalmente dan apoyo monetario a las personas en edades avanzadas, y ellos a su vez, reciben apoyo de los adultos mayores en labores domésticas y apoyo material. Cabe mencionar que las mujeres ayudan a los adultos mayores con más frecuencia que los varones (Montes de Oca, 1999).

De la misma forma, se ha conocido que durante la cuarta edad, y ante el deterioro funcional que la caracteriza, hay un incremento de la frecuencia de las ayudas en tareas cotidianas y domésticas, así como de la calidad de quienes las otorgan, principalmente mujeres. Además, que disminuyen las ayudas de cónyuges y se elevan las otorgadas por los hijos(as), nietos(as), yernos y nueras, e incluso, las dadas por otras personas que no son familiares (Solís, 1999).

Sin embargo, también se ha observado que cuando los adultos mayores perciben algún ingreso, no siempre se trata de una simple ayuda para sus hogares, sino que puede ser una aportación importante, incluso en algunos casos la única. Generalmente dicho ingreso no procede del trabajo, sino de diversos tipos de ayudas que provienen de otros hogares o de instituciones. En este sentido, se ha mostrado que la participación de varones y mujeres en edades avanzadas en la generación de ingresos monetarios para sus hogares, proviene básicamente de diversas transferencias, y que el grupo de perceptores cuyo ingreso principal proviene únicamente de una pensión es minoritario (Rubalcava, 1999).

Determinantes de los apoyos

En uno de sus estudios, Montes de Oca (2001b) demostró que sólo cerca del diez por ciento de la población en edades avanzadas contaba tanto con apoyos formales como informales, intradomésticos o extradomésticos. También encontró que hay un porcentaje significativo de población que no contaba con ningún tipo de apoyo al momento de su investigación, la mayor parte de las personas incluidas en este porcentaje vivía en hogares nucleares y ampliados, de manera que el hecho de coresidir con otras personas no necesariamente implica que los adultos mayores reciben apoyo intradoméstico. Asimismo, la ausencia de otros apoyos formales e informales tiende a determinar con más fuerza la existencia de apoyo intradoméstico (Montes de Oca, 2001b).

En otras investigaciones se ha mostrado que los apoyos de los miembros de las familias son la forma más común de sostén, y que éstas se encuentran asociadas en forma inversa cuando se tienen las pensiones como ayuda. Son las familias las que sostienen principalmente a los adultos mayores en condiciones más vulnerables, es decir, los de mayor edad, los incapacitados para trabajar, los que tienen peores condiciones de vivienda, las mujeres en general, y las mujeres con mayor número de hijos(as) en particular. Con respecto a los determinantes de recibir apoyos intradomésticos y extradomésticos, igualmente se ha documentado que la presencia de uno de ellos aparentemente interviene en la existencia del otro, y que ambos tipos de ayudas, tanto la familiar como las pensiones, son independientes de los arreglos residenciales (Wong, 1999).

En el mismo contexto mexicano, otros estudios sostienen que los varones tienen una red social más reducida que las mujeres, y que la probabilidad de contar con apoyos intradomésticos es menor entre ellos. Un aspecto que se reitera en dichos estudios (así como se ha señalado en los antecedentes) es que el hecho de poseer bienes influye para tener apoyos intradomésticos, de la misma forma que la inseguridad en los ingresos. Un mayor número de miembros en el hogar también incide en la probabilidad de tener estos

apoyos, y se encontró que en las zonas urbanas esta probabilidad es mayor que en las rurales (Montes de Oca, 2001a; 2001c).

Con respecto a los vínculos externos a la unidad doméstica, el tamaño de la descendencia es una determinante significativa pues a mayor número de hijos(as), mayores son los apoyos extradomésticos (ya que provienen en general de los hijos(as) no corresidentes) (Montes de Oca, 2001). La probabilidad de contar con estos tipos de apoyos aumenta con la edad, siendo el estado funcional deficiente una determinante de mucho peso, aunque hay que subrayar que la probabilidad disminuye entre los varones con respecto a las mujeres. Esto sugiere que existe una red social exterior a la unidad doméstica que responde a las necesidades de las personas en edades avanzadas. En este sentido se sabe que los adultos mayores que tienen una relación laboral, aún sin ser retribuida, tienen una mayor probabilidad de contar con estos apoyos, lo que reitera la importancia del ambiente laboral en la conformación y fortalecimiento de los vínculos extradomésticos (Montes de Oca, 2001a; 2001c).

La coresidencia intergeneracional como apoyo

La coresidencia intergeneracional es considerada uno de los diversos tipos de apoyos intergeneracionales. Si bien se esperaba que el aumento en la esperanza de vida implicara a su vez incrementos en la coresidencia, Gomes (2001) encontró que esto no sucede y explica que las mujeres viven hasta edades más avanzadas en situación de viudez sin coresidir con algún descendiente.

La autora sugiere que la coresidencia intergeneracional no se explica sólo por las necesidades socioeconómicas de las generaciones en edades avanzadas. Por el contrario, se presenta como una alternativa de intercambio entre los adultos mayores con mejores posiciones en la estructura de ingresos, lo que les permite atender las necesidades de sus corresidentes. Es decir, la coresidencia depende más de los recursos sociales y económicos de que disponen las generaciones que coresiden, los cuales les facilitan activar y mantener esta forma de intercambio intergeneracional (Gomes, 2001).

Otros autores que estudiaron únicamente a la población senescente femenina explican las razones de la coresidencia entre las mujeres adultas mayores y sus descendientes: una es que a partir de la crisis económica de la década de 1980 muchos hijos(as) se quedaron con sus padres porque no podían pagar una vivienda independiente; otra razón consiste en un sentimiento de deber filial hacia sus padres, el cual es reconocido incluso como un deber y derecho específicamente femenino, y como una noción de reciprocidad en el trato y cuidado, que se expresa además en términos de una moralidad religiosa, católica en este caso. Se han detectado dos características que también explican la coresidencia entre las mujeres: la gran mayoría de las mujeres en edades avanzadas tiene la desventaja de no haber participado en el mercado laboral, o bien lo hicieron en menor medida, por lo que carecen de pensión alguna, de manera que cuando viven con sus hijos(as) casados(as) tienen la capacidad de hacerse útiles, ya sea como “niñeras” o como encargadas de los quehaceres domésticos, actividades que permiten “liberar” a otro miembro de la familia más joven para que pueda trabajar (Varley y Blasco, 2001). Pese a que dicho estudio se enfocó sólo a la coresidencia de mujeres en edades avanzadas con sus descendientes, es posible suponer que estas situaciones se aplican también cuando se trata de los varones en edades avanzadas.

Estos autores expresan que las razones para que los hijos(as) decidan no vivir con sus padres en edades avanzadas son, paradójicamente, las mismas que conducen a coresidir con ellos. Es decir, al percibir a las mujeres mayores más autosuficientes que los varones, más independientes, más valientes y con más fuerza de voluntad, son consideradas más aptas para vivir solas. Además, si el cuidado y la atención de las personas en edades avanzadas recaen principalmente en las mujeres, ante el incremento del empleo femenino son más reducidas las oportunidades para ellas. A esto se suma que las mujeres ya no son sumisas con sus propias madres y suegras, lo que hace más difícil que éstas puedan vivir en casa de sus hijos(as). Aunque también hay casos en los que el mal comportamiento que mostraron los adultos mayores en el periodo previo a su vejez, repercute en la calidad de los vínculos que tienen con sus hijos(as) en la última etapa de su vida (Varley y Blasco, 2001).

LOS APOYOS FAMILIARES ¿RECURSO INAGOTABLE?

Creemos que hay dos razones por las cuales el bienestar de las personas en edades avanzadas toma hoy en día mayor relevancia en la investigación sociodemográfica. La primera es que ante los profundos cambios demográficos, epidemiológicos y socioeconómicos que a lo largo del siglo pasado se presentaron en México, es imposible no pensar en ese grupo de población en franco aumento, en especial ante las adversas condiciones de vida que enfrenta la mayoría.

Un elemento de suma importancia avalado incluso por las leyes, consiste en el derecho de las personas a retirarse de la actividad económica a una edad determinada bajo el beneficio de recibir una pensión y el acceso a servicios de salud. Sin embargo, ya vimos que actualmente sólo una minoría cuenta con dichos apoyos, y en general se enfrentan a una insatisfactoria inserción en los mercados laborales. Por eso consideramos que uno de los principales compromisos por parte del Estado es examinar no sólo el sistema de seguridad social, sino también la participación e inserción laboral remunerada o no, de los adultos mayores, pues ésta les posibilita cubrir sus necesidades básicas de consumo y los servicios de atención que requieren.

Además, nos parece necesario examinar la estructura de la seguridad social y de los mercados de trabajo desde una perspectiva de género, considerando otras características que contribuyan a enriquecer el análisis como el grado de urbanización del lugar de residencia, la movilidad ocupacional, el perfil migratorio, entre otras. Todo esto permitirá evidenciar con más elementos las condiciones de vida de la población que tiene más carencias, como es el caso de la gran mayoría de las mujeres adultas en edades avanzadas, y en general de la población senescente que vive en las áreas menos urbanizadas.

Por otro lado, nos enfrentamos ante un grave problema en lo que se refiere a la prestación y calidad de los servicios de salud. Como anticipamos en otros momentos, no todos los adultos mayores tienen la oportunidad de recibir atención en las instituciones

públicas pues sabemos que la cobertura es muy limitada y, en algunos casos, de baja calidad, y esto se acentúa en las áreas menos urbanizadas. Las demandas cada vez son más porque este segmento de la población crece de forma acelerada y las acciones e intervenciones por parte del Estado son insuficientes para atenderlas.

Estos esquemas no dejan alternativa: los hijos inevitablemente tienen que hacerse responsables de las necesidades de los padres en edades avanzadas, independientemente de las posibilidades que tengan. De aquí se deriva la segunda razón, a nuestro parecer relevante, para examinar el bienestar de los adultos mayores. Considerando los principales cambios socioeconómicos y socioculturales que se suscitaron en México a partir de la segunda mitad del siglo pasado, percibimos que se han desarrollado ciertos factores que dificultan las relaciones de apoyo entre la población senescente y sus familias, especialmente sus hijos(as), de quienes provienen la gran parte de los apoyos.

Uno de los principales factores que obstaculizan esta relación es la creciente integración de las mujeres al mercado de trabajo, pues son básicamente ellas, esposas o hijas, quienes cumplen un rol de suma importancia en el apoyo a los adultos mayores.

Por otro lado, las personas en edades avanzadas fueron los principales artífices del conocido “milagro mexicano”, cuando la tasa de crecimiento económico fue superior a la tasa de crecimiento demográfico, situación que los ubica en ventaja frente a sus hijos(as), y a los más jóvenes en general. En contraste, éstos últimos han vivido en medio de los efectos de las primeras devaluaciones de la moneda y el consecuente deterioro en las condiciones de vida tras la crisis de 1982. A su vez, estos aspectos ponen en una situación vulnerable a las generaciones más jóvenes, en quienes recae el cuidado de los adultos mayores.

Además no podemos dejar a un lado que las transformaciones socioeconómicas y socioculturales conllevan a cambios en los valores culturales, los cuales inciden en la menor disponibilidad de las responsabilidades tradicionalmente adjudicadas a las familias, entre ellas, precisamente la ayuda a los adultos mayores.

Bajo este panorama tenemos que las familias, en tanto la principal alternativa de apoyo a los adultos mayores, con tradición cultural y solidez social adquirida durante décadas, sufren una serie de transformaciones en la estructura y composición de los hogares, que si bien posibilitan que varias generaciones convivan bajo un mismo techo, no garantizan una buena calidad de vida entre sus miembros más vulnerables, especialmente de los adultos mayores, ya que no todos los miembros tienen posibilidades de dar suficiente ayuda.

Debido a la limitada procuración de apoyos a la población senescente por parte del estado mexicano a través de políticas públicas, consideramos fundamental ampliar el estudio de los apoyos familiares, particularmente los intergeneracionales entre los adultos mayores y sus hijos(as), por el impacto que estas relaciones tienen en la calidad de vida de las generaciones en edades avanzadas. Por ello, es de suma importancia desarrollar propuestas y análisis sobre este tema, porque como hemos visto, las coyunturas económicas, sociales, demográficas y culturales cada vez hacen más compleja y difícil la capacidad de las familias de hacerse cargo de sus adultos mayores.

COMENTARIOS FINALES

En la mayoría de los contextos, principalmente urbanos, ha perdido vigor la antigua familia extensa, la familia de la casa grande casi patriarcal en donde convivían de manera natural abuelos, padres e hijos, y a veces tíos y primos. Ya era tradición que las distintas generaciones compartieran vivienda, alimentación, recreación y conversación; era común que abuelos y nietos se cruzaban en los pasillos y habitaciones de la casa y se transmitían tradiciones, costumbres, inquietudes y problemas. El abuelo, el "adulto mayor", era figura importante en esa transmisión de cultura, y él se sentía importante; en la familia extensa había un sitio para él, y en ese sitio cumplía un rol que era irremplazable.

En la sociedad actual no queda espacio para ese tipo de familia, ésta se ha reducido al núcleo mínimo de padres e hijos (muy pocos). Ante este panorama nos preguntamos *¿qué rol pueden desempeñar las personas mayores en un lugar donde ya no se les da cabida?* Sin duda, sabemos que hoy por hoy las estancias gubernamentales son insuficientes para atender las demandas de este grupo de la población cada vez en aumento. Y que el papel de las familias como proveedoras de apoyo de cualquier tipo también se ve amenazado ante los variados y significativos cambios sociales y culturales. Por todo esto es de gran interés analizar los patrones de los apoyos intergeneracionales, sobretudo los provenientes de los hijos(as) adultos hacia sus padres.

En este capítulo vimos que los acontecimientos históricos, económicos y culturales determinan en buena medida la dinámica de los apoyos intergeneracionales. Las formas de ayuda, los niveles de tolerancia y la disponibilidad de recursos entre los miembros de las familias se ven afectados por todos estos determinantes. Por eso la variabilidad de los apoyos, así como las expectativas de quienes reciben el apoyo y de quienes lo brindan, están influidas por el respectivo ambiente sociocultural.

Asimismo, la actitud hacia la ayuda intergeneracional en los últimos años de la vida descansa en una serie de valores que fueron arraigados durante el curso de vida,⁴¹ pero también depende de las posibilidades que en el presente existen para proporcionar apoyo.

Para los hijos, la sobrevivencia de los padres en edades ya avanzadas es un suceso que puede tornarse de gran complejidad, por una parte, la satisfacción de contar con el incondicional amor paterno que siempre será gratificante ante las vicisitudes de la vida; por otra parte, la dificultad de afrontar el compromiso de apoyo, sobre todo

⁴¹ La perspectiva del curso de vida provee un esquema flexible para comprender la interacción de los diferentes “relojes” que gobiernan el movimiento de los individuos y las familias a través de sus vidas en una sociedad cambiante. Como lo ha señalado Tamara Haraven (1977), el curso de vida explora la sincronización entre el tiempo individual, el tiempo familiar y el tiempo histórico. La dinámica del curso de vida, dice Elder (1978), está condicionada tanto por la estructura de oportunidades que impone el contexto histórico-social como por el conjunto de expectativas, compromisos y recursos que los individuos ponen en juego para enfrentar sus circunstancias históricas.

cuando hay problemas económicos y de salud. Mientras la ayuda mutua entre padres y su descendencia consiste en pequeños y esporádicos apoyos y esfuerzos, se asume como un simple valor de intercambio generacional. Pero cuando se trata de una situación de alta dependencia, de cuidados de enfermedades graves o de proveer sustento económico cuando las posibilidades son limitadas, la capacidad para brindar apoyo se convierte en un problema.

En México, las necesidades de la familia y en especial las de los padres se asumen entre los miembros con un amplio sentido de responsabilidad, de afecto y obligación moral.⁴² Hay muchos tipos de apoyo que los padres pueden demandar para su bienestar: atención y cuidados, visitas, transportación, tareas domésticas, ayuda económica, compañía, abastecimiento de víveres, etc., y los hijos pueden encontrar a su vez diversas maneras de satisfacerlos. Por ejemplo, el mayor problema de ajustes para el cuidado de los padres en edades avanzadas recae entre las mujeres, hijas o nueras, que dividen su tiempo entre las necesidades de su familia, el trabajo remunerado y el trabajo doméstico. Otras veces todas estas tareas se dividen entre los hijos dependiendo de la condición de coresidencia o no coresidencia con los padres.

De lo expuesto anteriormente, es fundamental reiterar la importancia de fortalecer las redes familiares de apoyo reconociendo la potencialidad de los apoyos (de los hijos(as) a los padres y viceversa), porque sabemos que cuando los padres pueden valerse por sí mismos son un gran apoyo en el cuidado de los nietos y en los quehaceres del hogar, incluso con aportaciones económicas. Pero también es importante insistir en el diseño e implementación de políticas públicas que beneficien a la población senescente, pues se trata de un amplio sector de la población en condiciones de alta vulnerabilidad que tiene demandas específicas de salud y asistencia, y la familia no siempre puede hacerse cargo de estas necesidades. Para ello, resulta altamente prioritario apoyar y fortalecer el desarrollo de investigaciones que permitan ampliar el

⁴² Es importante señalar que también existe un fundamento legal para los apoyos intergeneracionales entre padres e hijos(as), pues los Códigos Civiles locales de diversas entidades federativas contemplan obligaciones en materia alimenticia y cuidados ellos. Al respecto, puede consultarse el Código Civil del Distrito Federal en el Título VI, Capítulo 2, del artículo 301 al 323, así como en el Título VIII, Capítulo 1, del artículo 411 al 424 (en especial el 414 bis).

conocimiento sobre este y otros temas relacionados con los apoyos intergeneracionales, principalmente haciendo conciencia de que la población senescente va en importante aumento.

LA HETEROGENEIDAD DE LA POBLACIÓN ADULTA MAYOR

El objetivo que se persigue en este capítulo es mostrar que la población senescente, lejos de conformar un grupo homogéneo, está integrado por individuos con serias diferencias entre sí, asociadas tanto a los contextos más amplios en los que se reproducen como a sus atributos sociodemográficos, los cuales desde nuestro punto de vista hacen a unos más vulnerables que a otros, y por ende, más necesitados de apoyo. Sólo de esta manera podremos apreciar más nítidamente su situación actual, así como vislumbrar con mayor claridad las repercusiones que tendrá en el futuro próximo el envejecimiento de la población mexicana.

Para efectos de un análisis que nos permita adentrarnos en la heterogeneidad de los adultos mayores, e identificar la mayor necesidad de apoyo de unos en comparación con otros, diferenciamos la información en cuatro dimensiones que nos parecen básicas⁴³. La primera es la localidad de residencia. Entre la literatura de interés, es de suma importancia distinguir a la población senescente que reside en áreas urbanas de la que habita en zonas rurales. Tal distinción ha dejado al descubierto que no se envejece de la misma manera en uno y otro contexto, ni es lo mismo ser adulto o adulta mayor en las grandes ciudades que en los pequeños poblados (Reyes, 2002; Vásquez, 1999a).

Por eso en este trabajo distinguimos entre las personas que viven en localidades con menos y más de 100 mil habitantes. Esto porque aceptamos que las condiciones de la localidad implica un acceso diferenciado a ciertas *oportunidades de tipo estructural* determinantes para la vida cotidiana de los adultos mayores.⁴⁴ Sin duda, este criterio no

⁴³ Ver cuadro IV-1.

⁴⁴ Por *oportunidades de tipo estructural* entendemos los servicios públicos y la infraestructura social que el Estado mexicano ha establecido de manera diferencial en las localidades más y menos urbanizadas, como resultado de la centralización económica que priorizó el desarrollo de las primeras en detrimento de las últimas a partir de la segunda mitad del siglo pasado.

nos permite hablar de diferencias propias de lo urbano y lo rural, pero si nos permite acercarnos a éstas, pues sabemos que las localidades más urbanizadas (con 100 mil y más habitantes) están conformadas por centros urbanos, mientras que 90% de las localidades rurales (con menos de 100 mil habitantes) se compone de pueblos de 500 habitantes o menos población.⁴⁵

Así mismo separamos cada localidad de residencia en tres estratos que aluden a la escolaridad relativa de todos los miembros de los hogares en donde residen las personas en edades avanzadas (incluidas ellas mismas): bajo, medio y alto. Éstos son interpretados como una aproximación a estratos de tipo socioeconómico.⁴⁶ La estratificación es la segunda dimensión que utilizamos pues en recientes estudios sobre vejez se ha demostrado que además de las diferencias elementales ya conocidas entre lo urbano y lo rural, también hay diferencias al interior de esos espacios que están estrechamente vinculadas con la posesión o carencia de recursos en las edades avanzadas, mediante los cuales se facilita o dificulta la negociación de apoyo durante la vejez y se determina la mayor o menor necesidad de unos sobre otros (véase Cantón y Mena, 1998; Enríquez, 2000 y 2003; González de la Rocha, 1999 para el caso urbano; y Cantú, 2003; Navarrete, 2003; Ronzón, 2003 para el rural).

De esta manera, partimos de la idea de que el acceso diferencial a las instituciones educativas formales, tanto de aquellos que han terminado sus estudios, como de quienes aún permanecen estudiando, nos puede aproximar a su realidad socioeconómica. Esto porque admitimos que el entorno próximo de los adultos y adultas

⁴⁵ Según datos del INEGI con base en el XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

⁴⁶ Este indicador de escolaridad relativa de los hogares fue propuesto por Carlos Echarri Cánovas con la finalidad de tomar en cuenta las experiencias de todos los miembros del hogar, en el contexto de la expansión de la oferta educativa que ha habido en el país, por lo que considera para cada individuo el número de años aprobados en la escuela con relación a un estándar previamente construido según sexo y edad. De esta manera, los miembros de los hogares del estrato bajo presentaron un valor en el promedio menor a 0.1 del estándar, los del estrato medio valores comprendidos de 0.1 hasta 0.5 y los del alto igual y por arriba a 0.5 veces del estándar. Cabe señalar que Echarri propone además del indicador de escolaridad relativa otro que considera la ocupación de los miembros del hogar del adulto mayor, y otro más con las características de la vivienda, esto con el propósito de combinarlos y construir estratos socioeconómicos, los cuales no pudimos replicar porque carecemos de la información necesaria sobre ocupación y vivienda. Sin embargo, a manera de validar nuestro indicador de escolaridad como una aproximación de lo socioeconómico, cruzamos la información del mismo con la que contábamos sobre ocupación y vivienda, la cual nos confirmó lo que hasta aquí hemos señalado, la escolaridad como una aproximación de lo socioeconómico.

mayores, su *situación social* y su *condición económica*, no están asociadas únicamente a sus niveles de escolaridad individual, resultado de las oportunidades brindadas por el sistema educativo formal en el pasado, sino también a los niveles de escolaridad de las personas con quienes cohabitan y comparten la vida diaria en la actualidad.

A su vez, en cada estrato distinguimos según grupos de edad y sexo. Estas son la tercera y cuarta dimensiones aplicadas para evidenciar la diversidad entre las personas en edades avanzadas y, en su caso, la mayor o menor vulnerabilidad. Los grupos de edad son dos: 60 a 69 años y 70 y más años, pues sabemos que la *pérdida de funcionalidad* es un factor determinante para estos grupos (Gutiérrez, 1998; Solís, 1999). Este factor, vale la pena subrayar, se presenta paulatina e insoslayablemente conforme se envejece (aún en las mejores condiciones), por lo tanto, si bien se manifiesta entre la población de adultos mayores de menos edad, es notoriamente más palpable entre los más ancianos.

Hasta ahora comúnmente se ha señalado que el punto de “quiebre” entre la funcionalidad y su pérdida está cercano a los 75 años, afirmación validada por Solís (1999), quien desarrolló un índice de salud que le permitió constatar este argumento. Sin embargo, recientemente se han construido otros índices de salud que aprovechan más información sobre el adulto mayor, pues incorporan más datos que los circunscritos a las actividades diarias, a las incapacidades y a la autopercepción de la salud. Uno de ellos es el propuesto por Hebrero (2004) y empleado aquí para seleccionar los grupos de edad, ya que además de considerar los aspectos físicos, también considera los mentales. Según este índice la pérdida de la funcionalidad está alrededor de los 70 años.⁴⁷

En cuanto al sexo de los adultos mayores es suficiente decir que esta distinción es útil en tanto que advertimos el fenómeno de *feminización del envejecimiento*, es decir, que es mucho mayor la proporción de mujeres que alcanza edades avanzadas. Pero también porque conocemos las *particulares pautas de conducta (estereotipos y*

⁴⁷ Al graficar dicho índice teniendo la edad del adulto mayor como variable control, pudimos ver que sin importar el sexo del individuo, se deja de tener buena salud poco más o menos de los 70 años de edad.

roles de género)⁴⁸ entre varones y mujeres, determinadas principalmente por la cultura y reforzadas por la sociedad, que predominan a lo largo de la existencia de las personas y se acentúan durante su vejez (Arber y Ginn, 1996).

A partir de esta clasificación en varios subgrupos analizaremos la diversidad que hay al interior considerando dimensiones y atributos sociodemográficos que nos permitirán mostrar, a lo largo de este capítulo, el grado de vulnerabilidad de estos grupos y por ende la mayor o menor necesidad de apoyo.

En la primera sección examinamos los atributos sociodemográficos individuales de las personas en edades avanzadas como son la escolaridad y el estado civil. Posteriormente, presentamos información sobre sus condiciones de salud y su acceso a los servicios sanitarios públicos o privados, así como sus oportunidades de ingreso. En la tercera sección examinamos los movimientos migratorios que experimentaron los adultos mayores durante su juventud y madurez, así como el lugar de destino. Por último, en la cuarta parte exploramos sus arreglos residenciales actuales, a través de la composición de los hogares. En cada una de estas secciones, analizamos la información según el tipo de localidad de residencia (localidades más y menos urbanizadas) y de acuerdo con los estratos socioeconómicos de los hogares, los grupos de edad y el sexo de la población senescente.

⁴⁸ El sexo refiere a las características físicas y biológicas que diferencian a las mujeres y a los varones, es decir, las características con las que todas las personas nacen, es una condición natural de cualquier ser humano. El género remite a una amplia serie de ideas, creencias, representaciones y construcciones sociales que se inculcan y atribuyen a las personas con base en la diferencia sexual. En este sentido, los estereotipos de género reflejan las creencias populares sobre las actividades, los roles, rasgos o características que supuestamente distinguen a los varones de las mujeres. Por ejemplo, tradicionalmente se espera que los niños practiquen más deportes que las niñas o que éstas sean más ordenadas que los niños. Ahora bien, como resultado de los roles asignados a cada género existe una valoración distinta de las personas dependiendo del cumplimiento de las prescripciones, normas y expectativas socioculturales de los comportamientos apropiados para varones y mujeres. Por ejemplo, a lo largo de la historia moderna los varones han tenido el rol de proveedores del gasto y protectores de la familia, mientras que las mujeres han tenido como papel cuidar a la descendencia, hacer la comida y cuidar el hogar.

ATRIBUTOS SOCIODEMOGRÁFICOS INDIVIDUALES

La población de nuestro estudio está conformada por todas las personas adultas mayores residentes en el país al comienzo de este siglo. Según la fuente de datos que se utiliza, el Estudio Nacional sobre Salud y Envejecimiento en México (ENASEM) 2001, se trata de casi ocho millones de personas con 60 y más años, de las cuales prácticamente el 60% está asentada en localidades con menos de 100 mil habitantes, y el resto en localidades con más de 100 mil. Es decir, de cada diez adultos mayores seis de ellos residían en localidades menos urbanizadas, mientras que los cuatro restantes residían en localidades más urbanizadas, lo que expresa que hay más presencia de adultos mayores en el primer tipo de localidad (cuadro IV-2).

Según los estratos de los hogares de las personas adultas mayores, la gran parte de quienes habitan en las localidades menos urbanizadas viven en hogares del estrato bajo, esto es, ocho personas de cada diez, sin distinción por edad y sexo. En cambio, en las localidades más urbanizadas, y también sin importar edad o sexo, de cada diez adultos mayores cinco habitan en hogares del estrato bajo, tres en hogares del medio y dos en hogares del alto (cuadros IV-3 y IV-4).

Notoriamente, hay más desigualdad de circunstancias socioeconómicas entre los adultos mayores que están asentados en las localidades menos urbanizadas, en contraste con aquellos que residen en las más urbanizadas.

En las gráficas IV-1 y IV-2 podemos ver que en una y otra localidad, en cualquier estrato, es más grande el grupo de adultos mayores de menor edad (60 a 69 años). Esto indica que buena parte de ellos, sin importar la localidad de residencia ni el estrato del hogar, aún está en una etapa de la vejez que se caracteriza por ser funcional, y que aparentemente les permite continuar con el estilo de vida que hasta entonces han llevado.

No obstante, esto sería posible sólo en cierta medida, pues no olvidemos que muchas veces la vejez viene acompañada de actitudes “derrotistas” que conducen a la

pasividad, o bien, pensemos en la obligatoria renuncia a las actividades laborales habituales, por mencionar lo que sucede comúnmente cuyas repercusiones se reflejan en el gradual decrecimiento del bienestar durante la vejez.

Contrario a lo que ocurre en los hogares del estrato bajo, en estratos medio y alto, tanto en localidades más urbanizadas como en las menos urbanizadas, es evidente la ya conocida mayor sobrevivencia femenina asociada a la población senescente. Esto nos permite sugerir que en los hogares del estrato bajo, el efecto de la mortalidad es muy similar en ambos sexos y, muy probablemente, está influenciado por las condiciones socioeconómicas de las personas en edades avanzadas. Sólo así podemos entender por qué en el estrato bajo la mortalidad afecta a los adultos mayores, sin una distinción importante por sexo, mientras que en los estratos medio y alto afecta mayormente a los varones (gráficas IV-1 y IV-2).

Considerando el estado civil de las personas en edades avanzadas, en las localidades más y menos urbanizadas es notable que del estrato bajo al alto hay un aumento de los varones casados o unidos, así como una reducción en la proporción de mujeres viudas (gráficas IV-3 y IV-4). Estas tendencias son relevantes porque muestran las necesidades o requerimientos de hombres y mujeres en esa etapa de la vida. Es decir, los varones poseen cierta propensión a buscar otra pareja cuando enviudan o disuelven su matrimonio, sobretodo los de menor edad (60 a 69 años), aunque esto también puede ser un reflejo de que siguen unidos porque simplemente no han enviudado o disuelto su matrimonio.

Por el contrario, la proporción de mujeres casadas o unidas es menor con respecto a la de hombres debido a su mayor sobrevivencia, y a que tienen más aceptación por la viudez, además esta tendencia avanza con la edad (gráficas IV-3 y IV-4).⁴⁹

⁴⁹ Según datos de la ENASEM 2001, entre los varones de 60 años y más el 72.7% permanecen casados o unidos, mientras que entre las mujeres de la misma edad sólo el 45.7% tiene el mismo estado civil. Asimismo, el 16 % de ellos son viudos, mientras que el 38.9 % de ellas son viudas.

Gracias a lo anterior podemos decir que en los estratos sociales bajos hay menos varones casados o unidos y más mujeres viudas, en otras palabras, mayor número de ellos y ellas sin pareja. Esto nos permite sugerir la posibilidad de que en estos contextos, y bajo las circunstancias socioeconómicas descritas, la vejez podría vivirse frecuentemente con una “sensación” de abandono o soledad, pues son los sentimientos que entre los adultos mayores de cualquier sexo muchas veces surgen al no tener una pareja con quien compartir la cotidianidad.

Por otra parte, es común que los varones en edades avanzadas permanezcan en compañía de su pareja y convivan diariamente con ella, mientras que las mujeres se enfrentan más a la pérdida de su cónyuge. Esto es importante porque nos habla de las situaciones que unos y otras enfrentan durante su vejez, y que determinan la manera en que la viven, quizás los hombres con más tranquilidad mientras que las mujeres con cierto desasosiego, pues recordemos que tener o no pareja significa también la presencia o ausencia de una compañía que en general es sumamente apreciada en la vejez.

Sabemos de antemano del precario nivel de escolaridad de la actual población senescente como resultado de la poca oferta educativa que obtuvieron por parte del sistema gubernamental durante su infancia, niñez y juventud (Gomes, 2001; Montes de Oca, 2001c). Pero además podemos afirmar que en las localidades menos urbanizadas, en comparación con las más urbanizadas, es más grande la proporción de personas adultas mayores sin escolaridad (gráficas IV-5 y IV-6).

A nuestro parecer, esto sería consecuencia del modelo económico sustitutivo que durante muchos años impulsó el “progreso” de unas cuantas metrópolis y dejó en el atraso al territorio rural del país, fundamentalmente en lo que respecta a la implementación de servicios e infraestructura estatales a partir de la segunda mitad del siglo pasado, justo cuando nuestra población objetivo tenía la edad propicia para recibir educación formal.

Encontramos también una asociación entre los estratos de los hogares y los niveles de escolaridad individual de la población senescente que se expresa de la

siguiente manera: a más educación del adulto mayor es superior el estrato de su hogar. En los hogares del estrato bajo vemos que se concentra la mayor proporción de población senescente sin escolaridad; en los del estrato medio se ubica el grupo mayoritario de personas adultas mayores que tienen hasta primaria, mientras que en los hogares del estrato alto se encuentra el grupo que contaba con más escolaridad (ver gráficas IV-5 y IV-6).

De tal modo es posible suponer que los logros educativos individuales alcanzados por los adultos mayores inciden en las oportunidades de estudio y los niveles de escolaridad de su descendencia coresidente, características que a su vez fueron tomadas en cuenta para la construcción de los estratos sociales de los hogares (al considerar a todas las personas coresidentes, parientes y no parientes).

También encontramos que, sin importar la edad, hay un mayor número de mujeres sin escolaridad, así como de varones que tienen hasta primaria o más que primaria (gráficas IV-5 y IV-6). Estos datos reflejan lo que se ha planteado en diversos estudios: entre las generaciones conformadas por la hoy población senescente culturalmente se adjudicaron, y socialmente se reforzaron, estereotipos y roles de género de la mujer hogareña dedicada a las labores exclusivas del hogar y al cuidado y atención de los miembros del grupo familiar. Lo anterior explica su escaso nivel de escolaridad pues la educación formal tenía una valoración muy reducida, además no era necesaria para las actividades domésticas a las que estaba “destinada”.

Por otra parte, los datos muestran estereotipos y roles de género del varón como proveedor, orientado a la vida social, que también explica los niveles de escolaridad más altos en tanto que su educación formal se consideraba una inversión que repercutiría en mejores posibilidades de empleo y de ingresos, y por ende, en mayores facilidades para hacer frente “a sus responsabilidades”, asociadas principalmente a la manutención del hogar y de los miembros del grupo familiar.

La información presentada hasta el momento fortalece nuestro planteamiento acerca de la diversidad en las características de las personas adultas mayores. Hemos

visto que hay diferencias significativas según su localidad de residencia, estratos de sus hogares, grupos de edad y sexo, con respecto a su estado civil y escolaridad.

Sin embargo, consideramos que aún no es tan evidente -como pretendemos- el grado de vulnerabilidad al que están sujetos algunos sectores de la población adulta mayor, por eso a continuación profundizamos en el análisis de otras características con el fin de establecer el grado de necesidad de apoyo y/o ayuda de los adultos mayores.

CONDICIONES DE SALUD Y SITUACIÓN ECONÓMICA

Sabemos que la situación de las personas en edades avanzadas está influenciada fuertemente tanto por su condición de salud, como por sus posibilidades de recibir ingresos monetarios. También sabemos que conforme avanza su edad aumenta el riesgo de sufrir padecimientos asociados a la vejez, al mismo tiempo que se reducen ineludiblemente las oportunidades de percibir ingresos monetarios por trabajo.⁵⁰ Por todo esto es conveniente examinar las características vinculadas con la condición de salud y con los ingresos monetarios de las personas con 60 y más años que residen en México en el 2001. Es fundamental para detallar los distintos contextos en que se desenvuelven día a día, ya que de ellos se desprenden las facilidades o dificultades para vivir la vejez con el nivel mínimo de bienestar.

En las localidades de residencia menos y más urbanizadas encontramos una tendencia en común, aunque un poco más notoria en las primeras. Se trata de una asociación entre la condición de salud de las personas en edades avanzadas y los

⁵⁰ Respecto a las patologías de la población senescente podemos decir que son las crónicas-degenerativas, esto es, enfermedades que si bien no son de alta letalidad, con el paso del tiempo son responsables del deterioro, la limitación funcional, la incapacidad de quienes las padecen, ya que con poca frecuencia se presentan de manera aislada. Entre éstas debemos mencionar las cardiovasculares, las respiratorias, la obesidad, la diabetes mellitus, algunos tipos de cáncer, el Alzheimer y otras demencias, la osteoporosis, la artritis y el reumatismo. En cuanto a la reducción de la percepción de ingresos por actividad hay que decir que es una problemática que va de la mano con la disminución de la capacidad para continuar trabajando y recibir un sueldo conforme se envejece. Esto es inevitable y por eso la sustitución del ingreso que proporcionaba el trabajo vía una pensión o jubilación se convierte en una exigencia. Sin embargo, ésta en gran parte de los casos no es atendida, y cuando sí, en general los montos corresponden a las cuantías mínimas decretadas por ley, equivalente poco más o menos al salario mínimo vigente.

estratos de sus hogares, que actúa de la siguiente manera: la mayor proporción de las personas que tenían mala salud se encuentra dentro de los hogares del estrato bajo, mientras que las personas que gozan de un nivel de salud medio se ubicaron principalmente en los hogares de los estratos bajo y medio.

A pesar de que en los tres estratos hay una presencia nada despreciable de adultos mayores con buena salud, es evidente el repunte en los hogares del estrato alto (gráficas IV-7 y IV-8).⁵¹ Esto nos sugiere que en ambos tipos de localidades, especialmente en las menos urbanizadas, las condiciones socioeconómicas definen las condiciones de salud en detrimento de aquellos adultos mayores que viven en el estrato bajo, y a favor de los que viven en el estrato alto. Este argumento coincide con otros estudios como el desarrollado por Wong y Espinoza (2002) en el cual, entre otros aspectos, identifican que la buena salud que gozan las personas en edades avanzadas está asociada positivamente a sus ingresos.

En nuestro caso advertimos también diferenciales por sexo y grupos de edad según los cuales, la proporción de mujeres con mala salud y regular, persiste y aumenta conforme avanza la edad. Nuestros datos confirman los resultados de las investigaciones de Gomes (2001), Ham (2001a), Montes de Oca (2001c), Gutiérrez (2000) y Solís (1999). Todos ellos encontraron en distintos momentos y escenarios que entre las mujeres en edades avanzadas existe siempre una tendencia a presentar una salud deteriorada, y que ésta se acrecienta paralelamente con la edad.

Estos diferenciales pueden explicarse fácilmente por la estructura etárea más envejecida de las mujeres, debido a la cual están expuestas por más tiempo a sobrellevar enfermedades inevitables de una edad avanzada como son las crónico-degenerativas,

⁵¹ El índice de salud usado para evaluar la condición de la misma entre la población senescente es el formulado por Hebrero (2004). Consta de seis dimensiones: función física, dolor corporal, salud general, vitalidad, salud mental y transición de salud notificada (en relación al año anterior de la encuesta). Cada una de éstas toma valores entre 0 y 100. El índice fue construido sumando los valores de las seis dimensiones asignándoles el mismo peso, por lo tanto, se trata de una medida continua que va de 0 a 100, con una distribución uniforme. De esta forma, mientras el valor del índice esté más cercano a 100 significa que la salud es favorable, mientras que se acerque a 0 significa que es deficiente. Sin embargo, en este estudio decidimos evaluar la salud según tres categorías: mala, regular y buena. La salud mala es cuando el valor está por debajo a 33, la regular cuando va de 33 a 65 y la buena cuando es igual o por arriba a 66.

que como su nombre lo indica, persisten o continúan durante un período prolongado en tanto que no se pueden curar en forma fácil o rápida, únicamente pueden controlarse, y por lo tanto con el paso del tiempo son causantes del deterioro físico y mental de quienes las padecen. Estos diferenciales son significativos porque reflejan una incuestionable realidad de desventaja para las mujeres adultas mayores.

Otra tendencia común que identificamos en los dos tipos de localidades es la relación que existe entre tener acceso a los servicios médicos y el conocimiento oportuno de sus condiciones de salud. El acceso a los servicios de salud está determinado por la localidad de residencia y el estrato socioeconómico en donde vive el adulto mayor, y esto a su vez, le brinda las posibilidades de atender oportunamente sus padecimientos.

En este sentido, la población senescente que vive en localidades más urbanizadas puede verse favorecida porque cuenta con más posibilidades de acceder a servicios médicos, además de tener una situación económica mejor, lo cual le puede permitir acudir a servicios privados de así requerirlo.

Al examinar la proporción de adultos mayores con acceso a servicio médico en cualquier institución de salud, pública o privada, observamos que en las localidades más urbanizadas aumenta la proporción de personas en edades avanzadas con derecho a algún tipo de servicio médico. Vemos también que, en consecuencia, en los estratos medio y alto se tiene con más frecuencia ese derecho (gráficas IV-9 y IV-10). Así, en las localidades más urbanizadas y en el estrato social alto, las condiciones de salud favorables están asociadas a un mayor acceso a los servicios médicos, pues como señalamos, tienen más facilidades de enterarse oportunamente de sus padecimientos y cuentan con más recursos económicos para atenderlos a tiempo.

En cambio, en las localidades con menos de 100 mil habitantes la proporción de adultos mayores hombres y mujeres con derecho a algún tipo de servicio médico es notoriamente menor en el estrato bajo, en comparación con el medio y el alto (gráfica IV-9).

Al analizar por grupos de edad y sexo encontramos otro comportamiento diferencial: hay más mujeres de 60 a 69 años con derecho a servicio médico con respecto a las de 70 y más, y más varones de 70 años y más que cuentan con este beneficio, en comparación con los varones de menos edad. Creemos que esta relación inversa es consecuencia de la viudez y dependencia económica que caracterizan a la población femenina de este grupo poblacional.

Los diferenciales observados con respecto a la condición de salud y el derecho a algún tipo de servicio médico se intensifican entre los adultos mayores residentes en las localidades menos urbanizadas, de los estratos inferiores, con menor acceso a instituciones de salud públicas o privadas y, especialmente, cuando se trata de mujeres. Todo esto nos permite hablar de la gran desigualdad en las condiciones de vida de los adultos mayores, y de su precaria situación para lograr el máximo bienestar posible al final de su curso de vida.

Otro aspecto importante que consideramos en este capítulo es la condición de actividad de las personas en edades avanzadas. Al respecto las gráficas IV-11 y IV-12 muestran que la proporción de adultos mayores que trabajan es más grande en las localidades menos urbanizadas, suponemos que esto se debe a que hay más oportunidades para desempeñar un trabajo en comparación con las localidades más urbanizadas, en donde hay un límite de edad para trabajar (recordemos que en México la edad al retiro es de 60 o 65 años).

Al incluir otras variables encontramos diferencias interesantes. En primer lugar queremos destacar que como es de esperarse, los varones de los dos grupos de edad participan más en el trabajo extradoméstico que las mujeres. Esto ocurre en los dos tipos de localidades, aunque es más notorio en las de menor tamaño. Según estratos, vemos que del bajo al medio disminuye la proporción de varones que sí trabajaban al momento del levantamiento de la encuesta, al tiempo que aumenta la de aquellos que no trabajaban (gráficas IV-11 y IV-12).

Por su parte, las proporciones de mujeres de los dos grupos de edad que se dedicaron al trabajo doméstico son superiores, por mucho, a las de aquellas que no tienen trabajo y, aunque en menor medida, a las que se dedican al trabajo extradoméstico. Dicho patrón también se repite en las dos localidades y en los tres estratos (gráficas IV-11 y IV-12). Este resultado es interesante pues al parecer, a cualquier edad incluso mayores de 70 años, las mujeres mexicanas siguen haciéndose cargo de los quehaceres del hogar, y si bien no son las únicas responsables, su participación es destacada y seguramente en ellas descansa una buena parte de esta carga.

En lo que toca a la condición de actividad es necesario aclarar un aspecto relevante de la realidad, no sólo de la población mayor sino en general. Al enfocarnos en nuestra población objetivo vemos que comparativamente hay más varones que participan en el mercado laboral y más mujeres que participan en las actividades domésticas, de modo que al sumar a estas últimas con las que trabajan en el mercado laboral, hay más mujeres adultas mayores que desempeñan alguna actividad con respecto a los varones.

Por último, podemos resumir que en las áreas menos urbanizadas y en el estrato bajo las personas en edades avanzadas trabajaron más, sobretudo los varones.⁵² Además existe un rasgo común en ambas localidades y en los tres estratos socioeconómicos: los varones son el grupo que potencialmente recibe más ingresos, mientras que las mujeres, al dedicarse principalmente a los quehaceres domésticos, son más vulnerables porque no reciben ingresos monetarios. Esta expresión de los estereotipos y roles de género manifiesta una vez más las desventajas de las mujeres adultas mayores, pues de no contar con la pareja o con descendientes que las apoyen económicamente, no tendrían los medios necesarios para subsistir.

⁵² En las localidades menores a 100 mil habitantes las actividades de los adultos mayores principalmente son las de tipo agropecuario, mientras que en las mayores a 100 mil son las actividades clasificadas como terciarias, es decir, la prestación de servicios.

Otro mecanismo por medio del cual los adultos mayores perciben ingresos monetarios son los provenientes de pensiones o jubilaciones, no obstante, sabemos que en México la proporción que recibe este tipo de ingreso es mínima.⁵³ Las gráficas IV-13 y IV-14 ilustran claramente que en las localidades más urbanizadas es más grande la proporción de pensionados hombres y mujeres de los dos grupos de edad. En estas gráficas puede apreciarse también de manera muy notoria que la jerarquía de los estratos sociales, así como el avance de la edad, son factores que favorecen el acceso a la pensión.

Esos resultados confirman el carácter discriminatorio de las pensiones (al cual ya nos hemos referido en diversas ocasiones), que afecta principalmente a los residentes de las localidades menos urbanizadas, de los estratos inferiores y del sexo femenino.⁵⁴ Este esquema responde a los requisitos de los sistemas de retiro y pensiones, que fueron inicialmente planeados para los asalariados urbanos y dejaron fuera a la gran mayoría de campesinos y trabajadores del sector informal, los cuales se concentran en localidades con menos de 100 mil habitantes así como en el estrato bajo.

En suma, las posibilidades que tienen los adultos mayores de recibir ingresos monetarios descansan en la condición de actividad y el acceso a algún tipo de pensión o jubilación. Como vimos, esto es factible sólo para aquellos “privilegiados” que aún permanecen en el mercado de trabajo, o bien que se mantuvieron durante el tiempo establecido por la ley y ahora tienen una pensión digna. Esto indica que gran parte de la población senescente, especialmente la que vive en localidades menos urbanizadas y en estratos bajos, está al desamparo de recibir ingresos monetarios por su propia cuenta. Además estas condiciones se acentúan para el sexo femenino.

Este panorama poco alentador preocupa de manera considerable a una amplia proporción de adultos mayores hoy en día, así como a aquellos que en el futuro

⁵³ A finales de la década de 1990 se estimaba que sólo dos de cada diez personas adultas mayores contaba con una pensión o jubilación (Rodríguez, 1999; Ham, 1996; Montes de Oca 1996).

⁵⁴ Esto se explica porque apenas hace un par de décadas las mujeres han podido incorporarse al mercado de trabajo, y pocas veces bajo las condiciones dispuestas por ley (Gomes, 1998; Montes de Oca, 2001b).

formaremos parte de la población senescente, pues parece que no habrá mejoría en las expectativas para enfrentar esta última etapa del curso de vida.

MOVIMIENTOS MIGRATORIOS

Otra característica fundamental que nos interesa abordar para entender mejor la situación de las personas adultas mayores son los movimientos migratorios que han experimentado, pues no olvidemos que se trata de una generación que a lo largo de su vida ha tenido la necesidad o la oportunidad de desplazarse, individualmente o con sus familias, especialmente porque atestiguaron el impulso de una sociedad de base urbano-industrial durante la segunda mitad del siglo pasado, así como el apoyo del Estado mexicano para emigrar a los Estados Unidos en busca de trabajo mediante el programa Bracero en las décadas de 1940, 1950 y 1960.

Al analizar nuestros datos vemos que en las localidades más urbanizadas, la proporción de adultos mayores que emigraron al menos una vez en su vida es notablemente más grande en comparación con los residentes de localidades menos urbanizadas (gráficas IV-15 y IV-16). Lo anterior es un claro reflejo de la migración rural-urbana que tuvo su auge a mediados del siglo XX, cuando las generaciones de personas en edades avanzadas de origen rural, provenientes de zonas carentes de recursos, se trasladaron de manera permanente a las zonas con mayor desarrollo con el objetivo de mejorar sus condiciones de vida (Corona, 1991).

Hay que apuntar que en las localidades con menos de 100 mil habitantes, las proporciones de adultos mayores de los dos grupos de edad que han emigrado alguna vez en su vida aumentaron gradualmente del estrato bajo al alto. Esto nos sugiere que a largo plazo la migración puede representar una posibilidad de movilidad social intergeneracional. Este patrón no es tan claro en las localidades con más de 100 mil habitantes, quizá porque el impacto más notorio de la migración ocurrió hace tiempo atrás, y no permite ver en ese momento cambios según estratos. Es decir, las personas en edades avanzadas que han emigrado y que viven en localidades más urbanizadas se

asentaron hace tiempo en sus actuales lugares de residencia, y el cambio de estratos en esa etapa de su vida es menos usual.

El patrón migratorio es seguido con más frecuencia por los varones de los dos grupos de edad (60 a 69 y 70 y más). Esto viene de la mano con el propio desarrollo económico del país que hemos documentado en el capítulo dos, en donde se explica que el rápido avance de la industria y los servicios vinculados a la industrialización durante la infancia, niñez, juventud y edad adulta de los varones que hoy viven su vejez, los indujo a dejar las zonas rurales y dirigirse a las grandes urbes para contratarse como asalariados, respondiendo a la centralización económica impulsada por el desarrollo estabilizador (Corona, 1991).

Con respecto al destino de la primera migración de las personas adultas mayores, es notorio que las hoy residentes en localidades menos urbanizadas, en el pasado se desplazaron hacia áreas rurales y urbanas. Mientras tanto, los residentes de localidades más urbanizadas fundamentalmente se dirigieron hacia áreas urbanas (gráficas IV-17 y IV-18). Esto nos hace suponer que la primera emigración fue definitiva para muchas de las personas, pues su actual residencia puede ser el resultado de esa primera emigración, es decir, se establecieron definitivamente en el lugar al que emigraron. Además, concuerda la relación entre la distribución territorial de la generación de adultos y adultas mayores durante su infancia, juventud y edad adulta, con la evolución socioeconómica del país en aquellos momentos.

Así, por un lado, encontramos cierta asociación entre los estratos superiores y la emigración hacia las áreas urbanas y los Estados Unidos, mientras que, por otro lado, una relación entre el estrato inferior y la emigración a áreas rurales.

Esto puede deberse a dos razones: una sería que la emigración a áreas urbanas y a los Estados Unidos durante el curso de vida se traduce más a menudo en movilidad social intergeneracional (suponiendo que se alcanzó durante la infancia, niñez o juventud del adulto mayor). La otra podría confirmar el supuesto de que emigran en gran medida aquellos que tienen cierta posición que les permite hacerlo (presumiendo

que la migración tuvo lugar más recientemente, durante su madurez o incluso durante su vejez), y no sólo los que buscan mejorar sus condiciones económicas.

Nosotros nos inclinamos por la primera interpretación pues coincidimos con otros autores en que la emigración es un evento que, cuando ocurre en edades avanzadas, tiende a presentarse sólo como de retorno hacia los lugares de origen rurales que alimentaron la urbanización acelerada de etapas anteriores (Negrete, 2001).⁵⁵

Sin diferencias por grupos de edad, observamos que en la primera vez que emigraron los varones, su destino fue reiteradamente las áreas urbanas, mientras que buena parte de las mujeres se dirigieron hacia las rurales. Esto ratifica que el proceso de industrialización del país favoreció el desplazamiento de grandes contingentes de varones campesinos hacia las ciudades, en busca de oportunidades para colocarse como asalariados urbanos.

Como vimos, la emigración de la población senescente es un evento que aparece con gran regularidad en el transcurso de sus vidas. Señalamos las razones que propiciaron dicha movilidad y explicamos los motivos que la alentaron entre una parte considerable de esa población. Asimismo, aclaramos por qué unos destinos tuvieron más auge que otros y sugerimos que si bien no hay diferenciales según grupos de edad, sí los hay por sexo.

ARREGLOS RESIDENCIALES

Para acercarnos a una visión más integral de la situación de los adultos mayores con respecto al grado de vulnerabilidad con que enfrentan la vida, y por lo tanto a la mayor o menor necesidad de apoyo de otras personas, consideramos conveniente conocer la estructura de sus hogares. Esto es importante porque según su conformación, idealmente

⁵⁵ Además, según la ENASEM 2001, 6 de cada 10 adultos mayores llevan viviendo en la localidad de residencia al momento de la encuesta al menos 30 años, por lo que podemos pensar más en movilidad social intergeneracional.

suman o restan posibilidades de ayuda inmediata en el momento que se requiere, por ejemplo cuando se padece una enfermedad o frente a algún imprevisto como un accidente.

Lo primero que llama la atención al observar las gráficas IV-19 y IV-20 es que más del 40% de la población senescente reside en hogares nucleares. Sigue la proporción de residentes en hogares extensos y posteriormente la proporción que reside en hogares unipersonales.⁵⁶

Al desagregar por estratos sociales y tipo de localidad encontramos tendencias claras y consistentes. Los resultados que arroja el análisis correspondiente son muy interesantes pues permiten ver que el estrato social determina en gran parte el tipo de hogar que habitan los adultos mayores. Así, vimos que los varones y mujeres de los dos grupos de edad viven en mayor proporción en hogares nucleares, además que conforme mejora el nivel del estrato social aumenta la proporción de quienes vivían en este tipo de hogares. Por el contrario, la proporción de varones y mujeres de los dos grupos de edad que vivían en hogares extensos se reduce del estrato bajo al medio, y con más notoriedad al alto. Estas tendencias son visibles en las dos localidades (gráficas IV-19 y IV-20).

Lo anterior expresa que buena parte de los adultos mayores que se ubica en el estrato bajo vive acompañado no sólo de su pareja o de sus hijos(as), sino también por otros parientes. De entrada esto nos lleva a suponer que contarían con más facilidades de recibir ayuda -en caso de que sea necesaria-. Sin embargo, hay que subrayar que la coresidencia no siempre significa ayuda, ni el hecho de coresidir con mayor número de familiares se traduce forzosamente en mayores posibilidades apoyo.

⁵⁶ Los hogares unipersonales son donde únicamente vive el adulto mayor sin más compañía. Los nucleares agrupan aquellos donde vive (1) con el cónyuge, (2) con el cónyuge e hijos/as solteros/as y (3) sin cónyuge pero con hijos/as solteros. Los hogares extensos incluyen los adultos mayores (1) que viven con cónyuge, hijos/as (solteros/as y casados/as o sólo casados/as) y otros parientes, (2) con cónyuges sin hijos/as pero con otros parientes, (3) sin cónyuges pero con hijos/as (solteros/as y casados/as o sólo casados/as) y otros parientes y (4) sin cónyuges, sin hijos/as pero con otros parientes. Los otros hogares son los que consideran la presencia de no parientes dentro de ellos.

Para el caso específico de Brasil, Ramos (1990) señala que la mayoría de adultos mayores que viven en hogares extensos o multigeneracionales, establece relaciones con su descendencia de un nivel de satisfacción y bienestar tan bajo, que prácticamente no hay diferencia si viven solos. El autor identificó que esto responde precisamente a los bajos niveles socioeconómicos de esos hogares multigeneracionales, por ello podemos deducir que la coresidencia familiar no es en todos los casos consecuencia de una cercanía familiar afectiva y/o emocional, sino simplemente de una necesidad económica.

Otro aspecto relevante que muestran estas gráficas (IV-19 y IV-20) consiste en que la proporción de hogares unipersonales crece significativamente en el estrato alto. Esto puede estar reflejando que las posibilidades que tienen los adultos mayores de sostenerse por su cuenta descansan en sus capacidades económicas. Asimismo, es claro que las proporciones de adultos mayores que viven en hogares unipersonales son ligeramente más grandes en las localidades con menos de 100 mil habitantes. Podemos suponer que esto se debe a que hay más disponibilidad de viviendas y son mayores las facilidades para obtener una, a diferencia de lo que sucede en las áreas más urbanizadas.

Pero también debemos tener en cuenta que la emigración hacia las ciudades de tamaño intermedio del país y a los Estados Unidos, por parte de las generaciones más jóvenes que viven en las localidades menos urbanizadas, deriva en la reducción del tamaño de los hogares, y sobre todo, en la importancia de los unipersonales, pues los adultos mayores se quedan solos cuando sus familiares emigran (Corona, 1991). En contraparte, en las localidades más urbanizadas o receptoras de migrantes en el país se refleja la constitución de hogares extensos, pues es común que antiguos migrantes reciban a los más recientes. En las gráficas IV-19 y IV-20 se encuentran elementos que apuntan hacia estos planteamientos, ya que las proporciones de hogares extensos son un poco más grandes en las localidades más urbanizadas (aunque la conformación de hogares extensos puede obedecer a otras razones de índole económica, por ejemplo).

Cabe mencionar que el grupo de mujeres que vive en hogares unipersonales es cuantitativamente más grande que el de hombres en todos los estratos sociales y en los

dos tipos de localidades. Esto se explica por lo que ya hemos mencionado acerca de la mayor sobrevivencia femenina, así como a la mayor propensión de los varones a permanecer casados o unidos.

Por último, queremos destacar que las proporciones de hombres y mujeres en cada estrato social, así como en cada localidad, son equiparables en todos los tipos de hogares. Esto indica que independientemente del área urbana y del estrato en que habitan las personas en edades avanzadas, aparentemente tienden a conformar estructuras de hogares muy parecidas.

SÍNTESIS Y COMENTARIOS FINALES

El desarrollo económico y social de México durante el siglo pasado provocó una importante serie de transformaciones que imprimieron secuelas en las esferas pública y privada, cuyo proceso fue testigo la población que hoy en día se encuentra en las edades avanzadas del curso de vida. Ellos experimentaron los principales cambios y ahora enfrentan situaciones diversas según sus características individuales y el contexto social y económico al que pertenecen.

En este capítulo vimos que el modelo económico sustitutivo impulsó el desarrollo de las áreas urbanas, en detrimento de las rurales, y esto provocó grandes movilizaciones de campesinos en busca de trabajo asalariado que les permitiera mejorar sus condiciones de bienestar social. Con los movimientos migratorios se desencadenaron a su vez cambios en el tamaño y la composición de los hogares, así como en las oportunidades de acceso al servicio y la atención sanitaria, entre otros aspectos.

Así, tenemos que el lugar de residencia considerado por el tamaño de la localidad y el estrato social de los hogares de los adultos mayores y sus corresidentes, condiciona en buena medida su situación de vida en el 2001. En este sentido nos interesaba llevar a cabo un análisis descriptivo que nos permitiera conocer ciertas

particularidades de la población en estudio, y más adelante orientar el análisis a la dinámica de los “apoyos familiares intergeneracionales” en los que descansan las necesidades o requerimientos de los adultos mayores.

Gracias a la información que presentamos en este capítulo se puede concluir, en primer lugar, que más de la mitad de los adultos mayores mexicanos residen en localidades con menos de 100 mil habitantes, es decir, en localidades menos urbanizadas aunque como dijimos antes, no por eso forzosamente rurales. En estas localidades se manifiesta una gran desigualdad al analizar por estratos de escolaridad relativa de sus hogares, pues recordemos que prácticamente en su totalidad se ubican hogares con baja y media escolaridad. Esto nos conduce a resaltar la importancia de la situación de los adultos mayores en las localidades menos urbanizadas que viven en hogares de los estratos inferiores.

En segundo lugar, encontramos que en las localidades menos urbanizadas hay una proporción mayoritaria de mujeres con más edad (70 y más). La mayor longevidad femenina ha motivado el uso del término "feminización de la vejez", pues en algunos casos hay sobrerrepresentación de las mujeres –además que aumenta con la edad-.

A su vez, en el estrato bajo hay más viudas y más mujeres sin escolaridad. Esto nos obliga plantear que las mujeres tienen serias desventajas con respecto a los varones, pues entre ellos es mayor el número de personas de menor edad, con pareja y al menos con algún grado de primaria o más escolaridad, lo que puede traducirse en más posibilidades de funcionalidad, de compañía y convivencia cotidiana, así como a las oportunidades de acceso a mejores empleos durante la edad económicamente activa.

En tercer lugar, hay que mencionar que el perfil negativo de las mujeres adultas mayores se acentúa al constatar que gran parte de ellas sufre más deterioro en sus condiciones de salud con respecto a sus pares varones, patrón más claro en las localidades menos urbanizadas y en los hogares de los estratos medio y bajo. A esto se suma que las mujeres, principalmente las de mayor edad, carecen con más frecuencia el acceso a algún servicio médico público o privado. Al respecto, no sólo las mujeres se

ven afectadas al no contar con servicios sanitarios, pues los hombres que también pertenecen a estas localidades y estratos se ven igualmente afectados.

El grupo de mujeres experimenta en mayor medida condiciones crónicas que causan severas limitaciones a la calidad de vida, como la osteoporosis, la diabetes, la hipertensión, la artritis y los trastornos mentales. Esta situación se agrava por las posibilidades de las mujeres, inferiores a la de los hombres, para tener acceso y cubrir el costo de los servicios de atención. Por ende, todas estas circunstancias contribuyen a situar a las mujeres en una situación considerable de desventaja frente a los hombres.

Por otra parte, el análisis sobre condición de actividad refleja que la mayoría de las mujeres, al dedicarse a los quehaceres del hogar, queda al margen de recibir ingresos monetarios, sobre todo en las localidades menos urbanizadas y en los estratos sociales bajos. También en estos contextos es muy baja la proporción de mujeres que contaba con algún pago por pensión o jubilación, lo que evidencia su situación altamente vulnerable.⁵⁷

Para profundizar en la situación que viven los adultos mayores en el 2001, fue necesario conocer la trayectoria de los movimientos migratorios que experimentaron alguna vez en su vida, con el propósito de establecer asociaciones con las variables que se incluyen en el análisis.

De los resultados que se derivan encontramos que la movilidad territorial fue menor entre las personas en edades avanzadas residentes en localidades con menos de 100 mil habitantes, en los estratos bajo y medio. No hay diferencias relevantes por edad o sexo, pero si consideramos que la migración facilita la movilidad social intergeneracional, puede suponerse que en dichas localidades y estratos sociales se presentó con menor regularidad ese fenómeno, es importante no perder de vista esta tendencia. De igual manera, en los contextos descritos una buena parte de los adultos

⁵⁷ Algunos investigadores como Hernández, 2001; Pedrero, 1993, 1999 y 2000; Salas, 1999; Welte, 2001; han demostrado ya la difícil situación económica de los adultos mayores en general, y de las mujeres en particular.

mayores, sin importar la edad o el sexo, se dirigió hacia las áreas rurales del interior del país en su primer movimiento migratorio.

Todo lo anterior pone en evidencia que la realidad de los adultos mayores que viven en las localidades menos urbanizadas y en el estrato bajo, los enfrenta a menudo a condiciones de vulnerabilidad social y económica. Y más grave aun es la condición de las mujeres, que además se intensifica cuando son mayores de 70 años. Al caso femenino sólo se suman factores que exacerban su condición de desventaja. Aquí la importancia de conocer la estructura de los hogares, para acercarnos a una primera visión de las redes de apoyo que en un determinado momento pueden contar las personas en edades avanzadas, especialmente las más necesitadas.

La mortalidad diferencial entre hombres y mujeres que hace que la población femenina sea muy superior a la de los hombres se refleja en la composición de los hogares unipersonales y extensos, donde la presencia de mujeres mayores prevalece significativamente sobre los hombres. Las características de los hogares muestran que en las localidades menos urbanizadas y en los estratos socioeconómicos bajos la proporción de mujeres que vive en hogares unipersonales y extensos es más grande, o sea que hay más mujeres viviendo solas o con familiares distintos a la primera pareja y a los hijos(as). Es previsible que gracias al efecto de la sobremortalidad masculina las mujeres sigan siendo las que compongan mayoritariamente los hogares unipersonales y extensos.

La información de los adultos y adultas mayores mexicanas que proviene de la ENASEM 2001 nos ha permitido confirmar que el envejecimiento y la vejez no se viven de la misma manera en una localidad de residencia y otra. Además nos ha permitido demostrar la importancia de las dimensiones consideradas (localidad de residencia, estratos de escolaridad relativa de los hogares, grupos de edad y sexo), pues de ellas se desprenden los matices que dan particularidad a diversas situaciones entre la población senescente.

Como lo habíamos supuesto desde el inicio de la tesis, nuestros hallazgos indican que en las localidades menos urbanizadas y en los estratos de más bajo nivel social se encuentran con más frecuencia aquellos que viven en condiciones más vulnerables, que necesitan ayuda o apoyo de otras personas, pues por sí mismos es más difícil la sobrevivencia diaria. A esto agregamos que las más afectadas son las mujeres, especialmente las mayores de 70 años.

Cuadro IV-1

Clasificación de criterios a considerar en el capítulo IV

Dimensiones:	1. Localidad de residencia	2. Estratos de escolaridad relativa de los hogares	3. Grupos de edad	4. Sexo
México	Con menos de 100 mil hab.	Bajo	60-69	Varones Mujeres
			70 +	Varones Mujeres
		Medio	60-69	Varones Mujeres
			70 +	Varones Mujeres
		Alto	60-69	Varones Mujeres
			70 +	Varones Mujeres
	Con más de 100 mil hab.	Bajo	60-69	Varones Mujeres
			70 +	Varones Mujeres
		Medio	60-69	Varones Mujeres
			70 +	Varones Mujeres
		Alto	60-69	Varones Mujeres
			70 +	Varones Mujeres

Cuadro IV-2

México, distribución de los adultos mayores por localidad de residencia, 2001
(Porcentajes)

Localidades	
Con menos de 100,000 hab.,	Con más de 100,000 hab..
58.04	41.96
n = 7171	

Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Cuadro IV-3

México, distribución de los adultos mayores en localidades con menos de 100 mil hab.,
según sexo, grupos de edad y estratos
(Porcentajes)

Sexo	Grupos de edad	Estratos		
		Bajo	Medio	Alto
Varones	60-69	76.96	19.33	3.71
	70 +	85.50	12.34	2.16
n = 2097				
Mujeres	60-69	77.89	17.94	4.17
	70 +	82.08	13.26	4.67
n = 2065				

Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

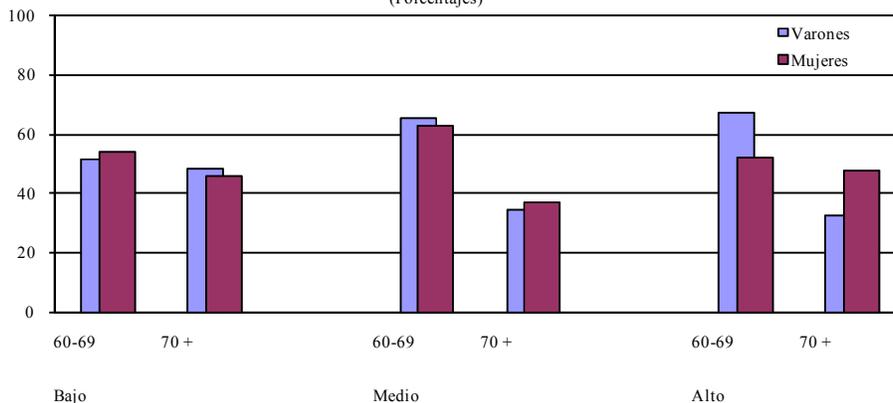
Cuadro IV-4

México, distribución de los adultos mayores en localidades con más de 100 mil hab.,
según sexo, grupos de edad y estratos
(Porcentajes)

Sexo	Grupos de edad	Estratos		
		Bajo	Medio	Alto
Varones	60-69	45.39	38.40	16.20
	70 +	49.95	32.91	17.14
n = 1330				
Mujeres	60-69	45.97	39.48	14.55
	70 +	43.34	36.17	20.49
n = 1679				

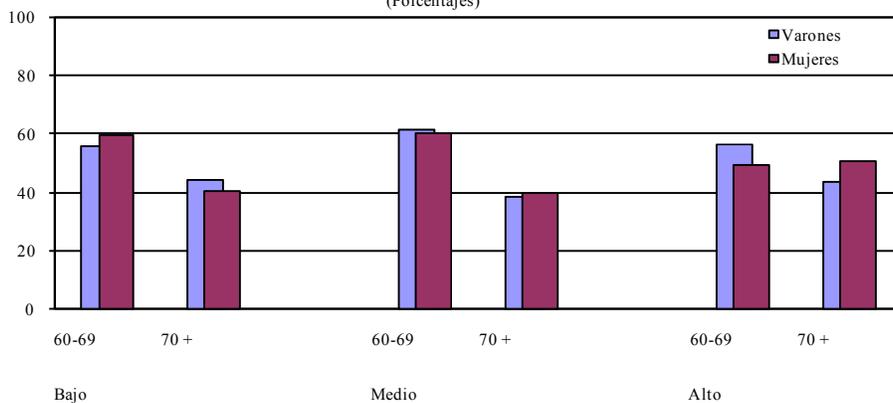
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-1
 México, distribución de los adultos mayores en localidades con menos de 100 mil hab.,
 según estratos, grupos de edad y sexo, 2001
 (Porcentajes)



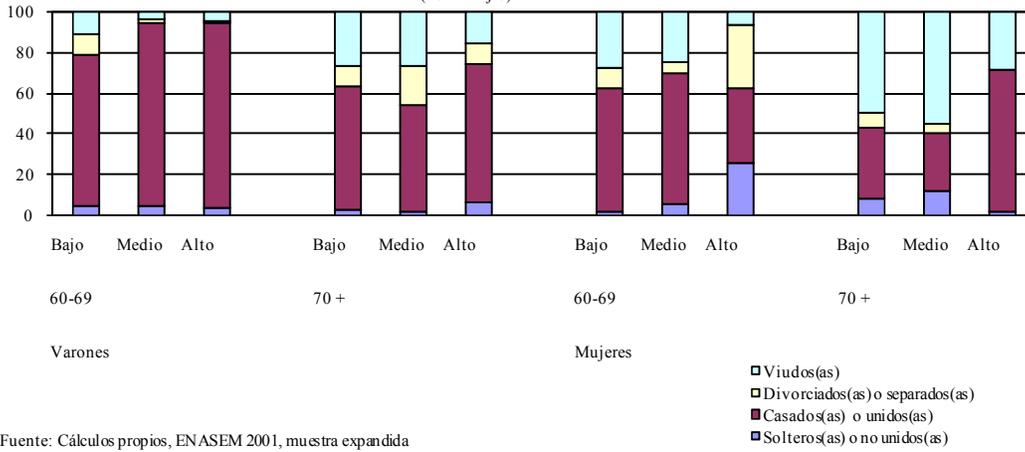
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-2
 México, distribución de los adultos mayores en localidades con más de 100 mil hab.,
 según estratos, grupos de edad y sexo, 2001
 (Porcentajes)

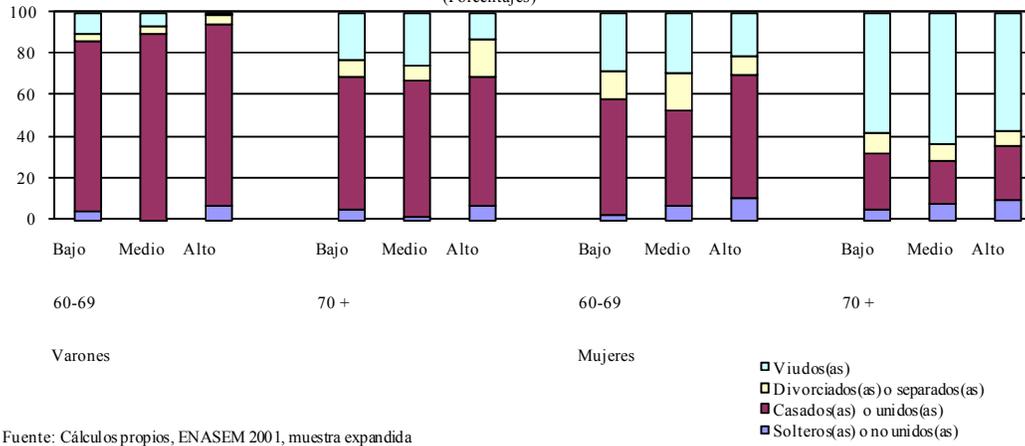


Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

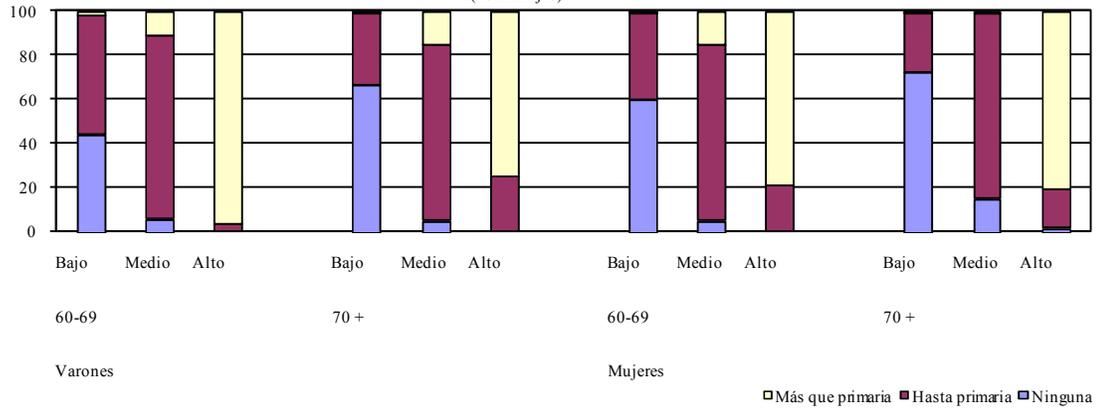
Gráfica IV-3
 México, distribución de los adultos mayores por estado civil
 en localidades con menos de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



Gráfica IV-4
 México, distribución de los adultos mayores por estado civil
 en localidades con más de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos 2001
 (Porcentajes)

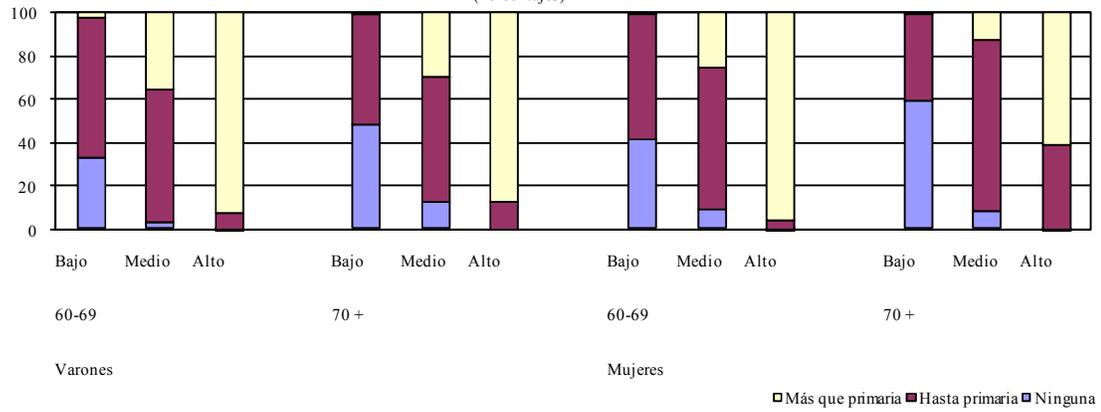


Gráfica IV-5
 México, distribución de los adultos mayores por escolaridad
 en localidades con menos de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



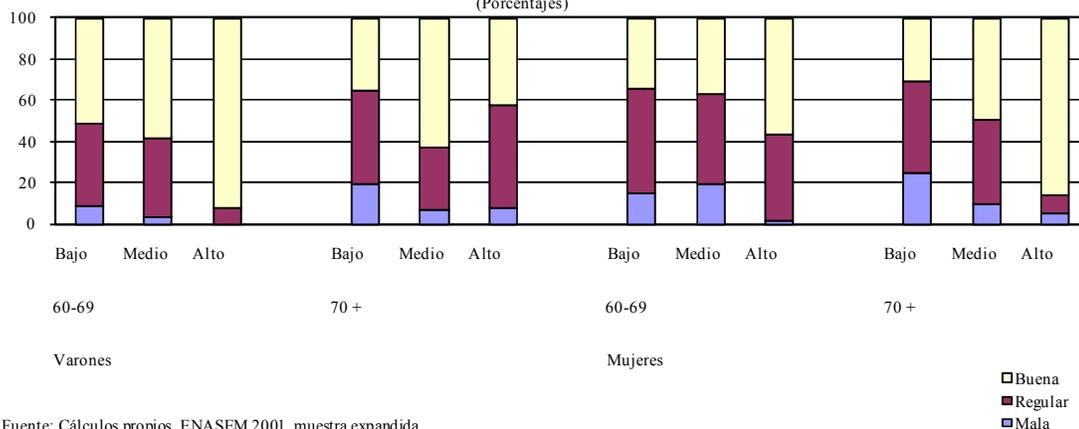
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-6
 México, distribución de los adultos mayores por escolaridad
 en localidades con más de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



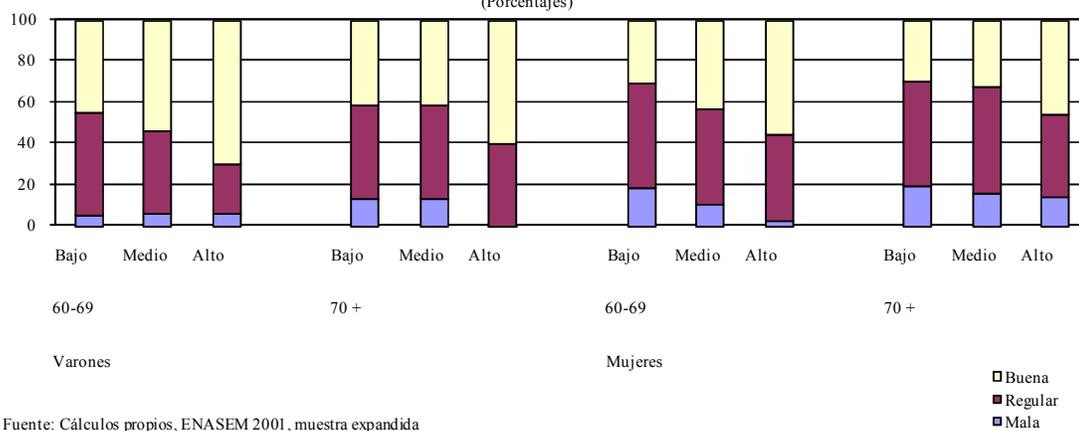
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-7
 México, distribución de los adultos mayores por condición de salud
 en localidades con menos de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



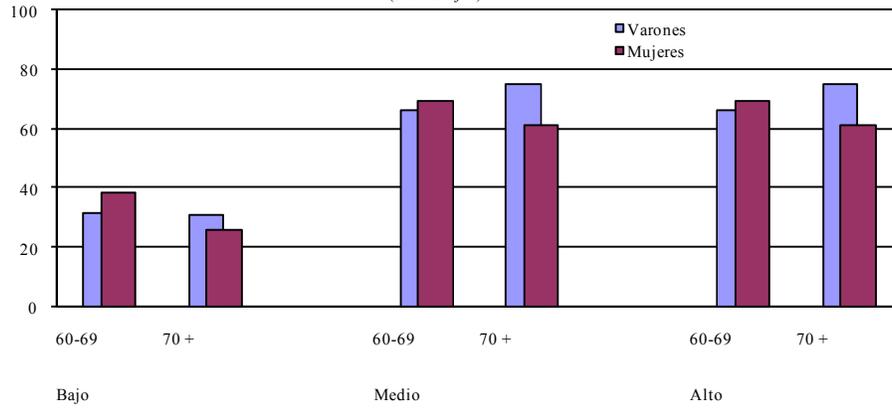
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-8
 México, distribución de los adultos mayores por condición de salud
 en localidades con más de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



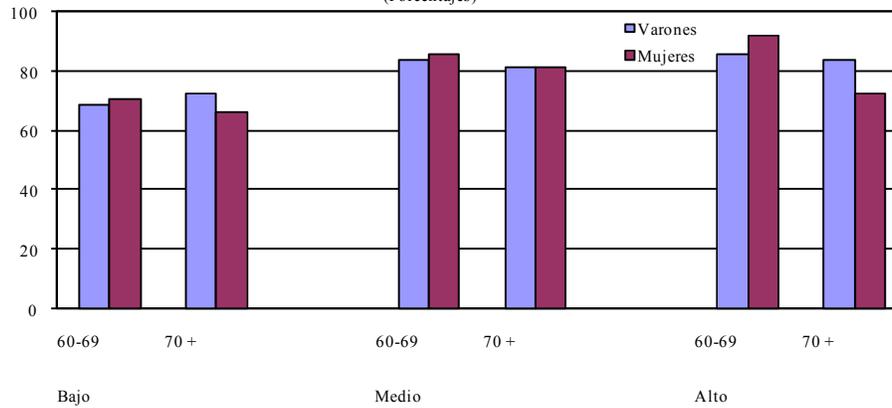
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-9
 México, proporción de adultos mayores con derecho a algún tipo de servicio médico
 en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001
 (Porcentajes)



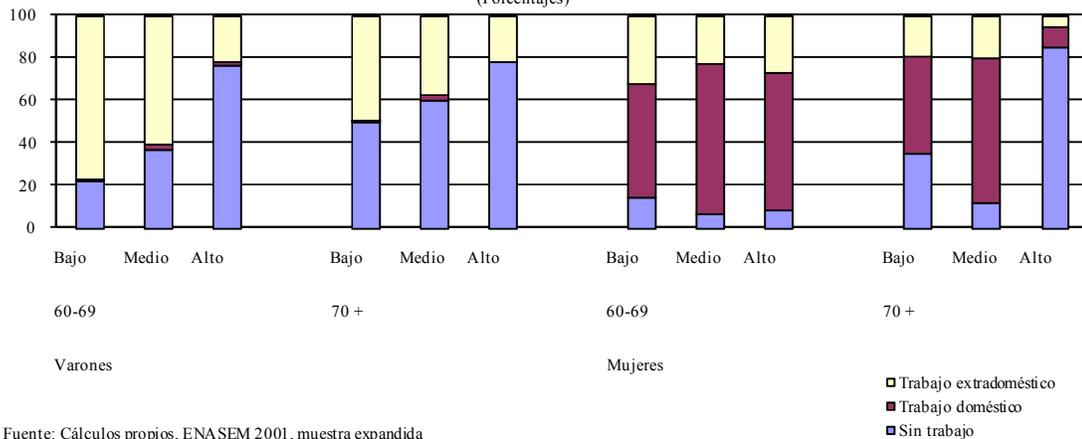
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-10
 México, proporción de adultos mayores con derecho a algún tipo de servicio médico
 en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001
 (Porcentajes)



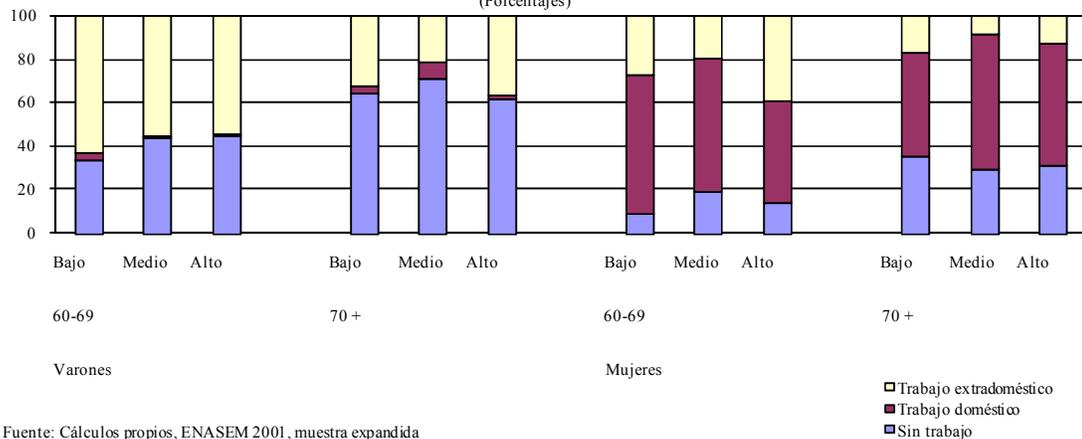
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-11
 México, distribución de los adultos mayores por condición de actividad
 en localidades con menos de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



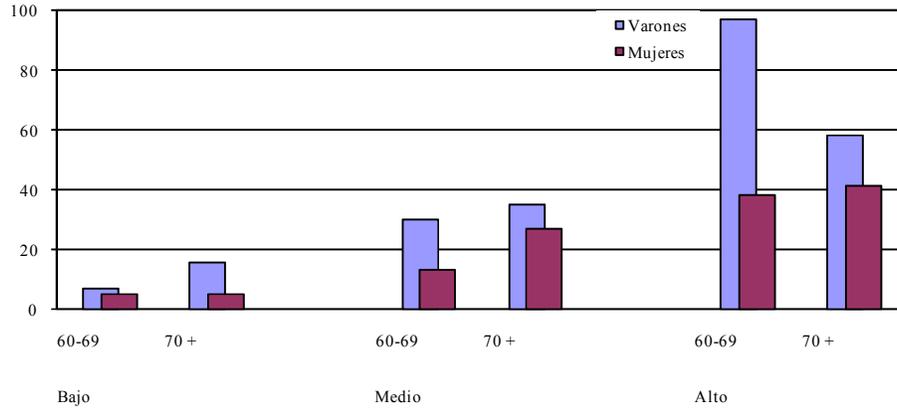
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-12
 México, distribución de los adultos mayores por condición de actividad
 en localidades con más de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



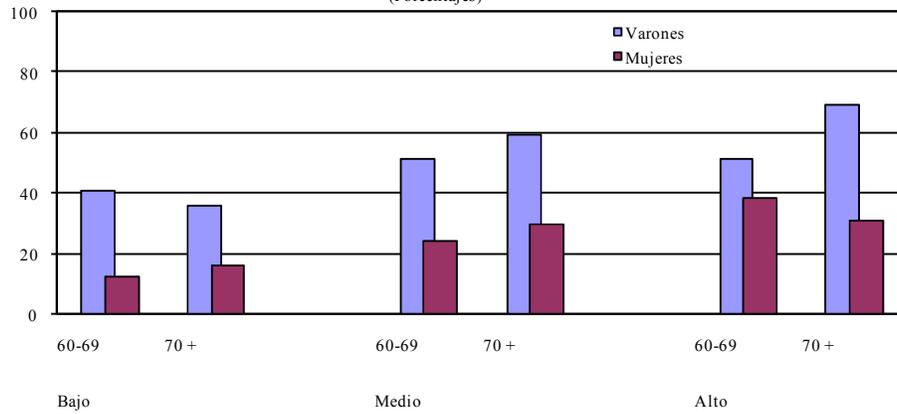
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-13
 México, proporción de adultos mayores con acceso a algún tipo de pensión
 en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001
 (Porcentajes)



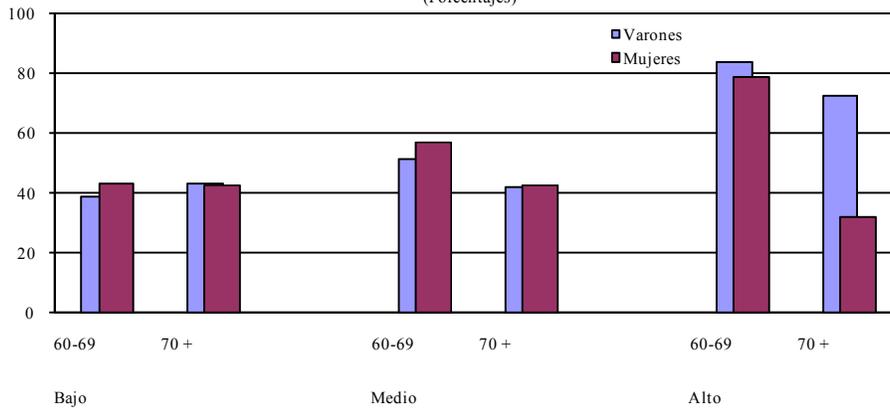
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-14
 México, proporción de adultos mayores con acceso a algún tipo de pensión
 en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001
 (Porcentajes)



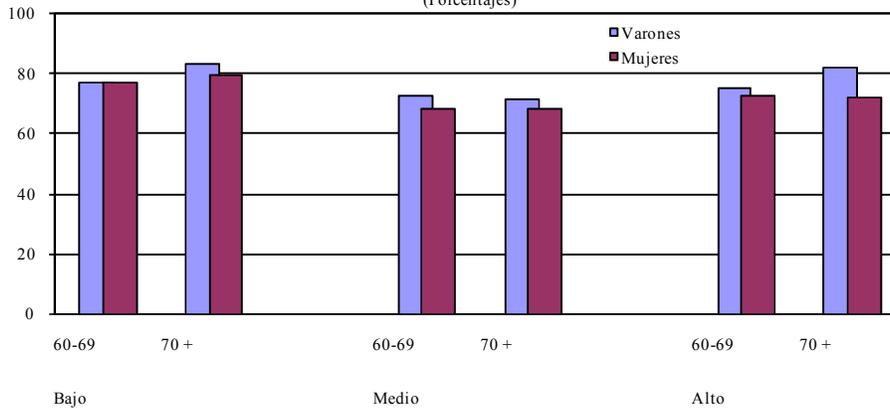
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-15
 México, proporción de adultos mayores que al menos una vez en su vida han emigrado en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001
 (Porcentajes)



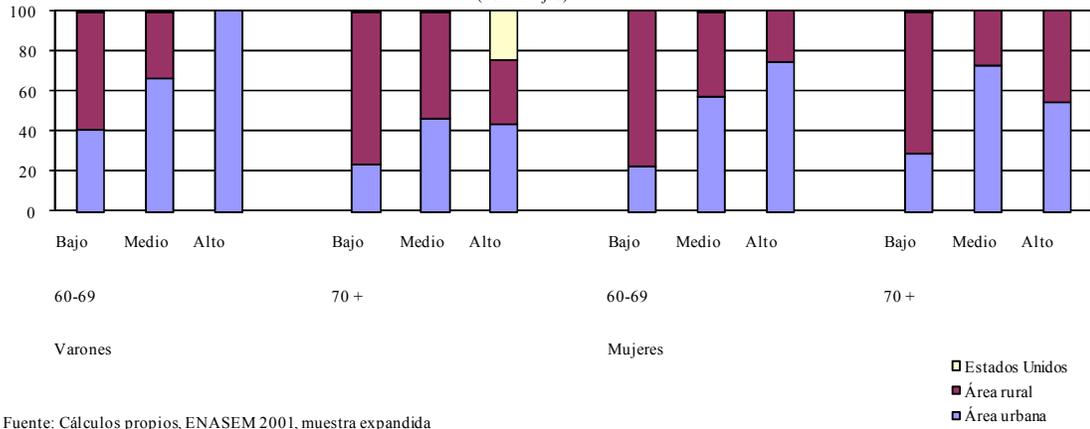
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-16
 México, proporción de adultos mayores que al menos una vez en su vida han emigrado en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001
 (Porcentajes)



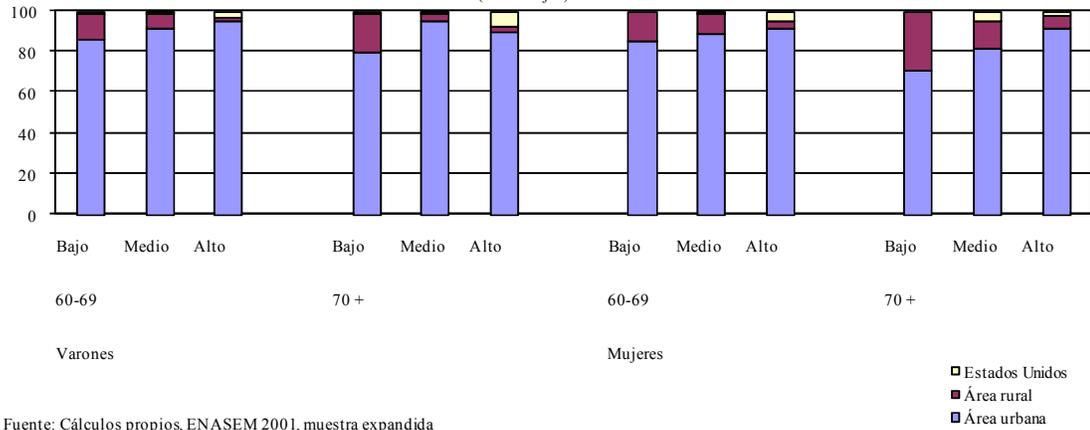
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-17
 México, distribución de los adultos mayores según destino de la primera emigración
 en localidades con menos de 100 mil hab., por sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



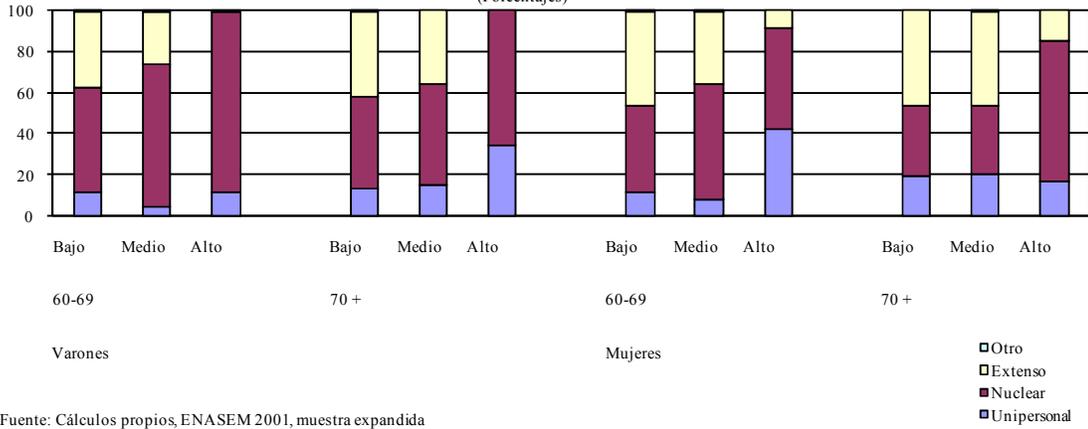
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-18
 México, distribución de los adultos mayores según destino de la primera emigración
 en localidades con más de 100 mil hab., por sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



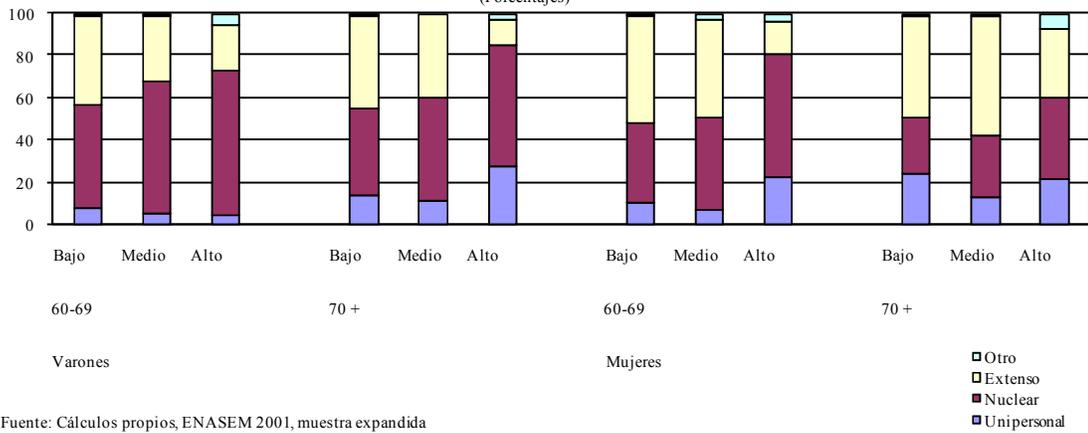
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-19
 México, distribución de los adultos mayores por tipo de hogar
 en localidades con menos de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica IV-20
 México, distribución de los adultos mayores por tipo de hogar
 en localidades con más de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos, 2001
 (Porcentajes)



Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

RASGOS SOCIODEMOGRÁFICOS DE LA DESCENDENCIA DE LAS PERSONAS EN EDADES AVANZADAS

Una vez conocidas las características de las personas en edades avanzadas, en este capítulo examinamos los rasgos sociodemográficos de su descendencia inmediata, ya que estamos interesados en la dinámica de apoyo que entre ellos se puede establecer. Además, porque los matices que esa dinámica puede tomar, es decir, el tipo de ayuda y la frecuencia de la misma, no dependen únicamente de las particularidades de los padres, sino también de los hijos e hijas. Esto es, analizaremos la descendencia de poco más de siete millones de personas de 60 años y más que al momento del ENASEM 2001 tenían hijos(as) vivos(as). Recordemos que nuestro propósito es ubicar las posibilidades de apoyo intergeneracional durante la vejez y caracterizarlas.

Los rasgos de la descendencia se examinarán de manera desagregada.⁵⁸ Al igual que en el capítulo cuatro, separamos la información según el tipo de localidad de residencia de la población senescente, esto es, más y menos urbanizadas. Ciertamente, como ya lo dijimos antes, los parámetros que aplicamos no nos permiten hablar de manera estricta de lo urbano y lo rural, pero sí nos aproxima a ello, ya que las localidades más urbanizadas están constituidas por metrópolis, mientras que las menos urbanizadas por pequeños poblados.

Diferenciamos a la descendencia que cohabita con sus padres de la que no lo hace. Fue necesario incorporar esta nueva dimensión analítica debido al impacto que tienen en la dinámica de los apoyos intergeneracionales, pues comúnmente compartir el mismo espacio doméstico facilita ciertos apoyos, de la misma manera que no hacerlo los complica. Además, entre los hijos e hijas no corresidentes distinguimos a aquellas que residen en la misma localidad que sus padres -sea colonia o ciudad-, de los que

⁵⁸ Ver cuadro V-1.

radican fuera de ella -en otra ciudad u otro país, básicamente los Estados Unidos-. Consideramos que es indudable la importancia de la distancia física de los hijos/as con sus padres para explicar los apoyos.

Retomamos también del capítulo cuatro los estratos socioeconómicos de la población adulta mayor. Es preciso separar la información a partir de esta estratificación ya que la posesión o carencia de recursos en edades avanzadas, facilita o complica la negociación de apoyo y determina la mayor o menor necesidad de unos sobre otros. Sin embargo, a diferencia del capítulo anterior la estratificación no se compone de tres categorías, sólo de dos: estrato bajo y estrato medio/alto. Reducimos el número de estratos sociales por los siguientes motivos: primero, porque los estratos superiores explorados por separado presentaban prácticamente las mismas tendencias y, segundo, porque al comparar los rasgos de la descendencia agrupados de esta manera notamos que los contrastes son más claros, lo que facilita la exposición de los resultados obtenidos.⁵⁹

Debido a su influencia decisiva en los apoyos intergeneracionales, consideramos la necesidad de incluir otra dimensión analítica: el sexo de la descendencia. Sería un error asumir que hijos e hijas tienen comportamientos semejantes, pues estaríamos negando las pautas de conducta -estereotipos y roles de género- dictadas por la cultura y reforzadas socialmente. Para nadie es extraño que a los hijos se les “libere” con suma frecuencia de las responsabilidades que pueden llegar a representar sus padres en edades ya avanzadas, en contraste con lo que sucede con las hijas. Tampoco es raro que los hijos apoyen con dinero a sus padres, mientras que las hijas lo hagan en cosas del diario, del hogar, digamos que es lo “esperado” o lo “normal”. Estas ideas y muchas otras más inculcadas y atribuidas a las personas, evidentemente influyen en la dinámica de los apoyos.

Puede apreciarse que la desagregación está basada en características de la población senescente y rasgos sociodemográficos de sus hijos/as. Unas las conservamos

⁵⁹ Igualmente, porque el número de casos en cada uno de los estratos superiores era muy pequeño, lo cual repercute en la fiabilidad estadística de los datos.

por su conocido valor teórico (localidad de residencia y estratos sociales de los progenitores), y otros los agregamos porque consideramos son útiles para explicar los apoyos intergeneracionales desde la perspectiva de la descendencia (corresidencia-no correspondencia y sexo). Unas y otros fueron ordenados de manera intercalada porque, como veremos más adelante, la lógica analítica así lo exigía. Por supuesto, el orden de la desagregación también responde a los rasgos de los hijos/as que decidimos examinar, mismos que a continuación detallamos.

a) Edad

Conociendo la edad de la descendencia tendremos un elemento más para considerar en la discusión de la correspondencia como una manifestación de dependencia con sus padres, o en su caso, la no correspondencia como el resultado de una emancipación de ellos. Nos interesa porque gracias a su análisis podemos ir ubicando las posibilidades de apoyo a las personas en edades avanzadas, ya que cuando los hijos e hijas son jóvenes, usualmente son los apoyados, caso opuesto cuando son adultos y entonces tienden a convertirse en el apoyo de sus padres. Del mismo modo, porque a través de la edad podemos comenzar a caracterizar los apoyos, pues los hijos/as jóvenes por lo general tienen menos facilidades de apoyar con dinero, pero más posibilidades de apoyar en actividades del diario, contrario a lo que sucede cuando son adultos y cuentan con ingresos monetarios pero con menos tiempo para dedicar a sus padres. Todo esto nos interesa analizar en cada uno de los estratos sociales y según sexo.

b) Estado civil

A través de este rasgo queremos valorar si la correspondencia y no correspondencia están en función de la unión o matrimonio de la descendencia, es decir, de la formación de un hogar independiente. Esto es importante porque nos aporta más elementos para el examen de los arreglos residenciales en la vejez. Podemos superar la visión estática que nos ofrece la descripción de la estructura de los hogares y adentrarnos con mayor certeza en la formulación de inferencias sobre las posibilidades de apoyo y características que se derivan de estas estructuras, y por ende, dejar a un lado las

especulaciones al respecto. Como tenemos la certeza que las condiciones socioeconómicas, los estereotipos y roles de género estarían determinando patrones a seguir, también queremos analizar si el estado civil presenta tendencias diferenciales por estratos y entre hijos e hijas.

c) Escolaridad

Estamos interesados en conocer si la coresidencia y la no coresidencia están ligadas a niveles de escolaridad dispares, así como en examinar la escolaridad en cada estrato social e identificar tendencias. Por ejemplo, queremos comprobar si existen ventajas entre la descendencia del estrato medio/alto que se reflejan en mayores niveles de estudio. Con el interés de constatar las inequidades de género que, hasta donde hemos visto, actúan a favor de los varones, también analizamos la escolaridad según sexo pues suponemos que los hijos tienen mayores niveles de escolaridad que las hijas.

d) Condición de actividad

Queremos conocer si la coresidencia está asociada a la descendencia estudiante y la no coresidencia a la trabajadora. El razonamiento más simple sugiere que el principal motivo por el cual los hijos/as no logran independizarse es por su insolvencia económica y de ahí la coresidencia. Siguiendo este supuesto, la autonomía económica motivaría la no coresidencia. Nos interesa analizar las proporciones que estudian y trabajan en cada estrato para comprobar que las oportunidades de estudio aumentan del bajo al medio/alto y que la población económicamente activa disminuye de uno a otro. Asimismo, queremos analizar si el género está determinando las actividades de hijos e hijas.

e) Percepciones de la situación económica y de la condición de salud

El análisis de estos rasgos, que es importante subrayar se tratan de apreciaciones subjetivas por parte de los adultos y adultas mayores, nos aportará información valiosa sobre las circunstancias que contextualizan la coresidencia y no coresidencia, esto es,

acaso como estrategia de la descendencia para hacer frente a una fragilidad financiera, física o mental, o por el contrario, como resultado de cierta solidez económica y un estado saludable que le permite independizarse. Gracias a estos rasgos podremos plantear con mayor confianza que la dinámica de los apoyos intergeneracionales no siempre se traduce en apoyos unidireccionales de las generaciones jóvenes a las mayores, sino que también se puede expresar en ayudas de padres a hijos/as. Además, estamos interesados en saber si existe correspondencia entre estratos, situación económica y condición de salud, y cómo estos rasgos se comportan según sexo.

f) Otras características

También examinamos algunas características adicionales de la descendencia de los adultos mayores como el número de nietos, y otras que nos dan cuenta de la coresidencia como la duración de ésta y la propiedad de la vivienda en la que se cohabita. Respecto a la descendencia no coresidente, examinamos la frecuencia del contacto con los padres. La revisión de otros estudios nos ha permitido identificar que éstas características pueden ser significativas para esclarecer las circunstancias que posibilitan los apoyos intergeneracionales durante la vejez, así como las características de los mismos.

Con el fin de examinar los rasgos sociodemográficos de la descendencia organizamos este capítulo de la siguiente manera. En principio revisamos el comportamiento de estos rasgos en ambas localidades de residencia, tomando como punto de partida la coresidencia y no coresidencia de los hijos/as. En seguida examinamos los mismos rasgos pero a partir de los estratos sociales y después por sexo de la descendencia. Para terminar examinamos cada una de las características adicionales que mencionamos en el párrafo anterior, y de forma conjunta revisamos su impacto en las localidades según coresidencia-no coresidencia, estratos y sexo.

LOS RASGOS DE LA DESCENDENCIA

Los hijos(as) corresidentes y no corresidentes en las localidades más y menos urbanizadas

El examen de los rasgos sociodemográficos no muestra tendencias específicas que distingan a las localidades más y menos urbanizadas, en general podemos decir que presentan tendencias similares. Efectivamente, según nuestro análisis, contrario a lo que esperábamos descubrimos que, salvo unas cuantas excepciones, los rasgos presentan distribuciones sumamente semejantes en ambos tipos de localidades. Sin duda, esto no nos permite realizar un análisis comparativo como lo habíamos planteado, pues en realidad no hay muchos elementos para contrastar entre localidades. En cambio, estas coincidencias nos sugieren que al menos en esos niveles de desagregación, las generaciones jóvenes poseen perfiles muy parecidos (a diferencia de lo que sucede con sus padres).

Por el contrario, cuando examinamos los rasgos de la descendencia diferenciando entre la que cohabita y no con sus padres, en repetidas ocasiones encontramos tendencias prácticamente opuestas. De entrada, esto nos indica que hay rasgos sociodemográficos puntuales y exclusivos según esta condición. Sin embargo, cuando examinamos los rasgos de la descendencia no corresidente, distinguiendo entre aquella que reside en la misma localidad que sus padres de la que radica fuera, sólo encontramos en un par de casos diferencias sustanciales, lo que significa que la distancia física no necesariamente está asociada a rasgos distintivos.

Dicho lo anterior, comencemos por examinar la edad promedio de la descendencia directa (cuadro V-2) de los adultos mayores. En las localidades más urbanizadas la descendencia corresidente tiene en promedio 32 años y la no corresidente 46 años, mientras que en las menos urbanizadas el promedio es de 30 y 48 años, respectivamente. Nótese que la diferencia de edades en ambas localidades supera los diez años, es decir, la descendencia corresidente es mucho más joven que la no corresidente. Estos datos nos indican que los hijos(as) que normalmente corresiden con

los padres son los de menos edad, lo que podría explicarse por las condiciones socioeconómicas del país (descritas en el capítulo tres), que atraviesa contratiempos y restricciones que conducen a la precariedad económica, a pesar de una libertad de derecho propia de la edad.

Examinando la edad de manera agrupada (gráficas V-1 y V-2) toma fuerza el planteamiento del párrafo anterior: la etapa de la juventud tiene una complejidad particular, por un lado se tiene cierta libertad porque se es mayor de edad, pero a la vez se continúa siendo dependiente de los padres porque no siempre se puede alcanzar una autonomía económica. También sabemos que los jóvenes conforman un grupo muy heterogéneo, pues dependiendo de su edad pueden ser profesionistas, asalariados con contrato de duración limitada, desempleados, estudiantes; y con respecto a su estado civil puede haber solteros, algunas veces casados o unidos. En este sentido, tienen mucha propensión a vivir, afectivamente pero sobretodo profesionalmente, bajo el carácter de lo provisional.

Por esos motivos, para buena parte de los hijos e hijas de menor edad la fórmula más extendida y practicable es la permanencia en el hogar paterno. Ésta se prolonga más allá de la mayoría de edad en una familiaridad cotidiana donde, en principio, cada generación deberá encontrar su fórmula de vida que la beneficie, una (la de mayor edad) con la presencia y apoyo recibido de los hijos/as en casa; la otra (de menor edad) con cierta seguridad material gracias a lo logrado por sus padres. Pero insistimos, la cuestión no es tan simple. Los hijos/as están en una situación ambigua, pues siendo adultos de derecho, siguen siendo menores económicamente. En cuanto a los padres, no queda muy claro el estatus de las ayudas que otorgan: quizás sea una extensión de sus responsabilidades u obligaciones, quizás sea generosidad o un poco de ambas. El tiempo de la coresidencia aparentemente es y será una solidaridad intergeneracional inevitable pero compleja.

Algunos estudios han sugerido que existen patrones socioculturales que permiten y/o predisponen que sea el hijo varón menor, “el benjamín”⁶⁰, quien permanezca en el hogar paterno. Desde la perspectiva antropológica esto ha sido conceptualizado como “ultimogenitura masculina” y diversos estudios han documentado esta manera de transmisión de bienes. Por ejemplo, Lerner y Quesnel (1989) encontraron en zonas rurales mexicanas que sólo un hijo varón, comúnmente el de menor edad, permanece en el hogar paterno y es el heredero de la vivienda y la tierra de cultivo, mientras que los maduros tienden a dejar el hogar para instalarse en un ámbito regional próximo, cuando no en la misma localidad que sus padres. Sin embargo, Del Rey y Quesnel (2004) han encontrado que la actual movilidad territorial de las generaciones más jóvenes fuera de su espacio regional, impide que se continúe plasmando invariablemente la sucesión generacional descrita (admitida así hasta hace muy poco tiempo por la literatura antropológica), pues entre los menores de la descendencia la frecuencia a la migración internacional es cada vez mayor.

Según muestran las gráficas V-3 y V-4, lo más común es que la descendencia corresidente sea soltera y la no corresidente unida o casada. Estas situaciones conyugales son congruentes con la juventud de la descendencia corresidente y la madurez de la no corresidente. En conjunto, serían sólo el reflejo del curso de vida que atraviesan unas y otras.⁶¹ La corresidente con una relación de interdependencia con sus padres y la no corresidente formando un hogar independiente, comenzando a tener su propia descendencia, etcétera. Con base en lo anterior podemos creer que la transición de la corresidencia a la no corresidencia está asociada a la capacidad de sobrevivencia independiente y a los proyectos personales que se tienen.

⁶⁰ En la tradición religiosa judeo-cristiana Benjamín es el menor de los doce hijos del patriarca hebreo Jacob, más tarde conocido como Israel. En México, dado el predominio de esta tradición religiosa, por extensión se le llama “el benjamín” al hijo menor de una familia en las zonas rurales.

⁶¹ Elder (1985) ha señalado que el curso de vida de un individuo es multidimensional, ya que los movimientos a través de fases sucesivas de la vida conllevan el supuesto concurrente de múltiples roles, de aquellos de hijo o hija, compañero y estudiante durante los años de dependencia a las líneas de actividad –durante la edad adulta- en los diferentes dominios institucionales de la sociedad. La historia de vida del individuo es por tanto el producto de múltiples trayectorias, cada una definida por un calendario particular y una secuencia de eventos, historias de educación y trabajo, matrimonio y paternidad, residencia y compromiso cívico.

Sin afán de infantilizar a la vejez, debemos señalar que es inevitable que en ocasiones los padres de alguna forma pasen a “convertirse en los hijos/as de sus hijos/as”. Esto sucede cuando en edades ya sumamente avanzadas la realidad se impone, en el sentido de que el envejecimiento del organismo, aún en las mejores condiciones, trae aparejado deterioro y, como “la gente cree”, por más que el período de vida pueda alargarse, es una etapa que se encuentra necesariamente asociada a desgaste, paulatino pero contundente. En estos casos, las personas más viejas llegan a perder por completo su capacidad para realizar actividades básicas, su capacidad productiva y la percepción de ingresos monetarios desaparece, y entonces, surge inexorablemente la necesidad de recibir apoyos familiares intergeneracionales con el fin de alcanzar el mayor bienestar posible.

Con base en los rasgos de los hijos/as corresidentes y no corresidentes hasta aquí analizados, podemos suponer que al menos los primeros apoyan con asistencia y cuidados a los padres y los últimos económicamente. No obstante, recordemos que somos de la idea de que con la aparición de estas necesidades no siempre surgen los apoyos, pues creemos que muchos son los factores que inciden de diferente manera para que eso suceda (su familia, la organización del hogar, el número de hijos e hijas, su situación económica, el nivel de ingresos, su condición de salud, entre otras).

Además, con el paso del tiempo los hijos/as corresidentes en ocasiones podrán llegar a considerar que algunas veces se les trata como criados; pensarán que los padres pretextan sus apoyos asistenciales y cuidados para reprimir una libertad en principio reconocida. Asimismo, el apoyo económico de los no corresidentes, que se espera durante la vejez, probablemente no se dará en la realidad, pues el modelo nuclear independentista hace que los hijos/as unidos/as o casados/as, y sus nuevas familias, a menudo consideren su bienestar antes que el de otros. Algunos investigadores han constatado ya estos hechos en el contexto mexicano (Leñero, 1999; Varley y Blasco, 2001).

La descendencia corresidente también tiene en común menores niveles de educación en contraste con la no corresidente (gráficas V-6 y V-7). Una vez más, estos

datos resultan consistentes con la juventud y madurez de la corresidente y no corresidente, respectivamente. Consideramos que los diferenciales educativos se pueden explicar porque entre la descendencia corresidente buena parte aún es estudiante, mientras que entre la no corresidente la mayoría ha dejado atrás esa etapa de su curso de vida. Esto significa que los diferenciales educativos analizados serían sólo circunstanciales, más no definitivos.

Puede deducirse también que la ayuda de los padres en edades avanzadas sigue siendo decisiva para la descendencia corresidente que estudia, porque en ellos descansa el compromiso de aportar los recursos económicos para su educación, lo cual se ha demostrado que es un factor importante que evita la deserción escolar. Según la Encuesta Nacional de la Juventud (ENJUVE), aplicada en México en el año 2000,⁶² entre las principales causas que hacen a los y las jóvenes dejar la escuela están la falta de recursos económicos y la necesidad de trabajar.

Las gráficas correspondientes a la condición de actividad (V-7 y V-8) nos confirman lo que adelantamos: la descendencia corresidente trabaja menos y estudia más que la no corresidente. De nuevo, nos viene a la mente la juventud de los hijos(as) corresidentes como etapa de su curso de vida que explica sus actividades. Del mismo modo, confirmamos el importante papel que en la vejez los padres pueden desempeñar todavía en la vida de su descendencia corresidente al encargarse de los gastos de su educación.

Pero también es relevante la proporción de hijos/as que trabajan a pesar de corresidir con sus padres. Esto también es congruente con la información de la ENJUVE 2000, según la cual el 64.7% de los y las jóvenes tenía experiencia laboral (sea que estuvieran trabajando al momento de la encuesta, lo hubieran hecho alguna vez en su vida, o fueran buscadores de trabajo); un poco más de la mitad de estos jóvenes

⁶² La realización del diseño muestral y la estrategia de aplicación, captura y validación de resultados estuvo a cargo del INEGI. Participaron también la Secretaría de Educación Pública y el Instituto Nacional de la Juventud. El propósito fue actualizar y profundizar en el conocimiento sobre las y los jóvenes mexicanos de 12 a 29 años de edad, como un elemento fundamental para la construcción de políticas públicas generales. En este capítulo haremos referencia a sus resultados para reforzar algunos de nuestros planteamientos.

(54.7%) combinaron los estudios y su primer trabajo, mientras que la otra parte se incorporó de lleno al mercado laboral, como lo demuestra el hecho de que más de 50% de los jóvenes trabajaron siete y más horas diarias. Puede notarse que el contexto socioeconómico del país obliga a muchos jóvenes a trabajar y contribuir a los gastos del hogar que comparten con sus padres en edades avanzadas.

Como la descendencia no corresidente se dedica más a los quehaceres del hogar y a trabajar (gráficas V-7 y V-8), podemos plantear la idea de que la transición de la corresidencia a la no corresidencia está asociada a la capacidad de sobrevivencia independiente y a los proyectos personales que se tienen. Según la ENJUVE 2000 las tres principales razones de los y las jóvenes para salir por primera vez del hogar paterno son, en orden de aparición, por unirse o casarse, por cuestiones laborales y por motivos de estudio.

Veamos ahora cómo percibe la población senescente la situación económica y condición de salud de su descendencia. Los padres consideran que los hijos(as) corresidentes tienen una peor situación económica en comparación con la no corresidente (gráficas V-9 y V-10). Esto nos remite a los argumentos que hemos expuesto hasta el momento con relación a la etapa del curso de vida de la descendencia corresidente y, que hemos señalado, se caracteriza por una inestabilidad económica. Respecto a la condición de salud no hay mucho que decir, sólo que los padres consideran que si acaso una quinta parte de la descendencia corresidente y no corresidente tiene problemas de salud (gráficas V-11 y V-12), lo cual quiere significar que a decir de ellos, la mayoría de su descendencia goza de buena salud.

El análisis de estos rasgos entre la descendencia no corresidente nos arroja resultados interesantes (gráficas V-9, V-10, V-11 y V-12). Mientras mayor sea la distancia física entre la descendencia no corresidente y sus padres, mejora la percepción de la situación económica y condición de salud. Entonces, tenemos dos opciones a considerar. Por una parte, podemos creer que gracias a la mejor situación económica y condición de salud, la descendencia pudo traspasar las fronteras de su localidad y emigrar buscando mejores condiciones de vida. Por la otra, que las mejores

percepciones pueden ser la prueba de la poca o nula comunicación entre la descendencia y sus padres, por ende, del desconocimiento de ambos aspectos ¿Quizá una combinación de ambas? No lo podemos descifrar con nuestros datos, de cualquiera manera lo cierto es que las dos opciones han sido corroboradas por diversos estudios que analizan el fenómeno de la migración en nuestro país.

*Según estrato socioeconómico*⁶³

En este apartado nuestro propósito es analizar si los rasgos sociodemográficos de la descendencia varían según estratos socioeconómicos. Como podemos ver en los gráficos correspondientes, no hay tendencias claras que nos permitan diferenciar en concreto el estrato socioeconómico bajo del medio/alto cuando examinamos la edad de la descendencia. Si acaso encontramos que entre los hogares del estrato bajo hay más hijos(as) menores de 20 años de edad, lo que podría indicarnos que las mujeres mayores del estrato bajo con más frecuencia tuvieron hijos(as) a mayor edad que las del estrato medio/alto.

Con respecto el estado civil de los hijos(as), identificamos que hay menos solteros(as) y más casados(as) en el estrato bajo, en comparación con el medio/alto. Esto podría explicarse en función de que en los hogares del estrato bajo los hijos/as tienen niveles de escolaridad más bajos y este factor se ha demostrado que influye de forma positiva para que se deje la soltería a una edad más temprana. En correspondencia, en el estrato bajo la proporción de hijos(as) que se dedica a los quehaceres del hogar es más grande. Como es de esperar, en el estrato socioeconómico medio/alto, los hijos(as) tienen más oportunidades de estudio, entre otras cosas, como consecuencia de que los padres, asimismo, tienen más educación con respecto al estrato bajo.

En lo que respecta a la percepción que las personas en edades avanzadas tienen sobre la situación económica de su descendencia (recordemos que se trata de una

⁶³ Recordemos que agrupamos la información en dos estratos: bajo y medio/alto.

apreciación subjetiva), encontramos que gran parte la considera regular. Pero si profundizamos un poco es claro que en el estrato bajo los padres tienen una apreciación más baja, mientras que en el medio/alto la percepción mejora. Esto sin duda es reflejo de la situación económica de los padres, quienes tienen una valoración de las condiciones de sus hijos(as) a partir de las propias.

Sobre su condición de salud (también apreciación subjetiva), la población senescente del estrato bajo comparte la opinión de que sus hijos(as) tienen problemas de salud, contrario a la impresión que se tiene en el estrato medio/alto. Todos estos rasgos que ubican a la descendencia del estrato socioeconómico bajo en situaciones más desventajosas, se derivan de las condiciones propias del estrato social -al que también pertenecen sus padres-, y van de la mano una a una como expresiones de la situación económica que en general tienen padres e hijos(as).

Por definición, en el estrato socioeconómico medio/alto las personas cuentan con más escolaridad y capacitación, por eso tendrían más “oportunidades” para trabajar en ocupaciones mejor remuneradas, y esto abre las puertas a mejores condiciones económicas y de salud. Por el contrario, en el estrato bajo hay más carencias y limitaciones para alcanzar altos niveles de escolaridad, de inserción en ocupaciones bien remuneradas y, por consiguiente, de acceso a una atención de salud oportuna.

Comportamientos de hijos e hijas

Para enriquecer nuestro análisis es muy conveniente que en este plano de exploración veamos las diferencias en el comportamiento de la descendencia según sexo. Sabemos que en especial en México así como en otros contextos latinoamericanos, las diferencias de los estereotipos y roles que responden a la identidad de género siguen muy arraigados.⁶⁴ Por eso consideramos que es pertinente conocer algunos aspectos con base a estas diferencias, con el fin de tener un perfil más detallado de los hijos e hijas y entender mejor la dinámica de apoyo a sus padres.

⁶⁴ Para una explicación más amplia sobre estas diferencias véase el capítulo IV.

Al respecto tenemos que los hijos son más jóvenes que las hijas. En principio, esto puede ser resultado de la mayor sobrevivencia femenina. Observamos también que la proporción de hijas sin escolaridad es más grande con respecto a la masculina. Una vez más confirmamos que en el ámbito familiar se sigue privilegiando la escolaridad de los varones antes que la de las mujeres de su misma edad, lo cual puede deberse a la mayor necesidad que éstos tienen de permanecer en la escuela por la responsabilidad económica asignada socioculturalmente y que asumirán en un futuro, cuando tengan que trabajar para mantener a sus propios hogares. Esto demostraría que las inequidades de género están presentes desde temprana edad y por eso durante la vejez las mujeres mayores tienen menos estudios y oportunidades que los varones.

En ese sentido, no sorprende que los varones trabajen más en la actividad económica mientras las mujeres se dedican con más frecuencia a los quehaceres del hogar. Esta sería una manifestación muy clara de los roles de género que culturalmente se atribuyen a uno y otro sexo, y que hasta el momento, socialmente se siguen reforzando: el varón proveedor de los recursos y necesidades del hogar y de sus miembros, y la mujer dedicada a los quehaceres del hogar y a la atención y cuidado de sus miembros. Ambas tendencias son evidentes durante la vejez.

Aunque no encontramos diferencias significativas sobre las percepciones que los padres tienen de la situación económica de sus hijos e hijas, sí podemos advertir que regularmente a las hijas se les asocia a condiciones más desfavorables, mientras que a los hijos a mejores condiciones. Nuevamente esto puede estar respondiendo a que ellos trabajan en mayor medida que ellas, que más bien se dedican a las actividades hogareñas, un trabajo arduo e igual de valioso, pero que aún no tiene el reconocimiento social adecuado.

OTRAS DIFERENCIAS DE IMPORTANCIA SEGÚN CORRESIDENCIA-NO CORRESIDENCIA, ESTRATOS Y SEXO

Como mencionamos al inicio de este capítulo, además de examinar los rasgos sociodemográficos que a nuestra consideración son imprescindibles para tener un perfil de la descendencia inmediata de las personas en edades avanzadas, también incluimos una serie de rasgos adicionales que nos dan elementos para explicar y comprender la posible dinámica de apoyo intergeneracional entre padres e hijos/as. Dicho lo anterior, en este apartado nos enfocamos en examinar el número de nietos. Entre los hijos/as corresidentes, examinamos la duración de la coresidencia y la propiedad de la vivienda en la que se cohabita, y entre los no corresidentes la frecuencia del contacto que tienen con sus padres.

La presencia de nietos

Es incuestionable que la aparición de una dinámica de apoyo entre padres e hijos/as está influenciada por la presencia de nietos. En circunstancias de coresidencia y no coresidencia, el número de nietos es un factor que puede propiciar o restringir la dinámica de apoyo por muchas razones. Cuando hay coresidencia, la presencia de nietos en muchas ocasiones se convierte en un detonante para que los padres en edades avanzadas ayuden a sus hijos/as en la atención y cuidado de ellos. Cuando la coresidencia no incluye nietos, sabemos que se amplían las posibilidades de contar con apoyo de los hijos/as. Mientras que cuando no hay coresidencia, es común que los hijos/as no estén dispuestos a apoyar a sus padres en cualquier momento ya que con frecuencia darán prioridad al cuidado de sus propios hijos(as).

Vayamos a nuestros datos. Notamos que en ambos tipos de localidades de residencia los patrones de fecundidad entre los hijos/as corresidentes y no corresidentes son completamente opuestos (gráficas V-13 y V-14). Los primeros presentan niveles de fecundidad más bajos con respecto a los últimos, probablemente por su edad y situación conyugal (juventud y soltería vs. madurez y en unión o en matrimonio). Por lo tanto, podemos decir que cuando hay coresidencia de padres e hijos/as, ésta pocas veces

incluiría a nietos, lo cual es un elemento a favor de los padres porque podrían ser los únicos sujetos demandantes y/o receptores de apoyo de los hijos/as. En cambio, cuando no hay coresidencia es común que existan nietos, de manera que el apoyo que los padres puedan esperar de sus hijos/as en el mejor de los casos será simultáneo al que requieren sus nietos. En el peor, el apoyo esperado será supeditado al de sus nietos.

En el estrato socioeconómico bajo encontramos que los niveles de fecundidad son más altos que en el estrato medio/alto, pues es más frecuente que en ellos los padres tengan tres o más nietos. Recordemos que en el estrato bajo la unión o matrimonio de los hijos/as se presentaba con mayor regularidad que en el estrato medio/alto. Asimismo, los niveles de educación entre los hijos/as son menores. Evidentemente estos patrones conyugales y educativos impactan en la mayor fecundidad del estrato bajo. Sin embargo, estas diferencias no se aprecian al desagregar según el sexo de los hijos(as).

La duración de la coresidencia y la propiedad de la vivienda que cohabitan

Puesto que nos interesa tener todos los elementos posibles que nos den cuenta de la potencial activación de una dinámica de apoyo entre padres e hijos(as), pensamos que es imprescindible conocer al menos un par de características de la coresidencia. Al respecto, estamos interesados en averiguar (1) la proporción de hijos(as) coresidentes que durante toda su vida han permanecido con sus padres, así como (2) la propiedad de la vivienda en la que coresiden. Estas características las creemos fundamentales ya que nos dan pistas sobre quienes de los involucrados en la coresidencia se pueden estar beneficiando en mayor o menor medida.

En ambos tipos de localidad de residencia, tres de cada cuatro hijos(as) han cohabitado siempre con sus padres, o alguno de sus padres (gráficas V-15 y V-16). En parte esto se entiende si consideramos la edad de los hijos/as coresidentes, quienes vimos eran más jóvenes que los no coresidentes, y por tanto, podrían tener más dificultades para independizarse en ese momento de sus padres.

Si desagregamos a los corresidentes según estrato socioeconómico, vemos que en el bajo es donde con más frecuencia encontramos hijos/as que toda su vida han cohabitado con sus padres. Basados en esto podemos decir que, en dicho estrato, la coresidencia puede ser el resultado de la mayor dificultad económica de los hijos(as) o de los padres para tener cada uno su propio hogar. Se puede tratar de una estrategia para optimizar recursos. Sin embargo, hay que señalar que la diferencia entre los hijos(as) corresidentes del estrato medio/alto no es considerable, y en tal caso suponer que la continua coresidencia de la descendencia con sus padres podría deberse a que sólo compartiendo el hogar tendrían posibilidades de permanecer en el estrato medio/alto. O simplemente a que tampoco pueden establecer un hogar aparte porque no tienen la capacidad económica para hacerlo.

Comparando por sexo encontramos que hay más varones que siempre han estado con sus padres, lo cual también puede ser a causa de las prácticas socioculturales acerca de dar preferencia al hijo varón a quedarse en casa de los padres cuando éste se casa o une en pareja, y en este esquema según “la tradición” a las mujeres les correspondería ir a vivir a casa de los suegros. Aunque no podemos asegurar que esto sigue pasando en la actualidad con regularidad, sí podemos apoyarnos en estos argumentos porque sabemos que son situaciones de la realidad social.

Las condiciones de la coresidencia cobran un interés particular cuando tomamos en cuenta la propiedad de la vivienda, que en nuestro caso la mayor parte pertenece a los padres. Lo que observamos es que en las dos localidades, tres de cada cuatro hijos/as corresidentes cohabitan en la vivienda de los padres (gráficos V-17 y V-18). Antropológicamente estas prácticas han sido conceptualizadas como “modelo de patrivirilocalidad”. Esto nos permite afirmar con cierta seguridad que los hijos(as) corresidentes permanecieron siempre en el hogar de origen, o si lo dejaron por alguna razón regresaron al mismo. Pero también podría ser un indicador de la dificultad que en apariencia tienen las generaciones más jóvenes para establecer un hogar propio, y por eso se ven en la necesidad de seguir viviendo en la casa de sus padres.

Tal vez porque en el estrato bajo hay más carencias de tipo económico, es más común que el hogar de coresidencia pertenezca a los padres, y aún más habitual que entre los hijos coresidentes, haya más varones que viven en la casa de sus padres. Esto estaría confirmando la idea que hemos planteado sobre una tendencia de los hijos por quedarse en casa de los padres, quizá porque las hijas de alguna forma son más “independientes” y conforman un hogar independiente, o en su caso, se establecen en la casa de los suegros, como ya lo dijimos antes. Si así fuera el caso, las pautas de transmisión de la herencia favorecerían a los hijos en detrimento de las hijas, confirmándose la persistencia y/o vigencia de la “ultimogenitura masculina”, por una parte, y de un “modelo de patrivirilocalidad”, por la otra.

La frecuencia del contacto con los padres

Entre los hijos(as) que no coresiden con sus padres, lo que nos interesa es examinar la frecuencia del contacto que tienen con ellos. Esto nos parece importante para conocer la dinámica de apoyos entre padres e hijos(as) desde otra perspectiva: cuando no viven juntos y conocer las formas que más se posibilitan para brindar apoyo a sus padres desde la distancia.

Los datos nos indican que en los dos tipos de localidades, aproximadamente dos de cada cuatro hijos(as) no coresidentes tienen contacto al menos una vez a la semana con sus padres, ya sea en persona, vía telefónica, carta o algún medio electrónico. En segundo lugar le sigue la proporción de hijos(as) que tiene contacto con sus padres una vez al año o menos (gráficas V-19 y V-20). Esto sugiere que prácticamente la mitad de los hijos(as) no coresidentes tiene contacto asiduo con sus padres, lo cual supone un buen panorama, ya que esto puede favorecer a las dos partes (hijos e hijas y padres) para tener una relación de apoyos familiares intergeneracionales. La otra mitad que no tiene contacto frecuente tendría un panorama menos generoso, aunque los padres se pueden ver beneficiados del envío de dinero (remesas y/o transferencias monetarias) por parte de los hijos(as). Ya veremos más adelante esta relación.

Como se esperaba, la descendencia no corresidente que vive en la misma localidad (colonia o ciudad) que los padres, en contraste con aquella que vive fuera (en otro estado o país, básicamente los Estados Unidos), con más frecuencia tiene algún tipo de contacto con sus padres, de hecho, es precisamente la que tiene contacto una vez a la semana, mientras que los hijos(as) que viven fuera tienen contacto una vez al año o al mes. Aquí es importante destacar que el contacto que estamos considerando no es exclusivamente personal, sino también a través de vía telefónica, correo postal u otros medios electrónicos. Con esto queda claro que la distancia física también restringe estos otros tipos de contacto.⁶⁵

SÍNTESIS Y COMENTARIOS FINALES

Hasta ahora hemos propuesto que la importancia de la coresidencia y no coresidencia entre padres e hijos(as) consiste en las posibilidades que unos y otros tienen para beneficiarse de estas relaciones, más o menos intensas según hemos visto, al traducirlas en apoyos. Con base en la información de la ENASEM 2001, logramos profundizar en los rasgos sociodemográficos de los hijos(as) corresidentes y no corresidentes con el fin de tener un perfil más detallado que nos permitiera reconocer aquellos factores que benefician o inhiben la relación de los apoyos.

Así, sorpresivamente no encontramos diferencias significativas entre los rasgos de los hijos(as) en una y otro tipo de localidad. Es decir, los patrones de comportamiento en esta dimensión analítica, salvo unas cuantas excepciones, son generales en nuestro país, por lo que habría que desagregar a otros niveles para encontrar más diferencias que seguramente así podrían observarse. Nos llama la atención que en el caso de los adultos mayores sí hay diferencias muy marcadas entre los que viven en localidades más y menos urbanizadas. Por eso hay que tener en cuenta distintos factores que pueden hacer que las tendencias entre los rasgos de los hijos(as) sean similares, por ejemplo, que la

⁶⁵ Desafortunadamente no tenemos la posibilidad de separar los medios electrónicos del resto, ya que es muy probable que en las áreas menos urbanizadas, a diferencia de las más urbanizadas, se carezca de ellos y, por lo tanto, las tendencias descritas se vean modificadas.

creciente urbanización no deje lugar a grandes diferencias para las generaciones más jóvenes, mientras que las más envejecidas si recibieron efectos marcados durante el proceso.⁶⁶

En cambio, sí encontramos diferencias cuando analizamos la información según estratos socioeconómicos. Las principales apuntan a que los hijos(as) corresidentes del estrato bajo al parecer tienen ciertos rasgos que los harían más propensos a recibir ayuda por parte de sus padres. Esto se puede explicar porque el estrato socioeconómico en sí mismo nos habla de peores o mejores condiciones de vida entre los hijos(as), pues no olvidemos que el estrato de los hogares hace referencia a menores o mayores niveles de escolaridad, lo cual es un indicativo de las mayores oportunidades que los hijos(as) podrían tener para su bienestar.

La clasificación que hicimos de los estratos responde a la escolaridad relativa, que ubica en una situación aparentemente más ventajosa en términos de mayor educación y/o capacitación, y por lo tanto, de ingreso, a las personas del estrato medio/alto, a diferencia de las personas del estrato bajo que tendrían menos posibilidades educativas y todo lo que de ahí se deriva.

Encontramos también que, al parecer, los hijos y las hijas continúan reproduciendo patrones de comportamiento que heredaron de sus padres y aún no han sido erradicados en la sociedad. Por ejemplo, hay una tendencia (no sabemos si estimulada por los hijos(as), incentivada por los padres o ambos aspectos) a que los varones estudien y trabajen con más regularidad, y a que las hijas permanezcan en el hogar desempeñando los quehaceres domésticos. En esto hay que considerar las prácticas socioculturales de la sociedad acerca de dar preferencia a la educación escolar

⁶⁶ Las personas que hoy son adultos mayores han vivido gran parte del proceso de industrialización y urbanización más importante, lo que marcaba más las diferencias según el tamaño de la localidad entre los que quedaban fuera de este proceso y los que estaban dentro. Actualmente, los avances tecnológicos y el desarrollo urbano matizan las diferencias que podrían agregar los pequeños poblados.

de los hijos varones, porque más adelante se supone que serán los proveedores de sus propias familias.⁶⁷

Otro aspecto aparentemente a favor de los hijos, consiste en que ellos con mayor frecuencia que las hijas corresiden con sus padres, y por ende, serían los beneficiarios de, por ejemplo, evitar el pago de una renta o heredar la casa de los padres, y en su lugar, invertir parte de sus recursos económicos en su propia educación.

Al observar los rasgos de los hijos(as) corresidentes nos queda la idea de que posiblemente tendrán dificultades para apoyar económicamente a sus padres. Sin afán de ser determinista, esto puede deberse a que simplemente se encuentran en una etapa temprana de su curso de vida, pues son jóvenes que siguen estudiando y por eso viven en la casa de sus padres. De esta manera, la corresidencia entre hijos(as) y padres en edades avanzadas sería una manera de ayuda o apoyo económico, que en este caso parecería favorecer a los hijos(as). Por supuesto, esto no elimina la posibilidad de que los corresidentes proporcionen ayuda de tipo instrumental a sus padres, pues creemos que por su juventud y proximidad cotidiana, recae en ellos este tipo de apoyo. Se tratan pues, posiblemente de estrategias de grupos de población vulnerables.

Nuestros datos también nos permiten argumentar que entonces el apoyo económico que requerirían los adultos mayores debe de provenir en mayor medida de los hijos(as) no corresidentes, dado que su perfil se traduce en mejores condiciones de vida. Para tener más elementos que nos permitan aterrizar estos argumentos, y conocer otros factores asociados a la dinámica de los apoyos familiares intergeneracionales, ahora que conocemos los atributos sociodemográficos de los hijos(as) y de los padres, en el siguiente capítulo llevamos a cabo un análisis multivariado que nos facilite contribuir a estas explicaciones desde una mejor aproximación.

⁶⁷ ¿Qué papel jugarán las nueras? Por desgracia, no tenemos la posibilidad de analizar su papel, sin embargo, es importante tener en mente que probablemente ellas estén aportando apoyo intergeneracional a los suegros cuando hay corresidencia.

Cuadro V-1

Clasificación de criterios a considerar en el capítulo V

Dimensiones:	1. Localidad de residencia de los adultos mayores	2. Residencia de la descendencia	3. Estratos de escolaridad relativa de los hogares de las PAM	4. Sexo de la descendencia
México	Menores a 100,000 habitantes	Hijos/as corresidentes	Bajo	Hijos Hijas
			Medio y alto	Hijos Hijas
		Hijos/as no corresidentes	Bajo	Hijos Hijas
			Medio y alto	Hijos Hijas
	Mayores a 100,000 habitantes	Hijos/as corresidentes	Bajo	Hijos Hijas
			Medio y alto	Hijos Hijas
		Hijos/as no corresidentes	Bajo	Hijos Hijas
			Medio y alto	Hijos Hijas

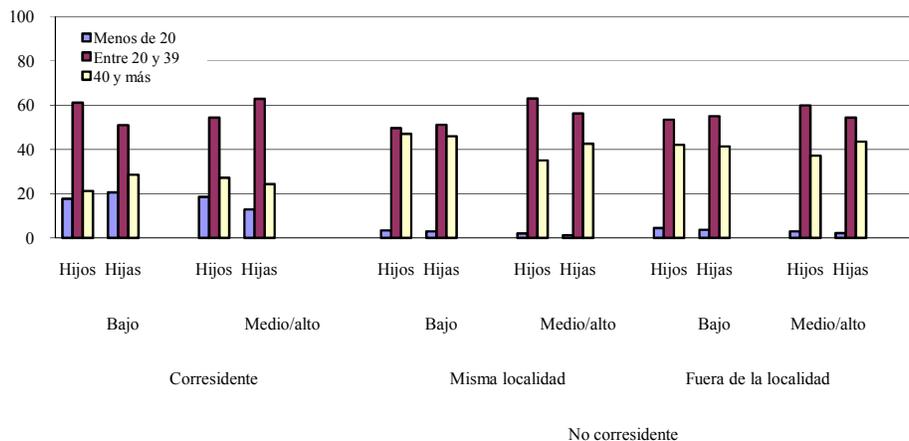
Cuadro V-2

México, edad promedio de la descendencia de los adultos mayores
 por localidad de residencia, según corresponsidad y no corresponsidad, 2001
 (Porcentajes)

Localidades			
Con menos de 100,000 hab.,		Con más de 100,000 hab..	
Corresponsidentes	No corresponsidentes	Corresponsidentes	No corresponsidentes
30 años	48 años	32 años	46 años

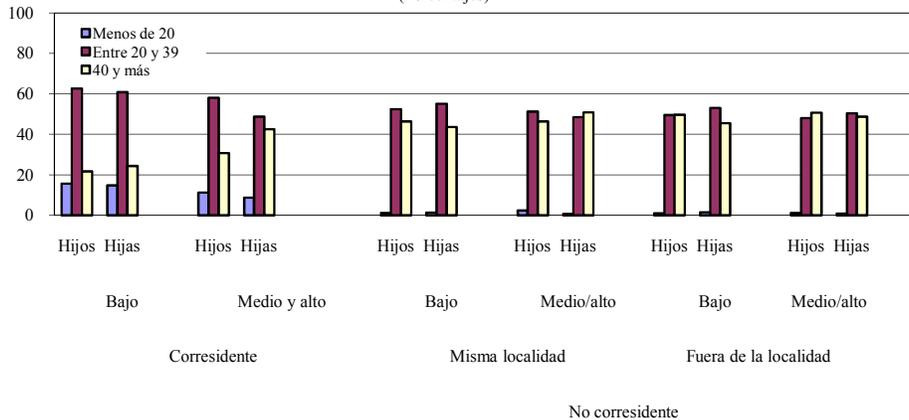
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-1
 México, distribución de la descendencia por grupos de edad en las localidades con menos de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes)



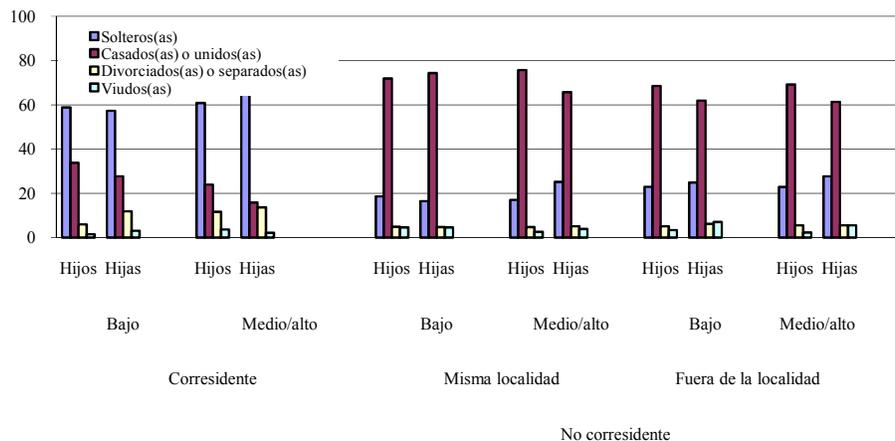
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-2
 México, distribución de la descendencia por grupos de edad en las localidades con más de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes)



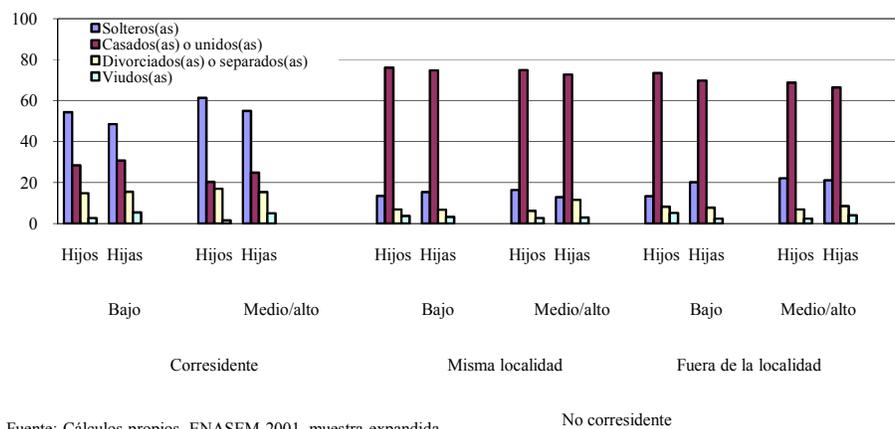
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-3
 México, distribución de la descendencia por estado civil en las localidades
 con menos de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad, por estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



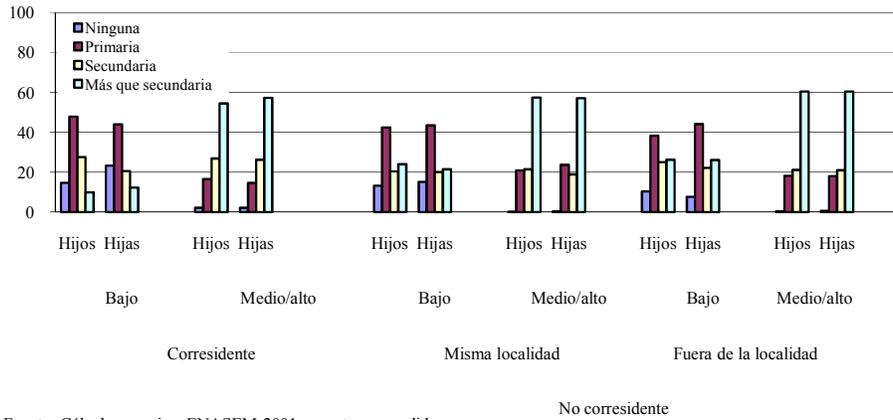
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-4
 México, distribución de la descendencia por estado civil en las localidades
 con más de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad, por estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



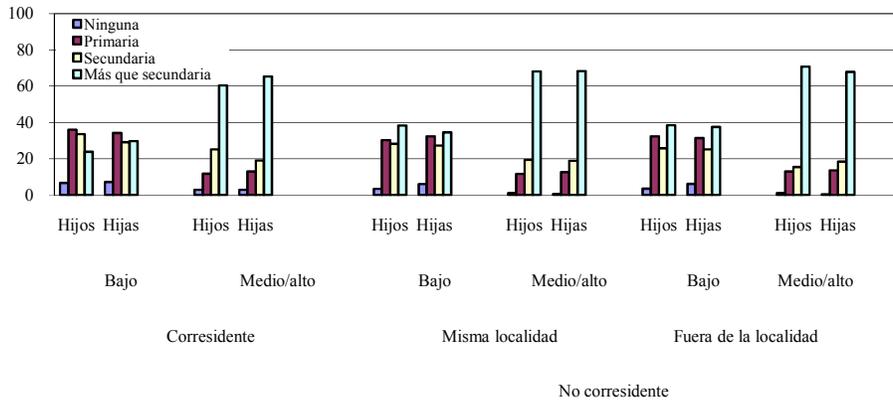
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-5
 México, distribución de la descendencia por escolaridad en las localidades con
 menos de 100 mil hab., según corresponsabilidad y no corresponsabilidad, por estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



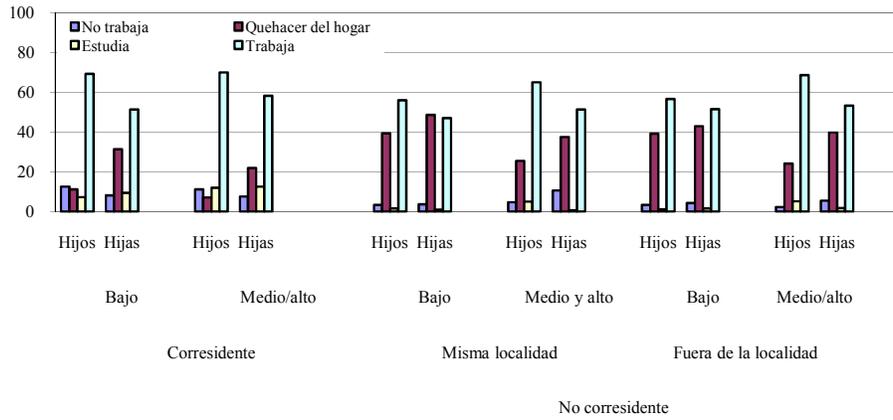
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-6
 México, distribución de la descendencia por escolaridad en las localidades con
 más de 100 mil hab., según corresponsabilidad y no corresponsabilidad, por estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



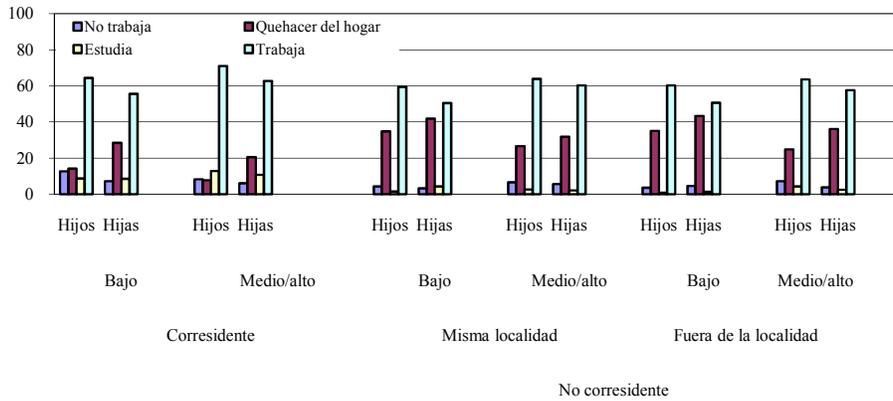
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-7
 México, distribución de la descendencia por condición de actividad en las localidades
 con menos de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad, por estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



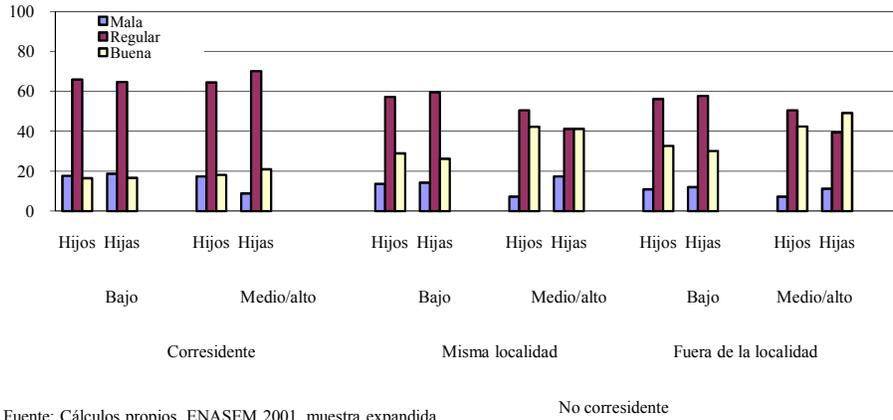
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-8
 México, distribución de la descendencia por condición de actividad en las localidades
 con menos de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad, por estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



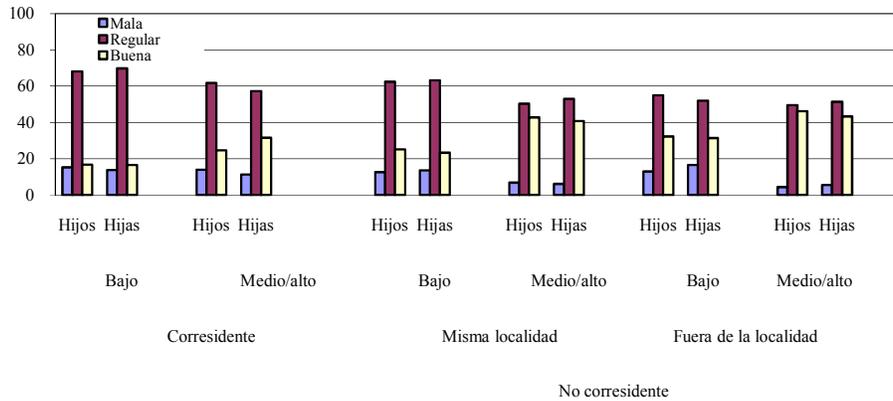
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-9
 México, distribución de la descendencia según la percepción de los padres de su situación económica en las localidades con menos de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes)



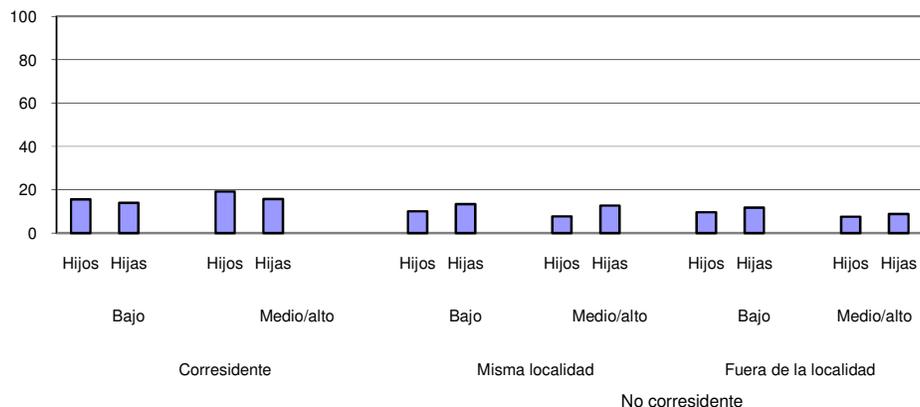
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-10
 México, distribución de la descendencia según la percepción de los padres de su situación económica en las localidades con más de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes)



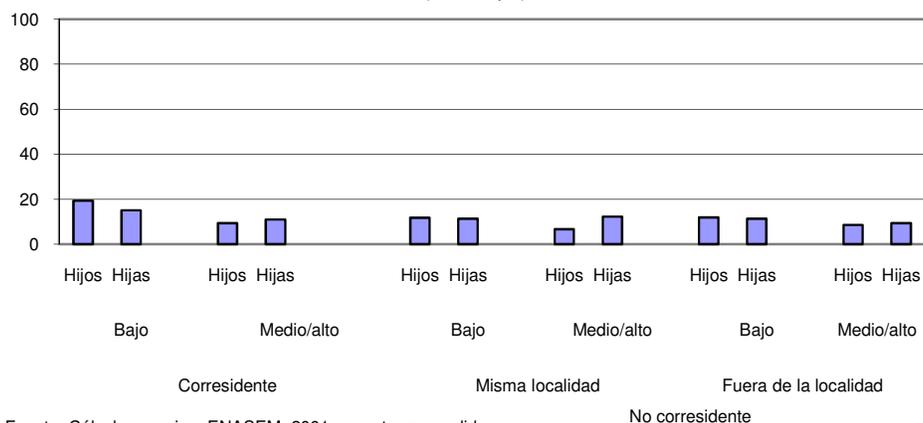
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-11
 México, proporción de la descendencia que según la percepción de los padres tiene problemas de salud en las localidades con menos de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad, por estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



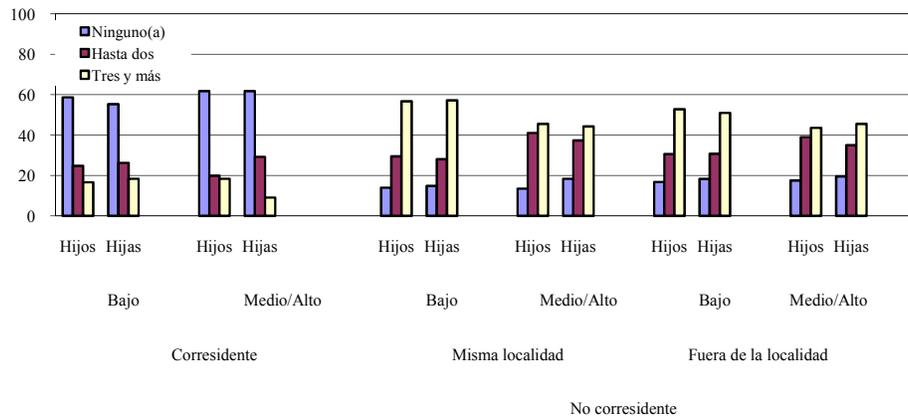
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-12
 México, proporción de la descendencia que según la percepción de los padres tiene problemas de salud en las localidades con más de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad, por estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



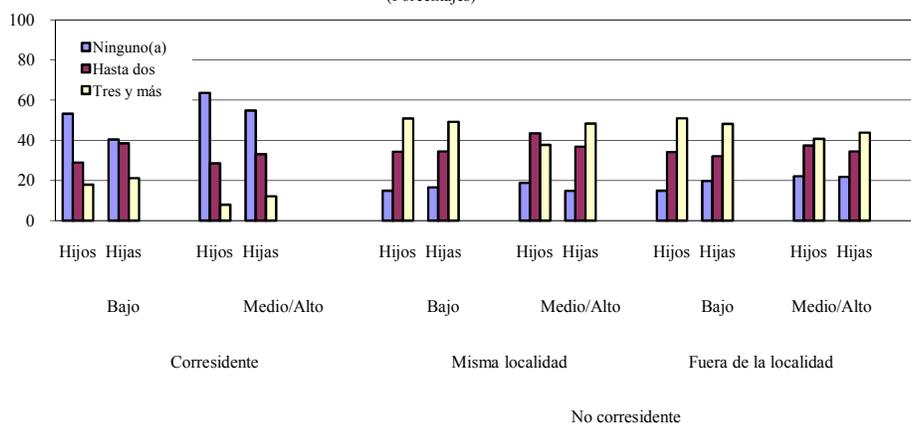
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-13
 México, distribución de la descendencia por número de nietos de los adultos mayores
 en las localidades con menos de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad,
 estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



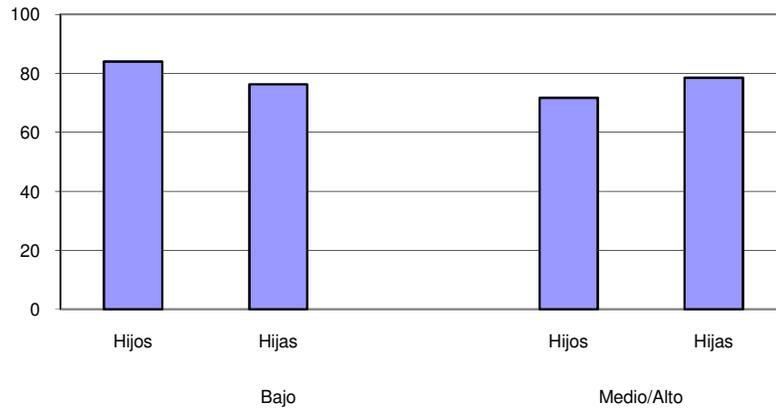
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-14
 México, distribución de la descendencia por número de nietos de los adultos mayores
 en las localidades con más de 100 mil hab., según corresponsidad y no corresponsidad,
 estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



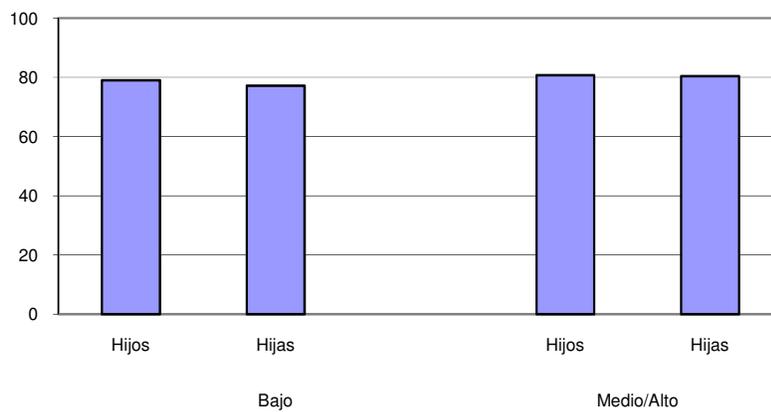
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-15
 México, proporción de la descendencia que durante toda su vida ha corresido con sus padres
 en las localidades con menos de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



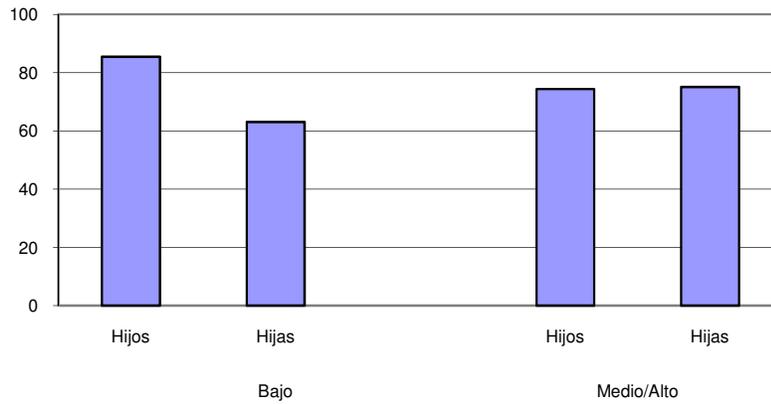
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-16
 México, proporción de la descendencia que durante toda su vida ha corresido con sus padres
 en las localidades con más de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



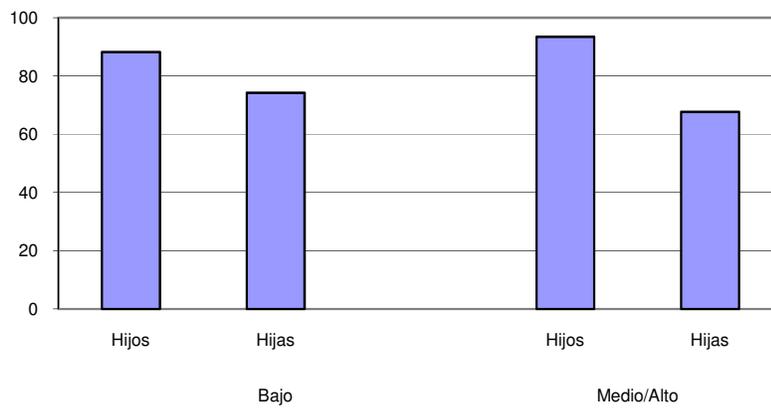
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-17
 México, proporción de la descendencia que reside en la vivienda de sus padres
 en las localidades con menos de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



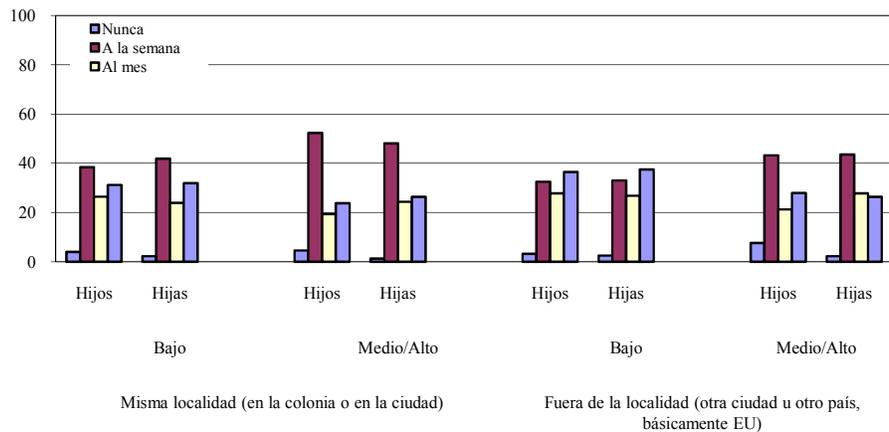
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-18
 México, proporción de la descendencia que reside en la vivienda de sus padres
 en las localidades con más de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001
 (Porcentajes)



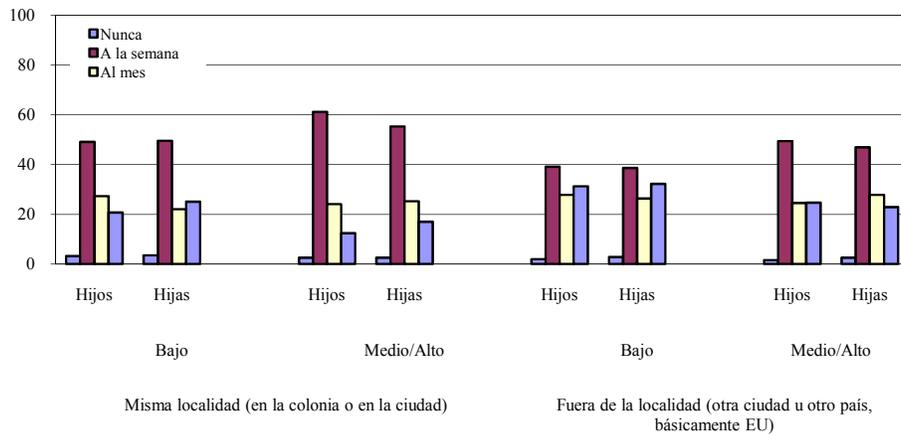
Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-19
 México, distribución de la descendencia no corresidente por la frecuencia del contacto con sus padres en las localidades con menos de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001 (Porcentajes)



Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

Gráfica V-20
 México, distribución de la descendencia no corresidente por la frecuencia del contacto con sus padres en las localidades con más de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001 (Porcentajes)



Fuente: Cálculos propios, ENASEM 2001, muestra expandida

LOS APOYOS FAMILIARES INTERGENERACIONALES DURANTE LA VEJEZ: REALIDAD A CONTRACORRIENTE

En los capítulos anteriores hemos analizado de manera aislada muchas de los atributos sociodemográficos de la población senescente y su descendencia inmediata. Por un lado, establecimos a partir de las características de los adultos mayores que entre ellos existe una heterogeneidad que hace a unos más vulnerables que otros, y por ende, más necesitados de ayuda de otras personas. Por otro lado, advertimos que entre los hijos(as) corresidentes y los no corresidentes los rasgos son tan dispares que incluso muchas veces llegan a ser contrastantes, por mencionar un ejemplo, vimos que los hijos(as) corresidentes en general son mucho más jóvenes que los no corresidentes. Ahora en este capítulo nos damos a la tarea de conocer y examinar los determinantes que permiten que los adultos mayores reciban de su descendencia diferentes tipos de apoyos considerados. Contemplamos en nuestro análisis el efecto que los atributos sociodemográficos de los implicados tienen en conjunto para la explicación de los apoyos en la vejez.

El capítulo se divide en tres secciones. En la primera se describen todas las variables que se incluyeron en la regresión logística multinomial.⁶⁸ En principio detallamos la variable que deseamos explicar, aquella que nos da cuenta sobre los diversos apoyos que las personas adultas mayores pueden recibir de su descendencia. En seguida describimos las variables explicativas, es decir, aquellos componentes que a

⁶⁸ En el Anexo I se justifica el uso de la técnica de análisis multivariado de datos: la regresión logística multinomial. Sólo se incluyeron los aspectos que sirven para nuestros propósitos, de manera que quedaron fuera aquellos que no están a nuestro alcance. Del mismo modo no se detallan cuestiones de índole metodológica, sino que más bien aprovechamos el espacio para ofrecer al lector una explicación conceptual lo más clara posible de la regresión. Al mismo tiempo exponemos su viabilidad en el análisis de las características de la población senescente y de los rasgos de su descendencia de manera conjunta, así como para establecer cuáles son determinantes para que se posibiliten distintos apoyos intergeneracionales, controlando el efecto que tienen entre sí.

nuestro parecer determinan la posibilidad de recibir apoyos. Aquí también presentamos la serie de hipótesis, asociadas tanto a las principales características de las personas adultas mayores como a los rasgos de su descendencia, que sustentan en gran medida la selección de las variables explicativas. Nos extendemos en la exposición de cada una de las hipótesis porque su verificación es fundamental en este trabajo.

En la segunda sección examinamos las variables que efectivamente determinan los diferentes apoyos que los adultos mayores pueden recibir de sus hijos(as), partiendo del análisis de los resultados que nos arrojó el mejor modelo de regresión logística multinomial. Queremos adelantar que se trata de un modelo de regresión que incluyó las variables explicativas que, al menos teóricamente, múltiples investigaciones previas a la nuestra habían propuesto que estaban relacionadas con la variable que pretendíamos fuera explicada. Pero a la vez se trata de aquél modelo de regresión que contuvo las variables explicativas que nos eran útiles para poner a prueba todas las hipótesis que habíamos planteado con anterioridad para este trabajo.

En la tercera y última sección hacemos un rápido recuento de los hallazgos que desde nuestra perspectiva son los más importantes. No obstante, nos damos la oportunidad de comentar aquellos otros hallazgos que nosotros no pudimos explicar de manera apropiada, pero que gracias a nuestros datos estamos convencidos de su necesaria indagación en posteriores investigaciones sobre los apoyos familiares intergeneracionales que se pueden establecer durante la vejez.

EL UNIVERSO DE ESTUDIO, LOS APOYOS Y LAS VARIABLES PREDICTORAS

Nuestro universo de estudio está constituido por los adultos mayores con hijos(as) vivos(as). Para acercarnos a la diversidad de apoyos que pueden recibir de su descendencia y captar su carácter multidimensional con la seguridad de que sus especificidades permanecen a salvo, consideramos necesario que en la regresión logística multinomial nuestra variable dependiente estuviera constituida por lo menos de cuatro categorías excluyentes entre sí. La primera engloba a *los adultos mayores que sólo obtienen apoyo económico* de su descendencia (monetario o en especie); la segunda a *quienes exclusivamente tienen apoyo instrumental* (quehaceres del hogar, “mandados” o transporte); la tercera contiene a *aquellos con ambos apoyos*, y la última categoría incluye a *los adultos mayores que carecen de cualquiera*. Confiamos en la utilidad de esta tipología pues se circunscribe a los apoyos intergeneracionales más comunes durante la vejez, según los antecedentes bibliográficos que documentan nuestro trabajo.

Al analizar los resultados más generales del ENASEM 2001, en el ámbito nacional tenemos que el 93.3% de los adultos mayores tiene hijos(as) vivos al momento de la encuesta.⁶⁹ En lo que respecta a los apoyos especificados (cuadro VI-1), tenemos que sólo el apoyo económico a los adultos mayores es minoritario (el 27.8% lo recibe de su descendencia). Exclusivamente el apoyo instrumental es aún menor (13.2%). Los resultados indican que la mayor proporción de adultos mayores corresponde a aquellos que poseen ambos apoyos. Partiendo de la información de la misma encuesta, uno de cada tres adultos mayores (33%) los recibe de su descendencia. Con respecto a quienes carecen de cualquiera de los apoyos anteriores, encontramos que la cuarta parte de los adultos mayores tiene que enfrentarse a esta realidad (26%). Hay que advertir que no se cuenta con datos previos a los nuestros tal como los presentamos, por eso además que ilustran los diferentes tipos de apoyos, son reveladores.

En lo que concierne a los componentes que fueron seleccionados porque determinan la activación de distintos apoyos intergeneracionales, hay que indicar que se

⁶⁹ 7,171 casos conforman el 100% de la muestra de personas adultas mayores contenida en la base de datos del ENASEM 2001 de los cuales 6,694 son los casos de personas con descendencia.

tratan de aquellos relativos a *las características de la población senescente*, los que refieren a *los rasgos de su descendencia* y uno más que nos describe *las ayudas que los adultos mayores proporcionan a los hijos(as)*.⁷⁰ Los componentes fueron agregados a la regresión como variables independientes o covariables pues como adelantamos, en otras investigaciones se ha sugerido que están relacionados con la tendencia a recibir apoyos durante la vejez.⁷¹

Entre las características de la población senescente contemplamos las demográficas: la edad, el sexo y el estado civil como reflejo de las propiedades generacionales, de género y conyugales que definitivamente inciden en los distintos apoyos intergeneracionales. Incluimos las socioeconómicas: la escolaridad, la condición de actividad y el ingreso por pensión o compensación por jubilación, como indicadores de las capacidades de las personas adultas mayores para establecer apoyos con su descendencia.⁷² Contamos con una importante representación de las diferentes características demográficas y socioeconómicas (cuadro VI-2). Mención especial merece la inclusión de la condición de salud, pues no cabe duda que en sí mismo se trata de un atributo relevante de la calidad de vida de la población senescente, casi un tercio presenta una salud deficiente. Además esto nos permite comprender fácilmente la importancia de los apoyos. La localidad de residencia fue incluida como una variable independiente ya que es un buen indicador de las condiciones socioeconómicas del contexto general y de la segregación espacial. Encontramos una importante concentración de adultos mayores en las localidades menos urbanizadas (58.2%), frente a la nada despreciable proporción que habita en las áreas más urbanizadas (41.8%).

Al observar los rasgos de la descendencia en el cuadro VI-2, podemos notar de inmediato que se trata de un universo bastante amplio. En el modelo de regresión tomamos en cuenta el sexo de los hijos(as), pues la existencia de hijas es un

⁷⁰ Del mismo modo usamos aquellos apoyos que provienen de otras personas (vecinos, amigos y otros parientes) pero sólo para controlar los efectos que tienen dentro del análisis que realizamos.

⁷¹ Si bien en algunas ocasiones se busca el modelo más simple, en otras se puede descartar la sencillez para encontrar un mayor conjunto de componentes que permitan explicar el fenómeno estudiado.

⁷² No incluimos en el modelo los estratos de los hogares como indicadores del nivel socioeconómico de la población senescente porque estaban altamente correlacionados con otros atributos, y contribuían a restarle consistencia a los resultados globales.

componente que se ha relacionado con la activación de los apoyos. Prácticamente toda la población senescente tiene este componente a su favor. La edad y el estado civil de los hijos(as) fueron sumadas en una covariable para aproximarnos al curso de vida que atraviesa la descendencia, y así conocer su impacto en los apoyos intergeneracionales.

Las percepciones que tienen las personas en edades avanzadas acerca de la situación económica y la condición de salud de sus hijos(as) fueron incorporadas como elementos que facilitan o dificultan los apoyos. Una buena parte (44.5%) expresó que sus hijos(as) tienen buena situación económica, mientras que el resto manifestó lo contrario (55.5%). Asimismo, el 94% expresó que sus hijos(as) no tienen problemas graves de salud (cuadro VI-2).

Para conocer los vínculos de proximidad física en las relaciones de apoyo entre padres e hijos(as), incluimos otra covariable con el número de hijos(as) corresidentes como una manera de establecer las relaciones más cercanas, y los hijos no corresidentes, que constituyen relaciones un poco más distantes, al menos físicamente.

Para terminar, las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as) es un componente que incluimos como variable independiente debido a la necesidad de cuestionar su papel pasivo y receptivo, que habitualmente ha sido enunciado en un gran número de investigaciones sobre este particular.⁷³ Si bien es cierto que la forma más frecuente y notoria en la que se establece una relación de apoyo entre los adultos mayores y sus hijos(as) es aquella que favorece a los primeros, hoy en día se plantea la necesidad de reconocer y precisar que un segmento de esta población brinda apoyo de distintas maneras. Además, es importante que al menos a través de este componente reflexionemos acerca del rol que los adultos mayores pueden llegar a tener en el bienestar de sus hijos(as) y nos aproximemos al análisis de la reciprocidad. Según

⁷³ Es importante comentar que las ayudas que las personas adultas mayores proporcionan a su descendencia fueron ampliamente exploradas antes de ser incorporadas al modelo como una covariable, pues temíamos que los argumentos que de ella derivarían terminarían siendo un tanto tautológicos para explicar los apoyos que los hijos(as) pueden otorgar a sus padres adultos mayores. Al igual que el resto de las covariables, se sometió a la comprobación de la no multicolinealidad o nula correlación y no encontramos razones para no incorporarla.

nuestros datos, los adultos mayores que brindaron algún tipo de ayuda representaron 49.9% (ver cuadro VI-2).

Pero la pertinencia de todas las variables independientes o covariables que seleccionamos para explicar la variable dependiente no se desprende tan sólo de los estudios precedentes que hemos referenciado. También se debe en gran parte a los argumentos teóricos que guían nuestro trabajo, en especial a las hipótesis que planteamos y que pretendemos poner a prueba a través de la regresión multinomial.

Hipótesis

La principal hipótesis que sustenta el modelo propone que las características de la población senescente no son suficientes para explicar los diferentes apoyos que puede recibir de su descendencia. De hecho, afirma que para comprender la dinámica de esos apoyos son de vital importancia los rasgos de quienes los otorgan, es decir, de los hijos(as). Por esta razón hemos contemplado el análisis de los atributos sociodemográficos de ambas partes involucradas, y queremos subrayar esto porque las investigaciones hasta ahora llevadas a cabo, comúnmente han dado preferencia a unos u otros atributos y han sido analizados de forma aislada.

Nuestro estudio aporta la integración de las dos líneas analíticas: los atributos sociodemográficos de los padres y de los hijos(as). A esto se suma lo que argumentamos con respecto a que proporcionar ayuda es un componente que debe incidir de forma fundamental en la posibilidad de recibir apoyo, por eso también contemplamos el análisis del apoyo que los adultos mayores brindan a sus hijos(as). Este componente hasta el momento ha sido en pocos estudios y de manera aislada con cualquier otro. La contribución que hacemos consiste en que aquí se estudia como parte de un amplio conjunto de componentes.

Hemos seleccionado las características de la población senescente con las cuales podemos establecer un perfil sociodemográfico de los adultos mayores que tienden a

recibir apoyos de sus hijos(as). Este perfil nos interesa porque queremos contrastarlo con la información contenida en el capítulo IV sobre la heterogeneidad de los adultos mayores, donde pudimos constatar que algunos adultos mayores son más vulnerables que otros, y por ende, más necesitados de apoyo. Nuestro objetivo es demostrar que la activación de los apoyos no está vinculada a una decisión racional, que los adultos mayores que reciben apoyo en realidad no son los mismos que los necesitan, sino simplemente aquellos que tienen hijos(as) que pueden otorgarlos con cierta facilidad.

Del mismo modo aclaramos que, además del sexo, entre los rasgos de la descendencia seleccionamos también la edad y el estado civil porque nos permiten aproximarnos a su curso de vida, y mediante el análisis de regresión queremos probar que éste es un aspecto útil para explicar los diferentes apoyos. Creemos que las posibilidades que tienen los adultos mayores de recibir cada tipo de apoyo dependen en gran medida del curso de vida de su descendencia, el cual refleja responsabilidades y compromisos que los hijos(as) adquieren ante situaciones precisas, y en consecuencia, las causas que pueden influir positiva o negativamente en su capacidad de brindar apoyo.

Por eso incluimos también las percepciones sobre la situación económica y la condición de salud de los hijos(as). Otros rasgos que seleccionamos fueron el número de hijos(as) corresidentes y el lugar de residencia de los no corresidentes. Se sabe que el número de hijos(as) vivos(as) influye en la explicación de los apoyos durante la vejez. Sin embargo, no tenemos suficiente información con respecto al papel específico que tienen los hijos(as) que cohabitan con sus padres, ni mucho menos sobre el rol de la lejanía o cercanía entre padres e hijos(as) cuando éstos últimos han establecido su propio hogar fuera del de sus padres. En general, esperamos que esto tenga un impacto diferencial en la explicación de los apoyos, en correspondencia con los rasgos tan diferentes que mostraron los hijos(as) en el capítulo V, donde analizamos su condición de coresidencia o no coresidencia con sus padres.

Por un lado, esperamos que los hijos(as) corresidentes, dada su presencia y convivencia cotidiana con los padres, incidan más en el apoyo de tipo instrumental.

Mientras que los hijos(as) no corresidentes, debido a su menor proximidad física, aportan más bien apoyo económico. Esto se ha sostenido en otros estudios que hablan de la importancia de las transferencias monetarias y/o remesas provenientes de los hijos(as) para el bienestar de los padres en edades avanzadas.

Como ya señalamos, exploramos acerca de la ayuda que los padres dan a sus hijos(as) para explicar la relación que hay entre dar y recibir apoyo. En otras palabras, porque de alguna manera queremos conocer el efecto de la posible reciprocidad en los apoyos intergeneracionales que se establecen en la etapa de edad avanzada. En este sentido, suponemos que el hecho de proporcionar ayuda incentiva el recibir apoyo, por lo tanto los adultos mayores eventualmente pueden estimular un flujo de ida y vuelta de favores con sus hijos(as). No obstante, desconocemos qué tipo de ayudas estarían asociadas a uno u otro tipo de apoyo.

DETERMINANTES DE LOS APOYOS QUE LOS ADULTOS MAYORES RECIBEN DE SU DESCENDENCIA

Los apoyos que vamos a explicar se integran en una variable de cuatro categorías, por eso elegimos la regresión logística multinomial como la técnica estadística más adecuada para cumplir nuestros propósitos. Nuestra variable dependiente son los adultos mayores que obtienen apoyo de parte de sus hijos(as) y las cuatro categorías son: los que sólo tienen apoyo económico, los que exclusivamente tienen apoyo instrumental, aquellos con ambos apoyos y los que carecen de cualquiera. Buscamos explicar la activación de cada uno de los apoyos que pueden recibir las personas adultas mayores de sus hijos(as), a partir de la identificación de los componentes que los están determinando. La interpretación de los resultados la hacemos siempre en comparación con quienes no reciben apoyo alguno.⁷⁴

⁷⁴ Los modelos de regresión se ajustaron con una muestra de 6,694 casos (que corresponde al número de personas con hijos o hijas). También es importante señalar que todos los modelos se ajustaron con muestra no ponderada o sin expandir, ya que consideramos que este uso de la muestra producirá parámetros más eficientes. Al respecto, Winship y Radbill (1994) muestran que los estimados de una regresión logística sin ponderar son imparciales, lo cual reduce el error estándar en comparación con los

Después de muy variados intentos, escogimos el mejor modelo de regresión para explicar la variable dependiente con base en un par de medidas de bondad de ajuste y por la coherencia de los resultados. Éste no fue estimado en un único paso, sino en tres etapas con la finalidad de poner a prueba la hipótesis principal de este trabajo. Partimos de un modelo base (modelo 1) que especificó inicialmente la influencia de las características de la población senescente; ajustamos enseguida otro modelo que incluyó además de estas características, los rasgos de su descendencia (modelo 2); por último, el modelo 3 agregó las otras variables independientes: las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as).⁷⁵

Si comparamos el modelo 2 con el anterior (véase cuadro VI-3), éste explica mayor proporción de la variación de la variable dependiente. Esto es, la consideración de los rasgos de la descendencia contribuye a explicar mejor los diferentes apoyos, una vez controlados los efectos de las características de la población senescente. El coeficiente pseudo R^2 de Nagelkerke indica que al tomar en cuenta los rasgos de la descendencia, el porcentaje de la varianza que se explica incrementa de 12.1 a 19.2%. El segundo indicador de bondad de ajuste de los modelos que tomamos en cuenta (-2 log de verosimilitud) reafirma que el modelo 2 es mejor que el anterior, esto puede verse en el cambio del indicador de verosimilitud entre el modelo 1 y 2. Así comprobamos que la hipótesis principal que planteamos era correcta, que las características de la población senescente no son suficientes para explicar los apoyos que reciben, pues para comprender la dinámica de los mismos son de vital importancia los rasgos de quienes los otorgan, o sea, de los hijos(as).

Frente a tal hallazgo queremos confirmar lo que se ha señalado en los últimos años en algunos estudios, y que nosotros retomamos con convicción y como argumento central en este trabajo. Nos referimos a la pertinencia de conocer, además de las características de los adultos mayores que reciben apoyos, los rasgos de sus hijos(as)

estimados de regresión logística con ponderador. El uso de muestras ponderadas, luego entonces, producirá parámetros estimados menos eficientes que al usar muestras sin ponderar.

⁷⁵ Cabe señalar que desde el inicio permanecieron en los modelos como variables de control aquellos apoyos que señalamos provienen de otras fuentes distintas a los hijos(as).

porque son precisamente ellos quienes frecuentemente los otorgan. Pero también porque debido a esto las posibilidades reales para que se establezcan distintos apoyos intergeneracionales, y los atributos que puedan contener (por ejemplo, el tipo de apoyo y la intensidad del mismo), dependen no sólo de las características de los adultos mayores, sino en buena medida de los rasgos de sus hijos(as).

Ahora bien, comparando el modelo 3 con el 2 (cuadro VI-3), encontramos que éste explica aún más la proporción de la variación de los diferentes apoyos, esto indica que la descripción de las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as) también contribuye a explicarlos de mejor forma, obviamente controlando ya no sólo los efectos de las características de la población senescente, sino además los efectos de los rasgos de su descendencia. El pseudo R^2 de Nagelkerke se incrementa de 19.2 a 26.6%, y el cambio del indicador de verosimilitud entre el modelo 2 y 3 reafirma la mejoría del último en comparación con el anterior. Así probamos que proporcionar ayuda es un componente que está incidiendo en la posibilidad de recibir apoyo. Del mismo modo, hallamos la evidencia suficiente para proponer un análisis detallado de este componente durante la vejez.

Una vez constatado que todos los componentes que decidimos incluir en el análisis sí contribuyen a explicar los diferentes apoyos que contemplamos, consideramos conveniente examinar con más detalle aquellas variables independientes que tienen un impacto significativo sobre cada uno de los apoyos. Nos enfocaremos solamente en los resultados arrojados por el mejor modelo de regresión, el número 3, - vale la pena comentar que fue construido con base en un criterio teórico y aún así estadísticamente fue aceptable sin problema alguno-. Primero analizaremos las características de la población senescente, después los rasgos de su descendencia, y por último las ayudas que los adultos mayores brindan a sus hijos(as) (véanse los cuadros VI-4 y VI-5).

Las características de la población senescente

En múltiples investigaciones sobre la vejez, se han identificado muchas de las características de la población senescente que influyen en los diferentes apoyos que puede recibir de su descendencia. No obstante, habitualmente se ha priorizado sólo el análisis de algunas de ellas, y pocas veces se ha estudiado la manera como operan en conjunto. Por esta razón, la caracterización del segmento apoyado que se ha logrado proviene de diferentes fuentes de información, algunas basadas en muestras probabilísticas y otras en resultados de estudios cualitativos. Los resultados del modelo de regresión que llevamos a cabo nos permiten delinear un perfil sociodemográfico de aquellos adultos mayores que presentaron una mayor propensión para recibir apoyo económico, no económico instrumental o ambos de parte de sus hijos(as).

Si bien todas las características de la población senescente son significativas para uno u otro apoyo, *la edad, la escolaridad, el ingreso por pensión o compensación por jubilación y la condición de salud* son las variables independientes que contribuyen a explicar la activación de los tres apoyos considerados (cuadro VI-4). El hecho que estas variables tengan un notable impacto en los apoyos, constituye a nuestro juicio un hallazgo de gran relevancia, ya que nos ofrece rápidamente una idea clara del perfil de la población senescente que es apoyada. El análisis de la significación de *la edad* (cuadro VI-5) muestra que conforme ésta aumenta, se incrementa también la posibilidad de recibir cualquiera de los apoyos, esto es consistente con otras investigaciones previas. Podemos decir entonces que la población que cuenta con más años, es frecuentemente la que recibe apoyo de sus hijos(as).

La *escolaridad* es un condicionante que inhibe cualquier tipo de apoyo. Los coeficientes muestran que la población en edades avanzadas sin escolaridad o con los niveles más bajos (87.1%), disponía en mayor medida de los diferentes apoyos en comparación con aquella que estudió hasta secundaria y más (ver cuadro VI-5). Quizá esto se debe a las posibilidades económicas que facilita el contar con cierto grado de estudios. En otras palabras, ante la falta de estudios escasean las oportunidades de

conseguir un trabajo estable, con prestaciones sociales que permitan una jubilación digna. Por eso puede suponerse que los padres sin escolaridad requieran, en la última etapa de la vida, mayor apoyo de los hijos.

Lo anterior se relaciona con la significación que arroja *el ingreso por pensión o compensación por jubilación*, cuyo coeficiente muestra que la población que no contaba con estos beneficios (81.8%) recibe los apoyos en mayor medida que aquellos que si tenían alguno de éstos (cuadro VI-5). Como sabemos que gran parte de la población en cuestión tuvo por variadas razones pocas oportunidades educativas y de acceso a algún tipo de pensión o jubilación, estos resultados por sí solos reflejan que un grupo numeroso tiene la garantía de incrementar la posibilidad de ser apoyado por los hijos(as). Esto es revelador porque supone situaciones vinculadas al bienestar de los adultos mayores, y en especial, la tendencia a que este panorama continúe.

La *condición de salud* adquiere un interés especial por el deterioro asociado con el paso de la edad. Sabemos que los adultos mayores tienen una gran propensión a las enfermedades crónico-degenerativas, las cuales con el paso del tiempo son responsables del deterioro, limitación funcional e incapacidad de quienes las padecen. Nuestra información indica que los adultos mayores con salud deficiente (casi un tercio) presentan ventajas sobre las posibilidades de recibir apoyo de los hijos(as), en comparación con los que gozan de salud aceptable (cuadro VI-5). De esta manera, las complicaciones para realizar ciertas actividades de la vida diaria que generalmente acompañan a la vejez en menor o mayor grado, se compensan con la existencia de los distintos apoyos, tal y como lo muestran otras investigaciones.

El *estado civil* y la *condición de actividad* son variables que facilitan dos de los tres tipos de apoyo considerados (cuadro VI-4). La población no unida (37.8%) tiene más posibilidades de recibir apoyo económico, así como los dos tipos de apoyo (económico e instrumental simultáneamente), en contraste con la unida (ver cuadro VI-5). Queremos destacar este resultado por la importancia que tiene la viudez en este segmento de la población en edades avanzadas. Con respecto a la condición de actividad, vemos que los desempleados (61.7%) tienen más posibilidades de obtener los

dos tipos de apoyo mencionados (cuadro VI-5). En este sentido se comprueba que la adversidad de las condiciones económicas que viven los adultos mayores, incentiva la activación del apoyo monetario o en especie, ya sea por separado o de manera conjunta con el apoyo instrumental.

Diversos estudios sostienen que existen diferenciales entre varones y mujeres en edades avanzadas gracias a la conformación cultural de los valores. Por ejemplo, se habla del rol de la mujer hogareña, dedicada a las labores exclusivas del hogar y al cuidado o atención de los miembros del grupo familiar, frente al rol del varón proveedor y orientado a la vida social. Estos roles parecerían propiciar que las mujeres, y no los varones, generen fácilmente relaciones familiares más afectivas e intensas con sus hijos(as), que puedan redituárlas durante la vejez.

En nuestro caso el *sexo* de la población senescente es una característica que favorece una de las tres formas de apoyo (cuadro VI-4). Las mujeres (51.9%) tienen más posibilidades de obtener ambos apoyos simultáneamente, económico e instrumental (cuadro VI-5). Si pensamos que la obtención de estos apoyos en conjunto potencializa el efecto de cada uno por separado, podemos decir que efectivamente las mujeres gozan de más beneficios que los varones durante la vejez.

Además de todos estos aspectos, un hallazgo inesperado fue el efecto significativo de *la localidad de residencia* en al menos una de las tres categorías: los adultos mayores que habitan en las áreas menos urbanizadas (58.2%) tienen menos posibilidades de recibir exclusivamente apoyo instrumental, en comparación con los que viven en áreas más urbanizadas (cuadros VI-4 y VI-5). Como no contamos con antecedentes al respecto, suponemos que esto se debe a la alta emigración que hay en las localidades menos urbanizadas, y que limita la presencia de los hijos(as) para proporcionar este tipo de apoyo que consiste en hacer tareas domésticas, transportación, hacer encargos, etc.

Si consideramos sólo las características de la población senescente sobre la influencia de los apoyos, pareciera que éstos se brindan de manera diferencial

dependiendo de las condiciones de vulnerabilidad que enfrentan. Los resultados de la regresión muestran que el segmento de la población que pudiera ser el más necesitado (el de más edad), asimismo sería el más apoyado por sus hijos(as). Sin embargo, no olvidemos que estas características expresan sólo un lado de la problemática analizada, mientras que la contraparte está constituida por los rasgos de la descendencia. Por eso debemos matizar estas interpretaciones a la luz de las evidencias que arroje el análisis correspondiente.

La importancia de los rasgos de la descendencia

Los rasgos de la descendencia son la contraparte de los componentes igualmente importantes en las relaciones de apoyo a los adultos mayores. Lo que aquí explicaremos, son los determinantes de los hijos(as) que facilitan o restringen las posibilidades de brindar apoyo a sus padres durante la última etapa de su vida. El *sexo*, la *edad* y el *estado civil* (la suma de estas variables nos aproxima al curso de vida de los hijos(as)), así como la *lejanía de los hijos(as) no corresidentes* son covariables que ejercen influencia en los tres tipos de apoyo (cuadro VI-4). El *número de hijos(as) corresidentes* influye a su vez en dos de los tres apoyos, y finalmente, la percepción que las personas adultas mayores tienen acerca de la *situación económica* y la *condición de salud de sus hijos(as)* inciden sobre uno de los apoyos. Veamos cómo se dan estas interrelaciones.

El *sexo de los hijos(as)* es un componente que tradicionalmente ha contribuido a explicar los diferentes apoyos porque la presencia de hijas se ha relacionado con su activación. Los resultados efectivamente advierten la influencia significativa del sexo en las mayores posibilidades que tienen los adultos mayores con hijas para obtener cualquiera de los apoyos, en comparación con los que no tienen hijas (cuadro VI-5). Esto confirma los argumentos acerca de que las hijas frecuentemente asumen la atención y el cuidado de sus padres en la vejez, ya sea por decisión propia o designación. Ante esto es oportuno apuntar que prácticamente todos los adultos mayores tienen hijas.

En lo que se refiere a la *edad* y el *estado civil* de los hijos(as), los resultados nos permiten confirmar que mediante la conjunción de estas variables, sin duda el curso de vida de la descendencia explica las posibilidades para proporcionar los diferentes apoyos considerados. Aquí comparamos entre los hijos(as) maduros solteros, los maduros unidos y los jóvenes unidos, quienes contribuyen en mayor medida a proporcionar apoyo de tipo económico a sus padres, en contraste con los hijos(as) jóvenes solteros que tienen menos posibilidades (cuadro VI-5).

Los hijos(as) maduros solteros tienen la propensión más alta a dar apoyo económico (esta aumenta 60% con respecto a la categoría de referencia que son los hijos(as) jóvenes solteros, ver cuadro VI-5).⁷⁶ Esto es congruente con los argumentos que hemos expuesto acerca de la responsabilidad que asumen los hijos en la procuración de los padres, y son los hijos(as) maduros solteros quienes han tenido la oportunidad de alcanzar cierta estabilidad económica gracias a su edad, y a que están libres de las demandas y obligaciones que acompañan una unión, principalmente de la manutención de una esposa e hijos. Por eso entendemos que la conjunción de estas dos circunstancias repercute en mayores posibilidades de brindar apoyo económico a sus padres en edades avanzadas.

En segundo lugar, los hijos(as) maduros unidos tienen también amplias posibilidades de apoyar económicamente a sus padres (la propensión aumenta 50%, véase cuadro VI-5)⁷⁷. Este resultado pone de manifiesto que el hecho de estar unidos limita un poco el apoyo hacia los padres, y aunque no es despreciable dicha propensión, es evidente que estos hijos(as) también tienen que satisfacer las necesidades de sus propios hogares.

En tercer lugar, en el cuadro VI-5 vemos que la propensión de los hijos(as) jóvenes unidos aumenta en 40% con respecto a los jóvenes solteros (70.8% de los

⁷⁶ Del total de los adultos mayores que conforman el universo de estudio, 24.1% tiene hijos adultos mayores, y de esta manera, la posibilidad de recibir apoyo económico.

⁷⁷ En este caso, 68.5% de los adultos mayores tiene hijos maduros unidos.

adultos mayores tienen hijos(as) jóvenes unidos). Se trata de jóvenes que inician o bien se ubican en una primera etapa de su unión, de manera que probablemente no tienen las posibilidades económicas para otorgar apoyo económico a sus padres, porque ellos mismos y sus familias tienen necesidades para establecerse y lograr cierto margen económico para apoyar a las generaciones más grandes.

Por otro lado, con respecto al apoyo instrumental encontramos que los hijos(as) maduros unidos tienen la propensión más alta a brindarlo frente a los hijos(as) jóvenes solteros (40%) (cuadro VI-5). Podríamos suponer que durante esta etapa del curso de vida (madurez) los nietos han crecido y ya no requieren la misma atención que cuando son pequeños porque ya desempeñan sus propias actividades escolares y extraescolares, así que se puede dedicar parte del tiempo en apoyar a los padres en edades avanzadas en los quehaceres del hogar, transportación y otros apoyos instrumentales.

En contraste, el cuadro VI-5 muestra que la propensión de dar apoyo instrumental por parte de los hijos(as) jóvenes unidos disminuye 25% en comparación con la categoría de referencia (jóvenes solteros). Esto seguramente responde a que en la primera etapa del curso de vida (y del matrimonio) nacen los nietos y demandan suficiente atención y cuidados, de manera que se reducen las posibilidades de proporcionar este tipo de apoyo en especial.

Ahora bien, en lo que se refiere a proveer los dos tipos de apoyo simultáneamente (económico e instrumental), vemos que los hijos(as) maduros unidos son quienes tienen la propensión más alta, que aumenta en 70% en comparación con los hijos(as) jóvenes solteros (cuadro VI-5).

Por el contrario, la propensión para otorgar ambos tipos de apoyo por parte de los hijos(as) jóvenes unidos aumenta sólo 20% con respecto al grupo de referencia (cuadro VI-5). Esto indica que por el curso de vida en que se encuentran estas personas, así como la etapa de su unión, se les dificulta dar los dos apoyos a la vez. Ya vimos que los hijos(as) jóvenes unidos aportan en buena medida apoyo económico, pero la

conjunción de los dos tipos requiere un mayor esfuerzo que probablemente no pueden hacer debido a las necesidades de sus propios hogares.

Cuando la situación económica de los hijos es buena, la propensión a brindarles apoyo económico a sus padres aumenta 15%, y cuando no tienen problemas de salud la propensión de dar apoyo instrumental aumenta 70% (cuadro VI-5). Estos resultados son consistentes con las posibilidades que facilita una y otra característica de los hijos(as).

Por otra parte, los rasgos que dan cuenta de la proximidad física entre padres e hijos(as) también tienen efectos significativos. Por ejemplo, la *lejanía de los hijos(as) no corresidentes* influye en los tres apoyos considerados. Cuando los hijos(as) residen en otra ciudad o país (56% de los adultos mayores tiene hijos(as) en estas condiciones), o cuando viven en la misma localidad o ciudad que los padres (82%), las propensiones a dar sólo apoyo económico aumentan 60 y 25%, respectivamente, en comparación con los hijos(as) corresidentes (cuadro VI-5). Sin embargo, estos dos rasgos de los hijos(as) reducen 40 y 25%, respectivamente, las posibilidades de dar apoyo instrumental. Ambos diferenciales son esperados debido a la distancia física que hay entre padres e hijos(as), pues dificultan los apoyos instrumentales pero incentivan los económicos, sobretodo cuando los hijos(as) residen en una ciudad o país distinto al de los padres, ahí la importancia de las transferencias monetarias y/o remesas.

Ahora bien, vemos que la lejanía de los hijos(as) no impide que otorguen a sus padres los dos tipos de apoyo a la vez, pues cuando viven en otra ciudad o país la propensión aumenta 40%, mientras que cuando viven en la misma localidad o ciudad aumenta 20% (cuadro VI-5). Ante estos resultados podría suponerse que el hecho de vivir lejos de los padres, propicia que los hijos(as) traten de compensar esta distancia mediante apoyos económicos e instrumentales. Estos últimos podrían cumplirse con visitas en las cuales se aproveche al máximo la elaboración de tareas domésticas, transportación, encargos, etc.

El *número de hijos(as) corresidentes* influye en dos de los tres apoyos. Esta variable dota de ventajas a los adultos mayores pues conforme aumenta el número de

hijos(as) corresidentes, se incrementan también las posibilidades de que los hijos(as) provean apoyo instrumental a sus padres (20%), así como los dos tipos de apoyo simultáneamente (14%) (cuadro VI-5). Esto demuestra que, sin duda, la presencia y convivencia cotidiana entre padres e hijos(as) beneficia estos apoyos. Los datos son congruentes porque se esperaría que si se comparte la vivienda, se compartan asimismo los gastos del hogar. Sin duda, las personas en edades avanzadas pueden beneficiarse mucho de los hijos(as) corresidentes, en especial cuando son varios, pues las relaciones que se derivan facilitan los distintos apoyos durante la vejez, tal como se ha mostrado en otros estudios.

Todos estos resultados obtenidos del análisis de regresión multinomial complementan el perfil de los apoyos, de las condiciones en que éstos surgen y de los determinantes de padres e hijos(as) para que se den estas relaciones intergeneracionales. Hasta aquí hemos visto que no bastan las características de vulnerabilidad de los adultos mayores para recibir los diferentes apoyos, sino que también es indispensable que los hijos(as) posean determinados rasgos para proporcionar uno u otro apoyo, o ambos a la vez. Sólo mediante la conjunción de estos determinantes pueden darse las circunstancias más propicias para que se logre la activación de los apoyos. Ahora nos queda analizar la contraparte de los apoyos, es decir, la otra perspectiva: la ayuda que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as). Con esto profundizaremos en las relaciones de reciprocidad entre padres e hijos(as), y contribuiremos a conocer desde una mejor aproximación su dinámica.

Acerca de las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as)

En la actualidad, apenas se sabe que un buen número de personas en edades avanzadas ayuda a sus hijos(as), nuestros datos revelan que en México esta proporción es muy importante (42.9%). Si desagregamos la ayuda proporcionada -siguiendo el mismo patrón que usamos para diferenciar los apoyos que dan los hijos(as)-, tenemos que los adultos mayores que ayudan económicamente a sus hijos(as) representan 6.3%, los que dan ayuda instrumental 29.2% y los que dan ambas ayudas 7.4%. Como se ha indicado en otras investigaciones, nótese que en nuestro caso la ayuda menos frecuente es la

económica, contrario a la ayuda instrumental que es más común y está asociada básicamente a las labores domésticas y el cuidado de los nietos.

Los resultados muestran que las ayudas son significativas para recibir apoyos. Cuando los adultos mayores proporcionan ayuda instrumental a sus hijos(as), la propensión de recibir sólo apoyo económico por parte de sus hijos(as) se incrementa 90%, en comparación con quienes no dan ayuda (cuadro VI-5). Esto es importante porque los adultos mayores tienen más facilidad de proveer ayuda instrumental, pero también porque el apoyo económico que a cambio reciben de sus hijos(as) es fundamental para salvaguardar durante la vejez las condiciones mínimas de comodidad a las que están acostumbrados, pues sabemos que cuando se tiene el apoyo proveniente de instancias gubernamentales es muy precario, y que esperar cuando no se tiene.

Por el contrario, cuando los adultos mayores proporcionan ayuda económica a los hijos(as), la propensión para recibir apoyo de esta misma naturaleza por parte de sus hijos(as) decrece 40% con respecto a la categoría de referencia (cuadro VI-5). Lo anterior pone en evidencia que cuando los padres en edades avanzadas tienen posibilidades de brindar ayuda económica a su descendencia, se reducen las propensiones de que ellos reciban este tipo de apoyo, y probablemente esto se debe a que no lo necesitan sino que más bien pueden proporcionarlo.

Asimismo, cuando los adultos mayores proporcionan cualquier tipo de ayuda a sus hijos(as), se amplían las posibilidades de que reciban exclusivamente apoyo instrumental. Por ejemplo, el hecho de que los padres brinden ayuda económica e instrumental al mismo tiempo, incrementa cinco veces la propensión de recibir apoyo instrumental por parte de sus hijos(as); el sólo brindar ayuda instrumental eleva tres veces la propensión y se duplica cuando sólo dan ayuda económica (véase cuadro VI-5).

Esto es relevante porque en repetidas ocasiones se ha manifestado que los apoyos instrumentales son muy valiosos para los adultos mayores, incluso a veces por encima de los económicos, pues independientemente de la solvencia que se tenga durante la vejez, se requiere necesariamente de asistencia y cuidados como

consecuencia de la edad avanzada y de las deficiencias que trae consigo, sobretodo en la salud. Parece ser que en las últimas etapas del curso de vida, las necesidades para mejorar la calidad de la misma se traducen más bien en compañía, en sentirse importantes para la familia y evitar caer en el abandono, pues se sabe que éste abre las puertas al deterioro físico y mental. Es aquí cuando en cierta medida se pierde el interés por los recursos económicos.

Por último, cuando los adultos mayores dan ayuda instrumental en comparación con los que no dan alguna, la propensión de recibir los dos tipos de apoyo simultáneamente por parte de su descendencia se incrementa seis veces, y cuando dan las dos ayudas a la vez, la propensión se incrementa cuatro veces (cuadro VI-5). Como anticipamos, si el hecho de recibir los dos apoyos a la par potencializa el efecto de cada uno por separado, podemos sugerir que casi todos los adultos mayores que ayudan a sus hijos(as) pueden beneficiarse claramente de ambos apoyos, lo que a simple vista es un panorama positivo dentro de las limitaciones que se presentan durante la vejez.

En resumen, reiteramos que el hecho de que los adultos mayores den ayuda a sus hijos(as), incentiva que reciban de éstos diversos tipos de apoyo ¿reciprocidad? Probablemente. De tal suerte, la población senescente tiene la capacidad de estimular el flujo de ida y vuelta en las relaciones de reciprocidad con sus hijos(as). El acercamiento que llevamos a cabo en el análisis de los apoyos intergeneracionales, nos ha permitido profundizar y matizar los hallazgos previos. Consideramos que nuestra aportación principal durante este ejercicio fue demostrar la importancia de cada uno de los componentes en esta interrelación, así como su integración para lograr una mejor comprensión del fenómeno. Antes del nuestro, los distintos trabajos se han enfocado en analizar uno de los componentes de manera aislada, cuando la realidad sugiere su compleja e indisoluble vinculación. Del mismo modo, apoyándonos en otras investigaciones de corte cuantitativo y cualitativo, pudimos adecuar una serie de causalidades para explicar las posibilidades que tiene la población senescente para recibir diferentes apoyos por parte de su descendencia.⁷⁸

⁷⁸ El análisis de los apoyos que los adultos mayores pueden obtener de sus hijos(as) no sería consistente si no hubiésemos considerado los efectos de aquellos apoyos que provienen de otras personas. Para esto

CONCLUSIONES

El punto de partida en esta nueva mirada hacia los apoyos familiares intergeneracionales ha sido el reconocimiento de los múltiples antecedentes que existen sobre el tema, así como la identificación y exploración de los enfoques bajo los cuales se ha abordado. Con esto en mente, rescatamos la conveniencia de integrar las características de la población senescente, los rasgos de su descendencia y la descripción de las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as). Teníamos la certeza de que sólo así, en conjunto, podríamos realizar un análisis novedoso que aportara información no documentada y/o desconocida sobre la dinámica de los diferentes apoyos que los adultos mayores reciben por parte de sus hijos(as).

De la revisión bibliográfica es útil destacar que en términos generales, los apoyos familiares intergeneracionales durante la vejez son vistos como factores protectores frente a la insuficiencia de la política pública de salud y seguridad social. Al respecto hay un nutrido debate del que surgen dos afirmaciones. Por un lado, algunos investigadores han idealizado el papel de la familia en el bienestar de la población senescente. Por el otro, si bien se reconoce su importancia para tal propósito, se ha sugerido que muchas veces es poca su eficacia para resolver satisfactoriamente las problemáticas que se pueden presentar. De esta manera, hay que profundizar en el papel de la familia como fuente de apoyo de la población senescente, para conocer sus alcances y limitaciones ante diferentes circunstancias, así como los aspectos específicos relacionados con la activación de los diferentes apoyos que se pueden establecer.

seleccionamos un par de componentes que nos informan sobre los apoyos de vecinos, amigos y otros parientes. Uno de ellos alude al apoyo en cosas del diario, mientras que el otro al apoyo con dinero. Los resultados indican que cada uno de ellos fueron significativos para uno de los apoyos. Encontramos que los adultos mayores con amigos o vecinos que los apoyen en cosas del diario, ven reducir sus posibilidades para obtener apoyo económico e instrumental simultáneamente de sus hijos(as), en contraste con quienes no los tienen. Esto puede deberse, como se ha documentado en varias investigaciones, a que muchas veces los apoyos de amigos o vecinos son más estables y efectivos que el de los propios hijos(as), principalmente por el contacto personal más frecuente. Asimismo, encontramos que los adultos mayores que tienen otros parientes o amigos que apoyen con dinero, aumentan sus posibilidades para recibir sólo apoyo económico, en contraste con quienes no los tienen. Creemos que esto puede significar que los adultos mayores que reciben sólo apoyo económico de sus hijos(as) son los más necesitados, y por eso son también apoyados por otros parientes o amigos.

Por eso consideramos pertinente refinar el análisis de los aspectos particulares de los apoyos intergeneracionales que deben tenerse en cuenta, pero siendo congruentes con la idea de que las características de quienes los reciben, o sea los adultos mayores, son sólo uno entre varios componentes que inciden en las posibilidades de los diferentes apoyos. Estudios previos basados en muestras probabilísticas han reconocido la importancia de incorporar en las investigaciones los rasgos de quienes los otorgan, es decir, los hijos(as). Las investigaciones cualitativas, por otro lado, han permitido plantear desde hace varios lustros que los apoyos intergeneracionales no necesariamente se remiten sólo a los atributos sociodemográficos de los involucrados, sino también a la relación de intercambio de favores que entre ellos puede existir, esto es, a los efectos de una reciprocidad inmediata o diferida. Asimismo, se ha advertido sobre la necesidad de hacer referencia a los apoyos que provienen de otras personas, parientes o no parientes.

Nuestros resultados son muy sugerentes al respecto. Inicialmente muestran que en conjunto, todos los componentes que seleccionamos en el modelo de regresión contribuyen significativamente para explicar los diferentes apoyos que las personas en edades avanzadas reciben por parte de sus hijos(as). Demostramos así la importancia de considerar los componentes que desde nuestro punto de vista estaban influyendo en los apoyos intergeneracionales, ya que cada uno de ellos fue indispensable para comprender al máximo su activación. Además, después de explorar las características de los adultos mayores, descubrimos que hay aspectos que apuntan de alguna manera en un sentido contrario a nuestra hipótesis central de que en la actualidad los apoyos que la población senescente recibe, no responden a sus necesidades ni a sus problemas reales, sino sólo a las posibilidades que su descendencia tiene para otorgarlos. Recordemos que proponíamos que no eran forzosamente los que necesitan apoyos, los mismos que cuentan ellos.

Nosotros sospechábamos que los resultados de la regresión indicarían que los apoyos obtenidos por la población senescente no estarían asociados a dificultades en la vejez, más bien suponíamos que ante los cambios socioeconómicos y socioculturales que nuestro país atravesó a partir de la segunda mitad del siglo pasado y que se recrudecieron en las últimas décadas, hoy en día la capacidad de su descendencia para

apoyar en momentos cruciales sería frenada. Sin embargo, el perfil de los apoyados nos remite a los adultos mayores más vulnerables, esto es, el segmento entrado en años, sin escolaridad o con los niveles más bajos, sin pensión o compensación por jubilación y con una salud deficiente. Este hallazgo nos permite ampliar el debate en dos direcciones, pues si bien nos muestra que se apoya con más frecuencia a quienes más lo necesitan, también nos indica que frecuentemente se activan los apoyos cuando las circunstancias son complicadas.

En lo que toca a los rasgos de la descendencia, encontramos que el sexo, la edad y el estado civil como reflejo del curso de vida, y la lejanía de los hijos(as) no corresidentes son los que influyen sobre los tres apoyos considerados. De entrada, esto matiza la aseveración de que los diferentes apoyos se activan solamente con base en la mayor vulnerabilidad de la población senescente. Los resultados nos confirmaron que el sexo de los hijos(as) es fundamental para comprender las posibilidades de activación de los apoyos, pues los adultos mayores que tienen hijas son los mismos que se ven favorecidos para obtener cualquier tipo de apoyo. Esto es revelador porque significa que los padres que tienen hijas, durante la vejez tendrán un horizonte más prometedor que aquellos que no tienen. Además, porque contrario a lo que se ha insistido, descubrimos que las hijas no sólo apoyan en actividades asociadas a su género como son los quehaceres del hogar, “mandados” o transporte.

Los resultados también nos permitieron demostrar que la edad y el estado civil de los hijos(as) como reflejo de su curso de vida, efectivamente explican las posibilidades para disponer de los diferentes apoyos. En general, encontramos que entre los adultos mayores la disponibilidad de uno u otro apoyo aumenta o se reduce de acuerdo a la etapa del curso de vida que atraviesan los hijos(as). Entonces las posibilidades para disponer de los apoyos están subordinadas a circunstancias completamente ajenas a los adultos mayores. Esto nos orilla a deducir que los apoyos no necesariamente se activan en el momento que los adultos mayores más los requieran, y por lo tanto, sería un grave error plantear que la activación de los apoyos de los hijos(as) siempre es oportuna.

En cuanto a la lejanía de los hijos(as) no corresidentes, nuestros resultados indican que mientras mayor sea la lejanía, las posibilidades aumentan para obtener sólo apoyo económico, y se reducen para obtener exclusivamente no económico instrumental. A primera vista parecerían coherentes estos resultados. Si solamente nos estuviéramos refiriendo a los no corresidentes que habitan en otra ciudad o país distinto al de los adultos mayores, la distancia entre ellos nos permitiría comprender fácilmente el apoyo diferencial. Sin embargo, hay que subrayar que consideramos entre los no corresidentes los que habitan en la misma localidad o ciudad, es decir, los que no comparten la vivienda con los adultos mayores, pero sí habitan cerca de ellos y aún así apoyan del mismo modo que los más alejados. Esto es interesante porque esperábamos que dada su cercanía física, influyeran también positivamente en el apoyo instrumental pero no fue así, y vimos que este tipo de apoyo se obtiene de los corresidentes, de manera que hay una marcada diferenciación de los apoyos que se dan según la condición de coresidencia con los padres durante la vejez.

Por último, el análisis de las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as) mostró ser un componente especialmente notable para comprender la activación de los diferentes apoyos. Los resultados revelan que cuando los adultos mayores ayudan a sus hijos(as), incrementan las posibilidades de recibir apoyos de ellos. Podríamos afirmar que esto se deriva de una relación de reciprocidad, sin embargo, no sabemos a cuál de los hijos(as) específicamente ayudan los padres, o qué hijos(as) son los que apoyan, por lo que es difícil sostener esta interpretación aunque no descartamos el efecto de una reciprocidad inmediata o diferida. En cambio, sí podemos decir que tenemos la suficiente información para apreciar que el intercambio de favores en sí mismo debe de ser un elemento de suma importancia dentro de la dinámica de apoyo intergeneracional entre los adultos mayores y sus hijos(as).

Gracias a la técnica estadística multivariada y al análisis de sus resultados, podemos tener una idea de algunos de los determinantes más importantes en la dinámica de apoyo familiar intergeneracional durante la vejez. De igual manera, estamos concientes que si bien los componentes analizados ejercen cierta influencia en las relaciones de apoyo, no explican por completo esta dinámica. No obstante,

consideramos que nuestro trabajo puede servir de guía en investigaciones posteriores que incluyan además del análisis cuantitativo, técnicas y metodologías de tipo cualitativo, pues mediante la combinación de ambas perspectivas se podría confirmar o rechazar con más argumentos el papel de cada aspecto relacionado con la dinámica de apoyo familiar intergeneracional, así como descubrir y explorar otros componentes vinculados.

Vale la pena subrayar que si bien los adultos mayores más vulnerables sí reciben algún tipo de apoyo de su descendencia, también es cierto que sus necesidades muy probablemente no logren ser satisfechas dadas las precarias posibilidades que, pese a sus mejores deseos o intenciones, tienen sus descendientes. Es decir, después de conocer el deterioro de las posibilidades económicas de la descendencia, se desprende que “los más necesitados” son “los más pobres”, por lo que aún y cuando sus descendientes no los abandonan, también es evidente que esto es sólo a costa de un enorme esfuerzo, ya que sus posibilidades de apoyarlos están sumamente restringidas.

De modo que, este análisis multivariado parece evidenciar que aún en las más difíciles y presionadas circunstancias, la reciprocidad entre padres e hijos(as) sigue incólume, lo cual no deja de ser alentador, aunque no significa que en la solidaridad intergeneracional, en medio de las actuales desigualdades socioeconómicas, pueda o deba descansar el bienestar de la población adulta mayor.

Cuadro VI-1
Distribución porcentual de los adultos mayores según apoyo recibido por parte de sus hijos(as)

Apoyo	
Sólo económico	27.8
Exclusivamente no económico instrumental	13.2
Ambos	33
Ninguno	26

FUENTE: ENASEM 2001.

Cuadro VI-2
Distribución de los componentes seleccionados para el modelo de regresión logística multinomial

Componentes seleccionados		%	Componentes seleccionados		%
<i>Características de la población senescente</i>			<i>Rasgos de la descendencia</i>		
Edad	Variable continua	-	Sexo de los hijos(as)		
Sexo	Mujeres	58.9	Con hijas		92
	Varones	41.1	Sin hijas		8
Estado civil	No unidos(as)	37.8	Edad y estado civil de los hijos(as)		
	Unidos(as)	62.2	Jóvenes unidos		70.8
Escolaridad	Sin escolaridad o con los niveles más bajos	87.1	Maduros solteros		24.1
	Secundaria o más	12.9	Maduros unidos		68.5
Condición de actividad	No trabaja o se dedica a labores del propio hogar	61.7	Jóvenes solteros		50.6
	Trabaja	38.3	Situación económica de los hijos(as)		
Con pensión o compensación por jubilación	No	81.8	Buena		44.5
	Si	18.2	Deteriorada		55.4
Condición de salud	Deficiente	32.7	Condición de salud de los hijos(as)		
	Aceptable	67.3	Sin problemas		94.4
Localidad de residencia	Menos urbanizadas	58.2	Con problemas		5.6
	Más urbanizadas	41.8	Número de hijos(as) coresidentes		
			Variable continua		-
			Lejanía de hijos(as) no coresidentes		
			En la misma localidad o ciudad		82.9
			En otra ciudad o país		56
			Hijos coresidentes		61.7
			<i>Descripción de las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as)</i>		
			Ayuda económica		6.3
			Ayuda no económica instrumental		29.2
			Ambas		7.4
			Ninguna		57.1
			<i>VARIABLES DE CONTROL</i>		
			Con amigos o vecinos que apoyen en cosas del diario		
			Si		39.2
			No		60.8
			Con otros parientes o amigos que apoyen con dinero		
			Si		7.9
			No		92.1

FUENTE: ENASEM 2001.

Cuadro VI-3
 Comparación de los indicadores de bondad de ajuste entre
 distintos modelos de regresión logística multinomial

Índicadores de bondad de ajuste	
Seudo R2 de Nagelkerke	
Modelo 1a	12.1
Modelo 2b	19.2
Modelo 3c	26.6
-2 Log de verosimilitud	
Modelo 1a	16457.1
Modelo 2b	15973.4
Modelo 3c	12609.1
Cambio en verosimilitud	
Modelos 1 y 2	483.7
Modelos 2 y 3	3364.3

a El modelo 1 especifica la influencia de las características de la población senescente (y las variables de control).

b Además de lo considerado en el modelo 1, el modelo 2 incluye los rasgos de la descendencia.

c Además de los componentes incluidos en los modelos 1 y 2, el modelo 3 agrega la descripción de las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as).

FUENTE: ENASEM 2001.

Cuadro VI-4

Significación de las variables independientes incluidas en los modelos de regresión logística multinomial para las diferentes categorías de la variable dependiente

Variables independientes	Tipo de apoyo		
	Sólo económico	Exclusivamente no económico instrumental	Ambos
<i>Características de la población senescente</i>			
Edad	++	++	++
Sexo	-	-	+
Estado civil	+	-	+
Escolaridad	++	++	++
Condición de actividad	+		+
Con pensión o compensación por jubilación	++	++	++
Condición de salud	++	++	++
Localidad de residencia	-	+	-
<i>Rasgos de la descendencia</i>			
Sexo de los hijos(as)	++	++	++
Edad y estado civil de los hijos(as)	++	++	++
Situación económica de los hijos(as)	+	-	-
Condición de salud de los hijos(as)	-	+	-
Número de hijos(as) corresidentes	-	+	+
Lejanía de hijos(as) no corresidentes	++	++	++
<i>Descripción de las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as)</i>			
	++	++	++
<i>Variables de control</i>			
Con amigos o vecinos que apoyen en cosas del diario	-	-	+
Con otros parientes o amigos que apoyen con dinero	+	-	-

++ Variable significativa al 5%.

+ Variable o alguna de sus categorías significativas al 5%.

- No significativa

FUENTE: ENASEM 2001.

Cuadro VI-5
Resultados del modelo 3 de regresión logística multinomial
(Exp B)a

Variables independientes	Tipo de apoyo		
	Sólo económico	Exclusivamente no económico instrumental	Ambos
<i>Características de la población senescente</i>			
Edad			
Variable continua	1.02*	1.04*	1.04*
Sexo			
Mujeres	1.16	1.00	1.24*
Varones	-	-	-
Estado civil			
No unidos(as)	1.23*	1.11	1.81*
Unidos(as)	-	-	-
Escolaridad			
Sin escolarida o con los niveles más bajos	2.60*	1.77*	3.19*
Secundaria o más	-	-	-
Condición de actividad			
No trabaja o se dedica a labores del propio h	1.74*	1.01*	1.69*
Trabaja	-	-	-
Con pensión o compensación por jubilación			
No	2.52*	1.55*	2.34*
Sí	-	-	-
Condición de salud			
Deficiente	1.24*	1.32*	1.16*
Aceptable	-	-	-
Localidad de residencia			
Menos urbanizadas	0.99	0.80*	1.10
Más urbanizadas	-	-	-
<i>Rasgos de la descendencia</i>			
Sexo de los hijos(as)			
Con hijas	1.68*	2.03*	1.94*
Sin hijas	-	-	-
Edad y estado civil de los hijos(as)			
Jóvenes unidos	1.43*	0.74*	1.19*
Maduros solteros	1.59*	0.87	1.09
Maduros unidos	1.48*	1.42*	1.69*
Jóvenes solteros	-	-	-
Situación económica de los hijos(as)			
Buena	1.15*	0.84	0.88
Deteriorada	-	-	-
Condición de salud de los hijos(as)			
Sin problemas	1.29	1.72*	1.03
Con problemas	-	-	-
Número de hijos(as) corresidentes			
Variable continua	1.02	1.19*	1.14*
Lejanía de hijos(as) no corresidentes			
En la misma localidad o ciudad	1.28*	0.75*	1.22*
En otra ciudad o país	1.57*	0.63*	1.41*
Hijos corresidentes	-	-	-
<i>Descripción de las ayudas que los adultos mayores proporcionan a sus hijos(as)</i>			
Ayuda económica	0.60*	1.90*	1.11
Ayuda no económica instrumental	1.90*	3.29*	4.68*
Ambas	0.78	5.30*	6.16*
Ninguna	-	-	-
<i>VARIABLES DE CONTROL</i>			
Con amigos o vecinos que apoyen en cosas del diario			
Sí	0.95	0.88	0.62*
No	-	-	-
Con otros parientes o amigos que apoyen con dinero			
Sí	1.36*	1.19	1.83
No	-	-	-

a En el Exp B los números mayores que la unidad indican relaciones positivas; los menores que la unidad, relaciones negativas.

* Significativa al 5%.

FUENTE: ENASEM 2001.

LOS APOYOS FAMILIARES INTERGENERACIONALES:CONCLUSIONES GENERALES

Durante el siglo XX, en México hubo una serie de transformaciones estructurales y sociodemográficas cuyos impactos han sido evidentes en muchos sentidos. Las recurrentes crisis económicas que tuvieron lugar durante los últimos dos decenios del siglo provocaron una serie de políticas de control salarial, propiciando así que uno de los principales problemas del empleo sea el deterioro de los ingresos, debido a la reducción que han sufrido y al aumento de la desigualdad de los mismos, lo que afecta a amplios sectores de la población. Así mismo, una característica desde entonces presente tiene que ver con las dificultades de la economía para la creación de trabajo asalariado, de manera que si el desempleo abierto ha sido bajo en el país se debe a que los mexicanos más necesitados aceptan o crean ellos mismos ocupaciones que generalmente se desempeñan en condiciones muy precarias, y sobretodo sin seguridad social.

Ante esto, las posibilidades de contar con un sistema de pensión que garantice una vejez digna son escasas. La población que hoy en día se encuentra en edades avanzadas ha sorteado todas estas transformaciones dependiendo de sus particulares condiciones de vida, y de las posibilidades que su contexto social les ha permitido. Si en el mejor de los casos se tiene una pensión o jubilación por trabajo asalariado, generalmente los montos son bajos y difícilmente permitirían cubrir las condiciones básicas de sobrevivencia. Por eso las familias respaldan en gran medida las necesidades de sus adultos mayores, pues el Estado no siempre alcanza a resguardar todos sus requerimientos, ya que interviene una serie de factores económicos, sociales, políticos y culturales para lograrlo.

En la familia existen fuertes lazos de afecto y solidaridad y se transmiten valores que nutren y enriquecen la vida de las personas. Sin embargo, la configuración cambiante de la sociedad y la economía han influido en las relaciones familiares, lo que ha dado como resultado emergentes formas de organización, convivencia y de arreglos residenciales variados. El acelerado proceso de urbanización e industrialización, la creciente presencia de las mujeres en las actividades remuneradas, así como los avances en la educación, los cambios en la fecundidad y la mortalidad, los patrones culturales, son todos procesos que han condicionado en gran medida las transformaciones de la estructura y las relaciones familiares en México.

Actualmente se está rompiendo con la tradición de que los distintos núcleos familiares convivan bajo un mismo techo, guiados por la figura del abuelo entrado en años. En el mundo moderno no hay cabida para la familia extensa. Ahora las parejas, hombres y mujeres, salen a trabajar no sólo por sobrevivencia o para satisfacer necesidades personales, sino como resultado de la globalización y sus demandas sociales, de manera que ya no queda tiempo para cuidar a los padres en edad avanzada que muchas veces necesitan apoyo, dado las desventajas biológicas que generalmente acompañan esta etapa de la vida.

Los trascendentes cambios demográficos que se suscitaron durante la segunda mitad del siglo pasado, han contribuido a que la estructura poblacional del país se haya rejuvenecido. A esto se suma que la expectativa de vida se ha incrementado considerablemente, y la consecuencia de todo esto es que en unos años la población senescente será un grupo mucho más importante en términos cuantitativos. El acelerado crecimiento de la población envejecida está generando una serie de preocupaciones en torno a los servicios que se requieren para atenderlos, siempre bajo matices políticos, sociales, culturales, económicos y de salud.

Ya señalamos que la principal instancia que brinda apoyo a las generaciones mayores es la familia. Sin embargo, el adecuado desempeño de las funciones a menudo se ve obstaculizado por diversas vulnerabilidades de orden social, lo que deja a sus miembros en condiciones severas de indefensión e inseguridad. La articulación de los

cambios demográficos que han acontecido con algunos aspectos de esta vulnerabilidad social tiene el potencial de reducir, significativamente, la capacidad de las familias para enfrentar situaciones adversas.

Como vimos, existe una gama de estudios sociodemográficos que han hecho relevantes aportes al entendimiento de los problemas que, en general, han enfrentado los adultos mayores ante estos cambios. En este campo, se está logrando cierto avance científico gracias al apoyo de la incipiente información estadística con la que se cuenta a nivel nacional, la cual ha permitido explicar y dar continuidad a las transformaciones ocurridas al respecto.

El propósito de esta tesis fue contribuir a la explicación de los apoyos familiares intergeneracionales en México, en especial los que proporcionan los hijos(as) a sus padres en edades avanzadas, pero también la contraparte, es decir la ayuda que estos últimos otorgan a su descendencia. Al respecto encontramos que estas relaciones son básicamente de reciprocidad, pues en la medida que los adultos mayores proporcionan algún tipo de ayuda, reciben los distintos apoyos que consideramos (económico, instrumental y ambos a la vez).

Los primeros capítulos nos permiten aportar el análisis de los principales antecedentes que dieron origen al envejecimiento poblacional: las transiciones demográfica y epidemiológica. Además revisamos el proceso migratorio que tuvo lugar durante el siglo XX en el país (básicamente hacia los Estados Unidos), así como los años de urbanización de las principales ciudades del país, la crisis y reestructuración económica de las últimas dos décadas de ese mismo siglo, y la crisis y recomposición de familias como un factor que obstaculiza las relaciones familiares y su capacidad para brindar apoyo a las generaciones envejecidas.

El punto de partida de esta investigación fue conocer la dinámica de las relaciones de apoyo entre los adultos mayores y su descendencia directa inmediata. Para ello fue necesario conocer las características de los involucrados en estas relaciones que, según encontramos, son de reciprocidad. Como sabemos que la población senescente es

un grupo muy heterogéneo según condiciones étnicas, biológicas, económicas, sociales, culturales y de salud, entre otras, el análisis para conocer sus condiciones de vulnerabilidad se enriquece mediante la exploración de sus contextos más amplios de reproducción, así como algunas características sociodemográficas individuales.

Para reforzar el análisis de las relaciones entre los apoyos familiares intergeneracionales, presentamos también información relevante sobre la descendencia inmediata de los adultos mayores. Por último, llevamos a cabo un análisis multivariado que nos permitió conocer los determinantes de los apoyos y de las ayudas, y explicar con más elementos la complejidad de estas relaciones. En lo que sigue, presentamos los principales resultados que obtuvimos en el orden que fue analizada la información.

El perfil sociodemográfico de los adultos mayores

Partimos de la idea de la reciprocidad en las relaciones sociales de apoyo en general entre los adultos mayores y sus hijos(as), en donde las personas tienen un doble papel como proveedores y receptores de apoyo, y sólo en la medida que se mantenga esta dinámica de intercambio, hay más posibilidades de permanecer y de beneficiarse de ella. En todo esto cobra gran relevancia las condiciones socioeconómicas de los adultos mayores, pues de esto dependerá su capacidad de corresponder o simplemente brindar apoyo a sus hijos(as).

Tomando en consideración las características del contexto, según nuestros datos hay más desigualdad de circunstancias socioeconómicas entre los adultos mayores que están asentados en las localidades menos urbanizadas, en contraste con aquellos que residen en las áreas más urbanizadas. Por su parte nuestra información permite constatar una mayor sobrevivencia femenina en la población senescente, tanto en los hogares de los estratos medio y alto, como en las localidades más y menos urbanizadas.

También vimos que según se escala en la jerarquía de los estratos, en las localidades más y menos urbanizadas hay un aumento de la proporción de los varones casados o unidos, así como una reducción en la proporción de mujeres viudas. Esto

podría indicarnos que posiblemente las mujeres tienen más aceptación a la viudez o separación conyugal, pero estos datos también reflejan que en los estratos sociales bajos hay más personas solas, mujeres y hombres, que probablemente enfrentan la vejez en condiciones económicas difíciles y quizá, hasta con un sentimiento de soledad pues no tienen un compañero(a) con quien compartir sus días.

Acerca del nivel de escolaridad de los adultos mayores, en las localidades menos urbanizadas en comparación con las más urbanizadas, es más grande la proporción de personas adultas mayores sin escolaridad. Esto se relaciona de manera directa con el estrato, pues a medida que la escolaridad individual aumenta, es superior el estrato del hogar. Al respecto un diferencial por sexo importante es que independientemente de la edad, son más las mujeres sin escolaridad mientras hay más varones que cuentan con primaria o más escolaridad.

Quizá el aspecto más notorio de la situación de vulnerabilidad que viven los adultos mayores consiste en su condición de salud y económica. El análisis que se deriva es consistente con los otros resultados pues refleja en primer lugar que en las dos localidades, la proporción más grande de adultos mayores con mala salud se ubica en el estrato bajo, mientras que la proporción de personas mayores que gozan de un nivel medio de salud se ubica principalmente en los hogares de los estratos bajo y medio. En segundo lugar destaca la importante proporción de mujeres y hombres que gozan de buena salud en el estrato alto, aunque también es relevante en los otros dos estratos. Esto confirma que las condiciones socioeconómicas determinan la salud, ubicándose en desventaja los adultos mayores del estrato bajo y en especial las mujeres.

De igual manera el acceso a los servicios de salud está determinado por la localidad de residencia y por el estrato socioeconómico. Así, vimos que las personas que viven en localidades más urbanizadas tienen más derechos a algún tipo de servicio médico, esto se acentúa en los estratos medio y alto. Por el contrario, en las localidades menos urbanizadas las personas tienen menos oportunidades de acceso, sobretodo en el estrato bajo. Los diferenciales observados al respecto muestran que los adultos mayores

residentes en las localidades menos urbanizadas y de los estratos inferiores tienen menos acceso a instituciones de salud públicas o privadas, principalmente las mujeres.

Con respecto a la condición de actividad, en las localidades menos urbanizadas hay una proporción más grande de trabajadores activos que seguramente se debe a que ahí se concentran muchas comunidades rurales en donde son más amplias las posibilidades de seguir trabajando a una edad avanzada, ya que generalmente no se rigen por los límites de la edad de retiro (65 años).

Finalmente analizamos el acceso a pensiones, en donde observamos que en las localidades más urbanizadas es más grande la proporción de pensionados (hombres y mujeres). En este sentido, la jerarquía de los estratos sociales, así como el avance de la edad, son factores que favorecen el acceso a la pensión. En las localidades menos urbanizadas, por el contrario, hay menos pensionados en general, y en particular en los estratos bajos y del sexo femenino.

El perfil sociodemográfico de los hijos(as)

Para conocer la dinámica de los apoyos familiares intergeneracionales fue necesario explorar las características de los padres e hijos(as). Entre las principales diferencias de estos últimos podemos apuntar las siguientes, pero antes hay que subrayar que no encontramos diferencias según tamaño de localidad. En principio encontramos que los hijos(as) corresidentes son en su mayoría solteros, mientras que los no corresidentes generalmente están unidos o casados.

La descendencia corresidente también tiene en común menores niveles de educación en contraste con la no corresidente, y también presenta niveles más bajos de fecundidad, esto probablemente se debe a que son más jóvenes y permanecen solteros, de ellos se esperaría que apoyen más bien con asistencia y cuidados a los padres, mientras que los hijos(as) no corresidentes apoyarían económicamente. Estos resultados pudieron confirmarse más adelante.

Al analizar por sexo vimos que la proporción de hijas sin escolaridad es más grande con respecto a la masculina. Esto nos hace suponer que hay una preferencia a que los varones estudien y trabajen más que las hijas, a quienes se atribuyen generalmente las tareas del hogar. Otro aspecto que aparentemente favorece a los varones es que ellos se quedan a corresponsar con los padres en mayor medida que las hijas, de manera que obtienen más ventajas de esta situación como evitar el pago de una renta o heredar la casa de los padres.

Los apoyos familiares intergeneracionales y sus factores condicionantes

El tema central de este trabajo consistió en determinar algunas particularidades de la dinámica de los apoyos que los adultos mayores reciben de sus hijos(as), así como algunos condicionantes de las ayudas que les proveen. Aunque no podemos saber qué situación se deriva primero, si el hecho de recibir apoyo o el de proporcionar ayuda, sí constatamos que esto descansa en una relación de reciprocidad o intercambio. Esto fue posible gracias al análisis de regresión logística multinomial, que se divide en dos partes y del cual se desprende lo siguiente. En principio sometimos a prueba las características de la población senescente que facilitan la proporción de apoyo por parte de sus hijos(as).

Aquí encontramos que la población senescente que es más propensa a recibir apoyos (económicos e instrumentales al mismo tiempo) por parte de los hijos(as) es aquella de más bajo perfil: la que tiene más edad, menos escolaridad, que no tiene ingreso por pensión o compensación por jubilación, con más deterioro en las condiciones de salud, los que no están unidos, que no desempeñaba trabajo remunerado y, en mayor medida, las mujeres. Esto parece indicar que los apoyos se brindan dependiendo de la condición de vulnerabilidad en que viven los padres. Este panorama es alentador porque en apariencia contrarresta las vicisitudes que enfrentan los adultos mayores debido a las limitaciones e ineficacia del propio Estado para proveer una vejez digna.

Con respecto a los determinantes de los hijos(as) para proporcionar apoyo a sus padres, encontramos que lo que más apoyan son principalmente las hijas (ambos apoyos), los hijos(as) maduros solteros (sólo económico), y los maduros unidos (económico, instrumental y ambos a la vez). Las condiciones económica y de salud de los hijos(as) también son factores que intervienen positivamente para otorgar a los padres apoyo económico e instrumental, respectivamente.

Un aspecto de crucial interés para analizar los apoyos desde la posición de los hijos(as) fue la condición de coresidencia o no con los padres. Aquí encontramos resultados muy interesantes, pues son los hijos(as) que viven en otra ciudad o país distinto al que viven los padres, los que más ayudan en términos económicos, pero también en lo que se refiere a los dos tipos de apoyo simultáneamente, en comparación con los hijos coresidentes. Lo anterior demuestra que la distancia no inhibe el apoyo, por el contrario pareciera que lo propicia pues los hijos(as) que están lejos contribuyen no sólo con apoyo económico sino mediante la combinación de los dos apoyos a la vez, que seguramente se logra cuando visitan a sus padres.

Con respecto a los hijos coresidentes, encontramos que conforme aumenta el número de los que viven con los padres, se incrementan a su vez las posibilidades de que éstos provean apoyo instrumental, así como los dos tipos de apoyo a la vez aunque en menor medida.

Otra parte de la dinámica de los apoyos familiares intergeneracionales es la ayuda que los padres proporcionan a sus hijos(as). Al respecto encontramos que dichas ayudas son muy significativas para recibir apoyos, por eso subrayamos el argumento de la reciprocidad. Encontramos que cuando los adultos mayores proporcionan ayuda instrumental a sus hijos(as), la propensión de recibir apoyo económico se incrementa notablemente en comparación con quienes no dan ayuda (90%). Asimismo, cuando los padres brindan ayuda económica e instrumental a la vez, se incrementan ampliamente las posibilidades de recibir apoyo instrumental. De igual manera, el hecho de brindar sólo ayuda instrumental -que aparentemente es la que está más a su alcance (cuidado de

los nietos, quehaceres domésticos, etc.)-, aumenta considerablemente la propensión de recibir los dos tipos de apoyo simultáneamente por parte de su descendencia.

Una de nuestras principales aportaciones ha sido precisamente demostrar la importancia de cada uno de los componentes en la dinámica de los apoyos para lograr una comprensión más cabal. Nosotros consideramos que la articulación de las dos partes en un mismo contexto multivariado era necesaria debido a la complejidad de estas relaciones. De esta manera pudimos explicar las posibilidades que tienen los adultos mayores para recibir apoyos económicos e instrumentales (o ambos a la vez) por parte de sus hijos(as), pero también los rasgos de éstos que facilitan o limitan los apoyos.

Reflexiones finales

Las condiciones de bienestar o vulnerabilidad de los adultos mayores, así como sus relaciones familiares, son en gran parte el resultado de su vida pasada, de las acciones que lograron edificar en el ayer. La población hoy entrada en años ha sido testigo de importantes cambios que han dejado huella en su acontecer histórico. Los cambios en la escolaridad, en la fecundidad y en los patrones culturales han llevado a una reorganización en la formación y composición de las familias, y consideramos que esto principalmente ha afectado su situación actual en el sentido de las restricciones que la vida moderna le ofrece.

Como vimos a lo largo de nuestro estudio, la población senescente es un grupo muy heterogéneo con características demográficas, sociales, culturales, biológicas y económicas muy diversas, por eso es ineludible que tengamos en cuenta estos aspectos en el análisis de los apoyos familiares intergeneracionales. En especial, es necesario tener presente que las diferencias de género se agudizan en las edades avanzadas, esto ha sido documentado previamente y nuestro estudio lo constata. Si la vejez en sí misma puede situar en condiciones vulnerables, veamos algunas desventajas que se intensifican en las mujeres.

En lo que se refiere a la salud, es una variable fuertemente asociada a otras como el nivel de educación, el estrato social, el nivel de ingresos, el grado de urbanización y en todo esto, como vimos, la población femenina tiene más estragos que la masculina, por todas las razones que hemos expuesto. Ahora, si bien las mujeres tienen una vida más larga, ellas sufren más enfermedades y discapacidades que las inhabilitan, lo que las ubica en una posición más vulnerable y dependiente que su contraparte masculina, ya que también tienen más probabilidades que ellos de vivir solas.

Por otro lado, la educación de las mujeres mayores también es comparativamente más baja por las menores oportunidades que tuvieron para realizar estudios durante su juventud y porque en la edad madura, sus responsabilidades descansaron básicamente en el cuidado de los hijos(as) y los quehaceres del hogar. El nivel de educación de hombres y mujeres determina en gran parte su inserción en el mercado laboral, y por consiguiente su nivel de ingreso y situación económica durante el proceso de envejecimiento, en particular en la vejez. En este sentido, sabemos que las personas mayores tienen un nivel de educación significativamente menor que los grupos de edad más jóvenes, y específicamente en este tema las mujeres mayores están en una desproporcionada desventaja ante los hombres.

Otro factor en detrimento de las mujeres es la condición de actividad, pues generalmente es muy difícil conseguir empleo en una edad avanzada, y este problema omite comúnmente una perspectiva de género. Pero a las mujeres este hecho no sólo las afecta en la vejez, pues sabemos que durante su juventud y madurez es muy probable que se dediquen con devoción y de forma continua al trabajo doméstico, que no tiene reconocimiento social y que limita el acceso a las pensiones como una opción de sobrevivencia en la vejez.

Este perfil podría estar cambiando en el futuro dado la creciente incorporación de las mujeres a la actividad económica, y a su mejor educación, de manera que las próximas generaciones de mujeres que entren en la tercera edad probablemente tendrán más y mejores opciones para asegurarse una vejez digna. Sin embargo, la preocupación que nos atañe en este trabajo se circunscribe a las condiciones que hoy tienen las

mujeres adultas mayores, cuyo panorama es poco alentador. Si en el mejor de los casos estas mujeres desempeñaron o están desempeñando actualmente trabajos remunerados, creemos que por su perfil estarían concentradas principalmente en posiciones intermedias, de tiempo parcial y de bajos ingresos.⁷⁹

Además de todo esto, las mujeres abandonan antes que los hombres el mercado laboral por las responsabilidades que simultáneamente tienen en sus hogares, así que sus posibilidades de acceder a una pensión también se reducen notoriamente. De tal suerte, las mujeres están más afectadas por el tiempo vacío entre el final de su vida laboral y el inicio de su jubilación porque ésta sería precedida en mayor medida que los hombres por periodos de desempleo.

Así, los efectos de los bajos ingresos que perciben las mujeres y de los sistemas de seguridad social y de pensiones, repercuten evidentemente en la situación económica de las mujeres mayores, que está fuertemente relacionada con el género, la edad, el estado marital, los niveles previos de ingreso, entre otros factores que señalamos.

Queremos destacar que el énfasis que pusimos al enumerar las desventajas de las mujeres no quiere decir que los varones mayores gocen de muchos privilegios.⁸⁰ En general, hemos visto que sin distinción por sexo se trata de una población expuesta a la vulnerabilidad social y esto se matiza en algunos casos, pero se intensifica en otros donde cabe la situación de las mujeres. El estudio del envejecimiento y la vejez desde una perspectiva de género, luego entonces, son dimensiones ineludibles en el análisis de los apoyos intergeneracionales. Asimismo, hay que tener en cuenta que toda esta discusión se centra sólo en el 75% de la población senescente, pues nuestros datos

⁷⁹ El caso de la industria maquiladora que ocupa principalmente mano de obra femenina es representativo, pues las mujeres que ahí trabajan tienen alta probabilidad de riesgos contra la salud, o de discapacidades causadas por las deplorables condiciones de trabajo que a menudo tienen, así como de restricciones para el desarrollo de su trayectoria laboral. Por otro lado, en el tema del empleo es bien sabido que los ingresos femeninos son por mucho menores que los masculinos.

⁸⁰ Podríamos preguntarnos, y dejar como materia de otro estudio, si el hecho de que los hombres mueran antes que las mujeres nos está sugiriendo que las condiciones de algunos de ellos son aún peores que las de ellas, ya que ese segmento más desfavorecido en todos los aspectos analizados ni siquiera logran sobrevivir.

muestran que de los encuestados uno de cada cuatro adultos mayores no cuenta con ningún tipo de apoyo.⁸¹

Insistimos que en la familia descansan en gran medida las necesidades económicas de los adultos mayores, así como el cuidado, la atención y demás requerimientos para una sobrevivencia digna. Es por eso que se hay una tendencia a incrementar los programas de desarrollo familiar (o al menos se intenta), en los cuales el objetivo principal consiste en que la población senescente pueda estar en convivencia permanente con los miembros de su familia, o que al menos estos lazos no se rompan por completo durante la vejez.

Pero también vimos las limitaciones de distinta índole que actualmente inhiben los apoyos por parte de las familias, específicamente de los hijos(as), porque también ellos tienen las actividades propias del mundo moderno. Hay que considerar en el futuro el examen del balance necesidad/posibilidad, ya que si bien hay apoyo, hoy en día la capacidad de apoyar está limitada por todas las circunstancias ya descritas. En particular las hijas tendrían una sobrecarga de responsabilidades porque tienen las de sus propios hogares, las del trabajo remunerado y de la esfera social que les dificultan hacerse cargo de todas las necesidades de sus padres en edades avanzadas. Para ellas sería especialmente complicado este compromiso porque ya vimos que son las que más apoyan, pero también sabemos que actualmente tienen más actividades que las generaciones pasadas. Esta problemática tendría que leerse asimismo desde una perspectiva de género porque denota la manera en que asumen hijos e hijas el cuidado de sus padres cuando éstos ya no pueden valerse del todo por sí mismos.

Por esto es urgente exigir una gobernanza global que cubra las necesidades de la población senescente en el presente, para ello es necesario implementar programas que den respuesta inmediata a sus necesidades, pero que también contemplen las próximas generaciones mediante la planeación a futuro de una serie de acciones y políticas públicas que consideren el importante aumento de este grupo poblacional. Sólo

⁸¹ Recordemos que del total de la muestra inicial, en el análisis multivariado quedó fuera el 7% de la población porque no tenía hijos(as).

mediante la articulación de los apoyos familiares intergeneracionales bajo una debida vigilancia y protección del Estado, así como de las acciones propias del gobierno, el envejecimiento dejará de ser un problema sociodemográfico y, los adultos mayores podrán realmente formar parte de la realidad social con todos sus matices. Ya se ha demostrado el buen funcionamiento de las políticas llevadas a cabo en los países desarrollados que integran a las personas en edades avanzadas al mercado de trabajo mediante incentivos a las empresas que contratan esta mano de obra. Consideramos que en nuestro país es necesario fomentar estos principios, así como dar seguimiento a las investigaciones de esta naturaleza, pues también de nosotros depende contribuir a una explicación más cabal de los fenómenos socioculturales.

Además, el conocimiento más detallado de la población senescente en entornos geográficos diferentes, de sus preferencias residenciales y de ocio y consumo, de sus necesidades, así como de sus comportamientos socio-espaciales, puede contribuir a la construcción de una solidaridad intergeneracional eficaz, que constituye uno de los retos del siglo XXI. En este sentido, es imprescindible que el estudio cualitativo del envejecimiento y la vejez tienen que avanzar conjuntamente con su análisis estadístico, ya que sólo de esta combinación pueden derivar una serie de hallazgos que bien nos permitirán lograr un acercamiento más completo y real a las circunstancias en que se viven esas etapas de la vida en el México contemporáneo y por ende, darnos elementos para enfrentarlas con efectividad.

LA REGRESIÓN LOGÍSTICA MULTINOMIAL⁸²

Al enfrentarse a la realidad de un estudio, el investigador dispone de muchas variables medidas u observadas en una colección de individuos y pretende estudiarlas conjuntamente, para lo cual suele acudir al análisis estadístico de datos multivariantes. Sin embargo, al observar muchas variables sobre una muestra es presumible que una parte de la información recogida pueda ser redundante o que sea excesiva, en cuyo caso los métodos multivariantes de reducción de la dimensión (análisis en componentes principales, factorial, correspondencias, escalamiento óptimo, homogeneidades, análisis conjunto, etc.) tratan de eliminarla. Estos métodos mezclan muchas variables observadas para obtener pocas variables ficticias que las representen.

Por otro lado, en muchas ocasiones los individuos pueden presentar ciertos atributos comunes en sus respuestas que permitan al investigador intentar su clasificación en grupos de cierta homogeneidad. Los métodos de clasificación (como el análisis de cluster, el análisis discriminante, los árboles de escisión, etc.) buscan analizar las relaciones entre variables para ver si se pueden separar los individuos en agrupaciones a posteriori.

Por último, podrá existir una variable cuya dependencia de un conjunto de otras sea interesante detectar para analizar su relación o, incluso, aventurar su explicación cuando las demás sean conocidas. En pocas palabras, para examinar si una variable depende o no de otras. Para esto el investigador cuenta con la regresión lineal simple y múltiple, la regresión no lineal, la regresión logística binaria y multinomial, el análisis de varianza simple y múltiple, la técnica de análisis de series de tiempo, etc. Como puede suponerse, en este apartado exponemos nuestro interés en indagar hasta qué

⁸² Queremos señalar que sólo abordaremos los asuntos que son necesarios para comprender a grandes rasgos la regresión logística multinomial. Para una exposición detallada puede consultarse Hosmer y Lemeshow (2000).

punto los diversos apoyos que los adultos mayores reciben por parte de sus hijos(as), dependen de los atributos sociodemográficos de los implicados, con la particularidad de que ambos componentes fueron tratados y explorados en conjunto.

Entre las opciones que teníamos, decidimos aplicar la técnica de regresión logística multinomial en nuestro trabajo porque tiene como meta principal identificar los atributos que distinguen a dos o más grupos y generar pronósticos que ayuden a diferenciar entre los miembros de uno u otro grupo. Especialmente porque esta técnica nos permite que la variable que deseamos explicar se componga de dos o más categorías, de las cuales una será usada como referencia interpretativa de las otras (a diferencia de la regresión lineal simple y múltiple que restringen su análisis a una variable cuantitativa, o de la regresión logística binaria, donde la variable forzosamente tiene que ser dicotómica). En suma, porque mediante la aplicación de esta técnica multivariante podíamos responder a los cuestionamientos de este trabajo: ¿cuáles de las características de los adultos mayores y de los rasgos de sus hijos(as), ambos atributos sociodemográficos analizados conjuntamente, son determinantes para que los primeros tengan diferentes apoyos por parte de los últimos? Y cuando lo son, ¿de qué manera inciden?

Ahora bien, para llevar a cabo la construcción y análisis de una regresión logística multinomial es necesario tener en claro dos cosas. Primero, la importancia de conocer la manera más óptima según nuestros intereses para seleccionar las variables que se incluyen en la regresión multinomial, y segundo, la trascendencia de saber interpretar correctamente los parámetros que ésta nos arroje.

Respecto al primer punto, precisamos disponer de una variable que defina dos o más grupos. Ésta será la variable dependiente del análisis cuyos valores se desean explicar. En nuestro caso esta variable será la que distingue a los adultos mayores que reciben diferentes tipos de apoyos por parte de sus hijos(as). Desde luego, para averiguar en qué se diferencian los grupos de la variable dependiente es necesario disponer de la información cuantificada en una serie de variables en la que se supone se distinguen. Estas son las variables independientes, llamadas con frecuencia covariables

en el contexto de la regresión logística multinomial. En nuestro caso se trata de las variables que nos proporcionan información sobre las características de las personas adultas mayores y los rasgos de su descendencia.

La selección de la variable dependiente no implica gran problema, pues como señalamos se trata de aquella que queremos explicar. No obstante, la selección de las independientes puede realizarse a partir de dos criterios, uno eminentemente teórico y el otro estrictamente estadístico. Se prefiere seleccionar las variables predictoras mediante el criterio teórico cuando por investigaciones anteriores sabemos cuáles son las que influyen de una u otra manera en la explicación que buscamos. Se elige el criterio estadístico cuando se trata de un análisis exploratorio, cuando en el mejor de los casos tenemos una vaga idea sobre cuáles podrían ser las que repercuten en la explicación de la variable dependiente, o en el peor de los casos, cuando lo desconocemos totalmente.⁸³

Bajo ambos criterios el propósito es el mismo: seleccionar entre el conjunto de variables independientes disponibles, aquellas que están más relacionadas con la variable dependiente y, en consecuencia, que la expliquen de la mejor forma. Sin embargo, la decisión de seleccionar las variables independientes con base en un criterio u otro debe responder exclusivamente a los intereses específicos del estudio que se realiza. Por ejemplo, en nuestro caso sabemos de antemano –gracias a estudios previos– cuáles son las variables que a menudo se ha declarado que influyen en los distintos apoyos intergeneracionales que se pueden establecer durante la vejez. Lo que no sabemos y queremos descubrir entre otras cosas, es cómo se comportan todas ellas analizadas en conjunto. Por estas razones, la selección de las variables independientes de nuestra regresión la hacemos bajo el criterio teórico.

Hay que decir que en algunas ocasiones se puede tener la curiosidad de conocer cuáles de las variables independientes seleccionadas bajo el criterio teórico, al ser

⁸³ La mayoría de paquetes estadísticos computacionales proporcionan una variedad de métodos para identificar el mejor conjunto de variables predictoras, que introducen o eliminan sucesivamente variables atendiendo a su significancia estadística en el modelo (hacia delante, hacia atrás, pasos sucesivos). Otra alternativa es la basada en la comparación de todos los modelos posibles que se pueden formar con un conjunto inicial de variables.

sometidas al criterio estadístico, resultan significativas en la explicación de la variable dependiente. Por este motivo se puede tener interés en analizar además de un modelo de regresión apegado al criterio teórico, otro con base en el criterio estadístico. Cuando esto se realiza hay que advertir que el modelo de regresión basado en lo estadístico si acaso se puede llegar a valorar sólo como orientativo, nunca concluyente o terminante, ya que tenemos la firme idea de que su rigor estadístico no le exime su poca o nula solidez teórica.

En ese sentido, es importante acentuar que la estimación de un modelo de regresión multinomial denotará mayor fortaleza en la explicación de la variable dependiente, cuando la selección de las independientes se haya realizado bajo el criterio teórico, y no cuando se haya efectuado bajo el criterio estadístico. Esto porque evidentemente damos más valor a los argumentos teóricos que a los estadísticos en el análisis de la acción sociocultural de los individuos, como es el caso de este trabajo. Si se tratara del análisis de algún fenómeno de esencia puramente formal, como los propios de la física por mencionar un área, podríamos pensar de otra forma.

De esta manera, y a pesar de que hubiésemos contemplado la estimación de un modelo de regresión multinomial bajo el criterio teórico y otro bajo el estadístico, debido a los intereses de nuestro trabajo y a los antecedentes disponibles, estamos seguros de que el mejor modelo de regresión que nos va a explicar los diversos apoyos que los adultos mayores reciben por parte de sus hijos(as), será aquél en el que se incluyan las variables independientes que fueron seleccionadas con base en la teoría.

Por esta razón, no debe sorprender que en nuestro trabajo hayamos tomado de antemano la decisión que en el modelo de regresión permanezcan cada una de las variables independientes seleccionadas desde un inicio mediante el criterio teórico, sin importar que en dado momento no todas sean significativas (esto es, a pesar de que la práctica habitual nos dicte que eliminemos aquellas variables independientes que no resulten significativas, desde el punto de vista estadístico, para explicar la variable dependiente).

Párrafos atrás indicamos que para llevar a cabo la construcción y el análisis de una regresión multinomial, es necesario tener claridad sobre dos cosas. Por un lado, la importancia de seleccionar de la mejor forma las variables que se contemplan en la regresión y de acuerdo con los intereses particulares que se tengan, lo cual ya quedo aclarado. Por el otro, la trascendencia de interpretar de manera adecuada los parámetros que ella produzca. A continuación abordaremos los aspectos que son primordiales sobre este último punto.

No todos los modelos de regresión van a aportarnos información y a servirnos para explicar la variable dependiente. Ante esto surgen las siguientes preguntas: ¿cómo saber si un modelo estadísticamente es útil para explicar la variable dependiente y cómo saber cuál es el mejor? Para esto existe la prueba de bondad de ajuste global. A partir del estadístico $-2 \log$ de verosimilitud es fácil distinguir si un modelo es útil para nuestros objetivos, pues este estadístico tomará valores pequeños siempre y cuando las probabilidades estimadas tiendan a coincidir con las observadas.⁸⁴ En este sentido, la medida llamada *mejora* mostrará cuál es el mejor modelo según la ganancia marginal que resulta de la disminución del $-2 \log$ de verosimilitud entre un modelo y otro, conforme se introducen variables independientes o covariables.

A través de otros estadísticos de ajuste podemos conocer la proporción de la variación de la variable dependiente que es explicada por el conjunto de variables independientes incluidas en un modelo de regresión multinomial. La virtud de éstos consiste en que en la proporción que nos indiquen, podremos tener la confianza de que el modelo de regresión que analicemos es el más adecuado.

En la regresión lineal simple y múltiple una medida que indica si el modelo tiene un buen ajuste es la R^2 . En un modelo de regresión multinomial el principal estadístico

⁸⁴ En esta prueba la hipótesis nula es que los parámetros asociados a cada variable independiente son iguales a cero y se contrasta contra la hipótesis alternativa donde al menos uno de estos parámetros es distinto de cero. Considerando una significación igual o menor a 0.05, con un 95 % de confianza podemos rechazar la hipótesis nula y concluir que el modelo si aporta información para explicar la variable dependiente. Es frecuente que los paquetes estadísticos computacionales arrojan el *p-value* de esta prueba, ya que con él se puede decidir si rechaza o no la hipótesis nula.

del ajuste de los datos es el llamado pseudo R^2 de Nagelkerke.⁸⁵ Se trata de una medida estandarizada que toma valores entre cero y uno. Cuando es cero indica un inexistente ajuste de los datos en el modelo, cuando es uno expresa un ajuste perfecto. No obstante, puesto que en un modelo de regresión multinomial se utiliza como variable dependiente una compuesta por más de dos categorías, el estadístico suele adoptar valores moderados o incluso bajos aún cuando el modelo de regresión estimado pueda ser el más adecuado y útil. Por esto podemos decir que la interpretación de esta medida de ajuste a menudo tiene que ser muy intuitiva y por mucho estar respaldada en la coherencia de sus resultados.⁸⁶

El que un modelo aporte información para explicar la variable dependiente no asegura que cada una de las covariables sea necesaria. Por lo tanto, hay que prestar atención a las pruebas de significación, pues éstas nos revelan las que resultaron significativas para distinguir las categorías que componen la variable dependiente y, por ende, para generar pronósticos que faciliten la diferenciación de una u otra categoría. O sea, las covariables que contribuyen de forma sobresaliente al ajuste de los datos en el modelo de regresión, o si se quiere, a explicar lo que ocurre con la variable dependiente.

Una forma de determinar si las covariables aportan información y si vale la pena su inclusión, es utilizar la prueba de significación y la forma de determinarlo es a partir del estadístico de Wald.⁸⁷ El hecho de que sean significativas nos estará dando los instrumentos iniciales para el análisis de las relaciones entre las covariables y la dependiente, ya que hasta ese momento sabremos cuáles de las primeras que fueron

⁸⁵ En general los paquetes estadísticos computacionales proveen además otros estadísticos de bondad de ajuste como el pseudo R^2 de Cox y Snell y el pseudo R^2 de Mcfadden, sin embargo nosotros damos prioridad al pseudo R^2 de Nagelkerke porque es el estadístico que ha recibido mayor aceptación en el análisis de regresión logística multinomial. De cualquier manera, nunca está por demás observar también los valores que nos proporcionan los otros estadísticos y verificar que sean afines entre sí, o en su defecto, que no sean contradictorios.

⁸⁶ Considerando lo que hasta aquí hemos expuesto, existe la posibilidad de escoger como el modelo final aquél que no tenga un valor muy alto del pseudo R^2 de Nagelkerke. De hecho, cuando las variables incluidas provienen de preguntas de carácter subjetivo, como es en este trabajo, convencionalmente se aceptan modelos con 0.10 o más. Lo realmente importante es corroborar la coherencia de los resultados que el modelo final nos arroje.

⁸⁷ Tanto la prueba de significación parcial, como el estadístico de Wald, sirven para contrastar la hipótesis nula de que un coeficiente de regresión vale cero en la población. Niveles críticos muy pequeños, iguales o menores que 0.05, indican que esa hipótesis debe de ser rechazada con una confianza del 95%.

propuestas como explicativas de la segunda efectivamente lo fueron, y entonces podremos comenzar a reflexionar respecto a la precisión de los planteamientos que dieron forma a nuestro modelo de regresión multinomial.

Luego de conocer las covariables que influyen en la variable dependiente hay que observar los coeficientes de regresión parcial no estandarizados (*Beta*) asociados a cada una, mediante los cuales podemos elaborar, si así lo quisiéramos, la ecuación de regresión de máxima verosimilitud del modelo de regresión.⁸⁸ Conviene comentar que estos coeficientes no son independientes entre sí porque el valor concreto calculado para cada uno se corrige teniendo en cuenta la presencia dentro del modelo de los correspondientes al resto de covariables. Por eso es pertinente interpretarlos con cautela. Subrayamos la conveniencia de ver estos coeficientes porque así fácilmente podemos conocer la manera en que las covariables impactan a la variable dependiente. En este sentido, el signo negativo en los coeficientes nos estará indicando si el efecto sobre la variable dependiente es inverso.

Posteriormente, habría que revisar los coeficientes de regresión parcial estandarizados (*Exp Beta*), o razones de momio, asociados a cada una de las variables independientes significativas, ya que éstos nos estarán indicando la cantidad de cambio que se producirá en la variable dependiente manteniendo constantes el resto de las independientes no analizadas. La interpretación de los coeficientes o momios varía ligeramente según si están asociados a variables independientes continuas o categóricas. Cuando son continuas, la cantidad de cambio que se producirá en la variable dependiente será a razón de cada cambio unitario en la independiente analizada. Cuando son categóricas siempre se ha de tomar como base de comparación interpretativa una categoría específica de la independiente que se analiza.⁸⁹ Por lo tanto, es imprescindible conocer y examinar los coeficientes de regresión parcial estandarizados (*Exp Beta*) o

⁸⁸ El método de los mínimos cuadrados, clásico en la estimación de los coeficientes de los modelos de regresión no es aplicable al modelo logístico, ya que éste se basa en la normalidad de la variable dependiente, que en este caso no se cumple. La estimación se realiza entonces mediante un algoritmo iterativo de máxima verosimilitud.

⁸⁹ Hay que decir que otro medio para conocer la manera en que las covariables impactan a la variable dependiente, además del ya descrito, es a través de los coeficientes de regresión parcial estandarizado (*Exp Beta*) o razones de momio, pues cuando éstos son menores a uno implican que el efecto sobre la variable dependiente es inverso.

razones de momio, ya que éstos dan cuenta de las variables independientes que resultaron significativas en un modelo de regresión multinomial para diferenciar entre los grupos, y más aún, porque sólo así podemos obtener los pronósticos que sirven para clasificar a los sujetos que los conforman.

Queremos destacar que estos dos aspectos que explicamos deben ser abordados con mucho cuidado durante el proceso de construcción y análisis de una regresión multinomial. La selección de las variables es fundamental porque de ella dependen los parámetros que se van a interpretar, de manera que si las variables seleccionadas no son las adecuadas para una regresión multinomial, de muy poco servirá que la interpretación de los parámetros sea la mejor.

Nos resta decir que en el análisis multivariante es muy importante la comprobación de la no multicolinealidad o nula correlación entre las variables de un modelo de regresión, a través de la cual se puede garantizar su validez. La presencia de múltiples variables provoca tal complejidad de relaciones que llevan a distorsiones y sesgos cuando no se cumplen los supuestos mencionados. Por estos motivos, al introducir un conjunto de variables independientes en un modelo de regresión siempre es necesario contrastar la independencia de los potenciales efectos de todas ellas sobre la variable dependiente. Esto es, confirmar que la posible incidencia de cada una de las variables independientes con la variable dependiente no dependerá del efecto que tenga una u otra. Si reparamos en lo planteado, no tenemos la menor duda de que el modelo de regresión que estimemos y analicemos cumpla con la rigurosidad necesaria.⁹⁰

⁹⁰ Es importante subrayar que el análisis de regresión logística multinomial no permite afirmar que las relaciones detectadas sean de tipo causal, sólo es posible hablar de relación y de grado de relación. Una relación, por sí sola, nunca implica causalidad. La causalidad, si acaso, podríamos sugerirla gracias a las estudios previas que nos dan información teórica sobre las relaciones analizadas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arias, Claudia J.

2002 *Redes de apoyo social en las personas de edad*, mimeo. Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina. 39 pp.

Camposortega C., Sergio

1991 “Los mismos problemas con menos población”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 4, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 23-24

Chackiel, Juan

1992 “Dinámica demográfica de 1990 a 2050”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 5, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 6-7.

Chesnais, J.C.

1990 *El proceso de envejecimiento de la población*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE)-División de Población, Santiago de Chile, 145 pp.

Consejo Nacional de Población (CONAPO)

1999 *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población, México.

Cuellar, Oscar

1990 “Las familias campesinas numerosas viven menos mal”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 3, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 8-9

Dabas, Elina y Dense Najmanovich (comp.)

1999 *Redes. El lenguaje de los vínculos*, Paidós, México.

Enríquez Rosas, Rocío

2000 *Redes sociales y envejecimiento en contextos de pobreza*, documento presentado en la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica, Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE) y El Colegio de México, México, 18 pp.

2003 *Redes de apoyo social y adultos mayores en contextos urbanos de pobreza extrema en México: un estudio de caso*, documento presentado en el Simposio Viejos y viejas. Participación, ciudadanía e inclusión social, 51 Congreso Internacional de Americanistas (ICA), Santiago de Chile, 14 pp.

Farell Campa, Rosa María

1999 “Evaluación y perspectivas de la seguridad social”, en *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 173-190.

García, Hilda y Romeo Madrigal H.

1999 “Redes sociales y vejez: apoyos formales e informales en el área metropolitana de Monterrey”, en *Papeles de Población*, nueva época, año 5, núm. 19, enero-marzo, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México, pp. 217-240.

Gomes da Conceicao, María Cristina

1998 “El proceso de envejecimiento poblacional: su relación con el sistema de seguridad social”, en *La población de México al final de siglo XX. (V Reunión nacional de investigación demográfica en México)*, Héctor H. Hernández B. Y Catherine Menkes (coord.), Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE), Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 417-430

1999 “El proceso de envejecimiento poblacional y el curso de vida”, en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, Consejo nacional de Población (CONAPO), México, pp. 339-370.

2001 *Dinámica demográfica, familia e instituciones. Envejecimiento poblacional en Brasil y México*, tesis para optar por el grado de Doctor en Estudios de Población, El Colegio de México (COLMEX), México.

2001a “Corresidencia intergeneracional y jefatura en hogares con individuos mayores de 60 años. Brasil y México”, en *Procesos sociales, población y familia*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, (FLACSO), Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 395-415.

2001b “Hogares e ingresos en México y Brasil. Tres generaciones de jefes y jefas adultos en diferentes contextos institucionales”, en *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 16, núm. 3, septiembre-diciembre, El Colegio de México (COLMEX), México, pp. 635-660.

Gomes da Conceicao, Cristina y Verónica Montes de Oca

2002 “Ageing in México. Informal Care, Gender and Reciprocity” en *Ageing, Development and Social Protection*, Peter Lloyd-Sherlock (Ed.), UNRISD, mimeo, en prensa.

González de la Rocha, Mercedes

1986 *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Secretaría de Programación y Presupuesto, México.

1999 “La reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza urbana”, en *Hogar, pobreza y bienestar en México*, Rocío Enríquez Rosas (coord.) Instituto Tecnológico y Estudios Superiores de Occidente, México. pp. 13-36.

Gutiérrez R., Luis M.

1998 “Relación entre el deterioro funcional, el grado de dependencia y las necesidades asistenciales de la población envejecida en México”, en *La población de México al final de siglo XX. (V Reunión nacional de investigación demográfica en México)*, Héctor H. Hernández B. Y Catherine Menkes (coord.), Sociedad

- Mexicana de Demografía (SOMEDE), Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 431-448.
- 1999 “El proceso de envejecimiento humano: algunas implicaciones asistenciales y para la prevención”, en *Papeles de Población*, nueva época, año 5, núm. 19, enero-marzo, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México, pp. 125-148.
- 2001 “El proceso de la transición epidemiológica”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 8-9.

Guzmán, José M., Sandra Huenchuan y Verónica Montes de Oca

- 2002 “Redes de apoyo social a las personas mayores: Marco conceptual”, documento presentado en la *Reunión de Expertos en Redes de Apoyo Social a Personas Adultas Mayores: El rol del Estado, la familia y la comunidad*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE)-División de Población, Santiago de Chile. 27 pp.

Ham Chande, Roberto

- 1993 “Insuficiencia de las pensiones por vejez”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 6, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 28-29.
- 1996 “De la solidaridad intergeneracional a la privatización de las pensiones”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 9, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 36-37.
- 1999 “Promesas fáciles de difícil cumplimiento”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 12, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 35-36.
- 2000 “Los umbrales del envejecimiento”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XVIII, núm. 54, El Colegio de México (COLMEX), México, pp. 661-676.
- 2001a “Esperanzas de vida y expectativas de salud en las edades avanzadas”, en *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 16, núm. 3, septiembre-diciembre, El Colegio de México (COLMEX), México, pp. 545-560.
- 2001b “Paradigmas y nuevos contratos sociales”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 27-28.
- 2003 *El envejecimiento en México: el siguiente reto de la transición demográfica*, El Colegio de la Frontera Norte (COLEF), Miguel Ángel Porrúa, México.

Hernández F., Daniel

- 2001 “Desigualdad y pobreza de la población”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 32-33.

- Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES)
 2007 *Más de la mitad de adultos mayores son mujeres*, Comunicado de prensa 61, Coordinación de Relaciones Públicas y Comunicación Social, Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES), México, 2 pp.
- Livi Bacci, M.
 1990 *Historia mínima de la población mundial*, Ariel, Barcelona, 222 p.
- Lomnitz, Larissa
 1998 *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo Veintiuno Editores, México.
 2001 *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de Antropología Latinoamericana*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), México. pp. 19-46.
- Lomnitz, Larissa y Marisol Perez-Lizaur
 1991 “Dynastic growth and survival strategies. The solidarity of Mexican grand-families” en *Family, household and gender relations in Latin America*, Elizabeth Jelin (ed.), UNESCO.
- Madrigal H., Romeo
 1988 “123 millones para el año 2000”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 1, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 18-19
- Monterrubio G., María Isabel y Rafael Lozano A.
 2001 “Utilización y disponibilidad de los servicios de salud en México”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 21-22.
- Montes de Oca, Verónica Z.
 1996 “Situaciones sociales de los viejos”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 9, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 34-35.
 1999 “Diferencias de género en el sistema de apoyo a la población envejecida en México”, en *Papeles de Población*, nueva época, año 5, núm. 19, enero-marzo, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México, pp. 103-124.
 1999a “Relaciones familiares y redes sociales”, en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 289-326.
 2001 “Las personas adultas mayores y sus apoyos informales”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 34-35.
 2001a “Bienestar, familia y apoyos sociales entre la población anciana en México: una relación en proceso de definición”, en *Procesos sociales, población y familia*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, (FLACSO), Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 345-376.

- 2001b “Desigualdad estructural entre la población anciana de México. Factores que han condicionado el apoyo institucional entre la población con 60 años y más en México”, en *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 16, núm. 3, septiembre-diciembre, El Colegio de México (COLMEX), México, pp. 585-614.
- 2001c *El envejecimiento en México: un análisis sociodemográfico de los apoyos sociales y el bienestar de los adultos mayores*, tesis para optar por el grado de Doctor en Ciencias Sociales, con especialidad en Estudios de Población, El Colegio de México (COLMEX), México.
- 2002 “Participación, organización y significado de las redes de apoyo comunitario entre hombres y mujeres adultas mayores: la experiencia de la colonia Aragón en la delegación Gustavo A. Madero, Cd. de México”, documento presentado en la *Reunión de Expertos en Redes de Apoyo Social a Personas Adultas Mayores: El rol del Estado, la familia y la comunidad*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE)-División de Población, Santiago de Chile. 102 pp.
- 2005 “México y estado de Guanajuato: Transferencias intergeneracionales hacia los adultos mayores” en *Notas de Población No. 80*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE)-División de Población, Santiago de Chile, pp.155-193.
- 2006 “Prólogo” en *Envejecimiento, pobreza y salud en población urbana, Un estudio en cuatro ciudades de México*, Instituto Nacional de Salud Pública (INSP), México, pp.15-24.

Naciones Unidas

- 2007 *Previsiones demográficas mundiales, Reporte 2006 (Resumen)*, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, Departamento de Población, Naciones Unidas, Nueva York, 23 pp.

Negrete S., María Eugenia

- 2001 “Distribución geográfica de la población mayor”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 18-20.

Ordorica Mellado, Manuel

- 1997 “Cambios en la estructura por edad de la población”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 10, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 8-10.
- 2001 “Grandes cambios en las cusas de muerte de los mayores”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 10-12.

Palma, José Luis

- 2001 “Transferencias de y para la población mayor dentro y fuera del hogar”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 40-41.

Palma, Yolanda

- 2001 “La población mayor en la zona metropolitana de la ciudad de México”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 36-37.

Partida Bush, Virgilio

- 1991 “Vivir más cuesta más”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 4, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp.17-18.
- 1999 “La rapidez del cambio demográfico”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 12, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 34-35.
- 2001 “Monto y estructura de la población en el año 2000 y perspectivas en el 2050”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 6-7.

Pedrero, Mercedes

- 1993 “Condiciones de trabajo en la vejez”, ponencia presentada en el *Seminario sobre Envejecimiento Sociodemográfico en México*, Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE), México.
- 1999 “Situación económica en la tercera edad”, en *Papeles de Población*, nueva época, año 5, núm. 19, enero-marzo, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México, pp. 77-102.
- 2000 “Condición laboral actual de la población en la tercera edad y perspectivas”, en *Envejecimiento demográfico y empleo*, Secretaría del Trabajo y Prevención Social, México, pp. 99-130.

Pujol, José M.

- 1992 “Indicadores demográficos para 75 años”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 5, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 4-5.

Reyes G., Laureano

- 1999 “La vejez indígena. El caso de los zoques del noroeste chiapaneco”, en *Papeles de Población*, nueva época, año 5, núm. 19, enero-marzo, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México, pp. 173-198.
- 1999a “El contexto cultural y económico del envejecimiento. El caso de los zoques de Chiapas”, en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 87-108.
- 1999b *Los zoques de Chiapas: salud, enfermedad y atención en la vejez*, tesis para optar por el grado de Doctor en Ciencias Sociales, con especialidad en Estudios Regionales, El Colegio de la Frontera Norte (COLEF), México.
- 2001 “El envejecimiento de la población zoque de Chiapas”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 29-30.

2003 *¡Viejos los cerros...! Resistencias culturales a aceptar la vejez*, documento presentado en el Simposio Viejos y viejas. Participación, ciudadanía e inclusión social, 51 Congreso Internacional de Americanistas (ICA), Santiago de Chile, 16 pp.

Robles S., Leticia

2001 “El fenómeno de las cuidadoras: un efecto invisible del envejecimiento”, en *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 16, núm. 3, septiembre-diciembre, El Colegio de México (COLMEX), México, pp. 561-584.

2003 *Una vida cuidando a los demás. Una “carrera” de vida en ancianas cuidadoras*, documento presentado en el Simposio Viejos y viejas. Participación, ciudadanía e inclusión social, 51 Congreso Internacional de Americanistas (ICA), Santiago de Chile, 12 pp.

2003a *La red social del anciano durante la enfermedad. Un acercamiento cualitativo*, documento presentado en el Simposio Viejos y viejas. Participación, ciudadanía e inclusión social, 51 Congreso Internacional de Americanistas (ICA), Santiago de Chile, 9 pp.

2006 “La vejez: nuevos actores, relaciones sociales y demandas políticas”, en *Relaciones* No. 105, Universidad de Guadalajara (UdG), Jalisco, pp.145-175-

Rodríguez R., Héctor

1999 *El proceso selectivo de la nueva política de salud en México*, tesis para optar por el grado de Doctor en Ciencias Sociales, con especialidad en Estudios de Población, El Colegio de la Frontera Norte (COLEF), México.

Rubalcava, Rosa María

1999 “Ingresos de las personas de edad y características de sus hogares”, en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 125-144.

Salas P., Carlos

1999 “Empleo y tercera edad: dinamismo y tendencias”, en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 111-124.

Salinas Ruiz, Alfonso

1999 “Las finanzas públicas en la seguridad social”, en *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 243-262.

Sandoval A., Alfonso

1989 “Perspectivas y retos para el año 2000”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 2, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 4-5.

Sandoval Bustos, Maritza

- 1999 “La privatización del sistema de pensiones y su impacto sobre el ahorro doméstico”, en *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 219-242.

Sluzki, Carlos

- 1995 “Migración y vicisitudes de la red social”, documento presentado en el *Congreso Internacional de Terapia Familiar*, Guadalajara, México. 11 pp.
- 1999 “De cómo la red social afecta a la salud del individuo y la salud del individuo afecta a la red social” en *Redes. El lenguaje de los vínculos*, Elina Dabas y Dense Najmanovich (comp.) Paidós, México. pp. 114-123.

Solís, Patricio

- 1999 “El ingreso a la cuarta edad en México: una aproximación a su intensidad, calendario e implicaciones en el apoyo familiar y social a los ancianos”, en *Papeles de Población*, nueva época, año 5, núm. 19, enero-marzo, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México, pp. 43-64.

Tuirán, Rodolfo

- 1993 “Estrategias familiares de vida en época de crisis: el caso de México”, en *Cambios en el perfil de las familias: la experiencia regional*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Santiago de Chile, pp.319-354.
- 1999 “Desafíos del envejecimiento demográfico en México”, en *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 15-22.
- 2000 “Estructura por edad y desarrollo humano”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 13, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 6-7.

Valencia, Alberto

- 1999 “El valor de los pasivos contingentes”, en *Envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 191-219.
- 2001 “Panorama crítico e insuficiencia financiera”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, p. 31.

Varley, Ann y Maribel Blasco

- 2001 “¿Cosechan lo que siembran? Mujeres ancianas, vivienda y relaciones familiares en el México urbano”, en *Procesos sociales, población y familia*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, (FLACSO), Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 301-323.

Vázquez P., Felipe

- 1999 “Hacia una cultura de la ancianidad y de la muerte en México”, en *Papeles de Población*, nueva época, año 5, núm. 19, enero-marzo, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México, pp. 65-76.
- 1999a “Hacia un acercamiento y comprensión de la ancianidad en Veracruz”, en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población (CONAPO), México, pp. 71-86.
- 2001 “La espiritualidad como estilo de vida y bienestar en el último tramo de la vida”, en *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 16, núm. 3, enero-abril, El Colegio de México (COLMEX), México, pp. 615-634.
- 2003 *Envejecer entre los cultivos del campo mexicano*, documento presentado en el Simposio Viejos y viejas. Participación, ciudadanía e inclusión social, 51 Congreso Internacional de Americanistas (ICA), Santiago de Chile, 12 pp.

Walti Chanes, Carlos

- 2001 “Cambios socioeconómicos y sobrevivencia de la población mayor”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 25-26.

Winship, Christopher y Larry Radbill

- 1994 “Sampling Weights and Regression Analysis”, en *Sociological Methods and Research*, vol. 23, núm. 2, pp. 230-257.

Wong, Rebeca

- 1999 “Transferencias familiares e intergeneracionales en México”, en *Envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*, Consejo nacional de Población (CONAPO), México, pp. 145-170.
- 2001 “La migración y las condiciones socioeconómicas en edades mayores”, en *Demos, Carta demográfica sobre México*, núm. 14, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, pp. 16-17.

Wong, Rebeca y María E. Figueroa

- 1999 “Morbilidad y utilización de servicios de salud entre la población de edad avanzada: un análisis comparativo”, en *Papeles de Población*, nueva época, año 5, núm. 19, enero-marzo, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México, pp. 103-124.

Zúñiga H., Elena y Daniel Hernández F.

- 1994 “Importancia de los hijos en la vejez y cambios en el comportamiento reproductivo. (Estudio en tres comunidades rurales de México)”, en *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 9, núm. 1, enero-abril, El Colegio de México (COLMEX), México, pp. 211-236.

Índice de cuadros

Cuadro IV-1 Clasificación de criterios a considerar en el capítulo IV.....	129
Cuadro IV-2 México, distribución de los adultos mayores por localidad de residencia, 2001 (Porcentajes).....	130
Cuadro IV-3 México, distribución de los adultos mayores en localidades con menos de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos (Porcentajes).....	130
Cuadro IV-4 México, distribución de los adultos mayores en localidades con más de 100 mil hab., según sexo, grupos de edad y estratos (Porcentajes).....	130
Cuadro V-1 Clasificación de criterios a considerar en el capítulo V.....	162
Cuadro V-2 México, edad promedio de la descendencia de los adultos mayores por localidad de residencia, según coresidencia y no coresidencia, 2001 (Porcentajes).....	163
Cuadro VI-1 Distribución porcentual de los adultos mayores según apoyo recibido por parte de sus hijos(as)	200
Cuadro VI-2 Distribución de los componentes seleccionados para el modelo de regresión multilineal.....	201
Cuadro VI-3 Comparación de los indicadores de bondad de ajuste entre distintos modelos de regresión logística multinomial	202
Cuadro VI-4 Significación de las variables independientes incluidas en los modelos de regresión logística multinomial para las diferentes categorías de la variable dependiente.....	203
Cuadro VI-5 Resultados del modelo 3 de regresión logística multinomial.....	204

Índice de gráficas

Gráfica IV-1

México, distribución de los adultos mayores en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....131

Gráfica IV-2

México, distribución de los adultos mayores en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....131

Gráfica IV-3

México, distribución de los adultos mayores por estado civil en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....132

Gráfica IV-4

México, distribución de los adultos mayores por estado civil en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....132

Gráfica IV-5

México, distribución de los adultos mayores por escolaridad en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....133

Gráfica IV-6

México, distribución de los adultos mayores por escolaridad en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....133

Gráfica IV-7

México, distribución de los adultos mayores por condición de salud en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes)....134

Gráfica IV-8

México, distribución de los adultos mayores por condición de salud en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....134

Gráfica IV-9

México, distribución de los adultos mayores con derecho a algún tipo de servicio médico en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001(Porcentajes).....135

Gráfica IV-10

México, distribución de los adultos mayores con derecho a algún tipo de servicio médico en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....135

Gráfica IV-11	
México, distribución de los adultos mayores por condición de actividad en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	136
Gráfica IV-12	
México, distribución de los adultos mayores por condición de actividad en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	136
Gráfica IV-13	
México, proporción de adultos mayores con acceso a algún tipo de pensión en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	137
Gráfica IV-14	
México, proporción de adultos mayores con acceso a algún tipo de pensión en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	137
Gráfica IV-15	
México, proporción de adultos mayores que al menos una vez en su vida han emigrado en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	138
Gráfica IV-16	
México, proporción de adultos mayores que al menos una vez en su vida han emigrado en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	138
Gráfica IV-17	
México, distribución de los adultos mayores según destino de la primera emigración en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	139
Gráfica IV-18	
México, distribución de los adultos mayores según destino de la primera emigración en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	139
Gráfica IV-19	
México, distribución de los adultos mayores por tipo de hogar en localidades con menos de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	140

Gráfica IV-20	
México, distribución de los adultos mayores por tipo de hogar en localidades con más de 100 mil hab., según estratos, grupos de edad y sexo, 2001 (Porcentajes).....	140
Gráfica V-1	
México, distribución de la descendencia por grupos de edad en las localidades con menos de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	164
Gráfica V-2	
México, distribución de la descendencia por grupos de edad en las localidades con más de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	164
Gráfica V-3	
México, distribución de la descendencia por estado civil en las localidades con menos de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	165
Gráfica V-4	
México, distribución de la descendencia por estado civil en las localidades con más de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	165
Gráfica V-5	
México, distribución de la descendencia por escolaridad en las localidades con menos de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	166
Gráfica V-6	
México, distribución de la descendencia por escolaridad en las localidades con más de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	166
Gráfica V-7	
México, distribución de la descendencia por condición de actividad en las localidades con menos de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	167
Gráfica V-8	
México, distribución de la descendencia por condición de actividad en las localidades con más de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	167

Gráfica V-9	
México, distribución de la descendencia según la percepción de los padres de su situación económica en las localidades con menos de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	168
Gráfica V-10	
México, distribución de la descendencia según la percepción de los padres de su situación económica en las localidades con más de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	168
Gráfica V-11	
México, proporción de la descendencia que según la percepción de los padres tiene problemas de salud en las localidades con menos de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	169
Gráfica V-12	
México, proporción de la descendencia que según la percepción de los padres tiene problemas de salud en las localidades con más de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	169
Gráfica V-13	
México, distribución de la descendencia por número de nietos de los adultos mayores en las localidades con menos de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	170
Gráfica V-14	
México, distribución de la descendencia por número de nietos de los adultos mayores en las localidades con más de 100 mil hab., según coresidencia y no coresidencia, por estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	170
Gráfica V-15	
México, proporción de la descendencia que durante toda su vida ha coresidido con sus padres en las localidades con menos de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	171
Gráfica V-16	
México, proporción de la descendencia que durante toda su vida ha coresidido con sus padres en las localidades con más de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	171
Gráfica V-17	
México, proporción de la descendencia que coreside en la vivienda de sus padres en las localidades con menos de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	172

Gráfica V-18	
México, proporción de la descendencia que coreside en la vivienda de sus padres en las localidades con más de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	172
Gráfica V-19	
México, distribución de la descendencia no corresidente por la frecuencia del contacto con sus padres en las localidades con menos de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	173
Gráfica V-20	
México, distribución de la descendencia no corresidente por la frecuencia del contacto con sus padres en las localidades con más de 100 mil hab., según estratos y sexo, 2001 (Porcentajes).....	173